

# REY LOBO

*Juan Eslava Galán*

Lectulandia

En la Iberia del siglo V a. J. C., Zumel se inicia en la vida de adulto; para ello debe cazar un lobo. Encuentra un ejemplar negro, conocido como el «Rey» aunque, tras matarlo se lo entrega a su amigo Turrillo, hijo del jefe del pueblo, débil y con menos facultades que Zumel, para no dejarle en entredicho ante el pueblo. Ya adulto Zumel, junto con Cotrufes, se alistan como mercenarios persas para luchar contra los griegos.

Doce años después, los dos íberos deciden regresar a su patria, pues sólo han conseguido pasar penurias y una gran colección de heridas. Cuando Cotufres solicita la licencia se la deniegan y lo asesinan. Zumel decide vengar a su padrino matando a Potasio, responsable del asesinato.

No obstante, se ve obligado a huir, desertar y posponer su venganza. Se embarca en una nave fenicia y por fin llega a su poblado. Sólo quiere dedicarse al pastoreo y a vivir tranquilo. Ya instalado, se entera de que Turrillo, su mejor amigo al que cedió el honor de matar al rey lobo, tiene un hijo con Belasia, la mujer a la que Zumel amaba y que ahora cumple las funciones de cortesana del jefe, pues Turrillo es el líder del poblado y se ha convertido en la máxima autoridad, sin mantener las costumbres de siempre.

**Lectulandia**

Juan Eslava Galán

**Rey lobo**

ePub r1.0

Titivillus 19.05.15

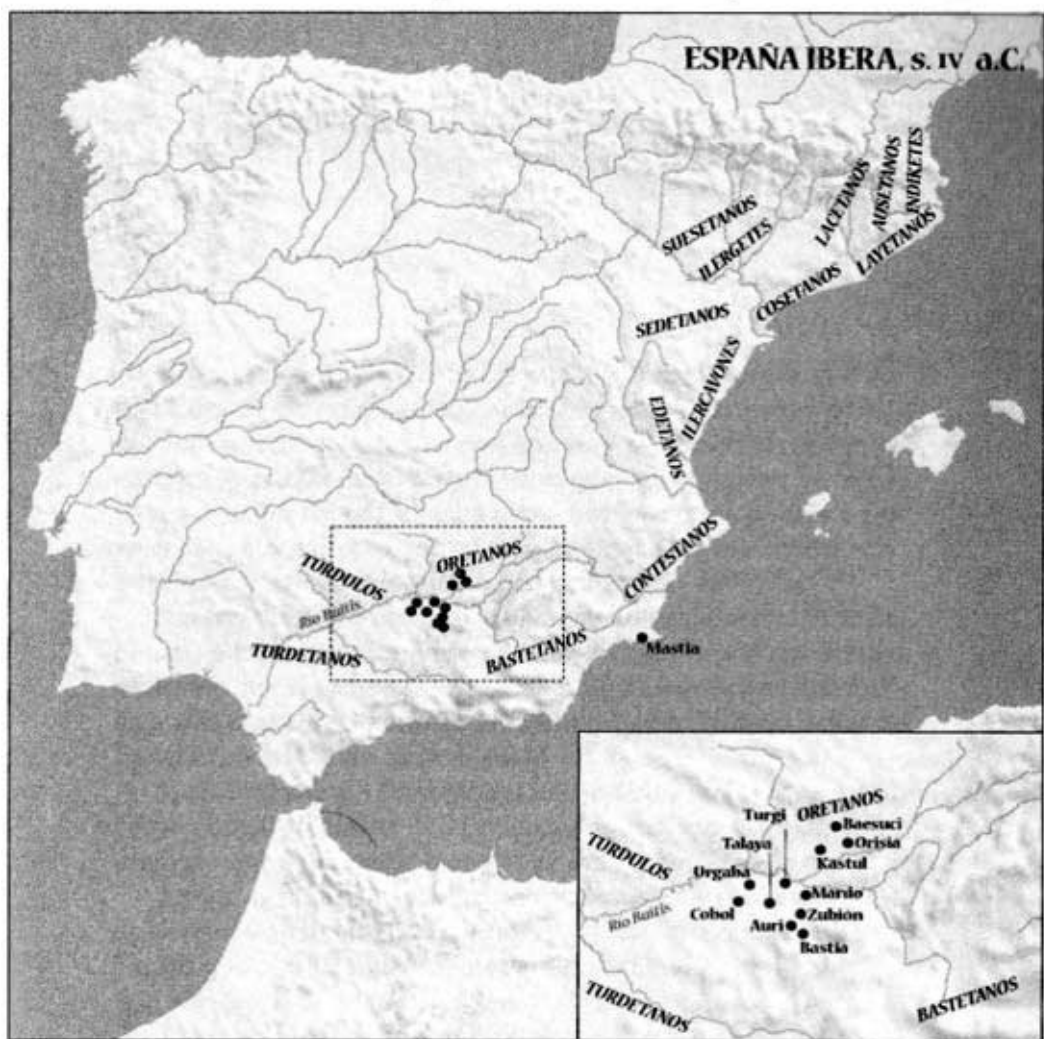
Juan Eslava Galán, 2010

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



**Rio Baitis** (Guadalquivir)

**Kastul** (Linares)

**Zubion** (Puente Tablas, entre Jaén y Villargordo)

**Auri** (Jaén)

**Talaya** (Fuerte del Rey)

**Bastia** (La Guardia)

**Cobol** (Porcuna)

**Mardo** (Villargordo)

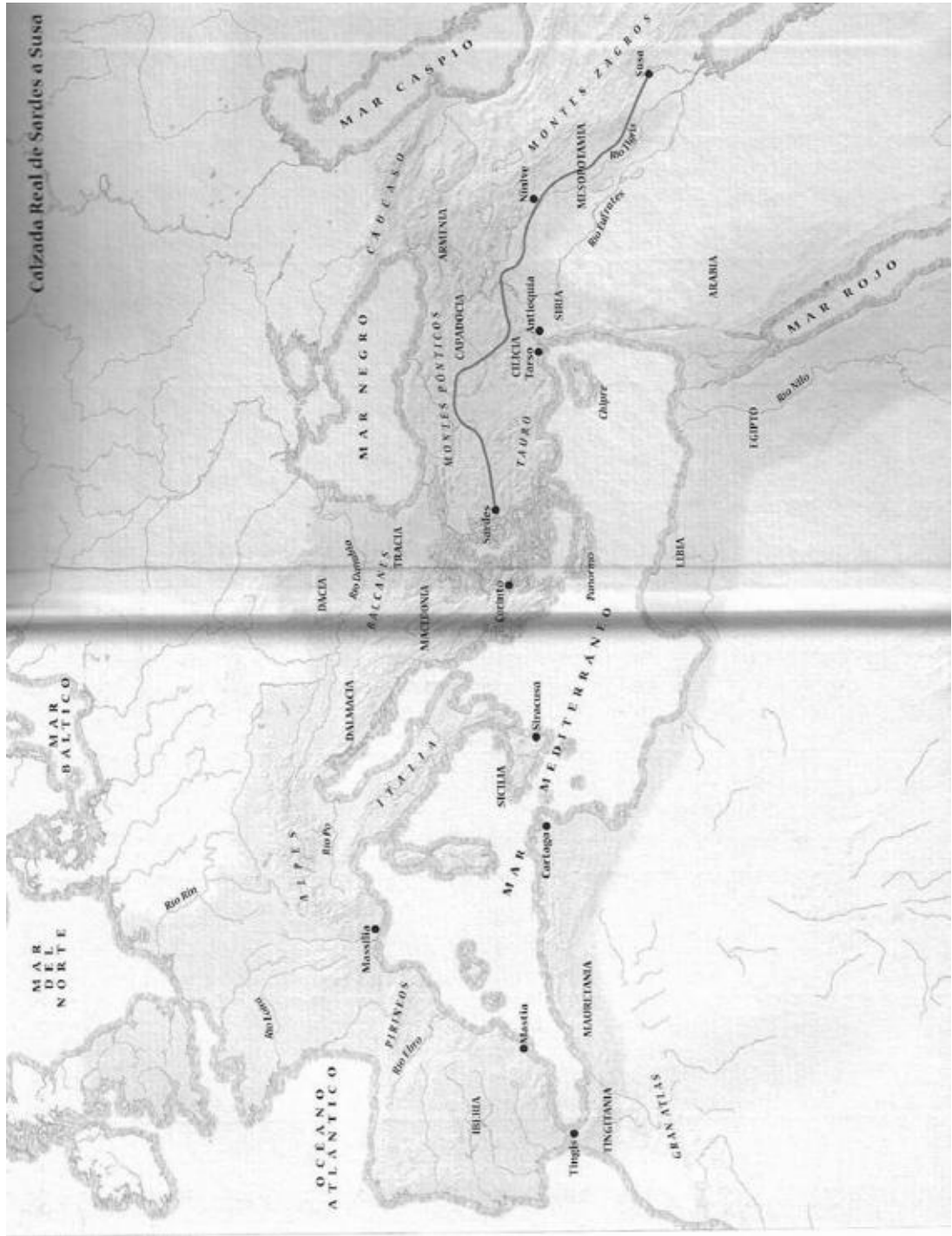
**Orgaba** (Arjona)

**Baesuci** (Vilches)

**Orisia** (Giribaile, entre Linares y Vilches)

**Turgi** (Mengibar)

**Mastia** (Cartagena)



## Nota para el lector

Cuatro siglos antes de Cristo los pueblos iberos ocupaban el sur y el Levante de nuestra Península. Los iberos habitaban poblados independientes regidos por aristocracias guerreras (los príncipes) y se enzarzaban en frecuentes guerras vecinales. La rígida jerarquización social obligaba a muchos guerreros pobres a emplearse como mercenarios en lejanas guerras como las que disputaban cartagineses y griegos por el dominio de Sicilia.

En aquellos tiempos todavía no habíamos deforestado la Península y un bosque inmenso se extendía del norte al sur hasta el punto de que el geógrafo griego Estrabón asegura que una ardilla podía cruzar la Península de Gibraltar a los Pirineos saltando de árbol en árbol, sin tocar el suelo.

En estos bosques abundaba el lobo que los iberos mitificaron como animal totémico de hermandades guerreras e imagen del dominio que se extiende más allá de la Puerta (o sea, la muerte).

Entre las hermandades guerreras iberas existía la institución de la *devotio*, un código del honor que vinculaba al guerrero a un patrón y lo obligaba a combatir con él y a suicidarse ritualmente si el jefe moría en batalla.

Los poblados, esculturas y monumentos mencionados en esta novela existen en realidad. El lector interesado en la sociedad ibera puede consultar mi ensayo *Los iberos. Los españoles como fuimos*<sup>[1]</sup> o los estudios del profesor Arturo Ruiz Rodríguez.

# **LIBRO PRIMERO**

## **El juramento**



# Capítulo 1

*Un lugar de Oretania, en Iberia. Primavera del año 411 antes de nuestra era*

Los dos hombres habían caminado a buen paso toda la noche. Saciaron su sed en un arroyo que discurría por el encinar.

Después de refrescarse la cabeza y la nuca, Cotrufes, el de más edad, un sujeto bajo y fornido, se puso las manos sobre las rodillas y arqueó la espalda para aliviarla.

—Ya casi estamos, Zumel —le dijo al joven.

Olía a vegetación y a tierra mojada. La brisa producía un rumor en el cañaveral. Las ranas reanudaron su monótono concierto.

Antes de amanecer, cuando el cielo negro viraba a violeta sobre las copas de los árboles y la difusa claridad anunciaba el alba, los caminantes alcanzaron un calvero delimitado por un círculo de peñas grises.

—Aquí dejamos las armas —anunció Cotrufes—. Es tierra sagrada.

Se despojaron de las falcatas que llevaban a la cintura pendientes de un tahalí y las ocultaron al pie de un quejigo, bajo el manto de hojas muertas.

—Es por ahí —indicó Cotrufes señalando el camino.

Descendieron silenciosos por el antiguo sendero empedrado. Los alegres trinos y gorjeos de los pájaros en las copas de los árboles saludaban al nuevo día. Los más madrugadores surcaban ya el cielo en busca de alimento.

No habían caminado trescientos pasos cuando llegaron a una fuente.

—Hagamos tiempo hasta que sea la hora —propuso Cotrufes.

Sentados en las losas del manantial aguardaron a que el sol despuntara sobre la arboleda. A la luz de la mañana se revelaban dos rostros atezados por el sol y la intemperie.

Cotrufes señaló una mota oscura en el cielo.

—Águila por la derecha es buen augurio —declaró.

El joven Zumel no era muy alto, pero tenía un cuerpo fibroso y bien proporcionado. Los ojos claros y la nariz afilada le conferían cierto aspecto de ave de presa. Hacía poco que había cazado su primer lobo y había superado el *jasier*, el rito que señala el paso de la adolescencia a la edad adulta. Ahora era un joven guerrero de pleno derecho. Podía sentarse en la asamblea del poblado, tomar mujer, escoger patrón.

—¿Le has hablado a Anna de mí? —preguntó a Cotrufes.

—No es necesario. Las Annas lo saben todo. Aunque jamás abandonen el lecho del río ni su tosca morada, conocen todo lo que se cuece en los siete pueblos e incluso más allá, en las regiones que nadie ha visto. Anna la Terrible nos recibirá en cuanto el sol despunte y sancionará tu juramento.

El joven asintió. Miró al cielo. Clareaba.

—¿No llegaremos tarde? —se inquietó.

El guerrero viejo sonrió ante la impaciencia del joven.

—Está bien. Prosigamos. No creo que Corión nos castigue por adelantarnos.

Aludía a Corión, garganta de bronce: el dios ibero de la guerra que se viste con las pieles de sus enemigos.

Reanudaron la marcha. El camino descendía en suave pendiente. Las sandalias nuevas del joven resbalaron varias veces sobre la hierba cubierta de rocío.

—¿Otra vez? —se burlaba Cotrufes—. No sé si me conviene en la cuadrilla un guerrero tan torpe, que no sabe ni andar por el campo.

Zumel se arrepentía de no haberse calzado con sus viejas abarcas de esparto. Se había decidido por las sandalias por coquetería, porque quería comparecer lo más bizarro posible ante las muchachas que servían a la Terrible.

El olor a cañas y a ovas podridas les delató la proximidad del río entre la arboleda.

Al volver un recodo, vieron una enorme losa gris manchada de musgo y verdín.

—El santuario —señaló Cotrufes.

La morada de Anna la Terrible, también conocida como la Potenciana y la Mediadora, las tres facetas de la diosa<sup>[2]</sup>. El santuario era una choza de piedra formada por siete grandes lajas verticales que sostenían otra mayor como techumbre. Lo había construido, muchas generaciones atrás, el gigante Briar, padre y marido de la primera Potenciana. Nadie guardaba memoria de cuántas Potencianas habían atendido el santuario desde entonces. La gracia se transmitía de madre a hija o de tía a sobrina.

Al otro lado del santuario, entre rumorosos cañaverales, discurría la corriente cristalina del río Baitis, el padre de los ríos, al que tributaban sus caudales los otros.

Una bandada de hambrientas garcillas sobrevolaba la corriente en busca de ranas y culebras.

Delante del santuario había un espacio despejado en torno a una añosa encina que cobijaba un altar de piedra. De las ramas bajas colgaban cintas y jirones de trapo de distintos colores, algunos recientes, otros, más antiguos, ya descoloridos por la lluvia y el sol.

El lugar estaba desierto.

—No tardarán —dijo Cotrufes—. Ya están la leña y los palos preparados.

Al poco rato aparecieron dos hombres envueltos en capas pardas y cubiertos de capuchas. Procedían del otro lado del río. El más viejo era un antiguo conocido de Cotrufes.

—Me alegro de verte, amigo —lo saludó.

—Y yo me alegro de verte a ti. Éste es Zumel.

El recién llegado observó al joven con mirada experta.

—Has matado al lobo, ¿eh?

Zumel asintió con orgullo.

—Has escogido a un buen patrón, hijo —dijo el hombre—. Cotrufes es de los mejores.

—Lo sé. Gracias.

Seguían llegando los testigos de la ceremonia: dos hombres por cada uno de los siete poblados de la demarcación del santuario. Se saludaban respetuosamente y se sentaban en las raíces que afloraban bajo la encina. Los viejos conocidos intercambiaban noticias sin levantar la voz, respetuosos con el lugar sagrado.

Al rato, dos muchachas ataviadas con camisas de lino hasta los pies aparecieron sobre el techo del santuario y contaron a los hombres señalando con el dedo, como si fueran ovejas. Repararon en Zumel, cuchichearon algo entre risitas y desaparecieron.

Una bandada de palomas sobrevoló los dominios de la Potenciana. Se percibieron toses de mujer. Los hombres interrumpieron la charla y se pusieron de pie en señal de respeto. La cortina de juncia que tapaba la entrada del dolmen se apartó para dejar paso a una anciana decrepita envuelta en una túnica granate. Los hombres se volvieron hacia ella.

—La madre Anna —musitó Cotrufes.

Estaba ciega y sus piernas apenas la sostenían. Las dos muchachas la ayudaban a caminar con filial solicitud.

Zumel no la conocía. No había regresado al santuario después de que sus padres lo ofrecieran a Anna, a los pocos meses de nacer.

Las muchachas acomodaron a la profetisa en una tosca banqueta de olivo, la encorvada espalda apoyada en la encina central. Anna la Santa levantó al cielo sus ojos inflamados y murmuró una salmodia indescifrable. Una muchacha se adelantó y pronunció en voz alta:

—*Korianekamen*.

Los testigos corearon por tres veces «*korianekamen*».

Entonces Cotrufes cubrió con una piel de lobo al joven Zumel, de manera que la mandíbula superior del animal quedara sobre la cabeza, con los blancos colmillos sobre la frente. Anna la Terrible extendió una mano morena y sarmentosa para indicarles que se aproximaran. Obedecieron. De cerca, Anna la Terrible no era mayor que una niña de diez años, puro hueso y piel apergaminada, pero aquellos ojos privados de luz despedían un fulgor magnético que sobrecogía a los guerreros. Se postraron ante ella y besaron por turno sus manos frías y enjutas. Ella las impuso sobre las dos cabezas y pronunció:

—*Ursu*.

Entonces el testigo más anciano colocó un haz de leña sobre el altar, metió debajo un copo de estopa y lo prendió frotando un trozo de hierro y una lasca de pedernal. Las llamas se elevaron al instante entre chasquidos de hojarasca seca.

Con la mirada ciega perdida en las alturas, Anna la Terrible palpaba las cabezas, el pecho y los brazos de los hombres postrados a sus pies. Tosió y se aclaró la garganta antes de emprender una cantinela indescifrable, al comienzo apenas un

murmullo, que ascendió paulatinamente hasta convertirse en un gáñido destemplado: la invocación a Corión garganta de bronce, que sólo el dios comprende y aprecia.

Una súbita ráfaga de viento agitó los cañaverales cercanos y produjo lúgubres sonidos entre las losas mal encajadas del santuario: los espíritus de los guerreros muertos acudían sedientos al reclamo de la sangre.

La anciana terminó su canto y masticó laboriosamente el amasijo de hierbas fermentadas que una de las muchachas había sacado de un odre. Tosió con tos cascada, tragó los jugos, volvió a masticar, escupió el bolo en el cuenco de la mano, lo deshizo entre los dedos y ungió la frente, las mejillas y el cuello de Zumel.

Los testigos asistían a la ceremonia en silencio. Sólo se escuchaba la crepitación de la hoguera.

La muchacha mayor tendió a la Mediadora una laja afilada de pedernal engastada en mango de hueso. La anciana palpó el brazo del guerrero barbudo hasta dar con la vena que latía en su robusta muñeca. Con la punta del cuchillo le practicó una corta incisión. La muchacha mayor recogió la sangre en un cuenco de madera. Cuando tuvo suficiente permitió que su hermana restañara la herida con un emplasto de telarañas y ceniza. Con sangre y harina confeccionaron una torta que pusieron a cocer al rescoldo de la hoguera, sobre una laja de piedra.

Anna recitó su melopea ininteligible en la lengua de la diosa. Las muchachas apartaron la torta, le soplaron la ceniza adherida y se la presentaron a la santa, que la partió en dos mitades mientras pronunciaba:

—*Koriameniaka sadaosma.*

Cotrufes y Zumel compartieron la torta recién horneada en presencia de los testigos.

Cuando terminaron, Anna la Terrible impuso sus manos sobre la cabeza de Zumel y pronunció en tono solemne:

—En el principio de los tiempos dos hermanos, lobo y hombre, acordaron compartir el río y gobernar en paz. El lobo reinaría sobre los animales y el hombre sobre los árboles. Pero el hombre rompió el pacto: cazó y cautivó a los animales que pertenecían al lobo. Desde entonces existe enemistad entre ellos. El hombre engendró siete reyes que mataron a los monstruos del lobo. El lobo engendró siete lobos negros, los reyes lobos, para disputarle la tierra al hombre. Ahora, Zumel el guerrero acata al rey lobo Cotrufes y se somete a él. Desde ahora por voluntad de Atacina la paridora y de Corión garganta de bronce pertenecerás a su estirpe, cazarás con él, lo obedecerás y morirás con él. Tu sangre será la suya y tu vida será la suya. —Hizo una pausa, inspiró profundamente y exclamó con voz destemplada—: ¡Zumel de Zubión, lobezno, hijo de loba! ¡Desde ahora tu vida está ligada a la vida de Cotrufes, el rey lobo! Comerás de su mano el alimento divino, beberás de su copa y te alimentarás de su plato. Él luchará por tu victoria y tú lo guardarás con tu vida. Si traspasa la Puerta, traspásala tú con él.

La Puerta, así llamaban los iberos al tránsito de la muerte. Creían que detrás de la

Puerta existe una extensa región infernal, el Tártaro, recorrida por un río de fuego. Un dios del inframundo, Carontos, traslada a los guerreros muertos a las verdes praderas de caza de la orilla opuesta.

—Algunos lobos nos hicimos hombres —prosiguió la Terrible—, pero otros permanecieron lobos porque antes habían sido hombres y preferían la naturaleza del lobo. Cuando mueras regresarás al lobo que devore tu cadáver y cuando él muera te reintegrarás a la naturaleza.

El juramento de Zumel lo vinculaba a Cotrufes de por vida. El rey lobo combatía por la victoria y por el honor de la manada; el guerrero lobo, por la vida del jefe.

En el tiempo de Cotrufes y de Zumel había guerras en el mar de Cartago. Griegos y cartagineses se disputaban las islas y los puertos, los mercados y las minas, los mares y los ríos, la plata y la escanda, los olivos, las vides y el plomo, el esparto y las pesquerías. Reclutadores fenicios se habían instalado en el mercado de Kastul y adelantaban un año de paga al que se alistara. Se estaban formando partidas en los distintos poblados. Cotrufes iba a capitanear una integrada por gentes del valle alto.

La partida de Cotrufes se llamaba la Cadena.

Otras partidas de mercenarios iberos habían escogido diferentes nombres: el Lobo Triste, el Martillo, la Nube que Vuela, la Piedra, la Espiga Gorda, el Viento, el Caldero, la Marrana Parida, el Ribazo Blanco, la Abubilla Apestosa...

Muchos jóvenes guerreros como Zumel acudían a la llamada de los reclutadores, unos por la codicia del oro, otros por ansia de aventuras o porque deseaban probar su valor en el combate y ambicionaban fama y honor.

## Capítulo 2

*Verano del año 396 antes de Cristo*

El campamento de Siracusa, una gran extensión de tiendas y chozas, congregaba a los veinte mil mercenarios de Cartago. Estos guerreros procedían de todas las tierras conocidas: galos bigotudos, escotos pelirrojos, cenceños iberos, renegridos númeridas, limos de Partia, de caras chatas y largas cabelleras untadas de grasa de caballo...

El campamento ofrecía un aspecto festivo: había terminado la guerra y se celebraba la paz con vino y mujeres.

En la plaza de las asambleas, un grupo de arqueros rodios borrachos rivalizaban con jinetes acarnienses en un certamen de canciones tan desvergonzadas que sonrojarían a una prostituta tebana. Los cantineros beocios descuartizaban un buey viejo. Una compañía de hoplitas aguardaba frente al carro del armero para devolver sus equipos y recuperar la fianza.

No todo era jolgorio. Algunos corrillos parecían ajenos a la fiesta y conversaban sobre el incierto futuro. Al parecer, peligraban las pagas atrasadas.

La campaña de aquel año, comenzada bajo los mejores auspicios, había fracasado. Himilcón, el general cartaginés, se había estrellado una vez más contra los muros de Siracusa. Cuando comprendió que no podría conquistar la ciudad de la que, en última instancia, dependía el dominio de la isla, le ofreció al tirano Dionisio una paz negociada que equivalía a una rendición.

Ajenos a las celebraciones, Zumel y Cotrufes asistían a la agonía de su camarada Harbón en el lazareto de los cartagineses, un laberinto de lonas y cobertizos junto al acantilado de Loxos, desde el que se arrojaban los cadáveres al mar.

Una brisa soplaba de tierra adentro. Efluvios de ceniza y sangre se sumaban a la pestilencia del pantano. Por doquier llegaban heridos en parihuelas o cojeando, auxiliados por sus camaradas. Algunos gemían; otros, invocaban a sus dioses, en variados idiomas, otros blasfemaban en cualquier lengua mediterránea u oriental.

Harbón yacía boca arriba, sobre una capa andrajosa, a la sombra de un cañizo, los ojos cerrados, el rostro sufriente. Su vientre abierto despedía un hedor nauseabundo. El vendaje ensangrentado que le sujetaba los intestinos estaba cubierto de moscas que sus camaradas, acuclillados junto a él, espantaban de tanto en tanto.

Mediada la mañana llegó Nomandros, el médico corintio, un hombre enteco y menudo, de cuya túnica púrpura desprovista de mangas asomaban dos brazos peludos cubiertos de costras de sangre seca.

Los mercenarios eran viejos conocidos del médico. Llevaban juntos desde la primera campaña siciliana, años atrás. A Nomandros lo seguían dos fornidos enfermeros y un esclavo que le llevaba el zurrón de cuero. Saludó a Cotrufes con un leve gesto y se acuclilló junto al herido. Le bastó un vistazo a la herida. Volvió a atar

las vendas, examinó la turbia pupila del herido y se incorporó.

—No pasa de esta noche —murmuró rascándose la barba—. Tú decides, Cotrufes.

Tras una breve vacilación, el jefe ibero asintió:

—Está bien. Vamos fuera —le dijo a Zumel.

Aguardaron sentados en un bardal. Un momento después el corpulento enfermero tracio apartó la cortina.

—Ya está.

El moribundo acababa de traspasar la Puerta de la muerte.

Cotrufes y Zumel regresaron junto al cadáver. Harbón yacía sobre su capa, la cabeza ladeada en postura extraña, desnucado.

Afuera caía la tarde, la hora en que, según los iberos, las almas vuelan a lo oscuro.

Las rachas de brisa ampliaban el acompasado sonido del timbal y el canturreo con el que los rodios del cercano asentamiento despedían a sus muertos.

Dos jóvenes galos, con chalecos de cuero y gruesas trenzas rubias, cargaban con el cadáver de uno de los suyos, camino del acantilado.

—El año que viene va a ser muy buena temporada de cangrejos —murmuró lúgubre Cotrufes.

Zumel descendió hasta el arroyo a buscar agua. Lavaron el cadáver con una mezcla de ceniza de almajos y aceite, lo envolvieron en un manto nuevo y lo prepararon para los ritos funerarios. Habían decidido quemarlo en lugar de depositarlo en un cerro y abandonarlo a los lobos y a los buitres.

En los viejos tiempos, los iberos creían que el cadáver al que no devoraba el lobo se convertía en un espectro helado que vagaba fuera del mundo de los muertos. Después, los iberos que estaban en contacto con extranjeros más cultos supieron que no era así y adoptaron la costumbre de incinerar a sus muertos.

Mediada la mañana, la llanura pantanosa de Siracusa era un horno. Bajo el ardiente sol siciliano chirriaban los grillos y zumbaban los abejorros trenzando sus vuelos nupciales.

Zumel entrecerró los ojos y contempló los remotos muros de la ciudad. Deformados por la calima del mediodía semejaban una cinta blanca tendida en la llanura. Entre el campamento cartaginés y los muros espejeaban los caños de la ciénaga salitrosa como camisas de culebra tendidas junto al mar. De los rastros incendiados, tierra adentro, se elevaban tolveneras de pavesas.

—¡Zumel! —gritó un joven hondero balear que pasaba por el camino con una turba de ruidosos conmlitones—. ¡Nos esperan en el puerto! ¡Carne y cerveza! ¡Mujeres!

El ibero se lo pensó un momento.

—Me quedo —gritó—. ¡Pasáoslo bien!

—¡A más tocaremos! —replicó el balear, risueño. Y corrió a reunirse con sus

camaradas.

No le apetecía a Zumel la compañía de los camaradas. Sabía en qué consistiría la celebración con la que Himilcón premiaba a sus tropas. Atiborrarse de correosa carne de asno viejo, emborracharse de cerveza mal fermentada, corear canciones cuarteleras, a cual más obscena, tumbar por turnos a una furcia varicosa fingiéndose excitado por sus colgajos, competir a ver quién mea más alto o más lejos, volver a beber hasta perder el conocimiento, vomitar los bofes y amanecer en la playa enlodado y grasiento, con la boca pastosa y la cabeza febril.

No. Esos tiempos habían pasado ya.

Zumel permaneció pensativo. Él también solía ser un tipo alegre y despreocupado cuando tenía la edad del balear. Habían transcurrido más de veinte años desde su juramento ante Anna la Terrible. En ese tiempo, los componentes de la Cadena, treinta y un guerreros procedentes de los siete pueblos del curso alto del Baitis, habían cruzado el mar en cinco ocasiones, unas veces en pesadas naves de carga, de las llamadas palanganas, otras veces en ligeras penteconteras militares, largas y finas como el ciempiés, con sus dos filas de remos y su espolón de bronce.

Los iberos habían combatido en las arenas de Libia, en las playas de Tingitania, en los palmerales de Docia, en los páramos sicilianos. La memoria de sus hazañas en Himera, Selinunte, Agrigento y Gela seguían vivas en los relatos de los recitadores, especialmente su memorable asalto de la muralla de Himera, cuando se abrieron paso entre una multitud de enemigos y forzaron las puertas de la ciudad permitiendo que Himilcón la invadiera con el resto de las tropas.

Zumel ya no era el muchacho que acudió ilusionado a su juramento ante Anna la Terrible. «La guerra gasta al hombre más que cualquier otro menester», solía decir Nomandros, el médico. Zumel estaba cansado de aquella vida azarosa, de las agotadoras marchas, de las travesías por mares encrespados vomitando sobre la borda hasta los calostros que lo amamantaron, de la promiscuidad y del hedor de los cuarteles mezcla de sudor agrio, de cuero, de hierro, de orín, de estiércol, de brea, de salitre. Del olor del miedo que exudaba sutilmente por la piel antes de cada combate.

Los sepultureros recorrían el lazareto recogiendo cadáveres que apilaban en un carro tirado por bueyes. Cuando llegaron donde los iberos, uno de los enterradores señaló el cadáver de Harbón frazado en su mortaja.

—¿Es de los vuestros?

Cotrufes asintió, distraído.

—¿Lo echamos?

El ibero negó con la cabeza. El enterrador se encogió de hombros, chasqueó la lengua para arrear a los bueyes y reanudó su camino.

Una partida de galos había instalado sus jergones en el bosquecillo de encinas. El capataz, un pelirrojo gordo con las manos tatuadas, reconoció a Cotrufes y se le acercó.

—Salud, hombre.



—Salud, Aborix —respondió el ibero.

Se sentaron en los petates.

—¿Sabes las noticias?

—No. Hemos estado de funeral —respondió Cotrufes.

Permanecieron un momento en silencio, contemplando el mar.

—Himilcón se retira —anunció Aborix—. Regresa a Cartago con sus númeridas.

—Se veía venir —asintió Cotrufes.

—A nosotros nos licencia con una paga adelantada —prosiguió Aborix—. Los que quieran pueden alistarse con Dionisio.

Dionisio, el tirano de Siracusa, el hombre al que Himilcón no había conseguido vencer.

Cotrufes miró al galo.

—¿Para qué? —se extrañó—. Si los cartagineses se van, Dionisio no nos necesita.

—Por lo visto está reclutando tropas por cuenta de sus amigos espartanos. Cinco meses de paga adelantada... Potasio, el lacedemonio, se encarga del reclutamiento.

—¿Y el que no se aliste?

Aborix se escardilló la cabeza con una mano parecida a una garra. La cabellera le descendía por la espalda en dos gruesas trenzas.

—Es mejor alistarse, hombre. Ahora toca estar a bien con Dionisio. ¿Quién nos garantiza que cuando Himilcón embarque a sus númeridas no arremeterá contra los que quedemos y nos pasará a cuchillo? ¿A quién le interesa que campemos por nuestros respetos por la isla? Tarde o temprano nos convertiríamos en forajidos, y de éstos ya está Sicilia bien servida. Los mercenarios sólo servimos para lo que servimos.

Cotrufes asintió. Conocía la frustración de luchar y morir para nada. Llevaba media vida comprometido en una empresa de antemano condenada al fracaso. En la pugna de griegos y cartagineses por Sicilia y el Mediterráneo, las fuerzas estaban tan igualadas que no había mudanza, sólo el mutuo agotamiento.

Aborix arrancó una brizna de hierba y la mordisqueó.

—Yo era leñador en mi tierra. Como mi padre —dijo—. A veces me pregunto cómo nos metimos en esto.

Cotrufes lo miró asombrado.

—¿De veras no lo sabes?

—No, no lo sé —dijo regresando con los suyos.

El ibero buscó en el cielo un ave propicia, pero sólo encontró nubes lejanas y algodonosas que anunciaban el otoño.

Las lluvias. Los campesinos sembrarían, los pastores echarían el ganado para que pariera a tiempo, los mercaderes barrerían sus almacenes y se procurarían el género para la siguiente primavera, los marinos calafatearían sus naves, los albardoneros harían acopio de esparto, los herreros visitarían las minas... Sólo los mercenarios estaban vacantes, sin campaña a la vista. Carraspeó Cotrufes y sintió cierto amargor en la boca. Le remordía haber ilusionado a tantos jóvenes vigorosos con sueños de

gloria y ganancia que luego no les había podido cumplir. Muchos de los que se alistaron en la Cadena habían cazado ya su lobo y podían haberse empleado como yegüeros con algún magnate, pero él los deslumbró hablándoles del ancho mundo, de las ciudades de piedra y oro que había allende el mar. Después de escucharlo ambicionaron ver mundo y soñaron con enriquecerse en la guerra, antes de regresar al pueblo ricos y respetables, unos sueños que raramente se cumplían.

La vida del mercenario era azarosa. Muchos morían; otros, regresaban pobres o lisiados, unos pocos se establecían en otra tierra y renunciaban a la suya para evitarse la vergüenza del fracaso.

La llegada de Zumel lo distrajo de sus lúgubres pensamientos.

—¿Dónde honraremos a Harbón? —preguntó señalando el envoltorio del cadáver.

—Lejos de esta mierda —dijo Cotrufes—. Mañana buscaremos un sitio tranquilo, monte arriba, donde su espectro habite apaciblemente hasta que la próxima luna nueva lo reintegre con sus antepasados.

Más allá de la Puerta reinaba Carontos, el que conduce a las almas a los verdes prados en los que habitan los antepasados.

Aquella noche velaron el cadáver según la costumbre, evocando episodios de su vida, unos solemnes, otros graciosos. Bebieron cerveza, sin olvidar derramar una parte en homenaje a Atacina, la diosa infernal. Cuando el cielo empezó a clarear entonaron el canto de los muertos y encomendaron al difunto a Corión, garganta de bronce, el guerrero que se cubre con las pieles de sus enemigos.

## Capítulo 3

De los treinta y un hombres que formaban el grupo de Cotrufes, todos reclutados en los siete poblados del río Baitis, veintinueve habían muerto en combate, de peste o ahogados en el mar.

Sólo quedaban dos: Zumel y el propio Cotrufes.

—Una cadena de dos eslabones no es una cadena —pensó Cotrufes en voz alta.

Zumel lo miró y no dijo nada.

—Quizá los muertos son afortunados —sentenció Cotrufes sin venir al caso. Estaba pensando lo mismo que su compañero.

En sólo veinte años habían combatido en veinticuatro campañas, algunas de ellas muy sangrientas como testimoniaban las múltiples cicatrices que marcaban sus cueros. Estaban agotados. Habían dilapidado sus vidas y ni siquiera habían conseguido ahorrar para no morir de hambre en la fría vejez.

Sentado en la playa frente a la mar batiente, con Zumel al lado, Cotrufes se miró las manos morenas, dedos fuertes y fibrosos, uñas oscuras y remachadas, como garras.

—Cuando formé la Cadena, pensaba enriquecerme y enriqueceros a todos —reconoció—. Ahora advierto que solamente he conducido a mis hombres a la muerte. No os he conseguido lo que os prometí y seguimos tan pobres como al principio.

Zumel cerró un momento los ojos y permaneció en silencio como si meditara la respuesta.

—No tienes de qué avergonzarte —declaró—. Has sido un buen patrón y un padre para tus hombres. La vida es como viene. Cuando nos alistamos ya sabíamos lo que nos esperaba. Lo escogimos libremente.

Un amigo vivandero les prestó un jumento. Ataron con cuerdas el envoltorio del cadáver y se encaminaron al monte. Cerca del mediodía alcanzaron una meseta. Cuando la pira estuvo dispuesta se sentaron junto al muerto y contemplaron el mar que rompía sobre las rocas en olas fosforescentes.

Cotrufes regresó de sus pensamientos.

—Demos paz al fantasma de nuestro hermano —dijo.

Colocaron el petate a los pies del cadáver, con la falcata y el venablo de hierro sobre el pecho, y prendieron la pira. La leña seca ardió fácilmente. Cuando las llamas alcanzaron la leña verde, se desprendió una nube de humo blanco.

La pira ardió hasta la tarde. Cuando se consumió, recogieron los huesos y las cenizas aún calientes y las sepultaron en un hoyo con la falcata y el dardo de hierro del difunto, doblados e inutilizados. Taparon la tumba con piedras y la cubrieron de tierra.

El sol comenzaba a ponerse sobre los promontorios del este.

Regresaron al campamento con el asno de reata, sin volver la vista, silenciosos.

En el campamento reinaba cierta inquietud. Se había divulgado la noticia de que

Himilcón abandonaba a sus mercenarios. Por doquier se veían corrillos que deliberaban sobre el porvenir. Los galos habían decidido rechazar el ofrecimiento de Dionisio. Los jinetes nómadas no tenían problema porque regresarían con Himilcón. Los rodios, los cretenses, los libios, los tracios, los escotos y los celtas aceptaban enrolarse con Esparta. Entre los iberos había menos unanimidad.

Cotrufes y Zumel comieron en silencio carne asada, pan de escanda y un puñado de aceitunas pasas que habían encontrado en el zurrón de Harbón. Sentados en una roca desde la que contemplaban el mar, comentaban la situación.

—El consejo de ancianos de Cartago no perdona fácilmente que un estratega gaste un dineral y se presente luego con las manos vacías... por segunda vez — señaló Cotrufes—. Creo que ya le han advertido a Himilcón que debe regresar sin las tropas, por eso nos licencia. Además, está sin blanca. La campaña ha salido fatal y sabe que los galos no van a pelear sobre fiado.

—¿Y nosotros? —preguntó Zumel.

—¿Los iberos? ¡Qué más da! Himilcón regresa a Cartago. La campaña terminó. No hay más trabajo.

—¿Y el año que viene? —insistió Zumel—. ¿No habrá otra campaña?

Cotrufes miró a Zumel.

—Me estoy haciendo viejo —reconoció con la mirada perdida en la distancia—. Vuelvo al Baitis. Me compraré un rebaño de ovejas y una esclava, construiré un corral y una choza y viviré en paz el resto de mis días, que ya no deben de ser muchos.

Zumel guardó un silencio hostil. El patrón no tenía planes para él. Quizá había olvidado el vínculo que los unía, el juramento ante Anna la Terrible.

Cotrufes le adivinó el pensamiento.

—Ya que Himilcón nos licencia —prosiguió conciliador—, creo que debemos aprovechar la ocasión. Volver y reanudar la vida como si nunca hubiéramos salido del Baitis. Engendrar unos cuantos hijos que nos atiendan en la enfadosa vejez... —dudó un momento antes de proseguir—. Si tú quieres levantaremos dos chozas juntas y en lugar de un rebaño y una mujer serán dos rebaños y dos mujeres. A medias.

Zumel disimuló la satisfacción que le producía la idea y fingió meditar sobre el ofrecimiento. No era la primera vez que rumiaba la idea de apartarse de la guerra, de las marchas agotadoras, de las fiebres, del miedo, de las heridas, pero nunca se había atrevido a comunicar sus sueños. Pensaba que era una debilidad transitoria.

—Te seguiré a donde vayas —le dijo a Cotrufes—. Seremos pastores.

Zumel guardaba sus ganancias en el ancho cinturón forrado de escamas de bronce: algunas monedas de oro con la diosa Tanit, un caballo y una palmera.

Pasaron un rato sin cambiar palabra.

—Hacía tiempo que estaba harto de ir de un lado para otro —admitió Cotrufes—. ¿Te has parado a pensar lo que ha sido nuestra vida desde que salimos del Baitis? —Emitió un profundo suspiro—. Nuestra guerra ha terminado. Mañana mismo

cobramos lo que se nos debe y buscamos una nave que nos devuelva a la tierra de los conejos.

La tierra de los conejos, Spania, así llamaban a Iberia los púnicos. Los propios iberos no le habían puesto nombre ya que no tenían conciencia comunitaria alguna.

Pasó un cantinero con un pellejo de vino a la espalda.

—¡Al vino, al divino licor de Afrodita, melado y suave —pregonaba—, al rico vino de Siracusa, el alegre, el que calienta el vientre y lo que no es el vientre...!

Los dos iberos se entendieron con la mirada.

—¡Eh, tú! —lo llamó Cotrufes—. Trae acá tu vinagre.

Vaciaron el agua de las calabazas y las arrimaron a la caña del cantinero. El vendedor se guardó la moneda que le ofrecía Cotrufes, agitó el contenido de su pellejo y llenó los recipientes.

Bebieron un largo trago.

—El primero por la sed —recitó Zumel.

Tornaron a beber.

—El segundo por el miedo —dijo Cotrufes.

—El tercero por Atacina.

—El cuarto por el regreso.

Repitieron los brindis mientras hubo vino: por Corión, que los había mantenido vivos, por Harbón, por los otros espectros de los compañeros muertos, por Sicilia, la ubérrima, que había presenciado sus hazañas...

Cuando terminaron con el licor estaban un poco borrachos.

—¡Nuestra hermosa tierra! —entonó Cotrufes—. ¡Nuestra noble gente! *El hermano que detesta al hermano...*

—... *El vecino que odia al vecino* —añadió Zumel.

—... *La calle de arriba que apedrea a la calle de abajo* —siguió Cotrufes.

Era una canción soldadesca sobre el terruño. Los de la Cadena solían corearla en los festines y la habían convertido en una especie de himno jocosos de la hermandad guerrera.

—... *Una manzana le roba a la vecina el jugo en el árbol...*

—... *La hormiga roja le arranca una pata a la hormiga negra...*

—... *La coscoja le roba la sombra al quejigo...*

—... *La pulga le chupa la sangre a la oveja...*

—... *Un casar le roba la cerca de piedra a otro casar...*

—... *Un poblado declara la guerra a otro poblado...*

—... *Las vecindonas se clavan el huso por un copo de lana...*

—... *Los esquiladores se desjarretan con sus tijeras de esquilar...*

—... *por un mechón de pelo de burro...*

—... *Los niños se descalabran por una canica de barro...*

—... *Los hortelanos por media cebolla podrida...*

—... *El rey de Kastul, ¿qué ve el poderoso rey de Kastul desde su trono de plata?*

—... *Ve un escarabajo pelotero que se arrastra por el suelo...*

—... *¿Y qué hazaña ejecuta el excelso rey de Kastul?*

—...*¡Se abate sobre el escarabajo y lo aplasta con su bastón de plata para robarle su bolita de estiércol!*

Rieron de buena gana, borrachos.

Después de un silencio, Cotrufes añadió:

—En mi juventud añoraba los tiempos de Orisos y el lagarto. Quería realizar hazañas, que las generaciones me aclamaran como a un guerrero invencible, morir coronado por el valor. Me imaginaba cantado por los rapsodas a la sombra de una encina, en los labios de las mujeres que lavan en el río o labran las huertas, que la gente se volviera a mi paso y cuchicheara: «Ahí lo tienes. Ése es él». —Hizo una pausa, arrancó una brizna de hierba, la mordisqueó y añadió—: La vida esforzada y heroica que una vez soñamos ha quedado relegada a los himnos. Ni siquiera los niños creen en los tiempos heroicos de Orisos. Ahora triunfa la cicatería: jefes mezquinos y cobardes, yegüeros mezquinos al mando de príncipes arrastrados como la culebra, sin ánimo para las grandes empresas. ¡Nosotros hemos salido al mundo y hemos vivido, Zumel! Por mal que nos marchen las cosas, ya hemos conocido la riqueza. Y los que vinieron con nosotros y han traspasado la Puerta para abrazar a Atacina pueden considerarse afortunados. Se han despedido de este mundo en el vigor de la juventud, sin padecer la fría vejez. Han visto tierras y mares, han experimentado la gloria de la pelea, el esplendor de la batalla, el placer de la hermandad, el de compartir fatigas y aventuras. Han conocido los linajes y a los hombres que pueblan la Tierra, han disfrutado de placeres, han coreado himnos, han bebido vino hasta hartarse, han gozado de mujeres perfumadas que no huelen a cabra...

Cotrufes escupió sobre el polvo y se quedó pensativo.

—Estará bien levantarse todos los días viendo los mismos cerros —dijo—. Sentarse por la tarde en el poyo de piedra y hablar de los muertos y de los vivos mientras las mujeres nos calientan la sopa o cardan la lana.

—Estará bien —aprobó Zumel—. Pero yo no necesitaré buscarme a una mujer. Ya la tengo pensada. ¿Recuerdas aquella Belasia, la hija del curtidor Durato?

—La recuerdo. Bedule y tú la rondabais. Cuando partimos era casi una niña, pero ya habrá enrruchado y se habrá convertido en una mujer. A lo mejor hasta tiene marido.

Zumel asintió, preocupado. En sus ensoñaciones descartaba esa eventualidad. Habían pasado muchos años. Seguramente la chica pertenecía a otro. ¿A alguno de los de su misma camada de guerreros, los que compartieron con él los ritos iniciáticos del chozón y la caza del lobo? ¿A Bedule quizá? Esa posibilidad atormentaba a Zumel. Como guerrero más destacado de su camada tuvo derecho a escoger mujer entre las doncellas del poblado. Podía haberse unido entonces a Belasia. La muchacha sólo había cumplido trece años, pero estaba formada como una mujer.

En los años de lucha bajo la luna de cobre de Cartago, Zumel había pensado a

menudo en Belasia. Había tratado de imaginarse cómo pasaban los años por ella. Le asaltaba la imagen de una mujer de carnes menos firmes, de una belleza algo devastada por los sucesivos partos, por las labores, por la vida trabajosa y desatenta. Pensaba que el dulce carácter se le había agriado, como a todas las mujeres que gestionan la escasez de un hogar pobre, en el que cocinan y lidian con los hijos pequeños mientras el marido apenas aparece para comer y dormir.

—Iré a Belasia: si no tiene marido, le hablaré —dijo Zumel fingiendo indiferencia—. De lo contrario habrá que conformarse con una esclava.

Cuando llegaron a la roca más elevada del promontorio se sentaron, y asistieron silenciosos a la puesta del sol sobre el mar.

Al día siguiente, temprano, Cotrufes se dirigió al campamento de los espartanos y buscó a Potasio, el prefecto de los mercenarios. En el lugar que antes ocupaba su tienda de cuero sólo encontró el rodal de yerba aplastada.

—Se ha mudado a Siracusa —le indicó un caballero.

—¿A Siracusa?

—Sí. Ahora trabaja para Dionisio. Ya ves las vueltas que da la vida. Ayer nos matábamos por el puerto, y hoy, cuando los muertos están todavía calientes, somos amigos de toda la vida. Potasio se encarga de las pagas y los destinos de los mercenarios ahora que Himilcón se licencia.

Cotrufes se dirigió al cónsul de Dionisio, un griego joven, casi adolescente, que vestía rica túnica de lino adornada con piedrecitas de lapislázuli y lucía un carbunclo en el anillo. Le solicitó un salvoconducto para la ciudad.

El cónsul miró al ibero con cierta aprensión.

—¿Qué buscas en Siracusa?

—Tengo que hablar con Potasio, el prefecto. Es un asunto urgente. Soy uno de sus capataces.

—¿Y no puedes esperar a que regrese? En unos días estará de vuelta.

—Es que nos queremos licenciar ya.

—¿No os interesa un reenganche con Esparta?

—No; en mi cuadrilla sólo somos dos. Ya se las arreglará Esparta sin nosotros.

—¿Sólo dos?

—Somos los de la Cadena. Los otros han muerto.

El griego se encogió de hombros. Los bárbaros son como niños. Se les ocurre una cosa, siempre sin la debida reflexión, y quieren realizarla enseguida. No conocen el ayer ni el mañana. Sólo el ahora, lo inmediato. En fin, el problema no era suyo. Un solo ibero en la ciudad no sería peligroso. Se sentó y extendió el salvoconducto.

—Tendrás que dejar tus armas a los guardias de la puerta —le advirtió mientras estampaba su sello en el documento.

Cotrufes asintió.

En el campo habían retirado los cadáveres de los caídos en el último asalto, pero al pie de los muros quedaban grandes cuajarones de sangre cubiertos de moscas. El

hedor dulzón de la podredumbre humana recalentada por el ardiente sol se mezclaba con el acre de los estercoleros al pie de la muralla. Cotrufes depositó sus armas en el cuerpo de guardia y dejó atrás las pesadas puertas de bronce algo abolladas por los arietes de Himilcón.

A sus ojos se mostró una bulliciosa ciudad griega de calles bien trazadas con nobles edificios y jardines. Caballos, carros, lámparas, almacenes, tabernas, muchachas... Todo un espléndido botín que durante meses habían tenido al alcance de la mano y sin embargo habían perdido por voluntad de Bromos, el dios de la peste.

Dionisio había instalado a Potasio en una casa señorial, cerca de su palacio de Pentápila, en la isla fortificada de Ortigia, que se unía por un puente al resto de Siracusa. Cotrufes recorrió la calle principal, que conduce a la fuente Aretusa, sintiéndose observado con cierta aprensión por los viandantes. Aunque iba desarmado, no podía disimular que era uno de aquellos bárbaros que los cartagineses alistaban en su ejército.

Un sargento de peltastas le señaló la casa de Potasio, un edificio de buena planta, de piedra, con ventanas pintadas de azul. Cotrufes se detuvo un momento bajo los pámpanos y los racimos del emparrado que sombreaba la entrada.

En la casa reinaba una actividad febril. Trasladar al nuevo patrón griego la administración del ejército mercenario era una tarea ingente.

El portero le salió al paso.

—¿A quién buscas, soldado?

—A Potasio, el prefecto. Es urgente. Soy Cotrufes, capataz de una compañía mercenaria.

—Has venido en balde —informó—. Potasio está muy atareado y no recibe a nadie. Dentro de unos días podrás verlo.

Cotrufes lo apartó de un manotazo y se abrió paso a través del zaguán hacia el interior de la casa.

Potasio y el contador Calción de Patmos estaban inclinados sobre la mesa de cuentas, un tablero negro lleno de números trazados con tiza que se borraban y corregían con un trapo húmedo. En el otro extremo de la estancia, tres capitanes carios repantigados en sendos triclinios bostezaban en espera de órdenes.

Cuando Cotrufes irrumpió, seguido por el portero que intentaba detenerlo, los rodios le salieron al paso.

—No estoy armado —advirtió.

Potasio levantó la cana cabeza de las cuentas y lo miró.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó, contrariado.

—Regreso a Iberia. Vengo a reclamar las pagas atrasadas de la Cadena. Nos vamos.

De repente Potasio no parecía tan ocupado. Terminó de incorporarse y le dedicó una leve sonrisa.

—¿Os vais? —preguntó con sorna.



—Zumel y yo, lo que queda de la partida.

Se tranquilizó el griego que por un momento había temido que Cotrufes se refiriera a los iberos en general, a todas las partidas, algunas de las cuales ya se habían comprometido a apoyar a Esparta.

—¿No quieres ir a Grecia, entonces? —insistió—. Te advierto que hay buenas perspectivas. Los espartanos son más generosos que Himilcón. Ganaremos un dárico mensual, nada menos, lo que equivale a cinco óbolos diarios, o, lo que es igual, a un cuarto de dracma. Y si lo preferís se os pagará el equivalente en moneda de Cartago.

—No nos interesa.

Potasio pareció reflexionar. Se acercó a Cotrufes y le pasó un brazo por el hombro, familiarmente.

—Comprendo vuestra decepción, hombre —admitió—, pero no creo que te interese regresar a Iberia. ¿De qué vas a vivir a tu edad? ¿Vas a romper terrones, vas a guardar marranos? ¿Qué vida te aguarda en un poblado miserable? Ya no tienes edad de combatir, pero a mi lado puedes entrenar tropas. Vivirás bien y te retirarás rico. El nuestro es el único comercio que jamás decae: la guerra. El cobre y el oro, el ámbar y el múnice oscilan según los mercados. La guerra, no. La guerra es un valor seguro.

—No nos interesa el reenganche —se ratificó Cotrufes—. Regresamos a Iberia.

A Potasio lo inquietaba la defección de Cotrufes. Era uno de los patrones de partida más antiguos y, aunque era un hombre desafortunado, que había perdido a la mayoría de sus guerreros, gozaba de prestigio en el campamento mercenario. Si marchaba, otros podrían seguirlo. Después de convivir con los iberos durante tantos años, Potasio los consideraba gente primaria, de reacciones imprevisibles, salvajes que actuaban por impulsos, raramente por lógica. Prefería retener a Cotrufes a su lado hasta que el resto de los mercenarios se comprometiera.

—Te adelantarán la paga de cinco meses —le prometió—. Dionisio es generoso. Los capataces tendréis vino y mujeres.

Cotrufes negó con la cabeza.

—No me interesa, prefecto. Que el pagador me devuelva lo que le corresponde a la Cadena. Nos vamos.

Potasio miró de soslayo a su verdugo y hombre de confianza, un rodio corpulento con una túnica sin mangas que mostraba unos brazos musculosos cubiertos de tatuajes. El rodio entendió el mensaje y disimuladamente se situó a la espalda del intruso.

—Irse no es tan fácil, amigo —aseguró Potasio en su griego exquisitamente modulado, que traslucía cordialidad y camaradería—. Dionisio ha impuesto una crecida multa a los mercenarios que no se alistan con él. Quiere compensar los daños que le hemos ocasionado en los meses de asedio. Himilcón sólo ha satisfecho la parte de los cartagineses y la de los nómidas. No le alcanzaba el dinero para los demás y eso nos afecta al resto. Dionisio, en su generosidad, nos conmuta esa pena si nos alistamos con él. El que deserte tendrá que pagar. Si insistes en marcharte no te

quedará mucha ganancia después de liquidar vuestra parte de la deuda. Además, me veo obligado a mencionar el asunto de la pátera de plata requisada en Himera.

Cotrufes irguió la cabeza con expresión altiva.

—¿Qué pasa con la pátera?

—Lo sabes muy bien. Pertenece al botín colectivo y la Cadena se la apropió. Los patrones celtas preguntan por ella.

—¡La Cadena la ofrendó al templo de Melkarte! —replicó Cotrufes—. Todo el mundo lo sabe. Todos lo vieron. Y los patrones celtas estuvieron de acuerdo porque ahorraron su sangre a costa de la nuestra. Otras veces han recibido recompensas especiales y nosotros no hemos protestado.

—Nada de lo que dices excusa el delito. Ya conoces la costumbre: no se puede detraer ni un alfiler del botín colectivo antes de que lo hayan pesado y anotado los contadores. Existen leyes precisas sobre eso.

Una oleada de cólera nubló la vista a Cotrufes, pero se esforzó en mantener la calma.

—¡Himera se ganó gracias a nuestro valor y a nuestra sangre! —repuso apretando los dientes—. Los de la Cadena asaltamos el muro, aniquilamos a la guardia y abrimos la puerta. Sin ayuda de nadie, porque nuestro campamento estaba infestado de espías, ¿lo recuerdas? Perdí cinco hombres en esa acción. La Cadena se merecía una recompensa especial.

—... Que correspondía determinar a los jueces del reparto, no a ti, y menos ahora —replicó el griego—. Himilcón os recompensó generosamente y no protestasteis. En cualquier caso, vuestra conducta díscola ha merecido una multa suplementaria. No os quedará nada. Es mejor que te alistes con Dionisio.

La ira cegó al ibero. Arremetió contra Potasio, le partió la nariz de un puñetazo y le aferró la garganta con ambas manos.

—¡Griego hijoputa! —bramaba—. ¡Ladrón!

Lo hubiera estrangulado de no intervenir los capitanes carios. Uno de ellos golpeó al ibero en la cabeza con un antornero de bronce. Cotrufes se desplomó exánime.

## Capítulo 4

Caía la tarde. Zumel había entretenido la espera arrancando lapas de las rocas con el cuchillo. Avizó una vez más el camino de la playa. Empezaba a extrañarle la tardanza de Cotrufes.

El aroma del tocino asado procedente de las fogatas del campamento le estimuló el apetito. Regresó al promontorio, sacó del zurrón un mendrugo de pan y una cebolla y los masticó lentamente mientras contemplaba hundirse el sol, grande y rojo, sobre el negro mar de Cartago.

Nomandros, el médico, llegó hasta él jadeante.

—¡Menos mal que te encuentro, Zumel! —dijo poniéndole una mano en el hombro. Apoyado en él tosió y aspiró profundamente varias veces para recuperar el resuello. Se dejó caer sobre un asiento—. ¡Tengo malas noticias! —anunció.

Zumel, más preocupado por el tono que por las palabras, se sentó a su lado.

—Cotrufes ha intentado matar a Potasio, o eso dicen... —prosiguió Nomandros.

El rostro de Zumel permanecía tan inexpresivo como de costumbre.

—Y los esbirros de Potasio lo han ejecutado —concluyó.

Zumel permaneció silencioso e inmóvil, aunque una nube oscura invadió su semblante como si hubiera descendido prematuramente la noche.

—¿Cómo ha sido? —preguntó finalmente con voz ronca.

—No lo sé. Yo estaba en el hospital de los griegos y he visto su cadáver en el carro de los muertos. He intentado rescatarlo, incluso comprándolo, pero los sepultureros no han accedido. Le temen a Potasio. Por lo visto ha decretado que lo arrojen a los perros.

Zumel cerró los ojos. El latido de la sangre en las sienes era ensordecedor.

Después de un silencio ensimismado, porque su corazón se resistía a admitir la noticia, el mercenario emitió un largo sollozo más parecido a aullido animal que a sonido humano. Las lágrimas resbalaron copiosamente por sus curtidas mejillas.

Nomandros le echó el brazo por los hombros, pero no dijo nada.

—Habíamos decidido retirarnos a criar ovejas, tener una mujer, hijos... —le confió Zumel entre sollozos.

—Lo sé... —repuso Nomandros—. Me lo había contado.

—Después de tantos peligros y tantos trabajos en el ancho mundo, después de cruzar la mar y los desiertos de arena, después de dormir en lecho de serpientes y alimentarnos de pellejos y espinas, Potasio..., la rata espartana que se alimenta de nuestra sangre y engorda con nuestra tribulación, lo ha asesinado como a un perro y yo no he estado a su lado para morir por él.

—No ha sido culpa tuya —observó Nomandros.

—Pero yo debo acompañarlo al otro lado de la Puerta —replicó Zumel—. Es mi juramento sagrado. Mi Rey lobo ha muerto y debo seguirlo al otro lado de la Puerta.

—¡No sois lobos, Zumel, sois hombres! —razonó el médico en su tono más

persuasivo—. Tú hubieses sacrificado tu vida en combate por defender a tu caudillo, lo sé, y eso hubiera sido una actitud honrosa. Pero ahora Cotrufes ha muerto y el sacrificio de tu vida no puede devolverle la suya. ¡Esa costumbre bárbara de que un hombre muera porque otro ha muerto no tiene sentido!

Zumel sacudió la cabeza. Recordó aquella lejana escena del santuario de Anna la Potenciana, su juramento ante Anna la Terrible. Si un patrón perecía en combate, sus yegüeros morían con él. Era la ley sagrada.

—Debo morir con mi jefe —insistió Zumel como si hablara consigo mismo.

—Esa ley sólo tiene sentido en el campo de batalla —insistió el médico griego. Después de tantos años conviviendo con los iberos conocía la simple lógica de sus leyes guerreras—. El patrón se abre paso entre los enemigos y sus yegüeros le guardan los flancos y la espalda, lo libran de los golpes alevosos. Los yegüeros ponen en ello su vida y perecen si él perece. Es un proceder muy noble que todos admiramos. Pero cuando el lobo jefe ha muerto lejos de ti, ¿qué sentido tiene tu muerte? ¡Ninguno! No reniegues de la inteligencia que los dioses te otorgaron. Debes vivir, Zumel. Mientras tú vivas su espectro te acompañará y la vida no habrá huido totalmente de él. Vive para recordarlo y para honrar su memoria.

—En ese caso debo matar a Potasio y vengar la muerte de mi patrón.

—¡No podrás matar a Potasio! Ni siquiera podrás acercarte a él. ¿Crees que después de lo ocurrido te permitirán entrar en Siracusa? No pasarás del cuerpo de guardia, ni podrás enfrentarte tú solo a los hombres de Potasio. Es más, probablemente haya decretado tu ejecución: ya sabes cómo la gasta. Potasio desconfía de los iberos, conoce vuestras costumbres y no te dejará vivir después de haber asesinado a Cotrufes. Escúchame: si en algo aprecias nuestra amistad, huye del campamento antes de que te capturen. El puerto de Etna es el más cercano que no controla directamente Dionisio. Vete allí y pregunta por el capitán de *La Estrella Fenicia*. Es un antiguo conocido mío al que curé de unas fiebres hace años en Pitiusa. —Sacó una tablilla de su zurrón—. Llévale esta nota de mi parte y te ayudará. Ponte a salvo y regresa a tu tierra. Los dioses te protegerán.

Zumel guardaba un silencio ausente. Nomandros le puso la tablilla en la mano.

—Regresa a tu tierra y realiza tú solo todo lo que Cotrufes y tú ibais a realizar juntos. Hazlo en su memoria, para que su espectro descanse y no deambule por los valles nevados de la muerte con el remordimiento de haber llevado a sus hombres a la pobreza y a la aniquilación. ¡Abraza la dulce vida antes de que otros nos sustituyan y sólo seamos negra tierra y olvido!

Un borracho vagaba por el campamento recitando, con voz gangosa, los versos de Arquíloco: «En la lanza tengo el pan de cebada, en la lanza el vino de Ismaro, y bebo apoyado en la lanza». Un compañero suyo que intentaba conciliar el sueño le replicó:

—¡Pues deja algo para el pan de cebada y no lo gastes todo en vino, que en lugar de lanza vas a necesitar unas parihuelas!

Un coro de risas acogió la ocurrencia.

En torno a Zumel fluía la vida. Cotrufes había muerto, pero los astros giraban en el cielo, los insectos surcaban el aire caliente y las chicharras proseguían su monótono canto en los rastrojos. Los días sucederían a los días, las generaciones a las generaciones.

Zumel asentía a las razones del griego. Llevaba tiempo soñando con el regreso. Contendían en su alma el deber del sacrificio con la esperanza de la nueva existencia.

—Prométeme que sobrevivirás para honrar la memoria de tu patrón, nuestro amigo —insistió Nomandros—. Prométeme que harás todo lo que él no ha podido hacer.

Cedió Zumel, asintió, cabizbajo, y murmuró:

—Lo prometo.

Nomandros lo abrazó.

—Ponte a salvo, amigo mío, y vive ¡por los dioses!

Había anochecido. Zumel no regresó a su tienda. Dejó atrás el campamento, en el que comenzaban a brillar las hogueras, y se encaminó a la montaña.

Anduvo un buen rato cuesta arriba y cuando volvió la mirada, las luces no eran más que unas luminarias dispersas en la lejanía. Continuó ascendiendo hasta el lugar donde había ardido la pira de Harbón y estaban sepultados sus huesos.

Los murciélagos cruzaban el disco de la luna con sus vuelos erráticos.

—¡Cotrufes, Harbón, hermanos! —le gritó a la noche—. ¡Aibekeres, Ildutas y todos los demás hermanos muertos! ¡Escuchadme en mi tribulación! Regresaré al Baitis derrotado y solo para consultar a la Terrible si debo traspasar la Puerta para reunirme con vosotros o si permite que permanezca todavía a este lado como me aconseja Nomandros.

Después de formalizar su juramento sobre las cenizas de Harbón, caminó toda la noche hacia poniente y cuando clareó el nuevo día buscó el resguardo de un berrueco para ocultarse y descansar. Tras extender su manto en el lugar más sombreado, mordisqueó el último mendrugo que guardaba, bebió un trago del vino restante en su calabaza y se echó a dormir.

Al caer la tarde reanudó su camino. Anduvo toda la noche y al amanecer avistó nuevamente el mar y el puerto de Etna. Aguardó a la tarde para entrar en la ciudad confundido entre los hortelanos y los obreros de las salazones.

En el puerto fondeaba la flota que devolvería a África a Himilcón y sus nómadas: medio centenar de panzudos navíos de alto bordo, de los llamados *gaulos*, con la media luna de Cartago en el *supparum*, elevaban sus oscuras siluetas, apenas iluminadas por los fanales de a bordo, como una oscilante muralla. Faltos de espacio en el muelle, muchos permanecían en el centro del puerto, ligados entre ellos por amarres, y el más cercano al muelle había tendido una pasarela.

Un rumor de chanzas y gritos le indicó dónde estaba la taberna. Zumel apartó la sucia cortina de cuerdas y penetró.

Una multitud de alegres y vociferantes parroquianos se hacinaba en un local

amplio, de techo bajo, sostenido por vigas y maderos desechados de los cercanos astilleros. El estimulante aroma a adobo frito y a pan recién horneado competía con el olor a guano de la concurrencia. En el centro, detrás de un mostrador de mampostería, un horno, varias calderas humeantes y una enorme parrilla no daban abasto para alimentar a la parroquia. A lo largo del muro se alineaban ánforas tan altas como un hombre de las que empleados provistos de escaleras y cazos trasegaban cerveza y vino. Viejos cabos de sogas colgaban del techo para que los comensales se limpiaran la grasa de los dedos.

Zumel ocupó un asiento libre al extremo de un tablero comunal. Una fámula rolliza se acercó a atenderlo y lo tasó con mirada experta. Como no le pareció muy necesitado de compañía femenina se ahorró la coquetería. Pasó un trapo mugriento por el tablero y le preguntó con expresión de fastidio:

—¿Qué tomas?

—¿Qué es esa bazofia? —señaló Zumel el cuenco del comensal más próximo.

—Jabalí en salsa de higos.

—Eso, salchichas picantes y cerveza espesa —ordenó—. Y mucho pan.

La mujer tendió la mano con ensayado descaro, recibió el dinero y gritó la comanda hacia la covacha de la cocina.

Una vez saciado, Zumel buscó dónde dormir por los fonduchos del puerto. Una hospedera cuarentona y trabajada por la vida, aunque todavía de buen ver, lo admitió en su establecimiento. Mientras lo precedía escaleras arriba con el candil en la mano, lo informó de su condición de viuda de un aparcerero de Campania al servicio de Dionisio. En el aposento del piso superior dormían varios huéspedes embozados en sus mantos. El único camastro libre estaba pegado al de un gordo de cuello corto que roncaba fragorosamente y a ratos tosía, entre sueños, regurgitando parte de la cena.

Zumel dudaba.

—Si no te gusta puedes dormir conmigo —le espetó la viuda mirándolo a los ojos—. Pareces un hombre bueno y de fiar.

—Te lo agradezco, mujer, pero me quedaré aquí —respondió.

La mesonera le tendió la mano con un gesto casi gracioso.

—Un cobre.

El huésped rebuscó en su bolsa y satisfizo el precio.

Con el hatillo de sus pertenencias por cabecera, Zumel se echó a dormir.

No logró conciliar el sueño. Ya se había acomodado a la idea de vivir, pero no podía alejar de su pensamiento el asesinato de Cotrufes, que dejaba sin venganza. A ratos urdía una historia creíble que justificara su regreso sin él. Diría que Cotrufes había disuelto la Cadena y había decidido permanecer en Sicilia, junto a una soldadera siracusana que alquilaba camastros a los navegantes. De este modo excusaría preguntas e indagaciones.

Al día siguiente se levantó temprano y merodeó por el puerto después de desayunar en un puesto callejero tocino asado y torta de pan caliente. La suspensión

de la campaña militar había provocado una desbandada de mercenarios y vivanderos. Individuos malcarados vagabundeaban por el muelle con sus hatos al hombro observando las naves.

Los armadores habían reforzado las guardias a bordo. Tracios y negros provistos de garrotes ferrados transitaban por los muelles y en torno a los almacenes para evitar los robos.

No era fácil encontrar un pasaje para escapar de la isla. Muchos capitanes que temían embarcar piratas rechazaban a los pasajeros de dudosa catadura. No sería la primera vez que los salteadores se hacían pasar por pacíficos pasajeros para robar el navío y su carga en alta mar.

## Capítulo 5

*La Estrella Fenicia* era un navío redondo y panzudo de los llamados *gaulos*, antiguo y algo destartalado, pero sólido. De sus dos potentes mástiles pendían velas de lino rectangulares, así como los brioles para izarlas y arriarlas. El combo y negro costado de la embarcación se elevaba alto y robusto como una muralla. Zumel admiró la redondeada tablazón de la nave, la enorme pala timón levantada e inmovilizada en la amura de babor, el *aplustro* de proa en el que habían pintado de vivos colores dos enormes ojos azules, uno a cada lado, y el mascarón que representaba la cabeza de un caballo.

Un marinero desnudo calafateaba una grieta desde un andamio.

—¡Salud! —lo saludó Zumel—. ¿Dónde está el capitán?

El calafate le dirigió una mirada indiferente y siguió a lo suyo.

—No se admite pasaje —advirtió cansinamente como si hablara con la grieta que estaba tapando.

—¿Y el capitán? —insistió Zumel.

El otro depositó la espátula en el caldero de la brea y se volvió lentamente.

—Ya te he dicho que no se admite pasaje —repitió recalcando las palabras—, así que ¡largo de aquí!

—Dile al capitán que le traigo un recado de Nomandros, el médico.

El marinero reclamó a voces a un esclavillo y le dio instrucciones en chipriota que Zumel no entendió. Desapareció el muchacho en el interior de la nave y a poco apareció el capitán, un gordo con una ligera túnica de lino.

—¿Nomandros, eh? —le preguntó—. ¿Cómo está el viejo carnicero?

—Está bien. En Siracusa. Muy atareado con el hospital.

—¿Y su mujer, sigue tan alegre?

Zumel no disimuló su sorpresa.

—¿Qué mujer? Hace años que lo conozco y no sabía que tuviera mujer.

El gordo rio de buena gana.

—Y no la tiene. ¡Es un sabio ese hombre! Lo preguntaba sólo por probarte. ¿Dónde está tu compañero? Nomandros me comunicó que seríais dos.

—El otro ha muerto.

El capitán se encogió de hombros.

—Anda, sube.

*La Estrella Fenicia* zarpó de madrugada, con la marea alta para evitar los peligrosos bajíos de la barra del puerto.

Acodado en cubierta, Zumel observó los trabajos de la tripulación, una veintena de marineros cartagineses, fenicios y chipriotas sucintamente ataviados con taparrabos y gorros frigios. Tras largar amarras, dos fornidos libios se afanaron con las pértigas para apartar la nave del muelle. El capitán ordenó drizar las velas. Los marineros se aplicaron a los remos para orientar el lento armatoste hacia la bocana



del puerto.

*La Estrella Fenicia* caboteó los últimos promontorios de Tinacria antes de abandonar la costa. Soplabla una brisa suave que traía aromas de los soleados montes sicilianos.

Sicilia la ubérrima, la hermosa. No la echaría de menos.

Recostado en la borda tras la mampara del castillo de popa, al resguardo de la húmeda brisa marina, Zumel contempló la mar abierta.

Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando un aleteo a su espalda lo sobresaltó. Volvió la cabeza y descubrió un jaulón con media docena de palomas sobre el techo de la toldilla.

—En caso de niebla persistente, el capitán suelta una y orienta el rumbo de la nave en la dirección del vuelo —intervino una voz.

Zumel se giró. El que así hablaba era un mercader rodio que viajaba en el camarote de la toldilla, un cuarentón bien parecido, la barbita recortada al estilo corintio que fletaba parte de la carga, el único pasajero aparte de Zumel.

—Eso parece —respondió el ibero.

El mercader se sentó en un fardo, dejó a un lado las tablillas de contable que llevaba bajo el brazo y extendió las delgadas y velludas piernas.

—Parece que la mar está tranquila —comentó.

—La mar es siempre la mar —observó Zumel—. Nunca se sabe por dónde va a salir.

El rodio rio por lo bajo.

—Es lo único que teméis los iberos: al mar. Eso es porque no tenéis un dios que os cuide cuando embarcáis. Si sacrificarais a Poseidón, el mar os sería propicio.

—Me temo que tu consejo llega tarde —respondió Zumel—. Ya no pienso hacer más travesías. Ni siquiera volveré a ver el mar cuando lo pierda de vista.

—Eres de tierra adentro, ¿eh? —supuso el mercader.

—Sí.

Titubeó el rodio antes de preguntar:

—¿Puedo saber de dónde? He viajado un poco por Iberia. Quizá pueda darte noticias de tu patria.

—De Zubión, en el Baitis.

—He estado un par de veces en ese poblado, hace años —declaró el rodio—. Tu poblado está cerca de Kastul, la de la plata, pero en Zubión sólo producís cabras y esparto, además de algo de miel. Conozco la comarca. Antes de dedicarme al trigo, cuando comerciaba con miel y resina, tenía buenos proveedores allá. Tenéis buenos bosques, aunque infestados de lobos, y se caza bien el jabalí. Hay poco más, aparte de hurones, serpientes y conejos.

—No es una tierra muy rica —corroboró Zumel.

—Muchos no tienen más salida que alquilarse como mercenarios —prosiguió el mercader. Cayó en la cuenta de que estaba hablando con uno de ellos y añadió,

incómodo—: Bueno, te estoy hablando de cosas de las que tú sabes más que yo.

Zumel se limitó a asentir.

En realidad todo el mar de Cartago estaba lleno de mercenarios. La guerra era el oficio de los pobres que no se resignaban a la servidumbre, de los jóvenes valientes codiciosos de gloria y de ganancia.

La conversación derivó hacia la nave y su carga. El puerto de destino de *La Estrella Fenicia* era Mastia de Tartesos, al Levante de Iberia. Los contestanos habían permitido que Cartago estableciera allí un almacén y un mercado, a cambio de ciertas granjerías. La nave transportaba trigo, tejidos, perfumes, vino, aceite de oliva y cerámica siciliana de estilo griego. En Iberia cargaría plata, cobre, cinabrio y salsa de pescado.

Derivó la conversación hacia asuntos familiares. Como tantos de su oficio, el mercader mantenía dos familias, una en Rodas y otra en Selinunte, tres hijos por un lado y cinco por otro.

—Ninguna de las dos sabe de la existencia de la otra —precisó—. Soy de los que opinan que eso no es menester, que tarde o temprano una de ellas te da la tabarra, cuando no las dos, y eso se torna peligroso cuando uno mengua con la edad y ellas se crecen. La de Rodas es alta y robusta, con buenos pechos y espléndidas caderas, y es de muy buen conformar. La siciliana, por el contrario, es más espigada y morena y aunque le falta chicha lo compensa porque conoce todas las diabluras que se pueden hacer en la cama. Al tercer día de estar con ella ya me tiene deslechado y flojo de las rodillas. Intenta remediarlo haciéndome pastelillos de miel y almendras, pero uno ya va teniendo una edad y ni por ésas. Y tú, ¿estás casado?

Zumel negó con la cabeza.

—No. Me vine a la guerra de Sicilia cuando los compañeros de mi camada se estaban casando. —Se quedó pensativo y silencioso antes de añadir—: Ya tendrán la cría hecha y ahora yo tendré que hacer la mía. Pareceré el abuelo de mis hijos.

Conversaron sobre las costumbres de los diferentes pueblos. El rodio conocía bien las de los iberos oretanos.

—En el Baitis, el comienzo de la hombría lo marca la caza del lobo —precisó—. Cada padre instruye a su hijo en la caza y en la guerra, y si el muchacho es huérfano de padre, esa obligación recae sobre su padrino o su tío. Los que cumplen catorce años tienen que superar la ceremonia de la hombría: se van del poblado con un pan, un dardo de hierro y un cuchillo y no se les permite regresar hasta después del invierno. ¿Es así o no?

—Más o menos —corroboró Zumel.

El rodio sonrió halagado.

—Los que quieren ingresar en la cofradía de los guerreros han de cazar un lobo. Mientras permanecen en el bosque viven en comunidad, dentro de un chozón, el... ¿cómo llamáis a la choza comunal?

—El *jasier* —dijo Zumel.

—Eso, el *jasier* —corroboró el mercader—. Sin embargo cazan al lobo por parejas. Se internan en el bosque con un pan y un cuchillo. A veces son los lobos los que los cazan a ellos. Por cierto, ¿tú cazaste tu lobo?

—Más o menos —concedió Zumel.

Zumel jamás se vanagloriaba de ello, pero no sólo había cazado su lobo sino también el del hijo de su patrón, un muchacho animoso, pero blando.

—En Esparta, la ceremonia de la hombría es muy distinta. Allí consiste en soportar una paliza frente al templo de Ares —observó el rodio—. Algunos no superan la prueba y mueren.

—¿Y qué demuestra que los azoten sin haber cometido una falta? —inquirió Zumel.

El rodio se encogió de hombros.

—Es la costumbre. Demuestra resistencia al dolor, supongo. Los espartanos se entrenan desnudos, incluso las chicas se desnudan —prosiguió.

—¿Es posible? ¿Juntos?

—Así es. En la misma palestra.

—¿Y no sale ninguna preñada? —se admiró Zumel.

—Eso es parte del entrenamiento. Contener los impulsos. Endurecerse —dijo el rodio.

—En el Baitis, no. Allí las chicas siempre andan tapadas. Sólo vemos una mujer desnuda cuando regresamos del *jasier*. Entonces ya eres guerrero y tienes derecho a casarte. Los parientes te arreglan la ceremonia y te escogen la mujer adecuada entre las jóvenes vírgenes. Después de eso no tienes derecho a hablar en la asamblea hasta que tienes un hijo varón.

En aquel momento el cocinero golpeó repetidamente una caldera para indicar que la comida estaba lista. Se acercaron a su cobertizo y llenaron las escudillas con un cocido de garbanzos y acelgas aromatizado con ajo, hierbas y vinagre. Después, el mercader sacó de su repuesto un trozo de queso y lo compartió con Zumel.

Aquella noche, insomne a la luz de la luna, Zumel evocó los gloriosos días de su *jasier*, cuando mató al lobo rey. Su amigo Turrillo lo había escogido como compañero usando de su prerrogativa como hijo de un notable. Se internaron en el bosque en la dirección que marcó Zumel, por donde se decía que abundaban las loberas, unos parajes peligrosos que herberos y leñadores evitaban. Turrillo nunca se había aventurado en aquellas brañas, pero Zumel las había explorado muchas veces solo o en compañía de otros. Zumel conocía las fuentes, los calveros y los zarzales, sabía las sendas del conejo, del zorro y del lobo, y podía deducir el tamaño de los lobos y la composición de las manadas por las huellas que dejaban en la tierra y los pelos prendidos en los zarzales.

—Pero todo esto, ¿quién te lo enseña? —le preguntaba Turrillo algo celoso de que su amigo, el hijo del pastor, supiera tanto.

—Oigo a los cazadores y a los guerreros. Los antiguos yegüeros que se aburren

en la casa de los viejos están deseando de que alguien los escuche y les pregunte algo.

La casa de los viejos, el lugar más repugnante del poblado, el hogar comunal al que los viejos sin familia se retiraban a esperar la muerte. Turrillo se encogía de hombros. De pronto perdía interés.

—Sí, pero ¿quién aguanta allí, con el pestazo?

—A ver —replicaba Zumel—. El que algo quiere, tiene que dar algo. Nada se aprende de balde. Y ellos tienen mucho que enseñar.

Salieron varios días sin resultado. Regresaban al chozón comunal con algún conejo, incluso con un cochino, pero nunca con un lobo. Los otros aspirantes a guerreros tampoco tenían suerte. Al cuarto día, Zumel encontró las huellas recientes de una manada, las siguieron y descubrieron un abrevadero fresco. Remontaron el arroyo hasta unas peñas donde la corriente se remansaba en charca entre cañaverales.

—Vamos a recoger un brazado de hojas de caña, y nos vamos a revolcar en ellas desnudos y después nos vamos a mear, para que huelan a nosotros —propuso Zumel.

Lo hicieron y después fueron depositando las hojas en el suelo o en las ramas cada tres o cuatro pasos en un amplio perímetro que rodeaba el abrevadero por sus alrededores más accesibles, dejando un pasillo más angosto libre de señales.

—Ahora nos apostamos en esa parte, contra el viento, que no nos huelan, y esperamos a que acudan —indicó Zumel—. Yo te indicaré dónde te tienes que emboscar.

Le buscó una posición aventajada, con vistas al abrevadero y bien cubierta por la espesa vegetación.

—¿Tienes listos los venablos? —inquirió Zumel—. ¿Y el cuchillo? Bien. Ahora me buscaré un apostadero. No te duermas, ¿eh?

—Descuida —dijo Turrillo. Al hijo del régulo no le importaba obedecer al hijo del pastor siempre que estuvieran a solas, sin testigos.

Después de varias horas de espera, varios lobos sedientos acudieron al abrevadero. Zumel cazó el suyo, un joven macho gris al que alcanzó de través con su venablo y remató a cuchillo cuidando de no estropear demasiado la piel. Turrillo no consiguió nada. Venciendo su repugnancia ayudó a su amigo a desollar la pieza.

—¡Qué mala pata! —se quejaba—. He lanzado mis tres venablos y creo que he herido a dos, pero huían tan veloces que los he cogido sólo de refilón.

—Ya acertarás otro día —lo consolaba Zumel—. Si van de lado, hay que tirar un cuerpo adelantado.

—¿Tú crees?

—Eso dicen los loberos viejos.

—Mañana cazaré el mío.

—Habrà que buscar otro abrevadero. Los de esta manada tardarán en volver a éste.

Lo buscaron y aguardaron dos días sin resultados. Al tercero encontraron los restos de un jabalí dispersos en un amplio rodal.

—¡Tremendo! —exclamó Turrillo—. ¡Fíjate qué pedazo de colmillos gasta el bicho!

—Un berraco —señaló Zumel.

El aspirante a guerrero examinó el entorno. Le sorprendió comprobar que aquella carnicería no era obra de una manada atacando simultáneamente. Sólo había huellas de un lobo, grandes y profundas, las uñas más abiertas de lo normal, un lobo enorme.

Siguió las huellas de la fiera con Turrillo pegado a sus talones. Encontró un rodal de hierba aplastada. Después de saciarse, el lobo cazador había arrastrado una parte de su presa para reservarla de los carroñeros.

A medida que se internaban en la enmarañada espesura Turrillo se mostraba más intranquilo. Miraba atrás con frecuencia.

—¿No deberíamos regresar? —decía—. ¿No nos perderemos? ¡Me ha parecido oír algo!

Al final, Zumel se incorporó con un suspiro resignado.

—Haremos una cosa. Tú te subes en ese alcornoque y aguardas a que yo regrese. Te quedas con los zurriones para que yo vaya más ligero.

—Vale —aprobó Turrillo complacido—. Yo guardo el hato y vigilo desde ahí arriba, pero no tardes, no se nos vaya a hacer de noche y sea peor.

Zumel se internó solo en la fronda. Las huellas conducían a otro zarzal, más espeso e impenetrable que el primero. Lo rodeó tanteando sus correderas, los angostos senderos trazados por conejos, zorros y otros habitantes del bosque. Por doquier se veían osamentas antiguas, algunas tan secas y descompuestas que se confundían con los guijarros.

Cayó la noche y Zumel no compareció. Turrillo la pasó tiritando de frío y de miedo en la copa del alcornoque. Desvelado, hacía cábalas. Daba por seguro que los lobos habían devorado a su amigo. Cuando amaneciera regresaría a la choza comunal y contaría lo que había pasado. Una manada los había atacado y aunque él había luchado valerosamente por salvar a su compañero no había podido evitar que sucumbiera.

Pero Zumel no había muerto. Regresó al amanecer con la piel de un lobo negro, gigantesco.

—¡Un lobo negro! —exclamó Turrillo sin disimular su admiración—. ¡Nada menos que un lobo negro!

Ufano y sonriente, Zumel extendió la inmensa piel sobre la hierba. En el dorso quedaban cuajarones de sangre y jirones de carne adheridos. Turrillo los raspó con su cuchillo y se los llevó a la boca con fruición.

—¡Sangre del lobo negro, Zumel! —exclamó—. ¡El valor y la furia del lobo negro!

Zumel se dejó caer al pie del árbol, la espalda contra el tronco.

Tantos años después, después de haber visto tanto mundo, de haber cruzado mares y desiertos, recordaba vívidamente a aquel lobo negro. Nunca había olvidado

la fiereza de aquellos ojos amarillos encendidos como ascuas.

Un lobo negro era una pieza excepcional que sólo aparecía cada muchos años, lo que lo llenó de satisfacción. Con aquel trofeo ni Bedule ni ningún otro compañero de su camada podría disputarle el título de patrón del *jasier*.

De regreso al poblado con las pieles al hombro, él la del lobo rey y su camarada la del otro, Turrillo se sintió cansado.

—Vamos a sentarnos un poco, Zumel.

Se sentaron debajo de un acebuche. Turrillo rodeó con el brazo los hombros de su amigo.

—Oye, Zumel, ¿de verdad me aprecias? —le preguntó.

Zumel lo miró desconcertado. Turrillo estaba llorando.

—Eres mi mejor amigo, Turrillo —le dijo—. Tú lo sabes.

Turrillo apartó la mirada. Se restañó el llanto con el dorso de la mano.

—¿Tú sabes que mi padre se avergüenza de mí?

—No, hombre, ¡qué va! Lo que pasa es que es muy exigente.

—¡Pues eso! Yo le ganaría la voluntad sí hiciera algo destacado, como mi hermano, pero ya has visto que no tengo suerte en la caza. Si de verdad me aprecias podemos intercambiar las pieles. El tuyo es un lobo rey que me correspondería mejor a mí como descendiente de Cerinnos. ¿No te parece? Cuando mi padre muera y yo sea tu patrón sabré agradecértelo.

Turrillo llevaba razón. Él estaba destinado a ser el patrón de una familia aristocrática mientras que Zumel sólo era el hijo de un pastor asalariado, por mucho que hubiera matado a un rey lobo.

No le resultó fácil a Zumel renunciar a la gloria. Era joven y había pensado pavonearse ante Belasia, la muchacha de la que estaba enamorado, demostrarle que era el mejor guerrero de su *jasier*, incluso el mejor de los siete pueblos del valle. ¿Cuántos guerreros podían ufanarse de haber cazado un rey lobo? Sin embargo se mostró generoso y sacrificó su gloria para que su amigo, al que apreciaba más que a nadie, demostrara a su padre y a todos los que dudaban de sus cualidades que no le faltaba valor ni fuerza para convertirse en un temible guerrero y un digno patrón.

Los dos amigos intercambiaron las pieles. Turrillo se cubrió con la del lobo rey y Zumel recogió bajo el brazo la del otro lobo sarnoso. Reanudaron el camino en incómodo silencio. Ya a la vista del pueblo, Turrillo se detuvo de nuevo.

—Zumel: júrame que no revelarás a nadie que tú cazaste mi lobo.

—No se lo diré a nadie, descuida.

—Eso no es suficiente —insistió—. ¡Júramelo por Corión!

—Te lo juro por Corión.

Turrillo lo abrazó con afecto.

—Esto no lo olvidaré nunca, te lo juro —le dijo con lágrimas en los ojos—. Jamás olvidaré que tú te mereces toda la gloria. Serás un gran yegüero, el jefe de todos mis yegüeros. Lo tendré en cuenta cuando gobierne el poblado.

Muchos años después, aquella noche melancólica en la nave que lo llevaba de regreso a casa, Zumel sonreiría con amargura al evocar aquellas palabras. El gran guerrero regresaba ahora pobre, cansado y señalado de cicatrices, sin gloria alguna, y con el remordimiento de haber vulnerado el sagrado juramento de fidelidad a su patrón. El espíritu de Cotrufes vagaría por las sombras sin honras fúnebres, clamando venganza. Inquieto, cambió de postura y se esforzó inútilmente por espantar los lúgubres pensamientos. Intentaba distraerse pensando en Belasia. ¿Qué aspecto tendría después de tantos años? La última vez que la vio era una muchacha escurrida que apenas había alcanzado la pubertad. Ahora habría madurado, le habrían ensanchado las caderas, se le habrían hermo­seado los brazos.

—Hermosa como una becerra... —murmuró anticipando su deseo.

Por más que intentaba imaginar su encuentro con la mujer en las más variadas situaciones, su pensamiento regresaba fatalmente a su fuga de Siracusa, al abandono de su patrón, muerto y sin venganza. ¿Podría vivir con aquel peso el resto de su vida? No sólo había vulnerado el sagrado juramento ante Anna la Terrible. También había faltado al valor que un guerrero debe mostrar en el combate, había desamparado a su jefe muerto, había permitido que los perros devoraran su cadáver. La sensación física del asco lo desveló. Sólo al filo de la madrugada, cuando el cansancio acumulado le pesó en los párpados, pudo conciliar el sueño y se sumó al coro de los que roncaban a su alrededor.

## Capítulo 6

Tras cinco días de navegación, un marinero que había trepado hasta el *supparum* de la vela mayor avistó las costas de Iberia.

—¡La conejera! —gritó señalándola.

Una aclamación acogió sus palabras. Animados ante la perspectiva de los placeres que los aguardaban en el puerto, cerveza, salchichas y mujeres, los marineros corearon con entusiasmo una canción a Melkarte.

Iberia era una remota franja de gris más intenso, que parecía brotar de la niebla.

—¡Mastia, la de las altas murallas! —exclamó el mercader rodio acodado en la borda.

La franja de tierra crecía en el horizonte a medida que *La Estrella Fenicia* se aproximaba.

Ayudada por los remos, a los que los marineros se aplicaron con ahínco, la nave enfiló la bahía. Mastia apenas se divisaba en la distancia, confundida sobre el fondo pardo y gris de las montañas que la rodeaban.

—¿Ves aquellos dos cerros que semejan las tetas de una mujer? —señaló el mercader rodio—. Allí se levantan dos templos, el del dios de la salud y el de la abundancia.

Los muros coloreados de la ciudad se perfilaban en la distancia.

Zumel no pensaba detenerse en Mastia. Estaba impaciente por llegar a Zubión. Preguntó al mercader cuál sería el mejor itinerario para el Baitis.

—Lo tienes fácil, hombre —dijo—. Mastia está en el centro de Iberia: si te desvías a la izquierda darás con la tierra de los mastienos y si te desvías a la derecha con la de los edetanos, pero si te mantienes en el camino del sol atravesarás las tierras de los bastetanos y llegarás en pocos días a tu tierra oretana. Tendrás que cruzar un par de regiones montañosas infestadas de bandidos, pero me da la impresión de que sabes cuidarte.

La nave atracó en el muelle de la sal, no lejos de los almacenes y de las pesquerías. En la explanada del puerto, las ánforas se apilaban hasta formar una muralla. El aire apestaba a la pez de los calafates, a la grasa rancia de los tenduchos, al cuero hervido de las tenerías. Los almacenes exhalaban su característico hedor a pescado podrido procedente de las salazones y las conservas de caballa, escombros y morralla salpresada. En un redil balaban rojizas ovejas lanudas.

Dos mozos portuarios tendieron una inestable pasarela de tablones entre el muelle y la nave. Los marineros dispusieron la red de descarga y tensaron el cabrestante de la grúa. Tres carros de bueyes aguardaban las mercancías. Algunos mastienos se acercaron a la nave para interesarse por los sucesos de Sicilia y su repercusión sobre el comercio.

Dos agentes se abrieron paso entre los mirones y subieron a bordo.

—El recaudador y el capataz de los descargadores —comentó el rodio—. Antes



de desembarcar tendremos que esperar a que ajusten sus ganancias con el capitán.

El trámite fue rápido. Zumel se despidió del mercader rodio y cruzó la pasarela con su petate al hombro. Ignoró las interpelaciones de los que aguardaban en el muelle y cruzó las instalaciones portuarias por entre los bultos y las mercancías apilados. Detrás de la zona reservada había un mercado en el que los vendedores pregonaban los productos de la zona, uvas, aceitunas, cebollas.

Pasada la tapia que protegía la población de los vientos marinos, Zumel encontró una hilera de casas con soportales atestados de cerámica, frascos de pasta vítrea, tejidos de lino o lana y cordelerías de pita y de esparto. Mastia era una ciudad de casas y palacios de piedra bien alineados, con las fachadas pintadas de blanco y de azul y templos con columnas de madera que sostenían techumbres de yeso de vivos colores. Como en toda ciudad próspera y portuaria, en Mastia abundaban las tabernas, los hornos y los lugares de placer, que sacaban sus reclamos a la calle con carteles, ramos de follaje verde y pregoneros. Un transeúnte le indicó los puestos de los cambistas. Zumel anduvo de uno en otro, comparando tasas de trueque, hasta que dio con el que le pareció más ventajoso. El cambista examinó cuidadosamente la moneda de oro que el viajero había depositado sobre la losa del mostrador: en el anverso, la cabeza de Tanit; en el reverso, el caballo con la palmera. La hizo sonar sobre la piedra para comprobar que no era de plomo chapado en oro.

—No se ven muchas monedas como ésta —comentó satisfecho tras cerciorarse de que procedía de una ceca legítima—. ¿De dónde vienes?

—De Sicilia.

Asintió el cambista adivinando el oficio de su cliente. Pesó la moneda sobre una pequeña balanza portátil equilibrando el otro platillo con varitas de cobre.

—Por esta moneda sólo te puedo dar siete de plata o veintidós óbolos —concluyó tras la operación.

Zumel dudó un momento.

—Venga la plata.

El cambista se guardó la moneda y extrajo del cajón una bolsita de cuero. Desanudó el cierre con sus dedos ganchudos, y extendió sobre el tablero un puñado de monedas de plata acuñadas en Emporión y Rhode, de las que escogió las menos deterioradas. Tras pesarlas para demostrar que no estaban limadas ni faltas de peso, las entregó a Zumel.

—Si cambias aquí todas tus monedas de oro te haré un precio especial —le comunicó con una sonrisa amistosa—. Y si me traes a otros viajeros que busquen cambio te recompensaré igualmente.

Zumel no respondió. Se guardó las monedas y se alejó. Sentía cierto desconsuelo en el estómago porque no había comido desde la víspera. Tras husmear un rato por los figones del puerto se detuvo delante de un establecimiento del que emergía un rumor de comensales felices.

Era la hora de la comida principal del día y el local estaba repleto de trabajadores

portuarios y de empleados de las factorías cercanas. Un denso aroma de las salsas de vino agrio, manteca y especias estimulaba el apetito. En las toscas mesas de la sala común, o en reservados más elegantes separados por cortinas, una multitud de mercaderes y marinos cartagineses, libios, tingitanos, celtíberos, griegos y ligures devoraba guisos de carne o pescado. Robustas mesoneras alzaban sobre las cabezas los cestos de pan crujiente, recién horneado, y acudían a las llamadas de los parroquianos. El hostelero, un fenicio gordo y sudoroso al que escoltaba un fornido esclavo, deambulaba entre las mesas velando por el buen orden del establecimiento y por que no faltara salsa, vino, hidromiel o cerveza allá donde los parroquianos lo requerían.

En el centro de la amplia sala, sobre una artesa de mampostería, se asaba un cerdo abierto. La grasa goteante sobre el lecho de brasas producía un siseo no del todo desagradable y difundía su apetitoso aroma a tocino curruscante. Del horno de pan contiguo llegaron dos mozos con las túnicas enharinadas que sostenían en alto una larga tarima de amasar sobre la que humeaban hasta veinte aromáticos panes recién horneados.

—¡Crujientes y ricos! ¡Que queman, que queman! —pregonaba el hostelero—. ¿Quién quiere uno? Tú —señaló a Zumel—, siéntate aquí. —Acomodó a Zumel—. ¿Tienes con qué pagar, verdad?

Zumel depositó una moneda de plata sobre el mostrador y señaló la comida de un vecino de mesa. El fenicio dirigió al óbolo una mirada conmisericordiosa y torció el gesto como si acabara de asistir a un espectáculo deplorable. No sabía qué lengua hablaba aquel forastero que vestía manto de lana a pesar del calor. Probó a entenderse en púnico y en griego foceo, pero el forastero no parecía comprender ningún idioma. Finalmente levantó tres dedos para indicarle que faltaban dos monedas. Zumel hurgó en su faltriquera y las depositó sobre el mostrador. El mesonero asintió, abrió un pan humeante y sirvió sobre sus dos mitades sendas porciones de cerdo asado que regó con la salsa de un cacillo. A continuación destapó los mimbres que cubrían un dornajo de madera y llenó una cratera de cerveza.

Zumel engulló con apetito el primer bocado decente que tomaba en varios días.

Calmada la gazuza, contempló la vida con mejores ojos. Por vez primera se sentía a salvo, a salvo del mar y a salvo de Potasio. Bebió un buche de cerveza deleitándose con su amargor reconfortante. Se dijo que debería sentirse feliz como los mercaderes, artesanos y marineros, los que comían, bebían y reían alrededor. Intentó ahuyentar aquel pensamiento obsesivo que acudía a su mente una y otra vez, el juramento sagrado ante Atacina que había traicionado.

—Si incurres en perjurio, el gusano te roerá el corazón —le había advertido Anna la Potenciana.

Zumel anhelaba llegar a su destino y apartarse de todo lo que significaba su frustrante experiencia en Sicilia y los mares de Cartago. No se demoró en Mastia más que lo imprescindible para adquirir algunas provisiones. Guiándose por el sol cruzó el

caserío y tomó el camino que conducía a Eliocrora y Basti.

En el camino, el gusano del corazón roía con más fuerza. Llevaba las armas en su bolsa de cuero, la falcata y las puntas de hierro de los venablos. Si no fuera por sus cicatrices y por la capa de lana con la cenefa oscura nadie adivinaría su oficio. Podría pasar por pastor o por minero. Quizá no le aguardara otro destino. Quizá su traición se debiera a que había perdido la energía que Atacina dispensa al rey lobo. Quizá Corión, el dios de la guerra que se cubre con las pieles de los enemigos muertos, había trocado al lobo por la oveja, o le había infundido un corazón de ciervo, como dicen los griegos. Las sombras de los muertos lo rondaban fugaces mientras apuraba las últimas luces del día.

—El que se refugia entre las ovejas después de haber mancillado la memoria de su patrón y amigo —se reprochó con amargura.

A veces hablaba consigo mismo en voz alta. La boca le sabía a sangre.

Cuando oscureció se acogió a una espesura de árboles y buscó un lugar a propósito para pernoctar. Apartó algunos guijarros, tendió sobre la tierra su capa parda y se echó a dormir con el hatillo por cabezal.

Al día siguiente, de nuevo en el camino, adelantó a algunos arrieros con recuas de asnos cargados de redes de paja entre la que transportaban copias sicilianas o massaliotas de cerámica griega.

Cerca de Auraga se unió a un hato de pastores umbracos que lo invitaron a su humilde condumio, sopas de ajo y hierbas y tasajo de cabra. En la sobremesa, Zumel pagó la hospitalidad que le brindaban respondiendo a muchas preguntas sobre cómo era el mundo y qué se sentía al navegar sobre el insondable piélago en una navecilla de madera. Cuando se disponía a proseguir su camino, el más anciano lo tomó del brazo y le advirtió:

—Extrema las precauciones, forastero. Ándate con cuidado cuando atraveses la tierra de los garones. Esos montes que ves allá están habitados de gente de mala ralea, viciosa, pependiciera y ladrona. En tu lugar yo discurriría por medio de la espesura y evitaría los caminos, porque estas gentes no respetan a nadie y te pueden asesinar para robarte.

—Te agradezco mucho el consejo —le respondió Zumel—. Iré con cuidado.

Al día siguiente encontró una familia de pastores garones, tan hospitalarios como los umbracos, que lo invitaron a tasajo de cabra, migas y cerveza amarga, y le regalaron medio queso para el camino.

—¿Has atravesado la tierra de los umbracos? —le preguntó el pastor de mayor autoridad.

—Sí, ya os digo que vengo del mar.

El anciano intercambió una mirada de alarma con sus hijos.

—¡Hombre afortunado, ya puedes bendecir a los dioses por la suerte que has tenido de no toparte con ninguno de ellos! ¡No sabes a qué peligros te has expuesto! Esos umbracos son la gente más mala que paren madres. Nacen camorristas y viven

como bestias feroces, sin respeto a ley alguna, divina o humana. A los forasteros que caen en sus manos los roban y los matan, que son ladrones desprovistos de escrúpulos y no temen a los dioses.

Zumel silenció su experiencia con los umbracos que lo habían acogido el día anterior. También en su Oretania natal cada pueblo tenía una pésima opinión del vecino.

Todavía anduvo otros diez días cruzando valles y colinas hasta alcanzar una eminencia desde la que divisó, azules, muy lejanos, los cerros de su patria en el curso alto del Baitis.

Bajaba el río apacible y patriarcal, entre chopos y cañaverales, crecido y turbio debido a la escorrentía de las lluvias recientes. El caminante se arrodilló en la ribera, introdujo las manos en el agua y se mojó el rostro, la cabeza, las manos y los pies. Ni siquiera intentó contener los sollozos. Sentado sobre el blando lecho de cañizo y hierba, derramó abundantes lágrimas. ¡Tanto tiempo, tantas experiencias, tanta sangre, y ahora regresaba a casa!

# **LIBRO SEGUNDO**

## **La matanza**

## Capítulo 7

El camino principal entre el Baitis minero y las costas mastienas se consideraba bastante seguro, pero, a pesar de ello, muchos viajeros preferían viajar en grupos para protegerse mutuamente. Zumel optó por recorrerlo solo. Quería disfrutar del reencuentro con su tierra sin estorbo ni compañía.

A medida que avanzaba, el paisaje le iba resultando familiar: las sierras azules difuminadas en el horizonte, las montañas grises, las navas altas, los tupidos bosques de encinas, acebuches y alcornoques, los dispersos caseríos formados por unas pocas chozas de techo terrizo, las pardas hazas en las que los campesinos se afanaban, los pastizales salpicados de rebaños de ovejas churras, rojizas, de lana larga y basta, los inmóviles pastores apoyados en el largo cayado, las manadas de cabras que escalaban los peñascos más inaccesibles para disputarse una mata verde, los arrieros con sus recuas de burros y mulos cargadas de mercaderías.

Mientras caminaba, Zumel iba perfilando los planes de su vida futura, por enésima vez imaginaba su encuentro con Belasia, anticipaba los cambios que iba a encontrar en Zubiión tras su larga ausencia, se preguntaba qué habría sido de sus conocidos, cuántos de ellos vivirían todavía...

Caía la tarde alargando las sombras cuando Zumel divisó la falda del monte Gor poblada de olivastros y cascajos, con su cresta acantilada. A sus pies se extendía, verde y ocre, salpicado de charcas y cañaverales, el familiar paisaje del valle del Bullón, el apacible río de su infancia, entre choperas y cañaverales. Se detuvo un momento a descansar asaltado por un tropel de recuerdos. En aquel monte, cuando era niño, guardó una piara de cerdos, recogió hierbas y frutos para su madre, encontró los primeros nidos de gorriones y cazó sus primeros conejos. Sacudió la cabeza como si espantara los recuerdos de la infancia y aceleró el paso para descender a la nava suave que bordeaba el cerro.

El hombre que regresaba a su tierra se acercó a la represa de los Caballos, donde el espinazo de los peñones cruza el valle y barrea el río desviando la corriente. Allí las oscuras aguas formaban un remolino que se hundía en las profundidades de la tierra, un abismo que se había tragado a mucha gente. Lo observó un rato mientras escuchaba el canto del agua apenas importunado por el croar distante de las ranas y el lamento de la brisa entre las cañas.

Abrió el zurrón y empuñó la falcata.

Oscura y densa, el arma terrible que lo había acompañado tantos años pesaba en la mano.

La falcata. En aquel hierro afilado que había segado muchas vidas se compendia su pasado guerrero. Deseaba dejarlo atrás, olvidarlo, romper con su vida anterior antes de emprender una nueva. Tras una breve vacilación lanzó el arma al centro del remolino y la vio perderse para siempre en las agitadas aguas.

Permaneció en aquel lugar hasta que se hizo de noche y las oscuras aguas fueron

apenas un brillo bajo el pálido resplandor de las estrellas. Después cruzó el río por el tronco acostado que usaban los hortelanos, y continuó su camino entre huertas, ladrado por distantes perros. Pasados los alcores de tierra roja y sus barrancos salpicados de higueras y granados, guio sus pasos hasta la choza del pastor Urcebas.

Cuando era joven había pasado algunas veladas en su compañía, sentado en un escabel de corcho, frente al fuego.

La choza de Urcebas era apenas un bulto oscuro en la noche sin luna, pero el resplandor rojizo del lar encendido se filtraba por las rendijas de las paredes de barro, lo que le daba cierta semejanza con un ascua a punto de extinguirse.

A prudente distancia, Zumel se detuvo y gritó:

—¡Urcebas! ¿Me oyes? ¡Urcebas! ¿Dónde andas?

Ladró amenazador un mastín dentro del chozo y al instante se le unieron otros desde el redil cercano. Amedrentados por el concierto canino, los grillos interrumpieron su salmodia unos momentos, para reanudarla inmediatamente.

—¡Urcebas! Soy Zumel, tu amigo —gritó de nuevo.

Una tranca se descorrió dentro del chozo. La puerta, cuatro tablas miserables ensambladas con cinchas de esparto, giró sobre sus goznes de palo. En el umbral, silueteado por el rojo resplandor de la candela, apareció un anciano menudo que empuñaba una vieja azcona y retenía a duras penas a un mastín furioso.

—¿Quién dices que eres? —gritó a la oscuridad.

—¡Tu primo Zumel!

En el valle alto del Baitis, los amigos se llamaban primos, como si fueran parientes lejanos, pero la palabra admitía ciertas matizaciones. El anciano titubeaba. Le fallaba la vista.

—¡Soy Zumel, Urcebas! ¿Ya no te acuerdas de mí?

Urcebas escudriñó las tinieblas intentando penetrarlas.

—¿Vienes solo?

—Sí, solo.

El anciano no terminaba de convencerse. Se lo pensó un momento.

—Acércate donde te vea, ni po —farfulló.

Zumel se adelantó unos pasos, lo que enfureció todavía más al mastín. El pastor se apartó de la puerta para que el resplandor de la lumbre iluminara el semblante del recién llegado.

Al fin lo reconoció.

—¡Por Atacina, si eres Zumel! —exclamó—. ¿Regresas de la muerte o eres la muerte misma?

—Soy yo, hermano —respondió el viajero—. Vivo y sediento. Sujeta al bicho ese, a ver si se te va a escapar, ni po.

—¡Las tetas de Tania! —exclamó el pastor dejando la azcona a un lado—. ¡Zumel! ¡Sabía que estabas vivo, cabronazo! ¿Quién iba a tener cojones de matarte a ti?

Apaciguó al perro con voz tranquila y caricias. Calmado el animal, Urcebas se adelantó y abrazó al visitante. Lo tomó por los brazos y lo apartó para contemplar sus facciones. Lo encontró cambiado: más delgado, la barba canosa, una cicatriz blanquecina en la mejilla. Volvió a abrazarlo, los ojos bañados en lágrimas.

—¡Zumel, mi amigo! ¡Cuántas veces te he echado de menos estos años!

Zumel contempló los avejentados rasgos de Urcebas, menudo, pelo gris y ralo, ojos pequeños y grises separados por una nariz varias tallas superior a la que habría correspondido al tamaño de su rostro.

—¡Pasa, pasa! —lo apremió Urcebas—. Come algo. Tengo sopa.

Urcebas cerró la puerta tras ellos y corrió la retranca. El interior de la choza olía a humo, a manteca rancia y a leche agria. A la cálida luz de la hoguera central se distinguían varias orzas semienterradas, una estantería con vasijas de distintos tamaños, un camastro cubierto de zaleas y diversos utensilios pendientes de las paredes. Del techo colgaba un jaulón de cestería en el que se oreaban y ahumaban varios quesos.

Se sentaron delante de la lumbre, en sendos escabeles de corcho. Urcebas removió las ascuas para avivar el fuego. Zumel reconoció en el atizador un trozo del *soliferrum* con el que, en sus tiempos jóvenes, el pastor le enseñó a cazar jabalíes. El mastín, de pronto amistoso y cansino, olisqueaba el cuello y las manos del visitante.

—En el pueblo se creen que has muerto —le advirtió Urcebas—. Bueno: que habéis muerto todos.

Zumel se encogió de hombros. Acariciaba la pelambre del perro, su testa de ariete, su papada blanda. El reencuentro con el anciano pastor lo había emocionado. Un nudo en la garganta le dificultaba todavía el habla. Su amigo, el cálido abrazo, el reencuentro con las viejas sensaciones, sabores y olores... todo lo emocionaba.

Urcebas levantó de entre las brasas la punta del atizador y comprobó que estaba al rojo vivo. La introdujo en la calabaza de largo cuello que contenía la sopa. Chirrió el líquido y la angosta boca del recipiente despidió una densa columna de vapor. Un estimulante aroma a grasa de carnero, ajo y perejil invadió la estancia. El pastor añadió un chorro de vinagre y removió el contenido de la calabaza con suaves movimientos circulares.

—Ya te contaré los que han muerto y las mujeres que han parido —dijo—. Desde que marchasteis ha habido más funerales que nacimientos. Ahora hasta los más humildes queman a sus muertos y meten las cenizas en urnas de piedra o en pucheros de barro, pero los que no tenemos para leña ni para urnas lo hacemos como siempre. En la angarilla del cerrete de los Grajos nunca falta un cadáver para alimentar a los perros y a los buitres.

Zumel asintió, indiferente a las preocupaciones de sus compatriotas en lo concerniente al destino de los cadáveres.

La sopa estaba lista. El anfitrión tendió la calabaza a su invitado. Zumel bebió un largo trago, masticó las sopas de pan y se limpió con el dorso de la mano. Bebieron



por turnos hasta apurar la calabaza. Después el pastor descolgó un costillar de cabra ahumado que pendía del techo y le indicó que se sirviera, pero Zumel lo rehusó cortésmente por ahorrar el gasto. El viejo no parecía boyante. Seguía viviendo en la misma choza miserable, rodeado de la misma pobreza con que Zumel lo dejó.

—Tienes que contarme qué ha sido de tu vida todos estos años —le dijo apretándole afectuosamente el brazo—. Apenas sabíamos nada de vosotros. Sólo lo de que Aibekeres, Ildutas y los otros que murieron. También sabemos de vuestras gestas por los recitadores. Hace años vino uno que recorrió todo el Baitis con un canto nuevo sobre la hazaña de la Cadena en las murallas de Sicilia. Algunos del pueblo se lo aprendieron de memoria, creo.

—Las murallas de Himera —dijo Zumel.

—¿Fue la lucha tan buena como dice el canto? —inquirió Urcebas.

—Supongo que sí —repuso Zumel—. Allí pereció la mitad de la Cadena.

Zumel recordó la copa de plata que obtuvo como botín personal. Dudó si conservarla para regresar con ella al poblado, pero finalmente la cambió por un perpunte nuevo y con lo que sobraba ofreció un banquete funerario a sus camaradas muertos.

Le desagradaba evocar tiempos pasados. No guardaba buenos recuerdos de aquello. La gloria de vencer raramente compensaba las calamidades que tenían que soportar.

—Aquello ocurrió hace mucho tiempo, Urcebas. En la primera campaña de Sicilia. Después murieron los demás y al final sólo quedábamos él y yo —resumió Zumel sin mucho entusiasmo—. Cotrufes se ha quedado en Sicilia, encoñado con una vivandera. Al final no hemos salido de pobres —concluyó.

El pastor asintió gravemente y no quiso entrar en más averiguaciones.

Era la primera vez que Zumel contaba la mentira tan largamente preparada sobre el destino de Cotrufes. A pesar de cierta alteración de la voz, que sólo él percibió, parecía una historia veraz.

Hablaron del poblado.

—En tu ausencia han ocurrido cosas —dijo Urcebas.

—Alguna noticia nos llegó —dijo Zumel—. Un mercader nos habló de la guerra entre Kastul y Cobol. No nos pareció ninguna novedad. En el Baitis no pasa mucho tiempo sin que estalle alguna trifulca.

—Esta que te digo fue peor. Todo el Baitis en armas por un burro sarnoso. Los de Zubión salimos tan malparados que todavía no nos hemos recuperado.

—¿Tanto fue?

—Las tres estirpes aristocráticas del pueblo perecieron. Los Bartares y los Caikombe perdieron a todos sus hijos. Los Cerinnos salieron mejor parados pues su jefe, Turrillo, no pereció y, libre de competidores, pudo erigirse en príncipe de Zubión. No quedó familia, por humilde que fuera, que no perdiera a alguien. Puedes imaginarte los funerales: algunas viudas se quitaron la vida sobre sus difuntos y las

que tenían niños pequeños y no podían inmolarse se arañaban los pechos y aullaban por las esquinas, especialmente la del Alortoguis, el gordo, con lo poco que lo quería. Los que no murieron se revolcaron en ceniza y se hirieron en los juegos funerarios para honrar a los muertos.

—Espero que sirviera de lección —dijo Zumel.

—No. No sirvió de nada —continuó Urcebas—. El patriarca de cada casta doliente sigue reclamando venganza y los huérfanos que van saliendo del cascarón hombreados en la palestra preparándose para otra guerra. ¡No sé qué le pasa a nuestra gente que no parece sino que nos hiede la vida!

Zumel se encogió de hombros. Aquella obsesión por el valor y la violencia le era familiar, aunque también le resultara ajena y remota. Había participado en guerras mucho más sangrientas que las contiendas entre los poblados del valle, guerras que movilizaban a decenas de miles de hombres y dejaban montones de muertos en el campo. No le asustaba la sangre ni la violencia. Pero sus conversaciones de tantos años con Nomandros el griego le habían aclarado el juicio sobre el absurdo de la guerra.

—¿Hay alguna sinrazón mayor que la de ver a los padres enterrando a sus hijos, cuando debería ser al contrario, que los hijos entierren a sus padres muertos en la apacible vejez? —se preguntaba Nomandros.

Zumel conocía a su gente. La estimación del valor los arrastraba a menudo a proferir bravatas que luego se veían obligados a sostener con las armas en la mano. En las asambleas eran siempre los viejos más belicosos los que avasallaban a los conciliadores y nunca faltaba algún exaltado que rompiera su vara golpeando la tarima del heraldo.

—En pocos días, todo el valle en pie de guerra —seguía contando el pastor—. ¡Por una burra asquerosa que no valía un cenacho de grano! Con los *pollicas* se aliaron los *marraos*, los *culopicúos* y los *atacaos*.

—¿Y con los *moñúos*? —inquirió Zumel.

—Los *cagaos*, los *follacabras* y los *legañosos*. Cuando los *barrigaprietas* vieron que los *legañosos* estaban en la refriega, como los tienen tan atragantados desde lo del secuestro y el forzamiento de las *pelonas*, no tardaron en sumarse a los *pollicas*<sup>[3]</sup>. La guerra se extendió por todo el Baitis. Hubo un encuentro delante de las puertas de Mardo, en el que murió mucha gente de un lado y de otro, entre ellos mi pariente Antilo, ¿te acuerdas de él? El que tenía una hija bisoja. Los *legañosos* contrataron honderos forasteros, unos cabrones vestidos de pieles, con la cara pintada de hollín, que te descalabran y te echan los sesos fuera a doscientos pasos.

—En Sicilia había muchos.

—Entonces ya sabes de lo que hablo. Las reyertas, los acechos, las celadas, los saqueos, los incendios, los degüellos, los secuestros..., duraron hasta que se agotaron los graneros y algunos se comieron la simiente y el corral. Y de todo eso, ¿sabes lo que se sacó en limpio?... Nada. Un montón de muertos en la angarilla o en la pira. —

Removió las ascuas y se quedó pensativo—. A Arbisca, ¿te acuerdas de él, el campeón de Mardo?, lo mató Bilistejo, el campeón de Bastia, y le hizo la mariposa<sup>[4]</sup>. Y al final de todo, ¿sabes qué? Un buen día, un quesero *culopicúo* que cosechaba cardos en la fronda encontró los huesos de la pollina que había causado la guerra, y se aclaró que no la había robado nadie, sino que se había destrabado, se había metido en el encinar y la habían devorado los lobos. Ya para entonces fue tarde, y como todos estaban tan encabronados, hasta se habían olvidado de la causa de la guerra.

El pastor hubiera seguido contando los avatares del conflicto, los éxitos y los reveses de cada poblado, los héroes muertos, las hazañas y los prodigios y presagios, pero Zumel lo interrumpió.

—Déjalo, Urcebas. Ya vengo de varias guerras y no quiero saber de otras. Háblame de la gente. ¿Qué ha sido de Belasia, la de Durato, el de la tenería? ¿Se ha casado?

El pastor sonrió resignado. Estaba temiendo que su amigo le formulara aquella pregunta.

—No. No se ha casado, pero tiene un hijo de nueve o diez años. —Titubeó antes de proseguir—. Un hijo de Turrillo —añadió en un tono casi inaudible.

Zumel se esforzó en encajar la noticia con aire indiferente, aunque la desazón se reflejó en su semblante. Así que Turrillo, el amigo de su infancia, al que él generosamente cedió la gloria de matar al lobo rey, le había arrebatado a la mujer. Turrillo, el hijo del principal régulo del pueblo al que el padre de Zumel servía como pastor y, en tiempos de guerra, como yegüero u hombre de armas.

## Capítulo 8

Zumel y Turrillo habían crecido juntos compartiendo travesuras infantiles y aventuras adolescentes, y se habían iniciado en la hombría con la caza del lobo. Sin embargo, Turrillo no estaba dotado para las armas por más que se esforzara. Era un muchacho bien alimentado, pero débil de carácter, malcriado y sobreprotegido por una madre perturbada.

Por el contrario, Zumel, huérfano de madre desde niño y tratado sin contemplaciones por un padre violento e irritable, se las había ingeniado para sobrevivir en un ambiente hostil. Su naturaleza rebelde y su audacia le habían procurado cierto ascendiente entre los chicos de su edad. Desde niño se había ejercitado en la lucha con mañas aprendidas de pastores y recueros, y era capaz de vencer incluso a muchachos más corpulentos.

Turrillo, un niño grande y torpe, con tendencia a la obesidad, se sentía protegido y tutelado por Zumel y no se apartaba de su lado.

Aunque pertenecieran a clases sociales muy distintas, la amistad entre los dos muchachos no desagradaba a Artacato, el padre de Turrillo. El aristócrata había confiado en que la frecuentación de un compañero de juegos listo y de genio vivo despabilaría a su hijo, pero el tiempo pasaba y sus esperanzas no se cumplían.

—Este niño es un perfecto mentecato —le reprochaba a su esposa—. Lo consientes demasiado.

En una ocasión, Artacato, algo borracho, de regreso de una cacería, se sentó en una piedra junto al padre de Zumel, el pastor que le guardaba sus ovejas.

—¿Sabes lo que te digo, Turibas? —le confesó—. Si lo llego a saber te hubiera puesto a criarme hijos en lugar de criar ovejas.

—¿Cómo puede ser eso, noble Artacato? —se extrañó Turibas.

—Porque ya me hubiera gustado que mi hijo me saliera como tu Zumel.

A lo que el pastor replicó, por congraciarse con el amo:

—Nadie tiene en los siete poblados un hijo como Usentio. Ya puedes estar orgulloso de la simiente que dejas en el mundo.

—Yo no hablo de Usentio, que bien bueno es —insistía beodo Artacato—. Hablo de Turrillo, que tenía que ser tan bueno como su hermano y mira cómo me ha salido, qué desastre.

—A Turrillo tienes que darle tiempo —aconsejaba el pastor—. Lleva en su sangre la simiente de Cerinnos lo mismo que Usentio y en su momento germinará y quizá llegue a ser tan grande como el hermano o más, si eso fuera posible. Por lo pronto ya le saca un palmo de altura a todos los de su edad.

—¡En fin! —rezongaba Artacato halagado por las palabras de su pastor, pero no muy convencido—. También es el ciervo más grande que el lobo y mira quién huye de quién.

La muerte de su hermano Usentio en una escaramuza con los de Aurgi convirtió a

Turrillo en heredero y depositario del linaje de Cerinnos, pues las otras docenas de hijos más o menos certificados de Artacato eran todos bastardos concebidos en sirvientas y putas, y sólo podían optar a servir a sus hermanos legítimos.

Tenía entonces Turrillo trece años. Contra el parecer de sus consejeros, Artacato había decidido que participara en el *jasier* de aquel año.

—Es prematuro enfrentarlo a las pruebas de la hombría —le advertían—. Es membrudo y grandón, como toda tu casta, pero todavía tiene las carnes flojas. Ha llevado una vida demasiado cómoda, fiado en que el sucesor de la estirpe sería su hermano.

—Lleva la sangre de Cerinnos —replicaba Artacato—. Cuando se vea presionado despabilará. Pronto se convertirá en un gran guerrero, ya veréis. Y en un gran gobernante.

Integrar a Turrillo en el *jasier* fue una decisión arriesgada. De pronto cayó sobre el muchacho una responsabilidad para la que no estaba preparado. La prueba señalaba el paso del adolescente al guerrero, con todos los derechos y las obligaciones del adulto, pero el que no la superaba carecía de derechos y quedaba relegado al estatus secundario de los forasteros y de las solteras. Para algunos, el fracaso en el *jasier* era tan humillante que nunca regresaban al pueblo (se internaban en la espesura del bosque, donde nadie pudiera encontrarlos, y se suicidaban), pero otros no especialmente valerosos ni dotados para las armas aceptaban de buena gana ese estatus inferior que, al menos, les aseguraba una existencia tranquila y sin sobresaltos: no estaban obligados a participar en las expediciones guerreras como no fuera en calidad de vivanderos y solamente tomaban las armas para defender a las mujeres y las imágenes de los dioses en el caso extremo de que la aldea fuera asaltada por una fuerza enemiga.

Los participantes en el *jasier* debían permanecer en el bosque desde la fiesta del Destete hasta la segunda luna de la Estrella, unos setenta días. Salían del pueblo sin más ajuar que un cuchillo, unas abarcas y una túnica corta, y debían arreglárselas para sobrevivir en el bosque, recolectando y cazando, sin por ello descuidar las canónicas pruebas de resistencia y valor que supervisaban dos yegüeros expertos designados por los ancianos.

Del *jasier* salían también los guerreros destacados, los yegüeros. La prueba decisiva, que pocos superaban, consistía en cazar un lobo y regresar al pueblo con el trofeo de su piel sangrante.

Llegado el momento de la prueba, Turrillo se esforzó lo indecible por no decepcionar a su padre. Sacando fuerzas de flaqueza acrecentó notablemente sus escasas habilidades como guerrero y cazador, siempre aconsejado y secretamente ayudado por Zumel, que se apiadaba de él cuando los demás se mofaban de su impericia con las armas.

Después de toda una vida disimulando apenas la vergüenza que le causaba haber engendrado aquel hijo flojo y apocado, Artacato recibió la mayor satisfacción que

podía soñar como padre: para asombro de todos, Turrillo, el heredero de su estirpe, al que ya había desahuciado en su corazón, se había coronado de gloria cazando su lobo rey, el lobo negro que raramente aparecía por el bosque, siempre por voluntad de los dioses infernales.

Su yegüero mayor descabalgó a la puerta y entró en tromba para darle la noticia.

—¡Albricias, señor, Turrillo ha cazado su lobo!

—¿Es posible? —se sorprendió Artacato—. ¿Ya es guerrero, entonces?

—Algo más, señor —exclamó el yegüero sin contener las lágrimas—. No ha cazado el lobo gris, de siete palmos que cazamos los guerreros. Ha matado un lobo rey.

Artacato se resistía a creer que su hijo hubiera cazado un lobo negro. Temía sufrir una cruel decepción.

—¿Es posible?

—Lo juro por mis hijos —dijo el yegüero—. Yo mismo he visto la piel y la he sopesado. Una pieza enorme.

Artacato asintió, anonadado. Posó una mano agradecida sobre el hombro de su yegüero, se encerró en la estancia del sagrado, abrazó la tosca imagen de Cerinnos, el antepasado de la estirpe, un viejo leño con los ojos y la boca grotescamente marcados a golpes de hocino, y prorrumpió en tan escandalosos sollozos de alegría que los moradores de la casa quedaron sobrecogidos y suspensos porque jamás lo habían visto comportarse de manera semejante. Aquel hombre feroz, que tantas veces zahería y humillaba a su hijo ante la servidumbre, prorrumpía ahora en alaridos de felicidad y bendecía a grandes voces a Atacina, la que custodia la Puerta, y a Corión, brazos de bronce, por aquella venturosa señal que le enviaban en su vejez.

Toda la aldea, con la única excepción de las mujeres embarazadas y los niños de pecho, a los que la visión del trofeo podría perjudicar, desfiló en respetuoso silencio por la estancia del sagrado de los Cerinnos para admirar el sangriento trofeo: una hedionda piel oscura y áspera, tan grande como la de un ternero, y una monstruosa cabeza en su extremo con grandes orejas puntiagudas y las fauces abiertas. Su mera contemplación producía repelucos.

El lobo rey es negro y enorme, hasta diez palmos de largo y cuatro de alzada. Sólo aparece una vez cada muchos años por designio de Atacina y Corión para coronar de gloria a un héroe cazador. Sólo los guerreros escogidos por la diosa pueden matarlo. El hombre que caza un lobo negro se equipara a los héroes antiguos, a los siete hermanos que disputaron las tierras del Baitis al primer rey lobo; a Iorbeles, el fundador de Cobol, que aplastó la monstruosa cabeza del jabalí de Baibelza con una maza de encina; a Perión, que liberó de alimañas infernales las minas de Kastul que hoy enriquecen a su progenie; a Orisos, que acabó con el monstruoso lagarto de Aurgi abrasándole las entrañas con una yesca ardiente revestida de piel de cordero...

En las tierras del Baitis, el guerrero que cazaba a un lobo negro se titulaba rey

lobo y era respetado y reverenciado por los siete pueblos del valle.

Artacato estaba tan emocionado por la hazaña de su hijo Turrillo que estuvo varios días sin aparecer en público pues no podía refrenar las lágrimas de gozo y se le cortaba la voz cuando intentaba articular palabra. La caza de un lobo negro era especialmente significativa para él porque en su familia no había ningún antepasado ilustre que hubiera vencido a un lobo rey. Cerinnos, el fundador de la estirpe, demostró sobradamente su valor al derrotar al gigante que dominaba los vados del Baitis y se cobraba el peaje en doncellas, pero nunca cazó un lobo negro.

En todo el Baitis se celebró, a veces con secreta envidia, la hazaña del joven Turrillo (hacía más de cincuenta años que no ocurría). Se auguró un futuro glorioso a quien comenzaba su vida adulta con una hazaña semejante.

Todos estos recuerdos acudían a la memoria de Zumel cuando, ensimismado, fingía atender a las palabras de Urcebas.

Aquellos recuerdos le producían confusos sentimientos.

En realidad Turrillo no había cazado lobo alguno, ni siquiera un vulgar lobo gris como sus camaradas más aventajados. Fue Zumel el que siguió el rastro del monstruo, lo acorraló en la espesura, se enfrentó a él y lo mató.

Zumel, el hijo humilde de un siervo sin linaje alguno, había matado al lobo negro. ¿De qué le iba a aprovechar? Sería famoso en todo el Baitis de por vida y la gente lo miraría con respeto, quizá algún príncipe lo invitaría a un trago de cerveza o a unas salchichas de perro a cambio de que le relatara la hazaña. Con el tiempo aprendería a recitarla con idénticas palabras, como hacen los ciegos memoriosos que van de pueblo en pueblo viviendo de eso y llegaría el día en que él mismo dudaría de si eran más verdad sus palabras que los recuerdos de un episodio tan lejano.

La muerte de un lobo negro no lo libraría de pertenecer a la clase servil. A lo sumo podría promocionarlo a yegüero de algún señor despótico deseoso de afirmar su superioridad. Si un rey lobo es mi subordinado es porque yo soy superior a un rey lobo.

A Zumel, que era de natural generoso, no le costó un gran sacrificio ceder a Turrillo el mérito de su hazaña. Ya lo había hecho otras veces, para que su amigo pudiera colmar las expectativas de Artacato.

Dos años después, Artacato murió de mal de costado en brazos del rehabilitado Turrillo, con la piel del lobo rey bien a la vista, colgada frente a su lecho. Traspasó la Puerta de la otra vida de la mano de Atacina con la satisfacción de dejar tras de sí a un noble guerrero escogido por los propios dioses para honra de su estirpe.

Tras los funerales de Artacato, a los que acudieron los principales linajes de todo el Baitis, Turrillo ocupó el lugar del difunto en el gobierno del pueblo y la jefatura de su familia, una pesada carga para el joven indolente y apático que todavía era. Sin embargo, las nuevas obligaciones operaron en él un profundo cambio. Creció su autoestima y se volvió arrogante. Se distanció de los antiguos amigos para buscar la amistad de sus iguales, los vástagos de otros linajes importantes del valle.

—Turrillo ha cambiado mucho en tu ausencia —le advirtió Urcebas—. Su obsesión, yo creo que ya sobradamente cumplida, ha sido superar a su padre. Todavía le duele que Artacato lo despreciara por débil y prefiriera a su hermano Usentio. Ha prosperado mucho en estos años. Ya tiene más caballos que Edecón de Talaya y Cerdubeles de Mentos juntos, y administra el poblado y sus aldeas con prudencia y sabiduría. Recordarás que Artacato se emborrachaba de vino puro y pasaba la noche con cinco doncellas para alardear de sus capacidades. El hijo no incurre en esos excesos. Gobierna sin humillar a nadie y honra a las familias de los prohombres como a la suya propia llamándolos primos y buscando su consejo. Se terminaron aquellas reyertas a topacarnero entre las estirpes rivales que resultaban en numerosos muertos y no pocos lisiados. Las familias ricas que se disputaban el pueblo ahora se llevan bien, y reconocen la primacía de los descendientes de Cerinnos a cambio de que éstos les respeten sus privilegios. Mejor para todos, menos reyertas y menos muertes. La experiencia les enseñó que cuando los dos más fuertes reñían, el tercero más débil heredaba el poder con sus fuerzas intactas. Así es como hemos vivido siempre, la gente arrojándose a una u otra familia. Ahora ese gobierno compartido se terminó: en cada aldea manda un príncipe al que obedecen incluso los que hace años eran sus iguales.

El pastor y su visitante permanecieron silenciosos durante un rato, mirando la lumbre. La resina de un tronco demasiado verde silbaba al quemarse.

—Y ahora, ¿cómo están las cosas? —preguntó Zumel.

—El viejo Iceatin de Cobol murió, y su hijo Sosinbiuru heredó el pueblo. Es un guerrero capaz y tiene un mayordomo fenicio que le gana en un año más dinero del que su padre vio junto en su vida. Controlan la tierra hasta el Baitis y los vados de Turgi. Todo lo que baja o sube por el río le paga gabelas. Los clanes y los jefes de los poblados exigen cada día más tributos y los herreros trabajan día y noche, ya sabes lo que eso significa.

Zumel asintió.

Había llegado en mal momento. El Baitis se preparaba para una nueva guerra. En esas circunstancias, Turrillo querría tenerlo a su servicio.

El pastor le adivinaba el pensamiento.

—Tal como se aparejan las cosas, el mejor oficio, el tuyo: guerrero.

—No quiero servir a nadie —dijo Zumel—. Para ser yegüero me habría quedado con los púnicos. Lo que quiero es un rebaño, una mujer y vivir en paz.

Urcebas asintió. Con el atizador dibujó unas líneas en la ceniza del suelo, pensativo.

—La vida ha cambiado mucho, Zumel. Llegan costumbres de fuera, de los griegos y de los púnicos; los jefes de los poblados quieren fundar dinastías y rivalizan por rodearse de lujos y de placeres. Ahora ser rico importa más que ser honrado y valeroso. A los pobres nos desprecian. Los jóvenes de ahora no quieren esforzarse. Aspiran a ser yegüeros, a la vida cómoda y regalada a costa del trabajo de otros.



Salen al *jasier* y en lugar de entrenarse en la privación y el esfuerzo se pasan el día de juegos y coros en la choza comunal, mientras las madres les llevan la comida para que no se molesten en cazarla. Luego regresan sin lobo y se quedan tan tranquilos: ya han cumplido y se creen guerreros. Creen que el valor se demuestra retándose a duelos de pacotilla. Exhiben con orgullo las cicatrices de heridas superficiales y creen que eso es todo. Los jefes de las estirpes valen ahora menos que sus padres, con la posible excepción de Turrillo, que tiene más conciencia de la que tuvo Artacato. A los de ahora todo se les va en levantar sepulcros magníficos de piedra canteada para perpetuar la gloria del linaje, pero no les pidas una hazaña como la de sus mayores ni la claridad de juicio y la rectitud del que fundó la estirpe. Sosinbiuru, el de Cobol, se ha construido un mausoleo familiar donde ha representado a las cinco generaciones de su familia en cinco guerreros de piedra matando a un enemigo y al fundador de la estirpe con su verga en la mano a punto de copular con Atacina<sup>[5]</sup>. Ya sabes que presumen de ser hijos de Atacina. Ni se sabe lo que le habrá costado: dos escultores forasteros trabajando tres o cuatro años...

Zumel se encogió de hombros.

—Es lo que hay por esos mundos, Urcebas: yo he visto ciudades con templos y edificios magníficos en Cartago y en Sicilia. Los adornan con decenas de esos bultos de piedra coloreados. Allí se aprecian mucho. No se limitan a decorar las fachadas con juncos secos y azulete como hacemos nosotros.

—¿Y crees que esas ciudades son lo mejor para nosotros? —inquirió el pastor.

Zumel negó con la cabeza.

—Son como flores envenenadas. Yo tenía un amigo griego que me instruía sobre la naturaleza de los hombres: decía que las ciudades nacen de la riqueza; cuando los ricos pueden pagar a mercenarios para que se las defiendan. Los habitantes de las ciudades tienen las carnes flojas y no saben pelear, sólo se dedican a la molicie y al vicio. Abuelos duros y laboriosos amasan la riqueza y la ganan por la espada; sus hijos educados en el esfuerzo mantienen lo que heredan y lo transmiten intacto a los herederos, pero los nietos se crían en la indolencia y dilapidan su patrimonio en vicios: en tres generaciones gira la rueda y cambia el mundo.

—No sé si Turrillo responde a lo que dices —dijo Urcebas—. Lo ha heredado todo de su padre, pero creo que tiene más ambiciones que él. Ya te digo que está reclutando yegüeros y compra cuantas armas le ofrecen. Se prepara para la guerra. El caso es que no es mala persona: es solamente ambicioso y no le gusta que lo contraríen. Más bien que lo lisonjeen: en eso sí se parece a su padre. Doy fe de que es generoso y desprendido con los que lo sirven y compasivo con los débiles. En realidad es mucho mejor que su padre. La gente lo quiere. No abusa de los pobres y procura que no falte manteca y harina en la casa de los viejos. Si te presentas a él con la necesaria humildad te incluirá entre sus yegüeros. Por ahora tiene cuatro, pero aspira a más. En las tierras del Baitis todos los príncipes se esfuerzan en emular a Sosinbiuru, que tiene veinte o treinta yegüeros.

A Zumel no le interesaba tanto Turrillo como su relación con Belasia.

—¿Y se ha casado con Belasia?

Urcebas carraspeó ligeramente mientras buscaba la respuesta adecuada.

—Quizá debas saber que antes que Turrillo se encaprichó de ella su padre.

—¿El viejo Artacato? —preguntó Zumel, incrédulo. Urcebas asintió con gesto grave.

—¿Me estás diciendo que Belasia se fue con el viejo Artacato?

—Poco después de marcharte, Belasia quedó huérfana y Artacato puso sus ojos en ella —dijo Urcebas—. Al principio intentó cortejarla con regalos, pero ella se los devolvía. Entonces intentó casarla con uno de sus yegüeros, pero ella se negó. Por último dejó de suministrarle sal. Sin marido ni hermanos que la mantuvieran, Belasia vivía de curtir pieles, el oficio que había aprendido de su padre. Ya sabes que los curtidores necesitan mucha sal, pero la sal pertenece al príncipe. Sin sal, el negocio se hunde. Uno de los hijos de Andobarto, ¿te acuerdas de él?, intentó ayudarla y le llevaba de vez en cuando una carga de sal. Un día apareció muerto y comido por los perros en el camino de Gor. Todo el mundo sabe que lo mató Bedule, que empezaba a hacer méritos con Artacato y ha acabado de manijero y yegüero del hijo. Eso le enseñó al pueblo que más valía mantenerse al margen del asunto. Total, que nadie ayudó a Belasia. La muchacha empezó a pasar hambre y cuando sólo le quedó la alternativa de hacerse puta, escogió lo menos malo y se entregó a Artacato. ¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía quien la defendiera. Cuando Artacato murió, Turrillo la heredó con lo demás. Sólo la mantuvo como concubina un par de años. En cuanto se quedó preñada, la dejó.

Permanecieron en silencio durante un buen rato.

—¿Y ahora? ¿Qué hace Belasia? —tornó a preguntar Zumel.

—Vive en la curtiduría que heredó del padre, en la ribera del Bullón. Turrillo no se porta mal con ella. Le regala la sal y la leña que necesita y de vez en cuando le envía una pierna de puerco o un cenacho de almorta. Ella se gana bien la vida. Tiene unas cuantas cabras en los rebaños de Turrillo y unas colmenas. También cultiva garbanzos y hortalizas en un pedazo de tierra. Es una mujer seria. No la verás desollando famas con las otras lavanderas.

Zumel avivó la lumbre. Le temblaban un poco las manos. Urcebas alimentó el lar con un tronco mediano de encina.

—¿Cómo es que no se ha casado? —preguntó Zumel.

—Turrillo la llama a su cama cuando le apetece. Cada vez más de tarde en tarde, cierto es, porque le gustan jóvenes y ella ha ensanchado un poco. Como comprenderás ningún hombre del pueblo sería tan loco como para proponerle matrimonio e indisponerse con el príncipe. Nadie quiere terminar como Andobarto.

Zumel asintió.

—Turrillo se ha casado con dos mujeres, una de ellas la hija de Edecón, el príncipe de Talaya —prosiguió el pastor—, pero es como un jabalí en celo. Se le van

los ojos detrás de los culos.

## Capítulo 9

Permanecieron un buen rato callados y pensativos, mirando latir el fuego entre las ascuas. Luego Urcebas dijo:

—Si aprecias en algo mi consejo, creo que debes quitarte a Belasia de la cabeza. Ella seguramente te habrá olvidado. A veces, cuando me la encuentro en el abrevadero, charlamos. Una vez, hace años, mencioné tu nombre. Ella no dijo nada, pero, de pronto, recordó una urgencia y se marchó.

Zumel permanecía con la mirada fija en el hogar. La corteza de encina espumeaba savia. Escarbó con el atizador. Un torrente de chispas brotó de la base del tronco.

—Oye, ¿cómo es el mar? —preguntó Urcebas.

Nunca lo había visto ni lo esperaba ver. A sus sesenta años no había salido de los pastizales de Uribe ni había cruzado las mansas aguas del Bullón.

—Tendrías que ver la inmensidad del agua viva —evocó Zumel.

El guerrero evocó para su amigo las espumas, los torbellinos, los peces, las almejas, los monstruos de cabeza esférica de la que brotan ocho tentáculos y un pico central triple por el que comen.

—Tendrías que ver las naves que cabalgan sobre las olas —terminó—, las tranquilas noches en alta mar cuando está en calma, las tempestades cuando se agita, el balanceo de la nave, la alegría de los marineros cuando avistan las costas de Sicilia o África después de una travesía.

Charlaron un buen rato mientras el lucero se elevaba hasta la mitad del cielo y la cúpula estrellada giraba. Luego permanecieron nuevamente en silencio como si no hubiera más de que hablar, hasta que Urcebas suspiró y dijo:

—Turrillo quiere dejar memoria de sus hazañas, quiere engrandecer su linaje. —Miró a Zumel, que seguía absorto en sus pensamientos, y añadió—: Eso le está bien a él, que siempre fue algo fatuo. Seguramente te empleará de yegüero. Ya tiene cuatro y parece que no le bastan. No sé de dónde piensa sacar para mantenerlos.

—No me interesa —dijo Zumel—. Quiero comprar algunas ovejas.

—¿Para criarlas? ¿Tú de pastor? —se extrañó Urcebas—. ¡No sabes lo que dices! Esto es lo peor de lo peor. De yegüero estarías mejor, sin dar golpe.

—No me interesa.

—Pero ése es tu oficio. Eres guerrero.

—Mi padre era pastor.

—No has visto parir una oveja desde que eras niño. Eres guerrero.

Había un destello de cólera en los ojos de Zumel que desmentía su tono tranquilo.

—Sé que soy un guerrero y que mi único talento es matar. He perdido la memoria de los hijos, esposos, padres y hermanos que han traspasado la Puerta por mi causa. Ahora quiero recuperar mi vida. He dejado las armas. Lo que he sido tantos años, se acabó.

Urcebas dirigió a su amigo una mirada piadosa. Sacudió la cabeza.

—¿Puede un jabalí cuidar mi rebaño? —inquirió—. ¿Puede el águila habitar en un palomar? Créeme, amigo: cada criatura tiene sus aptitudes y a ellas ha de acomodar su oficio. Tú eres guerrero y no puedes evitarlo. Fuiste el campeón de tu camada; la gente sabe que mataste al lobo rey de Turrillo aunque él se llevara la fama. Eso nadie lo ha olvidado.

Zumel se encogió de hombros.

—Ahora se acostumbrarán a verme detrás de mis ovejas y lo olvidarán.

—Además, no creo que Turrillo esté de acuerdo —insistió Urcebas—. Se avecinan tiempos malos. Quizá cambies de opinión cuando sepas cómo andan las cosas. La última guerra no resolvió nada. Kastul perdió más hombres de los que esperaba, pero las minas de plata le han permitido reclutar mercenarios *celtoi*. Cobol, por su parte, quedó tan estragada que sus socios, al verla tan disminuida, le exigieron más presas. Eso obligó al viejo Iorbeles a pactar con Perión, pero las diferencias no se arreglaron y el conflicto está latente, y por las señales y los presagios no tardará en estallar de nuevo. Las facciones se preparan. Tú podrías ser el campeón del poblado. Recibirías honores y regalos. Te considerarán entre los grandes.

Zumel se sentía incómodo. Se levantó y fue hacia la puerta.

—La guerra se hace por la fama o por la plata. Yo tengo suficiente para un buen pasar. No codicio más. En cuanto a la fama, tampoco me interesa. Ya he visto en qué acaba la fama de muchos. He venido a la tierra de mi niñez porque es lo único que tengo. Un mediano pasar con una mujer, un amigo con el que conversar mientras bebemos cerveza. No le pido más a la vida. Quiero morir como un perro, que nadie me recuerde al día siguiente, cuando el lobo se alimente de mis entrañas y los buitres apuren mis huesos.

El pastor negó con la cabeza.

—Sólo te advierto que Turrillo no se va a conformar. Y ya no es el Turrillo blandengue que conociste. Desde que se ha convencido de que es rey lobo se ha vuelto peligroso, créeme.

—¿Qué puedo temer? ¿Que me mate? Otra cosa no me puede hacer y alguna vez hay que morir. ¿Qué más da hoy o dentro de veinte años? A lo mejor me hace un favor y me ahorra la enfadosa vejez.

La conversación regresó a la gente del pueblo.

—Caicombe murió en un desafío con uno de Mardo, hace años. A Pelimas, ¿te acuerdas?, el del molino, a ése lo devoraron los lobos un día que se le hizo tarde en el campo. Leomas y su primo Alpiso se fueron al mar, dos años después que tú, y no se ha vuelto a saber de ellos. Culchas está en el pueblo. Ha heredado la herrería del padre y su mujer es alfarera. Les va bien. Aquella hermana tan guapa que tenía, Alonasa, murió de sobrepeso. Arbisio y Koluma son pastores y por ahí andan, a trancas y barrancas. No tienen suerte. Hace un año, medio rebaño se les murió de *temblaera*. Ésos son los únicos amigos tuyos que han quedado. Se alegrarán de verte.

—¿Qué ha sido de Sosián? —preguntó Zumel—. ¿Vive todavía?

—Vive. Al hijo aquel fortachón que tenía lo mataron los *follacabras*. Le hicieron la mariposa. La hija Sicounín, ¿te acuerdas de ella?, morenilla, con grandes tetas, el culo en su sitio; ésa, la pobre, se casó con el espartero y murió de sobreparto al verano siguiente. Él le dejó la casa a un sobrino y ahora vive donde los viejos. ¿Quieres verlo?

Zumel ignoró la pregunta.

Sosián era un buen amigo de su padre. Había sido un guerrero experto, gran cazador. Cuando Zumel entró en la pubertad le dio muy buenos consejos sobre la caza y el combate.

—¿Sabes que otra vez ha nacido un lobo rey en el bosque? —preguntó Urcebas.

—¿De veras?

—Unos años después de tu marcha se dio a conocer devorando a toda una partida de caza: cuatro muchachos que se preparaban para el *jasier*.

—¿No sería una manada? —objetó Zumel.

—No. Los pisteros encontraron huellas de un solo lobo, profundas y distanciadas. Los separó a los muchachos y los mató uno a uno. Un lobo listo. Desde entonces han salido a buscarlo muchas partidas, no sólo del pueblo, también de Auri y de otros, y aunque algunos aseguran haberlo visto, nadie ha podido matarlo. Bedule, ¿te acuerdas de él?, sale muchas veces en solitario a ver si lo consigue y luego vuelve con un jabalí o con un ciervo. El lobo negro se ríe de él. ¿Te he dicho que Bedule es ahora el manijero de los yegüeros de Turrillo? Es el mejor luchador del pueblo. En la guerra mató a más de veinte yegüeros y en desafíos particulares quizá haya matado a otros tantos. El propio Turrillo le cedió una vez su caballo para que desfilara, orgulloso y bizarro, con el casco rematado en cola de crines, entre las aclamaciones de la gente. Las mujeres y los niños se agolpaban a los lados del camino empedrado del cementerio, agitaban ramas a su paso, coreaban el himno de los guerreros y gritos de victoria.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó Zumel, incómodo.

—Porque quiero que comprendas lo riguroso que es no ser nadie después de haberlo sido todo. Fue el guerrero más glorioso del valle, sin rival en los siete pueblos, pero después no hemos tenido guerras en las que pudiera revalidar su caudillaje y ha tenido que descender a desafíos cada vez más innobles para ejercer su oficio mientras que otros campeones más jóvenes iban cobrando fama y se lucían en enfrentamientos con los poblados vecinos. Un prolongado período de paz es una desgracia para los guerreros que lo esperan todo de la batalla. Ándate con cuidado con él porque es posible que quiera reverdecer sus triunfos a tu costa.

Zumel se encogió de hombros. Bedule había sido su gran rival cuando eran niños, pero de aquello hacía mucho tiempo.

La conversación languidecía. Con el sueño pesándole en los párpados, Urcebas volteó el tronco de encina para que dejara de arder y se tendió en su camastro. Zumel preparó una zalea al otro lado del hogar y se tapó con el manto. Cesó la charla.

Ovillado a los pies de Urcebas, al resplandor decreciente de las ascuas, el mastín casi abultaba más que el amo.

—Tendrás que presentarte a Turrillo —advirtió el pastor antes de quedarse dormido.

—Supongo que sí —murmuró Zumel.

Madrugaron para ordeñar las cabras. El pastor machacó en el mortero unos cardos frescos y añadió a la leche la papilla resultante.

—Haremos un buen queso para celebrar tu regreso. Mientras tanto enciende el fuego para que se caliente la piedra.

Zumel obedeció. Urcebas amasó en un dornajo harina de almorta con cerveza, añadió manteca de jabalí e hizo unas tortas. Mientras se cocían sobre piedra caliente, los dos hombres prosiguieron la charla:

—Yo ya voy haciéndome viejo y no tengo hijos ni parientes jóvenes —dijo Urcebas—. Si te quedas conmigo, heredarás el ható y lo demás cuando yo ya no me valga. Piénsatelo.

—Prefiero tener rebaño propio —dijo Zumel—. Tengo un poco de oro, suficiente para comprar unas cuantas ovejas y un carnero.

Urcebas asintió, un poco contrariado.

—Créeme, amigo. Las cosas han cambiado mucho en tu ausencia. Antiguamente uno podía hacer lo que le pluguiera siempre que respetara las costumbres. Ahora es distinto, ahora la ley no es la costumbre. Ahora dependemos de la autoridad del que manda.

—Así viven griegos y cartagineses, y están a un paso de la esclavitud —replicó Zumel mientras volteaba las tortas para que se cocieran del otro lado.

—Yo no digo lo que está bien ni lo que está mal —dijo Urcebas—. En eso no me meto. Digo lo que hay.

Balaban las ovejas en el redil, impacientes por salir al pasto. Los dos hombres comieron en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos. Después, Zumel se despidió del pastor y tomó el camino del pueblo mientras la claridad del amanecer comenzaba a definir el agreste contorno del cerro de la Mella, al fondo del paisaje de su infancia.

Zumel contempló el pueblo desde el altozano del Higuérón, donde tantas veces había jugado en su infancia, y dilató la mirada por el cerro de los Grajos donde los más humildes levantaban las angarillas funerarias de sus difuntos. Contempló las feraces huertas del valle, a lo largo de la arboleda serpenteante que señalaba el cauce del río. En las riberas crecían las higueras y los chopos; en el terreno llano, lejos del agua, la cebada, la escanda, las lentejas y los garbanzos; en los pegujales altos, los olivos y los almendros, los algarrobos y las encinas dulces.

Aquello era Zubión, poca cosa para el que había visto Cartago y las ciudades

griegas de Sicilia. Un centenar de viviendas, apenas chozas, con techos de paja y barro, alineadas en cuatro calles sobre un cerro de meseta plana coronado por una fuerte cerca. La cal que recubría los anchos bastiones atablados reflejaba los rayos del sol naciente como un espejo de plata bruñida. Acá y allá surgía la sombra oscura de algún árbol más alto que la muralla<sup>[6]</sup>.

Lo asaltaron recuerdos de su infancia, sus travesuras, las salidas al campo a robar espigas o fruta, los juegos de guerra, las correrías adolescentes por el bosque temiendo la aparición del lobo, las pedreas entre niños, siempre con algún descalabrado, las competiciones a ver quién mea más lejos, las expediciones en busca de nidos, las peleas y rivalidades con el rencoroso Bedule, sus aburridas jornadas de pastor, las caminatas con el rebaño cuando la vegetación se agostaba y no quedaba nada en el campo, sus confidencias con Turrillo, los ritos del *jasier*, las tertulias en la choza comunal, la caza del lobo, el juramento ante Anna la Potenciana.

Suspiró Zumel, se echó a la espalda el saco de cuero y ascendió sin prisas por la cuesta que atravesaba el cementerio y conducía a la única entrada del poblado. Dejó atrás la cueva donde vivía Nisunín, la saludadora. En la vereda había crecido hierba. Quizá la anciana bruja no había hallado remedio para prolongar su vida a pesar de sus ungüentos y sus sortilegios y había traspasado la Puerta.

El cementerio no había cambiado. Entre docenas de montículos de guijarros encalados que señalaban las tumbas más humildes, destacaban algunos enterramientos principales, con su corralillo empedrado en forma de lingote chipriota y su pilar de piedra coronado por la tosca escultura de un león o un grifo.

En la puerta del recinto, al resguardo de un revellín, dos guardas jóvenes en camisa jugaban a la taba sin prevención alguna, las armas y los perpuntes de lino colgados de las estacas del muro. El más joven, todavía imberbe, vio llegar al forastero, se levantó, requirió la lanza y se interpuso en su camino.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy de aquí, de Zubión —respondió Zumel.

—¿De aquí? —se extrañó el muchacho sin apartar la mirada del saco de cuero—. No te conocemos.

—Me llamo Zumel. He estado fuera muchos años y tú eres muy joven. Por eso no me reconoces.

—¿Qué llevas ahí? —inquirió señalando el saco.

—Nada que te interese. Algunas cosas mías.

—Muéstramelas —ordenó en tono perentorio.

Zumel dejó caer el saco para desembarazar las manos. Cuando volvió a mirar a los ojos a su interlocutor, que había endurecido el gesto, el guardia viejo se interpuso, conciliador.

—¿Eres tú acaso aquel que se fue a la guerra, el que dicen que cazó el lobo rey?

—Me llamo Zumel. He estado ausente muchos años —informó secamente el visitante.



El guerrero asintió en silencio y lo observó con respeto.

—Desde que te fuiste nadie ha cazado un lobo semejante, negro y largo como un hombre membrudo. Dicen que era hermano de la bestia que cazó Artabeles, el de Itíraka. Todavía acuden forasteros a ver su cabeza y su piel en casa de Turrillo. Te acompañaré a la casa del jefe. Querrá verte.

Hizo ademán de tomar al recién llegado por el brazo, pero Zumel se desasíó bruscamente.

—Primero veré a Sosián. Me han dicho que está con los viejos.

El guardia no ocultó su sorpresa. El forastero quería ver al viejo cazador antes que al príncipe. Prudentemente no insistió. Se apartó para dejarlo pasar.

—Sé bienvenido —le dijo, conciliador—. Nos alegramos de que hayas regresado con tu gente.

Al otro lado de la muralla se abría una plazuela empedrada de la que partían dos calles. Zumel se encaminó a la más angosta, una hilera de humildes chozas de adobe y paja que se apoyaban en la muralla.

Un buey mugió en una cuadra cercana. Ertebas, el talabartero, se afanaba en su banco de trabajo, en la puerta de su taller. Zumel encontró las mismas casas ocre, blancas o rojizas, los mismos bardales coronados de piedras y abrojos, las mismas tinajas de alcaparrones madurando al sol en las puertas de las viviendas, la misma chiquillería jugando en los cantones, los mismos perros callejeros, las mismas mujeres que charlaban a voces con la vecina mientras avivaban el fuego de los braseros abanicándolos con paneta de esparto a la puerta de sus viviendas. En la herrería, una corraliza sin techo, con las bardas y el suelo negros de tizne y residuos, una nube de pilluelos se disputaba el placer de accionar el fuelle. En un altozano, varios niños descalzos y desnudos jugaban a la pita. Un hombre que paleaba estiércol desde un cobertizo interrumpió su labor para ver pasar al forastero. A la calle le habían renovado el empedrado y un canalillo de aguas pestilentes la atravesaba para desaguar extramuros. El resto le pareció que seguía como siempre. Todo lo que veía lo remitía a su infancia y a su despreocupada juventud. Ahora dilataba el momento de ver a Turrillo. Ante él se abría, como un interrogante, su vida venidera. Cartago y Sicilia quedaban lejos, como si sólo hubieran sido un sueño. Su vida comenzaba nuevamente en Zubión.

## Capítulo 10

El albergue de los viejos era una construcción circular, con techo terrizo, pegada a la muralla. A la débil luz que se filtraba desde algunas lumbreras abiertas en el techo, Zumel distinguió una serie de bancos y tarimas en torno a un foso lleno de paja en el que las heces y la orina de los inquilinos fermentaban y producían el calor necesario para que no perecieran de frío en los helados inviernos.

Allí estaba Sosián.

Los años habían convertido al antiguo guerrero en un despojo humano. Encorvado, desdentado, medio ciego y vestido de sucios harapos, el hombre que había derrotado a tantos campeones, el legendario cazador de lobos al que nadie en su tiempo aventajó en bravura y astucia, caminaba apoyado en un palo.

—Sosián, viejo amigo, ¿sabes quién soy? —le preguntó Zumel mientras lo tomaba por los delgados brazos, apenas hueso y flácida piel. El tacto era lamoso y frío.

El anciano se detuvo, se volvió con torpeza y miró a los ojos al que así le hablaba con los suyos hundidos y orlados de cárdenas ojeras. Rebuscó en sus recuerdos.

—¿Zumel? —balbuceó con un hilo de voz.

—Sí, padre: Zumel, ya de regreso. —Levantó la voz para hacerse oír. «Padre» era el tratamiento de respeto entre los iberos—. Eres la primera persona que visito, mi maestro.

Al viejo guerrero se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Entonces estás vivo —dijo, como si no terminara de convencerse—. Dijeron que habíais muerto todos.

—Algunos murieron y otros no —dijo Zumel—. Yo estoy aquí, a tu lado.

Se sentaron en el poyo de la entrada.

—¿Te acuerdas de cuando eras niño y yo te enseñaba cosas? —preguntó el viejo—. No habías echado los dientes y ya querías ser un gran guerrero.

—Me acuerdo.

—¿Te acuerdas de todo lo que te enseñé?

—De todo, padre.

—A ver: si un buhonero quiere venderte una mandíbula de lobo para que la cuelgues en tu puerta y te guarde del mal, ¿cómo sabes que no es de perro?

Zumel fingió ignorarlo.

—No sé, ¿por el tamaño, quizá?

—¿Ves? No te acuerdas y yo sí, para que luego digan que pierdo memoria. ¡Hay que fijarse en la muela carnífera de arriba: los tubérculos del lobo son más largos que los del perro!

—No sé qué haces en la casa de los viejos —bromeó Zumel—, deberías estar en el bosque, de lobero.

El anciano rio mostrando su boca desdentada.

—¡Ay, Zumel, hijo mío, qué mala es la vejez! El reuma y el mal de los huesos se han apoderado de mí. Ya ni siquiera me consuelan las pócimas de Nisunín. Nada me alivia.

—Hay que tener paciencia —le aconsejó Zumel—. Atacina vela.

Sosián se encogió de hombros. A su edad había dejado de creer en los dioses.

—Supimos por un mercader que combatías en Cartago —prosiguió—. Luego, como pasaban los años y no había noticias, te dimos por muerto. Me alegro de que hayas regresado. ¿Vienes por mucho tiempo?

—Vengo para siempre, padre. Ya me he cansado de ver mundo.

El viejo permaneció en silencio.

—¿Sabes una cosa? —dijo al cabo—. Lo único que me reprocho es no haber visto más mundo. Yo que nunca he salido de estos cerros siento que he dilapidado mis años. Me hubiera gustado ver el mar, los peces, las naves en las que navegan cien hombres, las maravillas que dicen que hay por ahí. Y los leones y los grifos.

—No te creas que hay tanto, se exagera mucho —mintió piadosamente Zumel.

—¿Y ahora tú qué vas a hacer? —preguntó el anciano—. ¿Te has hecho rico?

—¡Qué va, padre, sigo tan pobre como me fui!

El viejo hizo un gesto de contrariedad.

—Por lo menos estás vivo, ni po —dijo—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Criar ovejas, padre.

—Has dejado la guerra antes de que la guerra te retirara, ¿eh? —dedujo el viejo.

—Sí, padre —reconoció Zumel—. Todos los yegüeros de la Cadena murieron, padre: sólo quedo yo.

—¿Sabrás que ahora el príncipe es Turrillo? —inquirió Sosián.

—Lo sé —asintió Zumel.

—¿Y te has presentado a él?

—Todavía, no.

El viejo asintió, pensativo.

—Haces mal. A Turrillo le gusta que la gente lo respete. Es mejor que vayas a verlo. Se molestará cuando sepa que antes has venido a verme a mí.

—Al diablo con Turrillo.

Sosián torció el gesto.

—Además, erais amigos —insistió.

—¿Puede un cántaro ser amigo de un martillo? —preguntó Zumel citando un refrán.

Sosián emitió un profundo suspiro. Se miró las manos sarmentosas y sucias.

—No te hagas mala sangre por lo de Belasia —murmuró con una voz casi inaudible—. Esa mujer no era para ti. En Zubión hay otras mujeres que necesitan un hombre que las ampare, solteras y viudas, algunas de ellas con algún patrimonio. Y si aquí no te acomoda ninguna podrás buscar mujer en Mardo. Las de allí no son feas, son paridoras y sumisas. No te resultará difícil encontrar quien caliente tu cama en las

noches de invierno.

Zumel se encogió de hombros.

—Es igual.

—Te vendría bien tener un par de hijos que te cuiden y te alimenten en la vejez —prosiguió Sosián—. Que no te veas como yo. Si no llega a ser por la guerra, todos los que estamos aquí estaríamos con nuestros hijos, bien atendidos. Ahora ellos han muerto y ya ves cómo nos vemos. Piénsalo, Zumel. Ya no eres joven.

Zumel pareció considerarlo, pero no dijo nada.

—Por otra parte —continuó Sosián—, Turrillo ha instalado en su santuario la piedra de Atacina, la guerrera. Sé piadoso y sacrifícale algo por tu feliz regreso, aunque sólo sea un par de pichones o unas tortas de pan.

—Luego iré —prometió Zumel.

—Claro que sí —aprobó el anciano—. Tienes que mirar por tus intereses. Además, Turrillo recluta hombres de pelea. Aparte de sus cuatro yegüeros, en la aldea puede alistar, como mucho, a veinte o treinta guerreros. Se barruntan nuevos rebatos en el Baitis. Ya no hay enemistades con los *pollicas* ni con los *marraos* desde que Turrillo se casó con una hija de Edecón, el rey de Talaya. Si me permites un consejo, amista con Turrillo, que te conviene. Se conjetura que, tarde o temprano, la liga de Zubión y Talaya nos arrastrará a la guerra con Cobol. Lo que no has ganado por ahí fuera puedes ganarlo ahora.

Zumel sacudió la cabeza con desgana.

—Ya no me interesa la pelea, padre. Me meto a pastor y no quiero líos con nadie.

El anciano ignoró sus objeciones.

—Kalbo, el rey de Cobol, se ha enriquecido con el comercio de caballos y quiere cobrar tributos a los siete pueblos que ahora venden por su cuenta en lugar de pagarle los derechos de feria, como antaño. Eso, a la larga, traerá nuevas guerras.

—La guerra no me interesa, padre —repuso Zumel—. Ahora quiero ser pastor y vivir tranquilo.

—Uno no siempre es lo que quiere —murmuró Sosián.

Hablaron de los amigos fallecidos, entre ellos del padre de Zumel.

—Lo echo de menos y lo envidio —confesó el anciano—. Tuvo la suerte de morir a tiempo y se libró de estas chocheces, de convivir con estos locos que se pasan el día berreando y cagándose las patas abajo. Si tuviera mejores piernas saldría al encinar, me entregaría a los lobos y acabaría con todo esto, pero he llegado a viejo, ya lo ves, y me tiembla la barba. Nos hacemos cobardes con los años, Zumel. Con los años se te ablanda la sesera y te falta valor. La vejez es una trampa, créeme, hijo. Cuando ya no te queda vida, te aferras a ella, a la poca que te resta, y te condenas a la bajeza de mancillar tu memoria y la de los camaradas que te apreciaban con tal de prolongar tus días un poco más.

Zumel no tenía nada que decir. La charla había decaído. Comprendió que la sabiduría que en su juventud buscaba en el viejo se había agostado con la vejez. O

quizá él había crecido en entendimiento y no tenía nada que aprender de Sosián. O simplemente no quería oír aquellos lamentos que prefiguraban los suyos propios a la vuelta de muy pocos años. No obstante aguardó todavía un rato antes de despedirse.

—Me voy. ¿Necesitas algo?

Sosián se encogió de hombros.

—Lo tengo todo —respondió el viejo—. Lo único que necesito es vigor y eso sólo los dioses pueden dármelo. Piensa lo que te he dicho y vete a ver a Turrillo. No seas necio ni orgulloso, que el orgullo pierde a los guerreros.

Zumel volvió sobre sus pasos y tomó la calle maestra, empedrada y más ancha, en la que residían las familias más pudientes y algunos artesanos de prestigio. Rebuznaba un asno en un corral y ponía el contrapunto al rumor de los molinos de piedra que entonaban su domestico runrún en patios y cocinas. Los muros blanqueados y adornados con cenefas ocre mostraban mayor limpieza y prosperidad de las que él recordaba, pero muchos pequeños detalles no habían cambiado: la piedra esquinera que protegía una casa salediza del roce de los carros, los niños de familias pudientes, los que no pastoreaban en el campo, que entretenían sus ocios con espadas de caña; el tejedor que trenzaba una soga, los gatos al sol en los techos de barro y paja, cerca del humero. El cerdo que hozaba en el canalillo de las basuras.

En el camino reconoció a Lucinio, un antiguo amigo de su padre.

—¿Cómo es que has vuelto? —le preguntó—. Y Cotrufes, ¿dónde anda?

—En Sicilia. Se ha quitado de la guerra y me ha licenciado. Está encoñado con una griega.

—Tira más pendejo de mujer que calabrote de cantero —sentenció Lucinio.

Zumel prefería que no le hiciera más preguntas. Se despidieron con un nuevo abrazo.

—¿Vas a ver a Turrillo? —le preguntó mientras se alejaba.

—Sí.

—Bueno, ya hablaremos otro día —gritó a lo lejos— El pueblo ya no es el mismo.

A Zumel le sonó a advertencia.

Unas vecinas que tejían el copo a la sombra de un murete interrumpieron su conversación para observar al viandante. Las escuchó cuchichear a su espalda. No lo habían reconocido. Pasaba de largo y la gente se volvía a mirarlo creyéndolo forastero.

Zubión no había cambiado mucho, pero habían cambiado las personas y él regresaba del olvido.

Ahora su amigo de la infancia era el jefe del pueblo. ¿Cómo acogería su regreso? Quizá su presencia le resultaría incómoda. Le recordaría aquel secreto que prefería olvidar.

## Capítulo 11

Era día de mercado. La plazuela estaba animada con tenderetes cubiertos y esteras de paja en el suelo. Al otro lado del altozano se alzaba la casa de los Cerinnos. Era ya la más grande del pueblo cuando Turrillo la heredó de su padre, pero desde entonces la había ampliado con otras dos viviendas paredañas, había cambiado los techos terrizos por tejados y había transformado la buhardilla en un gineceo con celosías de yeso y caña desde el que las mujeres de la casa podían curiosear la plazuela del mercado sin ser vistas.

Zumel se sonrió recordando que Turrillo había admirado siempre las costumbres griegas. Cuando eran amigos chapurreaba a veces griego, palabras sueltas y tacos que aprendía de los mercaderes que visitaban a su padre.

La sólida puerta, ancha, de doble hoja, estaba entornada. Zumel la sostuvo por el tirador y palmeó la plancha de bronce. Un joven con túnica de lino y sandalias acudió a la llamada.

—Vengo a ver a Turrillo.

El joven miró de arriba abajo al visitante. Reparó con disgusto en las gastadas abarcas que calzaba.

—¿Quién eres?

—Me llamo Zumel. Turrillo me conoce.

—Aguarda —dijo el muchacho y le cerró la puerta en las narices.

Zumel se volvió a contemplar la calle principal. Aquéllas eran las casas de los pudientes, los que adornan a sus mujeres con pesados collares, brazaletes y colgantes de oro, pero jamás se les ocurriría levantar un palacio decente como los que se ven en Sicilia o en Cartago. El hombre que había viajado por el mundo constató hasta qué punto Zubión era un lugar atrasado y pobre. Hasta los caballos de los númidas estaban mejor alojados que los potentados de su pueblo.

Resonaron unos pasos decididos en el interior de la casa. Se abrió la puerta de par en par y en el umbral apareció Turrillo en persona, un Turrillo corpulento y atocinado, blanco de tez, la barbita y el cabello cortados a la griega, con disimulo de la incipiente papada. Vestía una túnica fina adornada con dos cenefas púrpura, una en la abertura del cuello y otra en el bajo. Era guapo, con labios bien dibujados, la nariz grande y recta, los ojos hermosos.

—¡Zumel! —exclamó abrazándolo con una cordialidad que no parecía fingida—. ¡Mi querido y añorado Zumel! ¡Mi buen amigo Zumel, el terror de la calle de arriba!

Parecía sincero. Zumel se sintió primero desconcertado y después aliviado. Esperaba una fría acogida y lo sorprendió tan cálido recibimiento. Quizá Turrillo había olvidado lo que le interesaba olvidar. El jefe del pueblo no necesitaba disimular la amistad y la camaradería que lo unía con el antiguo pastor de su padre.

—Pasa y siéntate —lo invitó.

En el vestíbulo había un telar vertical con pesas de barro cocido. Tras la cortina

que lo separaba del resto de la casa apareció un segundo vestíbulo, con bancos de madera adosados a los muros, y después, tras una sólida puerta de roble, la alcoba del príncipe, una sala rectangular, amplia y algo oscura, con anchos poyos a lo largo de las paredes para tender esteras y colchas por la noche. Aunque la sala se abría al patio por uno de sus extremos, un tupido emparrado impedía el paso de la luz. La estancia atesoraba los testigos de la prosperidad y el prestigio de Turrillo. En dos largos vasares que cruzaban el muro de parte a parte se alineaban hermosas piezas de cerámica griega, vasos y objetos de bronce bellamente cincelados. Un tapiz fenicio con motivos navales y peces presidía el testero. El suelo enfoscado de yeso y teñido de rojo reflejaba la luz de las bronceas lámparas. La mansión de Turrillo no olía a leche agria, a humo y a manteca rancia como las otras casas del pueblo. En un pebetero colmado de ascuas crepitaban semillas olorosas traídas de lejanas tierras por los mercaderes púnicos.

En la cabecera había un trono con respaldo alado pintado de vivos colores, con un cojín de lana en el asiento. Turrillo se acomodó en él e indicó a su amigo un escabel de corcho a su lado. Batió palmas y al momento apareció el muchacho que había abierto la puerta.

—¡Agua, sal, pan y aceitunas! —pidió a voces—. ¡Y una cratera de vino melado!

A los tradicionales dones del huésped, Turrillo añadía vino. Entre los iberos únicamente los potentados bebían vino y sólo en celebraciones especiales. Zumel se sentía incómodo y abrumado por el excesivo agasajo. Recelaba alguna intención recóndita en su antiguo amigo, pero, por otra parte, se esforzaba en mostrar parecido entusiasmo por el reencuentro. No quería parecer descortés.

En espera del refrigerio, Turrillo contempló a su antiguo amigo con una mirada embelesada.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, eh, querido? ¿Recuerdas nuestras correrías de niños, cuando buscábamos nidos de palomas torcaes y bajábamos a los cañones del río a hartarnos de moras y fresas silvestres? ¿Te acuerdas las pedreas de la calle alta contra la de abajo, cuando no teníamos más remedio que militar en bandos opuestos, pero respetábamos el pacto secreto de no aporrearnos?

Zubiión se dividía en dos barrios, la calle de abajo, en la que vivían los pastores y labriegos más humildes, y la calle alta, con las residencias de los propietarios y artesanos. Uno de los entretenimientos infantiles consistía en organizar pedreas entre los dos barrios. El joven Zumel había sido caudillo de los de abajo.

—Lo recuerdo —respondió Zumel—. Eso nunca se olvida.

—¿Y cuando Tarkunbiur se despeñó por un balate por alcanzar un espárrago que tú habías clavado la víspera en el lugar más inaccesible? —preguntó entre risotadas.

—¡Fue una maldad! —rio Zumel—. Pudimos matarlo.

—¿Y te acuerdas de Osoriomuñoze, aquel tonto de baba que se creía importante y no advertía que el manto real que le poníamos era una sudadera de mulo emborrizada en mierda?

—Me acuerdo. ¿Cómo no me iba a acordar? ¿Qué fue de él?

—Lo he nombrado inspector de las boñigas y anda por esos caminos inspeccionando nidos de abubillas.

Zumel sonrió imaginando al pobre hombre.

—¡Ay, qué buenos tiempos aquellos! —suspiró Turrillo enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano. Miró hacia la entrada, cambió bruscamente de humor y gritó —: ¿Qué pasa con esa carne? —Batió palmas—. ¡Carne y vino, ni po! ¡Que estamos ahilados! —Dirigiéndose de nuevo a Zumel, dijo en tono nuevamente amable—: Este reencuentro se merece un trago. Libaremos para agradecer a Corión garganta de bronce que te haya devuelto, cargado de honores, después de tan larga ausencia.

Turrillo simulaba una amistad que no sentía. Su familiaridad con la política le había otorgado la habilidad, que su padre nunca tuvo, de ocultar sus sentimientos e incluso la de fingir sentimientos contrarios. De niño, la superioridad de Zumel lo mortificaba y lo hería en lo más vivo de su orgullo, aunque, por otra parte, se esforzaba por no aborrecerlo porque cualquier sentimiento hostil que albergara hacia él hubiera entrañado un reconocimiento tácito de su superioridad y entonces su situación hubiera sido aún más humillante. Turrillo en ningún caso podía admitir la supremacía del hijo de un pastor de su padre, un muchacho sin linaje y de innoble apariencia. Por eso prefería ser su amigo y se mostraba condescendiente con él cuando las circunstancias lo permitían ofreciéndole nidos y niñerías que el propio Zumel hubiera conseguido por sí mismo con menos esfuerzo. Salían de rebusca y si encontraba una seta hermosa o una culebra verde, que son las más sabrosas, se las cedía a Zumel.

—Toma, ésta es buena y carnosa.

—Pero si ya llevo dos en la talega —protestaba Zumel.

—Sí, pero ninguna tan hermosa y sabrosa como ésta.

Zumel estaba convencido de que eran amigos. Apreciaba sinceramente a Turrillo y disculpaba sus constantes torpezas. Jamás lo humillaba. Cuando le enmendaba un yerro, si no había más remedio, lo hacía restándole importancia, como si se debiera más a distracción que a impericia.

—¿Recuerdas el día del *jasier* grande, cuando nos certificamos de guerreros? —evocó Turrillo entusiasmado.

—Vagamente.

—El instructor, ¿te acuerdas de él? Nos dividió en dos grupos. El primero que llegara a las fuentes del río y trajera un vellón del santuario se declararía vencedor. Había que pasar por muchos caseríos hostiles y mantenernos de lo que robáramos. ¿Te acuerdas?

Zumel se encogió de hombros. No le agradaba recordar aquellos días de su formación como guerrero, siempre pendiente de Turrillo, aquel perfecto inútil cuya protección le había encomendado Artacato.

—Cada grupo debía cruzar el campo de noche sin que lo descubrieran —



proseguía Turrillo entusiasmado—. ¡Por Corión que fue una experiencia trabajosa!

Zumel lo recordaba. Caminaron en la oscuridad, silenciosos, las armas envueltas en las capas, dejando a la derecha las luces distantes de Aurgi y a la izquierda las de Bastia, pero al descender a las riberas de Jontoya tuvieron que internarse en la espesura de los cerros para evitar los perros de los hortelanos. Por otra parte estaban ahilados tras el prolongado ayuno. Después de recorrer los cerros Zumeles y la Silla de la Reina siempre evitando caseríos, alcanzaron Kasria, la de los peñones, bebieron en el arroyo, llenaron las calabazas y llegaron al santuario los primeros, tan sobrados de tiempo que pasaron unas horas comiendo brevas, bañándose, recitando hazañas de antiguos héroes, afilando los cuchillos y engrasando los cíngulos. Ya estaban aburridos de esperar cuando aparecieron por el cerrete de enfrente, exhaustos y frustrados, los del grupo de Bedule.

Bedule, el rival de Zumel, era hijo del manijero de Artacato y se había criado más cerca de la familia de los Cerinnos que el padre de Zumel, que era un simple pastor. Bedule era más alto y corpulento, pero Zumel descollaba en mañas y rapidez, de manera que en el combate a mano limpia estaban igualados. Sin embargo, Zumel lo superaba en la carrera, era más hábil con las armas y tenía mejor puntería con el venablo ferrado. Desde niños habían rivalizado por cazar el conejo más grande o la culebra más larga. En las pedreas infantiles se disputaban el mando de la calle de abajo, la de los siervos. Reclutaban sus huestes infantiles para planear el combate y aunque la mayoría obedecía a Zumel, una minoría considerable apoyaba a Bedule. El rencoroso Bedule se oponía por sistema a las decisiones de Zumel, a veces con argumentos disparatados, y desobedecía las órdenes de su rival. A veces perdían las pedreas por ese desacuerdo. La enemistad se acentuó cuando los dos se prendaron de la misma muchacha, Belasia, la hija del curtidor Durato, que destacaba por su belleza y por su gentileza sobre las demás muchachas de Zubión. Belasia no se dejó cortejar por los dos a un tiempo, como era la costumbre, sino que desde el principio aceptó los regalos de Zumel y rechazó los de Bedule. Esta rápida elección, como si los méritos de Zumel fueran claramente superiores a los de su rival, humilló a Bedule y le granjeó su odio.

Entró el joven de marras con una gran cratera seguido de otro que portaba una bandeja de bronce con esos platillos de asas en los que los griegos beben y juegan al cótabo.

—Está bien, Argitivasar, puedes retirarte —despidió Turrillo a su joven mayordomo—. Yo mismo serviré a mi ilustre huésped.

El joven se inclinó respetuosamente. Le hizo una señal al otro criado y se ausentaron.

Turrillo se subió las mangas hasta los hombros revelando dos brazos fuertes, aunque algo fofos, y mezcló personalmente, con notable destreza, el agua y el vino.

Quedaron solos los antiguos amigos. Turrillo olisqueó el vino con unción.

—¡El licor de los dioses que exalta la amistad y el amor e infunde nervio en los guerreros! —exclamó mientras observaba apreciativamente la tonalidad del líquido—. ¿Sabes que Sosinbiuru, el rey de Cobol, bebe vino puro?

Beber vino sin aguar era, entre los griegos, indicio de barbarie. Turrillo se esforzaba por demostrar a su antiguo amigo que, aunque no estuviera viajado, era un hombre de mundo y participaba de las costumbres de la civilización. No sólo poseía una lujosa vajilla griega. También dominaba las reglas de la etiqueta sin necesidad de abandonar Zubión.

Zumel supuso que algún mercader púnico se las había enseñado.

—¿Qué tal el camino? —se interesó Turrillo.

—Me ha sorprendido de la cantidad de extranjeros que transitan ahora por la vía del esparto, que antaño estaba casi desierta. Cuando yo marché con la Cadena, aquel camino era dominio exclusivo de los arrieros celtas. Ahora ha aumentado el número de viajeros.

—Desgraciadamente también ha aumentado el de los bandidos —dijo Turrillo—. Ahora las escoltas tienen que ser más numerosas y eso repercute en los precios.

Antes de probar el vino, Turrillo propuso una libación a Atacina. Zumel repitió la fórmula, derramaron un poco en tierra y bebieron.

Se abrió la puerta y apareció nuevamente Argitivasar acompañado de dos criadas y el muchacho de servicio. Portaban un tablero con recipientes de morcillas humeantes, carne adobada, salsa de higos y bellotas, pasta de almendras y tortas de miel y queso. Lo depositaron sobre dos escabeles de corcho, a modo de caballetes, y salieron.

—Me he casado con Daleninar, la hija de Edecón de Talaya —explicó Turrillo mientras supervisaba la disposición de la mesa—. Ahora soy aliado del antiguo enemigo de mi padre y nuestro enemigo común es Sosinbiuru, ese mangante que tienen por rey en Cobol. ¡Ese hijo de ciervo es insaciable! Ambiciona Oretania entera. No se conforma con poseer más patrimonio que los demás, lo quiere todo: la tierra, los pastizales y las yeguas, pero aparte del prestigio de sus antepasados tiene poco con que sostener sus ambiciones. Nosotros vamos camino de ser más ricos.

Turrillo tomó una morcilla y se la zampó entera. Con la boca llena y la barbilla reluciente de grasa parloteaba de los viejos tiempos. Zumel, de natural frugal, apenas comió. Por otra parte había perdido el apetito. Se esforzaba por mostrarse amable y participativo, pero no podía evitar que lo asaltaran súbitas imágenes de aquel mastodonte poseyendo a Belasia. Su rencor se acrecentaba por momentos a causa de los efectos del vino. Aquella corpulencia poseía el cuerpo desnudo de la mujer que siempre consideró suya. Lo veía mover aquellos gruesos labios que la habían babeado, gesticular con las manos que habían acariciado los pechos que tanto añoraba, reír mostrando los dientes grandes y parejos que la habían mordido... Reproducía educadamente los gestos de sorpresa o extrañeza que requerían los

razonamientos de Turrillo, pero no atendía a las palabras, concentrado como estaba en el lacerante pensamiento de que aquel bruto había gozado a Belasia hasta la saciedad mientras él soñaba con ella en el otro extremo del mundo.

Argitivasar regresó con una fuente de carne en salsa, caliente, sobre tortas de pan humeante, recién hecho, tornó a llenar las copas y salió.

Después de un rato de charla intrascendente, Turrillo se puso repentinamente serio e invitó a su visitante a traspasar una cortina dorada que separaba el salón de la estancia contigua, más pequeña y apenas iluminada por una lamparilla de aceite. Cuando los ojos de Zumel se acomodaron a la penumbra pudo observar un poyo de mampostería profusamente decorado con cenefas y formas de vivos colores que servía de pedestal a una esfera de piedra que un hombre a duras penas podría levantar. Zumel reconoció en ella a la representación de Atacina, protectora de la aldea. Cuando era muchacho, aquella piedra sagrada se veneraba en una humilde hornacina de la encrucijada entre las dos calles principales. Ahora Turrillo la había confiscado con el pretexto de situarla en un lugar más digno. Junto a la piedra, Zumel distinguió al muñeco informe, toscamente tallado en el tronco de una encina, que representaba al antepasado divinizado de Turrillo. Una coraza de bronce antigua, manchada de verdín, lo recubría.

—¿Te acuerdas de Cerinnos, el tutelar de mi estirpe? —explicó orgulloso Turrillo—. Ahora se ha casado con Atacina y toda la población le rinde culto. Pronto será más importante que Orisos, el que mató al lagarto.

Turrillo batió palmas y reclamó a voces vino puro. Al instante apareció una de las dos criadas con una cincelada copa de plata que Turrillo levantó al cielo ceremoniosamente con ambas manos antes de verter un chorro sobre las brasas del altar. Se elevó una densa columna de humo blanco que casi ocultó la repulsiva figura de Cerinnos.

Regresaron a la sala. Las criadas habían retirado las viandas sobrantes y cebado el pebetero con semillas perfumadas. Turrillo tornó a sentarse en su sillón y señaló a Zumel el taburete. Le palmeó cordialmente la espalda.

—Dime, amigo: cuéntame ahora qué ha sido de tu vida.

—No hay mucho que contar —dijo Zumel—. Ya sabes. Hemos estado dando vueltas por ahí, al servicio de Himilcón, en Libia, en Sicilia, en el mar... De los que nos fuimos soy el único que regresa. Todos han muerto, algunos de peste y otros en combate. Cotrufes se quedó en Sicilia, con una mujer.

—Algo así sabía por los que volvieron a Talaya. El día de los difuntos realizamos danzas funerarias por Aibekeres, Ildutas y los que hubieran traspasado la Puerta. Pregunté por ti y me dijeron que estabas bien. Derramamos cerveza sobre la piedra de Corión para que siguiera protegiéndote.

Zumel asintió e hizo una vaga señal de agradecimiento.

Turrillo sirvió el vino, esta vez sin apenas agua, apuró su taza de un trago y la volvió a llenar. Se quedó mirando el rojo líquido con expresión concentrada como si

tuviera que ordenar sus ideas y, después de un prolongado silencio, miró francamente a Zumel y dijo:

—Tengo cuatro yegüeros en mi casa y treinta y cuatro caballos. Nos va bien. He afirmado mis derechos sobre los territorios que mi padre disputaba a Mardo y Auri, y ahora los mercaderes que transitan por nuestras tierras nos pagan aranceles de paso. Cada vez hay más comercio río arriba, por los montes, a Levante: metales, esparto, miel, caballos... de todo. El Baitis no es tan seguro como antes. Los mercaderes necesitan protección y la pagan bien.

Zumel bebió un sorbo de su copa, en silencio.

Turrillo lo palmeó de nuevo, regresando a su papel de camarada jovial.

—Tienes que contarme cómo es la guerra de las islas. ¿Son los griegos tan buenos como dicen? Los mercaderes cuentan prodigios de esas tropas que luchan con escudos enormes y lanzas larguísimas... Las... ¿cómo las llaman?

—Falanges —dijo Zumel.

—¡Eso, las falanges! Espera y verás...

Se incorporó, cruzó la estancia, tomó un estuche de cuero del vasar, soltó las cintas que aseguraban la tapa y extrajo un mazo de papiros. Los alisó sobre el tablero con la palma de la mano.

—Los griegos en orden de combate... —señaló.

El dibujo era la obra de un hábil artista griego. Con líneas precisas representaba a una falange marchando ordenadamente. Sucesivas hileras de hombres provistos de grandes escudos circulares que formaban una barrera; largas lanzas de fresno, cascos empenachados que protegían los rostros de los guerreros, grebas de bronce en la pierna adelantada. Por la parte de atrás las hileras de hoplitas se difuminaban en la nube de polvo que iban levantando. El artista había representado con detalle los adornos, las placas, los brazos musculosos, incluso los lazos de cuero de las corazas.

Turrillo pasó las láminas, lentamente. En algunas aparecía un peltasta con todo su equipo; en otras, un hoplita pesado con su escudo circular, su coraza y su lanza; en otras, un tracio con su escudo de mimbre. También había dibujos de auxiliares ligeros con cascos corintios y grebas de bronce.

El príncipe de Zubiión demostró a su invitado que estaba al corriente de las guerras y los ejércitos que pugnaban por el dominio de las tierras y ciudades que baña el mar de Cartago.

—Tenemos mucho que aprender de los griegos y de los púnicos —aseveró—. El oretano que consiga un ejército como éste se adueñará del río y de los caminos, de las minas y de los montes, de Oretania y de las tierras fértiles del sur.

—Es posible —comentó Zumel—, pero los equipos de un hoplita o de un peltasta son muy caros.

—Sé lo que cuestan. —Sonrió Turrillo con suficiencia, como si hubiera oído una gran simpleza—. Tenemos buenos artesanos que nos fabricarán escudos suficientes para armar a setenta hombres.

—No será suficiente —dijo Zumel—. Una falange no baja de los cuatrocientos. Turrillo hizo un gesto de disgusto.

—¿Cuatrocientos? ¿De dónde sacan los griegos cuatrocientos hombres de armas?

—Son ciudades populosas, no poblados. Y raramente luchan solas, casi siempre se confederan.

—Está bien —concedió Turrillo—, en cuanto varios pueblos nos obedezcan y tributen alistaremos hombres hasta formar una falange.

—¿Una tropa griega?

—¿Por qué no? ¿Somos acaso inferiores a los griegos? ¿No se disputan a nuestros guerreros tanto los griegos como los cartagineses? Eso es porque somos más bravos, más duros y más esforzados que ellos. Lo único que necesitamos son sus armas y alguien que nos instruya en su uso. —Turrillo apuró su copa y se la llenó de nuevo. Lamió un poco de vino que había quedado en el gollete de la jarra—. Los acuerdos con otros pueblos son inminentes —prosiguió mientras recogía los dibujos—. Tú, Zumel, entrenarás a la falange. Bajo mi supervisión, por supuesto. No creas que porque no he viajado no entiendo. Conozco las debilidades de la falange: en combate cada hombre tiende a desviarse hacia la derecha buscando la protección del escudo del compañero. Nosotros equilibraremos el campo poniendo más auxiliares a la izquierda.

—El que te contó eso estaba un poco desfasado —objetó Zumel—. Ahora todos los griegos han adoptado la marcha en diagonal y sólo los espartanos marchan de frente.

Turrillo disimuló su contrariedad. Intentaba alardear de conocimientos y estrategia como solía hacer ante sus hombres e invitados, pero Zumel rebatía sus argumentos con la autoridad que le otorgaba haber combatido en aquellas batallas.

—Sé perfectamente lo que es la formación diagonal y para lo que sirve —mintió Turrillo—. Estoy al día. Pero si los espartanos siguen de frente no veo por qué no lo conseguiremos nosotros.

—Los espartanos se entrenan continuamente —dijo Zumel—. Viven para la guerra. Les hiede la vida.

Turrillo abrió los brazos como si acabara de escuchar una gran simpleza.

—¿Qué problema hay? —preguntó—. Nosotros nos adiestraremos continuamente igual que ellos. Tú te encargas de esa parte, con ayuda de un par de instructores que designes. Eso es cosa tuya. Y no te faltará de nada. Serás mi segundo, mi amigo, como en los viejos tiempos.

## Capítulo 12

Zumel asintió cabizbajo. Era evidente que Turrillo había progresado en elocuencia y capacidad dialéctica. En eso parecía un griego. Sin embargo, los griegos atendían a razones, examinaban los argumentos del oponente antes de rebatirlos. Turrillo los rechazaba sin examinarlos.

Se sintió inferior. Él era hombre de pocas palabras. Nunca había sido un gran conversador, aunque sabía lo que quería y esta vez estaba decidido a defender su independencia. Intentó responder cortésmente como lo hubiera hecho Nomandros, el médico:

—Tu oferta es muy generosa, Turrillo, y te la agradezco, pero no la acepto. Ya me he retirado de la guerra y de las armas.

Turrillo fingió no haberlo oído.

—Tú has visto combatir a los griegos y has combatido con ellos —volvió a la carga con renovado entusiasmo—. Eres el instructor que necesito para la tropa. Serás mi estratega y mi consejero. Con un ejército semejante, Zubión será invencible. Todo el valle tributará y me obedecerá. Seremos más fuertes que Bolco y que Kastul y tú serás rico, tendrás mujeres y caballos. Entrenarás a mis hombres. Te colmaré de atenciones. ¡Comerás en mi mesa!

Zumel se excusó nuevamente.

—Lo siento, Turrillo. Entrenar un ejército a la manera griega lleva mucho tiempo y acarrea ingentes gastos. No creo que estés en condiciones de afrontarlos, ni yo poseo la experiencia necesaria. Siempre he peleado en las alas del ejército, con los auxiliares, y nunca he comprendido los movimientos de los estrategas. Las tácticas griegas son más complejas de lo que parecen. No te sirvo. Para lo que pretendes tendrías que contratar a un estratega griego.

Turrillo contempló a su antiguo amigo desde su altura con expresión de contrariedad que pronto trocó en una sonrisa jovial.

—¿No has de servir, Zumel? —volvió a la carga—. Siempre has sido el mejor, tú y yo lo sabemos. El mejor de nuestra choza comunal, ¿lo recuerdas? Tú y yo juntos formábamos una buena cuadrilla. Ahora seguiremos siendo los mejores.

Zumel negó con la cabeza. No sabía cómo convencer a su antiguo amigo de que su postura era firme. No deseaba más guerras.

—Te lo agradezco mucho y agradezco el aprecio que me demuestras, pero he venido para dejar las armas.

Esta vez Turrillo se dio por enterado. Frunció el ceño como si hubiera oído una gran simpleza y adoptó una expresión severa que Zumel desconocía.

—¿Dejar las armas? —preguntó en tono serio, casi desabrido—. ¿Puede un escorpión renunciar a su aguijón, el lobo a sus colmillos, el oso a sus zarpas? ¿Puede el hurón renunciar a la sangre de los gazapos?

Urcebas había usado parecidos argumentos. Zumel emitió un suspiro y se armó de

paciencia.

—He combatido quince largos años —alegó Zumel—. Creo que me ha llegado la hora de descansar. No quiero más guerra.

—Pues ¿qué quieres?

—Comprar un hato de cabras o de ovejas. Mi padre era pastor, como recordarás.

Turrillo lo recordaba perfectamente. ¿Cuántas veces lo había acompañado con el rebaño, desempeñando un oficio vil, en lugar de permanecer en el pueblo con los amigos de su clase?

—¡Pastor! —Turrillo no disimulaba su despecho—. ¡Tengo ya suficientes pastores! Todos los que ves ahí fuera son pastores. No saben hacer otra cosa. El pueblo está lleno de pastores, de cabras y de cagarrutas. Huele a cabra y a leche agria adondequiera que vas y a cualquier hora y no puedes dar un paso sin pisar esa mierda. ¡Lo que yo necesito son guerreros experimentados! Gente en la que confiar, alguien que sepa organizar y armar una falange. —Se pasó la mano por la cara y compuso un gesto de paciente hastío—. ¡Vamos a ver, Zumel! Ganarás diez veces más que un pastor y trabajarás menos. No te faltará una casa cerca de la mía ni una mujer que cocine para ti, que alegre tus noches y te dé hijos que perpetúen tu sangre.

—Te lo agradezco, Turrillo, sé que lo que me ofreces sería lo más conveniente para mí si pretendiera continuar en mi antiguo oficio, pero debo rechazarlo porque sólo aspiro a ser pastor y, por otra parte, no me preocupa la perpetuación de mi sangre.

Turrillo endureció el gesto. Había alcanzado el límite de su paciencia.

—Me parece que no me has entendido —rezongó malhumorado—: sobran pastores en Zubiión y faltan guerreros. Si quieres servirme serás guerrero. Serás mi hombre de confianza, comerás en mi plato y montarás mis caballos.

—Es un honor que me lo propongas, lo aprecio debidamente, Turrillo, y te lo agradezco, pero, como digo, he dejado las armas. Compraré unas ovejas y cabras y viviré de eso.

—¡Nadie compra ni vende ovejas ni cabras en Zubiión si no es con mi permiso! —gritó Turrillo golpeando con la palma de la mano el reposabrazos del sillón.

Al momento se apartó la cortina que comunicaba con el interior de la casa e irrumpieron dos guerreros corpulentos listos para intervenir. Turrillo los contuvo con un gesto. Zumel les lanzó una mirada indiferente.

La expresión amable de Turrillo había desaparecido.

—Nadie compra ni vende ganado sin mi permiso —repitió en tono más calmado.

—En ese caso te pido permiso para comprar el ganado —repuso Zumel. No dio muestras de inquietarse, pero una vena de su sien derecha se hizo más visible.

Turrillo lo observaba con expresión severa. Aquella sabandija con vocación de pastor rechazaba su amistad. Había regresado al poblado derrotado y pobre, pero todavía le demostraba orgullosamente que no lo necesitaba, que prefería arreglárselas solo antes que deberle un favor. Aunque no se hubiera mencionado, el lobo rey estaba

presente en la conversación. Si no fuera por aquel episodio, Zumel le guardaría más respeto y no osaría insolentarse de aquella manera, pensaba Turrillo. El príncipe se había acostumbrado a la obediencia absoluta, era un rey a la manera griega, el tirano de Zubiión, y hete aquí que Zumel, un pobre diablo regresado de la miseria, osaba desafiar sus deseos. El desagradecido mordía la mano que pretendía alimentarlo, la mano que sólo deseaba recompensarlo generosamente por su amistad pasada y por los buenos recuerdos de la infancia.

Turrilloapuró de un trago el contenido de su copa. El último vino le supo amargo. Aquel gañán ingrato o calculador conocía el secreto que podía desacreditarlo. Intentaba recompensarlo por la ayuda que le prestó un día y sólo obtenía una humillante negativa. Quizá era más astuto de lo que aparentaba. Quizá se reservaba el secreto para usarlo contra él, para chantajearlo en alguna situación apurada. Todos aquellos años había albergado la esperanza de que Zumel muriera en alguna tierra sin nombre y se llevara a la tumba el conocimiento de su vergüenza. Ahora lo tenía allí, en su casa, sentado en su sala, y rechazaba su generosidad para mortificarlo.

—Tú me pides permiso para comprar esas ovejas y yo te lo deniego —dijo—. Vete, medita el asunto y cuando hayas cambiado de idea hablamos de tu soldada.

Dio un par de palmadas. Al instante acudió Argitivasar, el mayordomo.

—Acompaña a este hombre —ordenó con un gesto displicente.

En el vestíbulo de los telares dos guerreros conversaban. Zumel reconoció en uno de ellos a su antiguo rival, Bedule. Se había convertido en un hombre corpulento de anchas espaldas y prominente musculatura. La fuerte mandíbula rasurada azuleaba sobre el rostro anguloso y moreno.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —le dijo a su compañero—. Zumel, el terror de la calle de abajo que vuelve de quién sabe dónde con el rabo entre las piernas.

Zumel, indiferente, intentó pasar de largo.

—¿Qué pasa? —insistió Bedule interponiéndose—. ¿No se saluda a los antiguos amigos?

Zumel se detuvo, serio.

—¿Me permites que pase?

Se apartó Bedule con un gesto de irónico acatamiento, pero cuando Zumel salvaba el peldaño, lo zancadilleó al tiempo que le propinaba un empujón brutal. Zumel trastabilló, perdió el equilibrio y cayó sobre el polvo. Desde el suelo volvió la cabeza para dirigir una mirada homicida al agresor. Bedule le sonrió mostrándole una hilera de dientes blancos, fuertes, que brillaban en la penumbra del zaguán. Cerró de un portazo.

Las gentes del mercado presenciaron la escena.



## Capítulo 13

La ribera del Bullón estaba bastante poblada. Los hortelanos preferían vivir cerca de sus cultivos y sólo acudían al pueblo para vender sus productos o para refugiarse en caso de peligro. Mujeres y viejos labraban la tierra con parsimonia, cabucheaban con azadas o almocafres o araban con arado de palo tirado por un asno o por ellos mismos, por turnos. En los sembrados, mujeres y niños arrancaban las malas hierbas.

En torno a la vivienda de Belasia docenas de pieles se secaban al sol sobre armazones de caña, listas para el curtido.

Una voz femenina entonaba una canción de amor y ausencia. A prudente distancia, Zumel se detuvo a escucharla. Quería demorar los agrídulces preliminares del encuentro.

Zumel no se planteaba ya ninguna alternativa de futuro con Belasia. Simplemente quería verla de nuevo. Después las cosas se aparejarían del modo más conveniente, eso quedaba en las manos de Atacina y los otros dioses.

Belasia había fijado una piel sobre el banco de curtir y le arrancaba la pelambre con un raspador de hueso. Concentrada en su tarea, no advirtió la presencia de Zumel, que la contemplaba emocionado. Cuando marchó a Cartago, ella era todavía un cuerpo adolescente, delgado y fibroso, atractivo pero algo desgachado. La maternidad y los años la habían hermoheado. Se le habían ensanchado las caderas y su belleza era más densa.

—¿Me das agua, mujer? —preguntó a su espalda, a pocos pasos de ella.

Belasia se volvió sobresaltada y sólo percibió la silueta del caminante. Las facciones quedaban ensombrecidas por el sol que se elevaba a su espalda.

Dejó el raspador, se secó las manos y le acercó un jarro de agua. Zumel bebió del agua fría y ligeramente salobre.

La mujer observaba con interés aquel cuello musculoso y moreno, aquella barba entrecana mal cortada, la nuez que subía y bajaba en la garganta nervuda. Encontraba algo familiar en aquel hombre.

Él bajó el jarro y le permitió ver su rostro. Belasia se estremeció al reconocerlo.

—¿Zumel? —titubeó—. ¿Eres Zumel?

Él sonreía.

—¿Tanto he cambiado que ya no me conoces?

Ella asintió. Evaluó el paso del tiempo en aquellos ojos en los que la ternura del reencuentro apenas mitigaba la dureza de una mirada ejercitada en el horror de la muerte, contempló la cicatriz blanquecina que recorría aquel rostro moreno, los rasgos angulosos y descarnados del hombre que había sufrido trabajos y reveses, la nariz afilada por la edad, la piel labrada de arrugas cenicientas y pavonada por el sol y la intemperie, constató lo que las privaciones, los peligros y los trabajos habían hecho de aquel muchacho que la rondaba en su mocedad, el primero que la hizo sentirse admirada y deseada.

Zumel alargó una mano, en un gesto mecánico, para tomar la de la mujer, pero ella apartó la suya instintivamente. Él no insistió.

—Han pasado muchas cosas... —empezó a decir sin disimular su turbación.

—Ya lo sé. Algo me han contado —admitió Zumel—. Me imagino que la vida no ha sido fácil.

—No, no te lo imaginas —replicó ella con dureza sobreponiéndose a las emociones. Temblaba como la hoja del tilo en medio de la tormenta—. Te marchaste a vivir tu vida y me abandonaste en medio de los lobos. Tres o cuatro años, ¿recuerdas? Estoy fuera tres o cuatro inviernos y después vuelvo, compro ovejas y nos unimos, dijiste. ¿Cuántos inviernos han pasado? ¿Veinticinco?

Zumel compuso un gesto de disculpa.

—Sólo veinte, creo.

—¡Sólo veinte! ¿Y te parece poco...? ¡Veinte años es la vida de una mujer! Ahora soy vieja y tengo la vida arruinada. Tú no sabes lo que ha sido mi vida en estos años.

—Sé que has tenido un hijo de Turrillo.

Lágrimas iracundas resbalaban por las mejillas de la mujer. Le temblaban los labios.

—¿Que he tenido un hijo? ¡Algo más que tener un hijo! Después de que tú me dejaras ningún hombre se me acercó. ¡He quedado para puta de los Cerinnos! Más de una vez pensé en tirarme a este pozo o en tomar la yerba y si me contuve fue porque tenía un hijo y él, pobrecillo, no tiene culpa de nada. —Dejó escapar un breve sollozo, se restañó con rabia las lágrimas y miró a Zumel con ira—. Primero me babeó el padre, Artacato, con su aliento podrido. El día que murió Artacato, de regreso del funeral, el hijo, tu amigo Turrillo, se presentó aquí borracho, tiró la puerta abajo, me sujetó como a un animal e hizo conmigo lo que quiso. Desde entonces me llama cuando quiere, ¿no te lo han contado? ¡A esas de ahí arriba —señalaba el poblado— les encanta!

—Lo sé... Lo siento —asintió Zumel pesaroso—. Me han contado algunas cosas.

—¿Y qué más te han dicho? —replicó ella sin mitigar su enfado. Jadeaba como si le faltara el aire.

—Nada más.

La ira contenida se desbordaba en las lágrimas. Iba a continuar con la retahíla de sus quejas pero en aquel momento llegó un niño de unos diez años que se le abrazó mientras miraba al visitante con gesto hostil, como si le estuviera disputando una posesión. Ella lo rodeó con un brazo protector y miró desafiante a Zumel.

—Mi hijo, Aspar.

Asintió Zumel. Iba a añadir algo pero ella se le adelantó:

—Si ya has saciado tu sed, prosigue tu camino —le espetó secamente—. Espero que te vaya bien.

Zumel no replicó. Volvió sobre sus pasos y continuó su camino. Había imaginado de otro modo su reencuentro con Belasia.

Días después le contó la entrevista a Urcebas.

—No recordaba que tuviera ese carácter —comentó—. Pensaba que era más dulce.

Urcebas sonrió con cierta tristeza.

—Cuando tú marchaste era más dulce, por supuesto, pero después le han pasado cosas. Cuando empezó a acostarse con Artacato la tomaron por la puta del pueblo, como si hubiera podido hacer otra cosa. El gañán le mandó dos yegüeros y se la llevaron a la fuerza, eso lo vio todo el mundo. La tuvo no sé cuántos días encerrada, en ayunas, hasta que la domó. Y lo más gracioso de todo: las arpías que más la criticaban habían pasado ya por la cama de Artacato, ellas o sus madres, y algunas veces las dos, ya sabes cómo se las gastaba.

Zumel se convirtió en la comidilla del pueblo. En las ruecas y los telares, en los lavaderos y en los alfares, en las cuadras y en los apriscos, en los mentideros y en el mercado, sólo se hablaba de su regreso, de sus ancestros, de las hazañas que realizó de muchacho hasta que se alistó en la cuadrilla de Cotrufes para la guerra en tierras púnicas. Circulaban noticias a veces contradictorias y casi nunca piadosas: que lo habían expulsado del ejército por cobarde, que había asesinado a Cotrufes y a sus compañeros para quedarse con el botín de tantos años (que mantendría oculto, especulaban algunos, debido a su avaricia o por miedo a que se lo arrebataran), que hacía años que se había separado de la Cadena, faltando a su compromiso sagrado, para consagrarse al bandolerismo en las sierras de Kastul, donde algunos buhoneros lo habían reconocido...

Era el tiempo de sembrar las lentejas, cuando las lagartijas toman el sol suave del otoño y los sapos anuncian lluvia y reclaman a la hembra. Los nublados impedían trabajar algunos días y la gente permanecía en sus chozas, machacando esparto, hilando, tejiendo y conversando.

## Capítulo 14

Los príncipes de los pueblos del Baitis, muchos de ellos rivales o enemigos de Turrillo, recibieron con alborozo la noticia de que un mercenario regresado de las guerras sicilianas desafiaba la autoridad del príncipe y desobedecía abiertamente sus órdenes.

El rumor de su desprestigio no tardó en llegar a oídos de Turrillo. Era un desafío a su autoridad que no estaba dispuesto a tolerar. En Zubiión se empezó a rumorear que el yegüero Bedule buscaba una ocasión para desafiar a Zumel y matarlo. Algunos aseguraban haber presenciado cómo lo abofeteaba y lo echaba a patadas de la casa del príncipe sin que el muy cobarde reaccionara. Comenzaron a pensar que la leyenda que atribuía a Zumel la muerte del lobo rey de Turrillo sólo era un bulo divulgado por los enemigos del príncipe para desacreditarlo.

Por aquellos días, Zumel ayudaba a Urcebas a preparar la cerveza del año. Estaban filtrando el cocimiento de cereal en la explanada del monte Gor cuando el viejo pastor, que llevaba un rato callado, rumiando pensamientos, miró a su amigo y le dijo:

—Zumel, no lo estás haciendo bien. Estás humillando a Turrillo. Los días en que un guerrero podía ser libre y escoger amo entre los régulos del pueblo ya pasaron. Ahora los régulos le han cedido sus clientelas a Turrillo y él actúa enteramente como príncipe.

—¿Y la junta de ancianos?

—¿No te lo explicó tu amigo Sosián? La junta de ancianos no tiene ya la autoridad de antaño. Hoy los jóvenes desprecian los consejos de los viejos que, con sus manías y sus odios recalcitrantes, tantas veces arrastraron al pueblo a guerras inútiles. Hoy sólo se lucha por el poder, por el dominio, por las posesiones, los caballos, las minas, las sementeras, las aguas, los caminos que llevan las mercaderías al mar. A los viejos nadie los tiene en cuenta. Han quedado para discutir sobre la necesidad de cambiar una angarilla funeraria o sobre la compensación que debe recibir el melero al que una piara de cochinos le destrozó las colmenas.

—O sea, nada —dedujo Zumel.

—¿Qué esperabas? ¿Encontrarte el pueblo como cuando marchaste? Aquí también han pasado cosas. Es la deriva de los tiempos. Lo mismo ocurre en los otros poblados. El que no se somete al príncipe tiene que abandonar sus tierras y vivir en otra parte, pero en esa otra parte tendrá que someterse al príncipe dominante. No ganas nada y vuelves a estar como estabas. Más te vale seguir como al principio.

—Quiero vivir en paz —respondió Zumel—. No quiero saber nada de Turrillo.

Urcebas suspiró desalentado.

—Pues si eso es lo que hay te advierto que te va a ser difícil ser pastor después de haber sido guerrero. Y no hace falta que te repita que con las armas ganarías más y podrías agenciarte una mujer. De pastor lo veo difícil. Y tú estás muy solo.

Zumel terminó de filtrar la cerveza, dejó el pañizuelo sobre la artesa y le tendió la jarra a su amigo.

—Eso ya lo sé, Urcebas, pero estoy cansado de obedecer a otros. Llevo toda la vida obedeciendo órdenes.

—¡Todos obedecemos, hombre! —exclamó Urcebas—. Ese es el orden natural. Cuando se obedece se duerme mejor, tienes menos tribulaciones. El que manda las tiene todas. Y te advierto: Turrillo no se va a conformar. Sus primos los Bartares y los Caikombe pensarán que se ha vuelto débil, especialmente porque sospecha que en el pueblo sabemos que tú eras más bravo que él.

—Me da igual —dijo Zumel encogiéndose de hombros.

—Sí, pero la diosa que custodia la Puerta te concedió a ti el lobo rey, no a él.

A eso no replicó Zumel.

Llegó el invierno con sus nublados, sus mantos de rocío y sus nieblas matutinas, cuando las bichas duermen en sus escondrijos subterráneos y las aves del cielo, los zorzales, los petirrojos y los estorninos pueblan los aires.

El bosque recobró su letargo frío. Los lobos se emparejaron para procrear y los machos jóvenes delimitaron su territorio depositando sus deyecciones en lugares visibles. En los árboles el pito real se alimentaba de insectos barrenadores. En el cielo, las cigüeñas regresaban a sus nidos de antaño.

En el pueblo nadie se había atrevido a vender ganado a Zumel, pues pesaba la prohibición de Turrillo. En esa tesitura Urcebas le ofreció algunas ovejas, las más paridoras, pero él no las quiso aceptar. Por nada del mundo quería acarrearle problemas a su anciano amigo. Tuvo que comprar el ganado en Cobol, donde un medio pariente de su padre, un tal Belasaiberebán, le suministró dos decenas de ovejas medio desdentadas y cuatro cabras a un precio abusivo con el pretexto de compensar a su príncipe por el permiso de vender animales en otro poblado.

—Le he avisado a un pastor y traerá las ovejas mañana —le advirtió—. Mientras tanto, ¿quieres ver algo notable, superior a todo lo que has visto en tus viajes?

Lo llevó a las afueras del pueblo, al cementerio grande frente a la puerta de los Huesos.

Deambularon entre las tumbas de los antiguos régulos señaladas con leones, grifos y lobos que parecían montar guardia en torno al mausoleo de Jantoren.

Zumel examinó el admirable monumento, una obra tan meritoria como las que hacían los griegos en Sicilia. Las estatuas representaban fielmente a los guerreros y reproducían sus armas hasta en sus mínimos detalles, los abultados muslos, los rostros serenos y serios, sin esfuerzo, como regresados de la eternidad. En un grupo escultórico, Jantoren cazaba con sus perros favoritos, una liebre en la mano tomada de las orejas. En otro alanceaba a Pesevedán, su enconado rival, al que atravesaba con el hierro de la lanza, que le asomaba por la espalda. No había mejor modo de

pregonar la nobleza semidivina de la estirpe que representar a Jantoren, el héroe matador del jabalí de Jarilla, tan monstruoso que cada uno de sus colmillos medía tres codos, cuando agarraba firmemente un pene de cumplidas proporciones ante la diosa Atacina, hermosa de grandes pechos, que abierta de piernas se disponía a recibirlo. Los juglares cantaban que de aquella mítica cópula nació Severtán, el primero de la estirpe.

—¿Has visto algo parecido? —preguntó Belasaiberebán.

—No —mintió Zumel por no desanimarlo.

—Sosinbiuru es generoso y está necesitado de buenos guerreros. Si cambias de opinión sobre lo de meterte a pastor no dudes en venir aquí. Te buscaré una viuda que esté buena y sepa cocinar. La guerra del burro dejó muchos huertos sin regar y las viudas están deseando encontrar quien las contente.

Zumel se lo agradeció pero rechazó la oferta. Ya le tenía el ojo echado a una muchacha de Zubión, le dijo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo se llama? —se interesó Belasaiberebán.

—No lo sé —mintió Zumel—. Tan sólo la he visto un par de veces.

—¡Ah!

Aquella tarde Zumel pagó el alboroque en la plaza donde se reunían los tratantes. Bebieron vino aguado e hidromiel y hablaron de los parientes muertos y de las excelencias o defectos de los habitantes de los distintos poblados del valle, un tema recurrente entre los iberos que ayudaba a reavivar las rivalidades y enemistades. Al día siguiente, Zumel recogió sus ovejas y regresó a Zubión sin extraviar ninguna por el camino.

Aconsejado por Urcebas, Zumel frecuentó los pastizales altos, en las navas del cerro de la Muela, que muchos rabadanes evitaban, excepto en épocas de sequía, porque caían lejos del pueblo y estaban expuestos a las incursiones de lobos y cuatrerros.

Zumel buscó una elevación cerca del arroyo, donde se extendía una meseta casi plana con buenas vistas, y reconoció el terreno. Los vientos eran favorables, cerca había un escarpe con cuevas que podrían habilitarse para refugio de ganado y a media ladera se podía excavar greda y arcilla. Piedras sueltas para el cimiento de la choza abundaban monte arriba y al pie de la colina había un chortal de agua salada que convenientemente adobado podría alumbrar una salina mediana, suficiente para un rebaño pequeño. Era el sitio adecuado.

Urcebas y dos amigos leñadores se presentaron a la mañana siguiente y le ayudaron a construir la choza. Primero sacrificaron la oveja ritual. El hígado presagiaba buenos augurios. Zumel excavó un hoyo profundo en el solar escogido y enterró la cabeza y las pezuñas. Terminada la ceremonia, Urcebas se escupió en las manos y dijo:

—Y ahora manos a la obra.

Sus amigos lo imitaron. Trabajaron todo el día, sin descansar para comer. Cuando el sol declinó habían construido una sólida choza de piedras, palos y ramas. Urcebas recitó los conjuros y preparó la espaldera para ahumar la carne.

La cenaron junto con los bofes sofritos en manteca y adobados en vinagre. Cuando acabó la última tajada, el anciano pastor eructó apreciativamente y se volvió hacia Zumel.

—Ya tienes despensa para medio año. Ahora tienes que completar el cerco y el redil. Te enviaré algunos amigos jóvenes que te ayuden.

Con ayuda de Urcebas y sus leñadores, Zumel trasplantó zarzas jóvenes hasta constituir un seto que abarcaba una buena extensión. Una vez terminado dispuso mortíferos lazos en aquellas vías que el lobo escogería presumiblemente para burlar el espinar.

## Capítulo 15

Los primeros meses fueron de intenso trabajo pues Zumel tenía casi olvidadas sus habilidades pastoriles.

Sólo regresó al poblado en un par de ocasiones, para proveerse de vasijas y provisiones. Ya había corrido el rumor de que estaba enemistado con Turrillo y la gente que en los primeros días lo saludaba y se interesaba por él, lo evitaba ahora. Nadie quería problemas con el príncipe o con Bedule. Después de la humillación pública de empujarlo y hacerle morder el polvo en la plaza en presencia de todos, nadie daba un ardite por su vida.

—Lo provocará hasta que se le enfrente y lo matará como ha hecho con tantos —decían.

Urcebas y Sosián le aconsejaban que se instalara en otro poblado. Mardo había perdido a casi todos sus hombres jóvenes en la guerra del burro y su príncipe recelaba de la alianza establecida entre sus vecinos Turrillo y Edecón de Talaya. No le resultaría difícil que lo admitieran allí. Había mujeres de sobra, especialmente pobres, y aunque ya no era joven podría conseguir alguna en edad de parir que le aportara una dote de media docena de ovejas o de cabras.

Zumel agradecía los consejos, pero no estaba dispuesto a abandonar.

—Ésta es mi tierra. Me he criado aquí y quiero morir aquí —decía.

—Esto no es lo que era, ya lo ves —insistía Urcebas—. Ahora hay que plegarse a la voluntad del príncipe para que te deje vivir. Y adondequiera que vayas te vas a encontrar lo mismo. Los siete pueblos del Baitis obedecen a príncipes. Ya no puede uno acogerse a la protección de un régulo y cambiar de amo como en tiempos de tu padre.

—Me las arreglaré —insistía Zumel.

Al final lo dejaron por imposible. Temían que algún día apareciera muerto como había ocurrido con otros rebeldes, años atrás.

Cuando iba a Zubión, Zumel escogía siempre el camino de la ribera y observaba a Belasia de lejos. No podía apartarla de su pensamiento. Consumía sus días y sus noches pensando en ella. Un día ella le envió un recado con un vecino huertano.

—Te saludo, Zumel, ¿sabes quién soy?

—Eres Caikombe, el primo de Belasia.

—Veo que me recuerdas. Yo apreciaba mucho a tu padre —dijo el hombre—. Belasia te ruega que, si en algo la aprecias, dejes de vigilarla. Tu presencia en las huertas solamente le acarrea problemas con quien tú sabes.

Zumel respiró profundamente. Allá abajo, en la ribera, Belasia era un punto pardo que miraba hacia él con la mano haciendo visera para evitar el sol poniente. Lo miraba sin el disimulo de otras veces, como si ratificara con su espontaneidad las palabras de Caikombe.

Zumel no regresó a Zubión durante un tiempo. Continuó con su vida de pastor,



cada vez más aislado, huraño y solitario, sin más contacto humano que el de Urcebas, al que esporádicamente visitaba en Gor, o el que mantenía en sus expediciones a Auri para cambiar quesos, carne o lana por otros artículos necesarios. Aunque se esforzaba como un joven, apenas ganaba para mantenerse. No resultaba tan fácil como esperaba ser pastor después de haber sido guerrero.

A la entrada de la primavera, cuando llevaba meses sin acercarse a una mujer, decidió que ya era hora de cambiar de hábitos. En una de sus visitas a Auri conoció a una prostituta llamada Edereta que atendía a su clientela en una cueva de las afueras. Edereta era joven y bien parecida, aunque la mirada honda y triste de sus ojos grises denotaba cierta amargura.

—Te arreglaré un poco el pelo —le dijo al terminar, mientras se lavaba en un dornajo—. Pareces un oso.

Zumel se lo agradeció. Estaba bastante abandonado.

La mujer emprendió su labor con una navaja de cortar esparto muy afilada. Cuando terminó le sirvió un cuenco de cerveza y lo observó con interés mientras bebía.

—Sin las greñas pareces mucho más joven —comentó—. Ahora dan ganas de estar contigo. Un hombre como tú, tan vigoroso, debería tener mujer.

Zumel no respondió. Bebió un nuevo sorbo, pensativo. Ella se le acercó, todavía desnuda, le apretó la cabeza contra su vientre terso y le masajeó las sienes y la nuca. Él cerró los ojos y se dejó hacer. Era agradable notar las manos femeninas frías y húmedas por su cabeza y por su cara.

—Sé quién eres —prosiguió la mujer, en un susurro cerca de su oído—. Estuviste con los que se fueron al mar, a la guerra. Al regreso, después de tantos años, te encontraste con que tu mujer le pertenecía al príncipe de tu pueblo. ¿No es así? He oído hablar de ti. Nadie se explica por qué no te ha matado todavía. ¿Qué haces entre la gente de Zubión, de mala ralea, envidiosa y cruel? Lo que tienes que hacer es venirte a Auri y buscarte a una mujer. Olvida a la otra. Vive tranquilo. —Le apartó la cabeza y sin dejar de tomarla entre sus manos lo miró a los ojos—. Entonces podrás venir siempre que quieras a que te corte el pelo... y a algo más.

Al despedirse, Zumel extrajo un queso de su zurrón y lo dejó sobre la banqueta. Antes le había dado una moneda por el servicio.

—Te agradezco el consejo, mujer.

Ella lo abrazó y le deslizó un muslo suave por la entrepierna. El sexo del hombre respondió al instante. Ella se apartó. No deseaba una nueva sesión.

—Me llamo Edereta —le susurró al oído—. Ven siempre que quieras. No te contentes con las ovejas, teniéndome a mí.

Zumel fue distanciando sus visitas a Zubión hasta que decidió prescindir de ellas. Se había propuesto olvidar a Belasia, si ello era posible. Menudeó sus excursiones a

Auri para estar con Edereta. Los pocos bastimentos que necesitaba los compraba de los buhoneros que recorrían los caminos de aldea en aldea. Casi todo lo demás se lo fabricaba él mismo, los cueros, los instrumentos de madera, de hueso o de esparto, las cuerdas...

A veces bajaba al río a visitar los parajes de su infancia, donde había cazado ranas y culebras, y recogía moras silvestres. Rememoraba los tiempos de su niñez cuando se emboscaba en aquellas espesuras, sus juegos, sus encuentros clandestinos con muchachas alegres y complacientes. En los días más tórridos del estío, sesteaba bajo los copudos árboles donde no penetraba el sol, sobre cama de helechos, al lado del rumoroso arroyuelo, apenas molestado por los reptiles y sabandijas. Cazaba alguna culebra de las que acudían a refrescarse huyendo del calor y la preparaba en las brasas.

El Bullón discurría limpio y claro, describiendo meandros, con sus cañaverales espesos en una parte y sus florestas de álamos y choperas en la otra.

Cuando entró el segundo otoño, Zumel, ya asentado como pastor, con su rebaño saneado, sus primeras corderas engordando, su choza construida y sus rediles listos, dispuso de más tiempo y comenzó a frecuentar el bosque. Estaba hermoso el bosque cuando el sol incidía en las copas de los árboles, doraba el aire a través de las hojas moribundas y descendía hasta el suelo en oblicuas columnas de luz.

A los niños de Zubión les fascinaba la historia del mercenario. Habían crecido en tiempos de relativa paz, la era de los príncipes, y añoraban la guerra, y las sangrientas batallas que evocaban sus padres y sus abuelos, junto al fuego, en las largas noches de invierno.

Las pandillas de pilluelos que salían al campo a jugar a la guerra, a buscar nidos, a montar ligas contra los pájaros o a cazar conejos con hurones, se acercaban al cerro de la Muela para espiar de lejos al antiguo mercenario. Lo tenían por un hombre feroz. Habían oído historias nada favorecedoras. Se rumoreaba que había matado a más de mil hombres antes de asesinar también a sus compañeros.

Belasia había prohibido a su hijo que se acercara a aquel hombre, y el muchacho, obediente, rehusaba acompañar a sus amigos cuando decidían espiarlo. Después escuchaba en silencio los comentarios de sus compañeros y se los repetía a su madre.

—Dicen que tiene tres pieles de lobo a secar en el costado de la choza y que al caer la tarde, cuando guarda el ganado, enciende una candela y baila con la falcata en la mano mientras canta himnos de guerra en una lengua extraña —le contaba.

—¡Tonterías! —comentaba Belasia aparentando indiferencia, siempre afanada en sus labores—. ¡Que no me entere yo de que los acompañas, eh! —advertía.

Un día la pandilla de Aspar había pasado la mañana merodeando por el campo y las huertas a la caza de lagartos. Cansados y aburridos se sentaron en la ribera del Bullón, con los pies dentro del agua, bajo una higuera, y se entretuvieron en

despellejar y limpiar los reptiles muertos mientras charlaban de los nidos que cada uno tenía y de sus asuntos.

La conversación derivó hacia las habilidades deportivas de algunos de sus hermanos mayores que pronto alcanzarían la edad del *jasier* y se trasladarían al bosque para cazar el lobo. Los chiquillos estaban impacientes por iniciarse como adultos. Alguien mencionó el lobo rey cazado por Turrillo e inevitablemente se enzarzaron en la discusión sobre si lo había cazado realmente o si se lo había cedido el guerrero que vivía en la Muela, como se rumoreaba en el poblado.

—Ayer le oí a las mujeres que el forastero, cuando vivía aquí, cortejaba a la madre de Aspar —dijo uno.

Los otros lo miraron.

Aspar se encogió de hombros como si el asunto no le importara. En realidad llevaba algunas noches desvelado, acariciando la idea de que el forastero se casara con su madre y lo adoptara. No era fácil crecer sin un padre y aquel misterioso guerrero le parecía superior a los demás, el único que no se había sometido a los caprichos de Turrillo. Aspar odiaba a Turrillo, aunque sabía que era su verdadero padre. Había crecido viéndolo irrumpir en la choza de su madre como un venado en celo.

—¡Tú! —Lo señalaba—. ¡Largo de aquí!

La madre adoptaba una actitud servil y lo enviaba a dormir fuera de la cabaña, con una manta. El niño pasaba la noche con los yegüeros de la escolta de Turrillo, que permanecían frente a la puerta haciendo chistes groseros sobre lo que el jefe estaría ejercitando con su madre.

En la pandilla de Aspar las opiniones estaban divididas.

—Por lo visto Turrillo quiere hacerlo yegüero, incluso en el puesto de Bedule, pero él insiste en ser pastor.

—Tiene que estar loco para ir detrás de un hato de ovejas cuando podría vivir con Turrillo, bebiendo vino y comiendo asado de jabalí —opinó otro.

—A lo mejor no es tan buen guerrero como dicen o es un cobarde y por eso prefiere ser pastor —insinuó un tercero—. Al fin y al cabo los que fueron con él están muertos y nadie lo ha visto combatir. Además cuando Bedule le partió la boca, él se condujo como un cobarde y no lo desafió.

—Entonces, ¿es rey lobo o no lo es? ¿Mató al lobo negro en su *jasier* o no lo mató? —insistió uno.

—Yo he oído los comentarios de mi abuelo, con los otros de su chozón —corroboró un tercero— y coincidían en que la piel del lobo negro que tiene Turrillo en su casa es la del que mató Zumel.

—Entonces, ¿por qué la tiene Turrillo?

—Porque, por lo visto, se la tuvo que dar porque su padre era pastor de Artacato, el padre de Turrillo. Dicen que acudió todo el pueblo a verlo y el lobo negro superaba en altura, sin cola, al hombre más alto de Zubión.

—Si hay guerra tendrá que luchar, aunque sea pastor —opinó otro.

—Pero no va a haber guerra —replicó su compañero.

—Siempre hay guerras. Aunque sea de campeones, solamente.

—Pero entonces irán los yegüeros de Turrillo.

Pasaron un rato hablando de guerras y hazañas. Cuando se agotó el tema, tras hablar de aparecidos y de muchachas complacientes que se daban a los forasteros en el santuario de Atacina, recogieron su hato y regresaron al pueblo entre bromas, canciones picantes coreadas y carreras. Allí se encaminaron a la recovera y le cambiaron los lagartos y las culebras por cuentas de colores y baratijas.

## Capítulo 16

A veces Aspar salía al campo solo y merodeaba por su cuenta, en parte por afición a la soledad y en parte por sentir la libertad de los espacios abiertos, cuyos latentes peligros excitaban su imaginación. Había aprendido a sobrevivir con menos recursos que sus compañeros de juegos y no desdeñaba la recolección, de majoletas y plantas medicinales para venderlas en el mercado o a Nisunín, la hechicera. En estos menesteres, Aspar se acercaba cada día más al cerro de la Muela donde Zumel vivía. No era consciente de que, en realidad, quisiera encontrarse con el misterioso pastor que una vez, siendo joven, galanteó a su madre, el hombre por el que su madre se interesaba tanto, aunque lo disimulara, el que la hacía suspirar desvelada por la noche y pronunciar a veces su nombre en voz alta creyendo dormido al niño.

Aspar echaba de menos un padre como los de sus amigos, un padre que cuidara de él, que le encargara tareas de hombre, que lo entrenara para ser algún día guerrero o incluso, si destacaba en las armas, yegüero del séquito del príncipe.

Espiaba a Zumel de lejos, cuando llevaba el ganado al abrevadero. Debajo de sus hechuras de pastor, el niño descubría, o creía descubrir, los movimientos precisos y letales del guerrero que por lo visto se resistía a ser. Mirándolo, tarareaba canciones de guerra. Se imaginaba las hazañas que aquel hombre de apariencia anodina había realizado en tierras ignotas, en batallas multitudinarias en las que perecían cientos de guerreros, los ejércitos cartagineses y griegos de los que los recitadores cantaban las hazañas.

Alguna vez se acercó al pastor lo suficiente para que éste reparara en él y lo saludara. Al principio le hizo ilusión intercambiar con él el gesto pacífico de la cortesía, una mano levantada mostrando la palma. Después descubrió que, en realidad, el pastor se limitaba a saludarlo como al resto de los viandantes que se cruzaban con él, sin prestarle mayor atención. No parecía reconocerlo.

Un día se atrevió a esperarlo en el abrevadero fingiendo que cazaba ranas. Entablaron conversación.

—¿En Sicilia hay también cabras? —le preguntó mientras removía con una vara los guijarros del fondo. Había cazado una perdiz y la llevaba colgando del cinturón.

Zumel lo miró con atención quizá decidiendo si contestaba o no.

—Muchas —dijo al cabo—. Pero hay más ovejas.

—¿Y hay tantas como aquí?

—¿Ovejas?

—No, cabras; o sea, no: ovejas —se trabucó el niño.

—¿En qué quedamos, ovejas o cabras? —preguntó el pastor mientras vaciaba odres de agua en el abrevadero.

—Ovejas —decidió Aspar.

—Hay más ovejas. Más grandes que las nuestras, con la lana más lacia. Es una tierra más rica que ésta, con trigales tan grandes como la vega.

El niño se sentó en un peñasco. El perro pastor de Zumel se acercó a husmearlo. Aspar le acarició el pescuezo flácido, protegido de la dentellada del lobo por un ancho collar de púas.

—Tiene que ser bueno viajar —dijo.

—Psch... no está mal —respondió Zumel distraído. De pronto pareció cambiar de idea, lo miró a los ojos y le dijo secamente—: Anda, regresa al pueblo que aquí no tienes nada que hacer.

Aspar obedeció de mala gana. Era evidente que el guerrero rehuía su compañía, seguramente por no indisponerse con su madre. Belasia le había advertido varias veces que no se le acercara.

Sin embargo, el encuentro junto al abrevadero se repitió otras veces sin que el pastor despidiera al niño. En realidad se apiadó de él cuando percibió sus carencias afectivas y sus ansias de aprender. Además, no le desagradaba su presencia porque le recordaba a Belasia. Tenía los mismos ojos de la madre y la voz cantarina, fresca y joven que ella solía tener tiempo atrás, cuando él la rondaba.

Un día le regaló una honda tejida de pelo de cabra y lana con la pedrera de badana. Primero practicó un par de tiros y corrigió la tensión del cargador. Era una honda larga y potente.

—¿Podrás con ella?

—¡Ya lo creo! —dijo el niño entusiasmado.

—Tira siempre de lado, ¿eh? —le advirtió—. No sea que te descalabres y tu madre me maldiga.

Aspar se imaginaba a su madre maldiciendo a su antiguo enamorado. Le hacía gracia la disparatada escena. A veces, a medida que se iba haciendo un hombrecito, los enfados de Belasia, tan excesivos, le parecían cómicos.

Aspar practicó un par de tiros a los troncos de los árboles distantes veinte pasos. Acertaba casi siempre.

—¡Eso está bien! —lo alabó el pastor.

Después de un instante de silencio, el niño se atrevió a preguntar:

—¿En Sicilia había honderos?

Zumel titubeó antes de responder. El muchacho estaba al tanto de sus andanzas sicilianas. Era de suponer que sus años ausentes eran la comidilla del pueblo y que ahora, a su regreso, se habría reactivado el interés.

—Había honderos baleares, un pueblo del mar, que son los mejores —respondió—. Cuando tienen tu edad les ponen una torta de cebada en lo alto de una pértiga, a cien pasos, y no les permiten comer hasta que la derriban de una pedrada. Eso cuentan.

—¿Y no se muere ninguno de hambre?

—No sé. Quizá...

En otras ocasiones, Zumel se mostraba menos hospitalario.

—¿Ya estás aquí otra vez? —reñía al niño—. ¿No tienes ningún quehacer?

—Estaba dando una vuelta por el campo —se excusaba Aspar, bajando la mirada.

—Pues vuelve con tu madre y ayúdala en la huerta.

Cuando lo encontraba de mejor humor, hablaban. El muchacho no se cansaba de preguntar sobre el mundo y sus gentes, sobre las variadas naciones que pueblan las orillas del mar. Por todo se interesaba: los barcos, las batallas, los extraños animales de tierras desconocidas, los elefantes, los camellos, los leones, los jinetes libios, los salvajes nómadas, los galos de largas trenzas... El muchacho estaba ávido de saber.

La guerra no era el tema favorito del pastor, pero a veces transigía y hablaba de ella. Comprendía que Aspar estaba en la edad de los sueños heroicos. Aspar creía que los griegos eran gente pacífica, trajinantes y buhoneros, como los que de vez en cuando aparecían por Zubiión. Estos comerciantes, después de recorrer con sus productos las casas de los régulos para ofrecerles privadamente las mejores piezas, montaban sus tenderetes junto al cementerio para vender o intercambiar la mercancía sobrante con los aldeanos y la gente del entorno. Por el contrario, Aspar estaba convencido de que los púnicos eran gente de guerra, héroes y soldados. Abrumaba a Zumel con sus preguntas: ¿cómo luchaban, cómo eran sus estrategias, sus tropas, sus recompensas...?

—¿Qué es lo más extraordinario que has visto? —le preguntó en una ocasión.

—¿Lo más extraordinario?

Zumel permaneció pensativo. Había visto muchas cosas extraordinarias.

—Quizá una ciudad. Corinto. Está en Grecia. Grecia son dos porciones de tierra tan grandes como todo el valle del Baitis o más aún, cada una de ellas con muchos pueblos poderosos.

—¿Cómo de poderosos? ¿Como Rastul?

—Más aún. Mucho más poderosos. Cualquiera de ellos puede levantar un ejército de más de cinco mil yegüeros, todos con coraza, escudo, grebas y una lanza tan alta como dos hombres.

—¿Son gigantes?

—No. La lanza la apoyan en el hombro del que va delante y avanzan en bloque. Así combaten. Los cinco mil se mueven como si fueran un solo hombre. Es un espectáculo digno de verse.

El niño abría los ojos intentando imaginarse tantos guerreros juntos.

—Corinto domina el único paso de tierra firme porque toda la otra tierra está aislada por las aguas —prosiguió Zumel—. Los navegantes no se atreven a rodear un promontorio llamado Malea, donde las tormentas han hundido muchos barcos en el profundo mar, por eso prefieren llegar a Corinto y pagar el peaje. Corinto tiene dos puertos, Lecreo y Zencreas, cada uno en un mar, separados por una manga de tierra tan larga como de aquí al santuario de Orisos. Pues bien, han construido una calzada de losas que llaman *diolkos*, y cuando un barco llega a un puerto lo descargan y envían su mercancía con carros al otro puerto. Luego lo sacan del agua, le acoplan ruedas y lo transportan a él también. En el otro puerto lo devuelven al mar, lo cargan

y prosigue su viaje. Las ganancias de los peajes son fabulosas. Todo Corinto está lleno de templos y palacios de piedra, de estatuas pintadas de vivos colores, de jardines y de toda clase de maravillas. Por la noche encienden luces y la gente banquetea y canta, en Corinto todos los días son de fiesta grande. Viven en la opulencia, gordos como Canine<sup>[7]</sup>, y son felices.

Aspar estaba fascinado.

—¿Por qué no podemos tener nosotros todo eso?

A Zumel le hizo gracia la inocencia de su interlocutor.

—Somos mucho más pobres y no tenemos dos mares ¿recuerdas? —respondió—. Por otra parte, el que allega mucha riqueza despierta también la codicia de sus vecinos. Corinto es rica, sí, y otras ciudades griegas también lo son, quizá tanto o más que Cartago, pero luego han de vivir en continua zozobra, contratando ejércitos mercenarios para evitar que lleguen otros y les arrebaten lo que es suyo.

Nunca hablaban de la madre de Aspar, aunque, cuando el muchacho la mencionaba, Zumel prestaba ávida atención.

Tampoco hablaban de Turrillo. Sin embargo el padre de Aspar se interponía entre ellos como una sombra. Estaba siempre presente, aunque jamás se mencionara.

Llegó el tiempo del *jasier*, cuando los adolescentes en edad abandonaban los pueblos del Baitis y se retiraban al bosque donde, tras construir el chozón colectivo, se entrenaban para la lucha, para la guerra y para cazar al lobo, lo que los convertiría en guerreros con todos los derechos y las obligaciones del adulto y les permitiría escoger mujer y formar una familia. Era el momento que los jóvenes aguardaban con impaciencia.

En esos días Aspar aparecía por la Muela con menos asiduidad que de costumbre. Andaba muy ocupado con su pandilla asistiendo a los entrenamientos de los aspirantes a guerreros en un calvero del bosque.

Un día de mañana, Zumel estaba exprimiendo el requesón en la artesa cuando vio venir a Aspar por la cuesta. Le extrañó verlo por la Muela tan temprano.

—¿Es que no duermes? —le dijo cuando llegó a su altura y se dejó caer en el poyo de piedra, jadeando.

—Me faltan cinco años para hacerme guerrero —respondió el muchacho—. Cinco años pasan pronto. Tengo que empezar a entrenarme.

—Pues más te vale no pensar mucho en eso, porque cuando se obsesiona uno, el tiempo transcurre más despacio —le aconsejó Zumel.

Lo sabía por experiencia.

El muchacho extrajo un cuchillito de su funda de caña y se puso a tallar un palitroque.

—¿Sabes la novedad? Anoche un lobo le mató a Eterindu doce ovejas.

Eterindu guardaba su ganado cerca del cerro de la Muela.

—¿Y se sabe algo del lobo? —se interesó Zumel.

—Nada. A lo mejor se ha ido, pero dicen que puede que sean varios en manada y



que alguno quede por aquí. Algunos dicen que ronda un lobo rey negro como el hollín. Han visto huellas profundas junto al arroyo.

Zumel no pareció preocuparse.

—Yo también las he visto. Son de perro. Las de lobo son más leves y no tienen el dedo alto. Pero dime: ¿qué haces tú tan lejos del pueblo cuando hay lobos en el campo?

—Porque quería avisarte, no te fuera a coger desprevenido.

Zumel guardó silencio. Continuó exprimiendo el requesón en la artesa.

—¿Es cierto que mataste al lobo negro de Turrillo? —dijo Aspar. Hacía mucho que quería formular aquella pregunta, pero nunca se había atrevido porque intuía que era la clave de la manifiesta enemistad entre Zumel y el príncipe del poblado.

Zumel se encogió de hombros.

—Si es de Turrillo, lo mataría él.

—Dicen que fuiste tú —insistió el niño.

—La gente habla mucho. No te creas ni la mitad de lo que cuentan.

## Capítulo 17

Zumel terminó de exprimir el requesón. Le señaló a Aspar el dornajo que tenía preparado, con un tapiz de hojas de higuera en el fondo. El pastor depositó el fragante bolo, lo cubrió con un trapo y lo metió en la fresquera que pendía de la rama baja de un acebuche.

—¿Cómo son los lobos? —preguntó Aspar—. Yo nunca he visto uno vivo. Muertos sí he visto.

—¿Me ayudas con el ganado? —propuso Zumel.

—Claro.

Sacaron el ganado de la corraliza y se encaminaron al campo, el perro detrás.

Aspar insistió en lo de los lobos.

—Es mejor no verlos —dijo Zumel—. ¿Tú quieres ser guerrero? Pues algún día tendrás que ver al lobo, e incluso cazarlo. Mientras ese día llega, disfruta de tu edad. Lo peor del lobo no son los colmillos ni las fauces negras con dos filas de muelas puntiagudas, lo peor es la mirada amarilla, fría, taladradora, de su ojo hostil. Te mira como si ya estuvieras muerto. Entonces te sube el repelucos por el espinazo, se te encoge el ombligo, sudas frío y se te ponen los pelos de punta. Siempre ocurre por muy valiente que seas. Mucha gente se queda alelada delante de esa mirada y no puede moverse ni para huir.

—¿Por qué?

Zumel se encogió de hombros.

—No lo sé. El lobo no te ve como a un hombre sino como comida. Tú le llevas su alimento que eres tú mismo y no piensa que estás vivo aunque te muevas. Eres un montón de carne caliente y un caño de sangre, lo que más aprecian. Cuando te mira fijo a los ojos, le perteneces. No serían tan terribles los lobos si no estuvieran tan hambrientos. El lobo es el enemigo natural del hombre pero también es el guerrero de los animales. A Iorbeles lo amamantó una loba y le enseñó a pelear y a defender su territorio. Por eso en los siete poblados del Baitis defendemos lo nuestro, somos guerreros porque aprendimos de los lobos, cuando todavía vivíamos como ellos. El lobo también defiende lo suyo.

—Pero devora las ovejas —objetó el muchacho.

—Devora cualquier animal. Es cazador como nosotros. Antes de que levantáramos las murallas de los pueblos y roturáramos los campos y sembráramos las cosechas, toda la tierra le pertenecía. Se la arrebatamos y ahora nos la disputa, para no morir de hambre. El lobo lleva su hambre y su rencor en la piel. El bosque es suyo y nosotros le robamos el alimento, los ciervos y los jabalíes y las ovejas, y tálamos los árboles para extender nuestros sembrados. Se defiende.

—Pero es cruel.

—El hambre es cruel. Muchas personas hacen cosas peores cuando el hambre las aflige.

El niño guardó silencio un momento, como si asimilara lo aprendido. Después volvió a la carga:

—El padre de mi amigo Ildutas dice que una manada de lobos traza caminos falsos en el bosque a fuerza de pasar por ellos una y otra vez, toda la noche, para extraviar a los cazadores y luego devorarlos.

—Eso he oído, pero yo creo más bien que alguna gente yerra su camino en el bosque y se topa con lobos. El lobo te ve de lejos porque puede ver el movimiento entre las ramas y deduce el tamaño de la presa, calcula la dirección y la velocidad, se adelanta y acecha tu paso oculto en la fronda, inmóvil. El lobo se camufla muy bien entre la hierba seca o el ramaje. A dos pasos de él no lo ves. Tan sólo lo detectan los caballos, lo huelen, repelucan, relinchan y se encabritan, pero claro, con un caballo no se puede ir por un bosque, demasiado tupido y cerrado.

—El padre de Ildutas dice también que al séptimo hijo del mismo padre no lo ataca.

—Eso creen algunos, pero yo conocí a un séptimo hijo que salió confiado y lo devoraron los lobos.

—¿Y eso?

—Parece que no todos sus hermanos eran del mismo padre. Como nadie está seguro, más vale no arriesgarse. ¿No te parece?

—Sí —convino el niño. Se quedó un momento pensando y confesó decepcionado —: Yo nunca he visto un lobo vivo.

Zumel instruyó a Aspar sobre el mundo misterioso de los lobos. Por la cabeza y el rabo puede saberse qué sienten en cada momento. Cuando tienen las orejas altas y firmes se disponen a atacar, cuando enseñan los dientes están a punto de saltar sobre su presa, cuando estiran la cola significa que son fuertes y dominantes; cuando la esconden entre las patas significa sumisión al jefe de la manada. En una encrucijada, el lobo ataca al que toma el camino de la derecha. Cuando encuentra a un hombre dormido en el campo, el lobo se tiende a su lado para comprobar quién es más largo. Si el hombre es más corto lo ataca.

—¿Qué lobo es peor, el gris o el pardo?

Sonreía Zumel a la candidez de la pregunta.

—Es el mismo lobo. Su pelaje varía según el color del bosque. Ya te he dicho que el lobo es el guerrero de los animales, en verano es de color pardo, en invierno cambia a un pelaje gris.

—Pero el lobo grande que tú mataste era negro.

Zumel lo miró desaprobador.

El niño le sostuvo la mirada. Zumel cambió el gesto y reprimió una sonrisa.

—Hemos quedado en que fue Turrillo, y sí, era negro. El lobo rey siempre es negro. Algunos creen que en el bosque hay un lobo negro que no se deja ver al que obedecen el resto de los lobos.

—¿Y tú qué crees?

—Yo creo que esos lobos negros vienen de otra parte, donde los lobos son más grandes y de ese color. Quizá de las tierras lejanas donde hay bosques oscuros y apenas luce el sol.

Ese día Zumel y Aspar almorzaron una coneja preñada de gran tamaño que cazó el perro. Zumel la evisceró, limpió los gazapillos que llevaba en el vientre, se los volvió a meter con tomillo y hierbas, la sepultó bajo un montón de tierra y encendió encima una candela. Siguieron pastoreando el rebaño y al regreso, ya con la candela consumida, el pastor apartó las ascuas con la cayada, escarbó en la tierra y extrajo la coneja horneada. La piel se desprendía con facilidad de la carne limpia, rosada y humeante. Zumel cedió los gazapillos al muchacho.

—No te los comas todos —le dijo—. Llévale tres a tu madre. Y este bolo de mantequilla.

—Ya tenemos mantequilla en casa.

—Llévasela de todos modos. Que la cambie en el mercado por harina o cebada. A mí me sobra.

Comieron con apetito, en silencio. La sombra de Belasia no se disipaba.

Antes de marchar con los gazapillos envueltos en hojas de higuera, Aspar comentó:

—Algunas veces me despierto por las noches y la encuentro llorando.

## Capítulo 18

Belasia se quedó mirando los gazapos asados sobre el lecho de hojas de higuera.

—¿De dónde los has sacado? —le preguntó a Aspar.

—Son para ti.

—¿De dónde los has sacado? —tornó a preguntar con expresión severa.

—Los de la pandilla cazamos una coneja esta mañana —mintió el muchacho—.

La asamos, nos la comimos y hemos repartido los restos.

Belasia negó con la cabeza.

—¿Media docena de muchachotes hambrientos habéis comido con una coneja y os ha sobrado? Anda, dime la verdad.

Aspar no había aprendido todavía a mentir.

—Me lo ha dado Zumel para ti —reconoció—. Algunas veces me lo encuentro por el campo y hablamos.

La mujer asió a su hijo por los brazos, como cuando era pequeño y se veía obligada a reñirle.

—¿Por qué me has mentido?

—Él me enseña cosas —se excusó el niño—. Lo paso bien con él.

Belasia abrazó a su hijo para que no la viera llorar, pero él sintió las lágrimas cálidas en el cuello. A la edad de Aspar, los muchachos necesitaban un padre que los iniciara en la vida y él no lo tenía. Era una de las secretas insatisfacciones de Belasia. Cuando se serenó un poco volvió a mirarlo a los ojos.

—No lo estarás importunando, ¿verdad?

—Yo creo que no. Está solo en el campo y no habla con nadie.

—Bueno. Si quieres ve a verlo de vez en cuando, pero no lo molestes. A lo mejor a él le gusta estar solo.

—No lo creo. De vez en cuando hablo de ti y él se queda quieto, escuchando, como si le supiera a poco.

—¿Y qué le dices de mí?

—Nada malo. Lo prudente que eres, lo que trabajas, lo que vendes en el pueblo, lo que cantas... Esas cosas.

No parecía desagradarle. Más bien se sentía halagada.

Pasaron días sobre días. Aspar menudeaba sus visitas al collado de la Muela o a los distintos pastizales a los que Zumel conducía su ganado. Belasia se acostumbró a recibir pequeños regalos del pastor: hinojos, cardillos, espárragos, borrajas, cortezas medicinales o frutos del campo. Ella le enviaba gachas dulces, manzanas y hortalizas. En una ocasión correspondió a un pernil ahumado de jabalí con un hermoso pato cocido en las brasas. Zumel rompió la costra de barro cocido que envolvía el ave como un estuche y la saboreó todavía caliente.

De esta manera, por medio de Aspar, reanudaron su amistad Zumel y Belasia. Al cabo del tiempo, el pastor se dejó ver de nuevo por las huertas del Bullón y hasta

visitó Zubiión un par de veces.

Un día pastoreaba en el collado de Gor cuando apareció el pequeño Aspar con un puchero de liebre. El perro lo recibió con alegres rabotazos.

—Mi madre te manda este guiso.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Le he preguntado a Eterindu.

El guiso estaba tibio y olía deliciosamente a manteca de carnero y aliños machacados y hervidos.

—¿Has comido ya, muchacho? —preguntó—. Vamos a compartirlo como dos camaradas.

—¿Como dos guerreros libios?

Zumel miró al chaval y se sonrió. Le había contado que los guerreros libios se juramentan para compartirlo todo, hasta las mujeres. El chico retenía en la memoria todo lo que oía. Nunca había conocido tal avidez por la instrucción. Si acaso la de Nomandros, el griego.

—Sí, como dos guerreros libios.

Zumel se sentó en el suelo y apoyó el puchero en una piedra plana. Con su cuchara de madera tomó la primera cucharada de la salsa espesa. Estaba deliciosa.

Aspar no comía.

—¿No has traído cuchara, muchacho?

—No. No sabía que ibas a invitarme.

—¡Hombre! Vete al arroyo y corta una caña grande.

Le tendió su cuchillo de pastor, corto y romo.

Aspar regresó del arroyo con una caña de buen calibre. Admiró la habilidad de Zumel, que, sin aparente esfuerzo, seccionó en círculos un segmento de caña de un palmo de largo dejando un nudo intermedio. Después cortó la caña por la mitad hasta que la hoja topó con el nudo, redondeó el lado opuesto, suavizó las aristas cortantes con un par de pasadas de plano y le entregó el artefacto a Aspar.

—Aquí tienes tu cuchara.

Aspar adoraba al pastor. Nadie lo había tratado con tanta confianza, como si ya fuera adulto. Comió ávidamente del guiso de su madre, que, en compañía del guerrero al que tanto admiraba, le parecía un succulento manjar. No advirtió que Zumel le reservaba las mejores tajadas mientras él se conformaba con cuscurrear los cartílagos y apurar los tendones.

Cuando terminaron, Zumel rebañó el interior del puchero con un trozo de pan que compartieron.

Eructó levemente.

—Rico, ¿eh?

—Sí, mi madre guisa muy bien.

El pastor reclinó la espalda sobre la tierra. Aspar lo imitó.

Una bandada de palomas cruzaba el cielo azul hacia Mardo.

—Tu madre guisaba muy bien las truchas —recordó Zumel.

—Y todavía las guisa —dijo Aspar—. Lo malo es que es difícil pescarlas. Son listas y barruntan el anzuelo.

—Esta tarde, cuando guardemos el ganado, intentaremos pescar algunas —dijo Zumel.

Por la tarde, el pastor recogió el rebaño un poco antes y se encaminaron a un arroyo tributario del Bullón que discurría por la falda de la Muela.

Zumel había cogido el palo de atrancar la puerta.

—¿Y el palo para qué es? —preguntó Aspar.

—Es mi caña de pescar —bromeó Zumel.

—¿Tan gorda? —objetó el niño—. No creo que sirva.

—Veremos.

Llegaron al arroyo que discurría limpio y rumoroso. Remontaron la corriente hasta que Zumel descubrió una piedra plana entre los cantos del fondo. Tomó impulso y le descargó un garrotazo, después con el extremo del palo la levantó. Agua turbia removida. Nada.

—¿Así se pescan truchas? —preguntó el niño.

—Más vale que no se lo cuentes a tus amigos —aconsejó Zumel—, o pensarán que pasas las horas con un loco y se burlarán de ti.

—¡De mí no se burla nadie! —replicó él niño ofendido—. Al que se burla le hincho un ojo.

«Tiene casta el rapaz», pensó Zumel.

Aguas arriba encontraron otra piedra lisa. Zumel descargó el garrotazo y, al levantarla, descubrieron una trucha aletargada del golpe, pero todavía viva, que se dejó coger fácilmente.

Aspar miraba fascinado el pez que se debatía sobre la hierba en los estertores de la muerte.

—¡Vaya manera de pescar! —reconoció.

—Una manera como otra cualquiera —dijo Zumel—. Vamos a ver si encontramos más.

Todavía consiguieron otras dos truchas, aunque no tan hermosas como la primera.

Empezaba a oscurecer. Regresaron hasta el camino del pueblo con las tres truchas ensartadas por la boca en un aro de juncos.

—Llévaselas a tu madre, que le van a gustar.

—Ya lo creo.

El niño regresó a casa contentísimo.

## Capítulo 19

Aspar anhelaba aprender. Quería saberlo todo. Por qué se hacían las cosas de un modo y no de otro. Por qué los adultos reaccionaban de una determinada manera y no de otra que desde la mentalidad infantil parecía más lógica. Por qué hay rebaños sólo de cabras y sin embargo no los hay sólo de ovejas.

—Las cabras complementan muy bien a las ovejas cuando hay que apurar pastos malos como los que a mí me han asignado —lo informó Zumel—. La oveja no apura la planta como la cabra y sólo come hierba tierna, pero la cabra se come las ramas de los árboles, los palitroques, cualquier cosa que sea o haya sido verde... Además se orienta mejor que la oveja, la lleva al pasto y la devuelve a casa.

—¿Por qué se venden las ovejas en otoño?

—En realidad se venden sólo las viejas y las más débiles. Es porque luego viene el invierno, cuando los pastos escasean y muchas no lo soportarían.

—¿Por qué unas tienen la lana roja y otras negra?

—Eso depende de las castas. Estas churras que tenemos nosotros son rojas y tienen la lana larga y áspera, entre los *celtoi* abundan más las negras, con la lana más suave, y en el mar de Cartago he visto algunas casi blancas y más grandes que éstas.

El niño guardaba silencio un momento, asimilando la información antes de volver a la carga.

—¿Y los machos por qué se castran?

—Para que sean menos inquietos y para que no peleen entre ellos por las hembras. Si no los castraríamos no las dejarían vivir y estarían todo el día a trompadas.

El niño asintió. Se preguntaba por qué no andaba a trompadas Zumel con Turrillo por causa de su madre. A él le gustaría que Zumel fuera el príncipe de la aldea, y en una ocasión se lo confió a Belasia.

—No digas tonterías, y mucho menos cuando te oigan tus amigos —le advirtió ella, seria.

Las visitas de Aspar a la Muela se hicieron más frecuentes. A veces aprovechaba que la madre lo mandaba por cortezas de encina para dar un rodeo y visitar a su amigo. Lo asaeteaba a preguntas. Creía cuanto salía de su boca como si fuera el oráculo. Le preguntaba sobre toda clase de temas, lo supiera o no.

—¿Es verdad que los púnicos castran a los guerreros que se rinden? —le preguntaba.

—¿Quién te ha contado eso?

—Es lo que se dice, pero en el pueblo nadie ha estado en las guerras sicilianas, sólo tú. Les he dicho a mis amigos que te preguntaría.

—No, los púnicos no castran a nadie a no ser que sea un delincuente peligroso o un traidor. Más allá del mar de Cartago, donde están los desiertos de los dragones, dicen que hay ciudades en las que mancebos castrados guardan a las mujeres de los



príncipes, pero yo no lo he visto.

Llegó el tiempo en que los cielos se muestran límpidos, florecen los árboles y los agavanzos brotan en los rodales donde se vertió sangre en antiguas batallas. Aspar faltó durante varios días a su cita con Zumel porque tuvo que ayudarle a su madre a cosechar lentejas en la ribera del Bullón.

Zumel, en sus meditadas soledades, comprendió que le había tomado cariño a aquel muchacho despabilado e inteligente. Parecía más hijo suyo que de Turrillo.

La visita se había convertido ya en costumbre. Belasia advertía que la frecuentación de su antiguo pretendiente le hacía bien a su hijo y había dejado de reñirle tras sus largas ausencias. Había encontrado el niño al padre que nunca tuvo. Sólo guardaba una sombra del antiguo rencor, que despertaba a ratos, cuando consideraba lo torpe que había sido aquel hombre al abandonarla para irse a ver mundo en pos de aquel enredador de Cotrufes.

Recogidas las lentejas, el niño volvió a frecuentar el cerro de la Muela casi a diario.

—Oye —le dijo a Zumel un día después de almorzar tajadas de culebra cocidas en cerveza picante—. ¿Ya somos dos guerreros libios? Hemos compartido el pan muchas veces.

Zumel rio de buena gana.

—¡Nos estamos pareciendo a dos libios, sí!

—Entonces, ¿podrías enseñarme a combatir? Me dijiste que los libios les enseñan a sus hijos, ¿no?

—Sí, pero sólo los que son guerreros. Nosotros somos pastores, no lo olvides.

—En el pueblo dicen que has luchado en las guerras del mar de Cartago, que fueron jóvenes guerreros de todos los pueblos del Baitis y sólo has regresado tú.

—¿Eso dicen? —preguntó distraído. Lo vencía la modorra.

—Sí.

—No hagas caso. Soy pastor.

—¿Y las cicatrices?

Zumel se volvió hacia el muchacho.

—¿Somos amigos?

El muchacho asintió con vehemencia.

—Entonces créeme a mí y no le hagas caso a las habladurías de las viejas. Soy pastor y ya no recuerdo si alguna vez fui otra cosa.

—Yo siempre digo que eres pastor, no creas —dijo el niño—. Si siguieras siendo un guerrero habrías matado ya a Bedule. Porque tú eres más fuerte que él, ¿no es verdad?

Zumel se incorporó y se le quedó mirando, serio.

—No, yo no mato a nadie —le advirtió.

—¿Por qué permites que Bedule se burle de ti, sin castigarlo? —insistió Aspar.

—No se burla de mí. Él tiene su vida y yo tengo la mía.

—Cuando se emborracha cuenta que de vez en cuando mete los caballos del príncipe en tu salina y te estropea las pozas.

Zumel no respondió esta vez, pero Aspar lo vio apretar los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos. Cambió de conversación.

—Ayer cogí muchos espárragos.

Conversaron un rato del campo, del cambio de las estaciones y de los rebaños.

Miró las ovejas para comprobar que no se dispersaban demasiado y volvió a quedarse dormido, el brazo sobre los ojos para mitigar la claridad.

Cuando despertó, Aspar no se había movido de su lado. Lo observaba con una expresión de concentrada tristeza, casi de ira.

—Yo no tengo padre que me enseñe —le reprochó.

Zumel se sentó en la hierba, bostezó largamente y se pasó la mano por la cara como si quisiera borrar sus sentidos. Miró la tierra a sus pies. Un escarabajo intentaba torpemente sortear una rama con su bolita de estiércol. Hormigas rojas discurrían frenéticas por su minúscula vereda.

La vida seguía su curso.

## Capítulo 20

Aspar añoraba a un padre que le enseñara las destrezas de la guerra. No se le ocultaba a Zumel que aquella tristeza repentina del rapaz podía ser una astucia para vencer su resistencia a instruirlo en la lucha.

—En el pueblo dicen que has sido soldado de los cartagineses. Muchos años.

—Y dale.

Aspar asintió mirándolo a los ojos con reproche.

El antiguo mercenario se frotó la nariz.

—Y tú quieres aprender a combatir, ¿por qué?

—Todos mis amigos aprenden de sus padres y yo me veo obligado a aprender de ellos.

Zumel permaneció un rato absorto en el problema.

—Está bien —dijo al fin—. Te enseñaré algunas cosas, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no vayas diciendo por ahí que te las enseño. —Serio, levantó un dedo admonitorio—. Ni a tu madre ni a tus amigos ni a nadie. Debe quedar entre nosotros.

—No se lo diré a nadie.

—Júralo por Corión, el que se viste con la piel de sus enemigos.

El niño hizo el signo del dios de la guerra y escupió.

Tomó Zumel una rama seca y la cortó en dos partes tan largas como su antebrazo. Le entregó una al niño.

—Estas son nuestras falcatas.

—¿Dónde está tu falcata, la de verdad? —quiso saber Aspar.

—No tengo. Ya te he dicho que soy pastor.

Aquel día sólo le enseñó a empolvarse la mano para mejorar la sujeción del arma, a flexionar ligeramente las rodillas, a adelantar el tronco, a mantener la falcata apuntada hacia el enemigo a la altura de medio muslo, con firmeza, pero, al propio tiempo, con suavidad.

—La jabalina sólo sirve cuando combaten muchos y aun así sólo antes del cuerpo a cuerpo, que es el verdadero combate —le explicó a Aspar—. La arrojas y te desentiendes de ella.

—El padre de Indikortes arroja muy bien la jabalina.

—Me alegro —dijo Zumel.

—Si alcanza directamente al enemigo, lo deja fuera de combate —se entusiasmó el niño—, y si se le clava en el escudo lo deja indefenso porque no podrá arrancarla antes de enzarzarse en el cuerpo a cuerpo. Entonces tiene que desprenderse del escudo, y queda expuesto a los golpes del adversario.

—¡Sabes más que yo! —fingió admirarse Zumel.

A Aspar se le humedecieron los ojos.

—Volvamos a la falcata —propuso Zumel—. Hoy sólo veremos las posturas.

Cuando se pelea hay que colocar las piernas debajo de los hombros. Mantén tu equilibrio y desequilibra al contrario, ése es el secreto.

Se colocó en posición, frente al niño, flexionado, la vara baja, el puño izquierdo cerrado sobre el corazón.

—¿Ves? Ahora generas el impulso comenzando por el dedo gordo del pie derecho. Flexiona las rodillas cuando lanzas una estocada. —Aspar reproducía los movimientos y los repetía hasta que le salían correctamente—. Aquí llevo el escudo o *caetra* —proseguía el guerrero—. La primera regla: protégete siempre. La *caetra* es más importante que la falcata. Lo primero es que no te hagan daño; lo segundo, hacerlo tú.

—Pero un guerrero no le teme al daño.

—Un guerrero herido vale la mitad de un guerrero indemne y un guerrero muerto no vale nada. Menos que una rata muerta con hormigas brotándole de la boca.

Aspar intentó asimilar esa forma novedosa de considerar la lucha.

—Pero un guerrero no huye.

—¿Has visto el jabalí y el lobo y el perro? ¿Qué hacen? Los tres son valerosos pero cuando no pueden vencer huyen y se preservan para otra pelea.

Aspar asintió. Nunca había visto una cacería de jabalíes ni de lobos, pero había asistido muchas veces, embobado, a los relatos de los cazadores.

—Hay que saber morir y hay que saber preservarse —lo aleccionaba Zumel—. El perro aúlla de dolor y se retira antes de morir, pero cuando hace presa en la oreja del cochino no se la suelta aunque una colmillada lo destripe. Cuando huye lo hace por él mismo, cuando muere lo hace por proteger a sus compañeros de jauría, ¿entiendes? El perro nos enseña a preservarnos o a morir, según convenga.

—Lo entiendo.

Zumel se incorporó.

—No se combate con la falcata ni con la *caetra*: se combate con la cabeza. Prevé los golpes del adversario para que no te sorprenda y haces lo que el adversario no espera que hagas. El que se adelanta al pensamiento del enemigo vence. Según las circunstancias te apartas del golpe o huyes, pero también según las circunstancias buscas el golpe y lo esquivas precisamente buscándolo.

—¿Cómo lo voy a esquivar buscándolo?

—Adelantas un paso y lo que te golpea es la plana o el pomo de la falcata enemiga, no su filo. Así, adelantando el objetivo, esquivas el golpe.

—Entiendo.

—La *caetra* que llevas en la mano libre no es sólo una defensa, es también un arma. Desvía los golpes, pero también golpea de filo y empuja al adversario haciéndole perder el equilibrio. Es mejor que el escudo largo, que cuando se combate de cerca entorpece más que ayuda. El escudo largo es propio de los pueblos que combaten con arcos y con hondas.

Ensayaron diversos golpes y contragolpes. Aspar sentía que se le abría un mundo

nuevo: la esgrima comprendía muchas más mañas y sutilezas de las que él probaba y discutía con sus amigos. Comprendió que estaba recibiendo lecciones de un profesional que había participado en muchas jornadas sangrientas y no en meras escaramuzas como los padres de sus amigos.

—Cuando te enfrentes, parece lógico huir del dolor que es el arma del adversario —continuaba Zumel—. Eso es un error. Es lo que tu adversario espera que hagas. Por el contrario lo vences si en lugar de huir del dolor vas a buscarlo, o sea, sales al encuentro del arma de tu enemigo. Cuando amenaza su falcata, te acercas más a ella. Eso le altera la guardia.

Aspar lo probó una y otra vez y Zumel exageraba los resultados para que cobrara confianza.

—¿Lo ves?

—¡Claro! Es increíble...

—En el combate se hacen muchas cosas al revés de como se hacen en la vida —advirtió Zumel—. Si quieres atacar con la mano izquierda cargas el peso del cuerpo sobre el pie derecho; si quieres atacar por la derecha, cargas el cuerpo sobre el pie izquierdo: eso es esencial.

Aspar probaba a hacerlo. No le salía.

—No te preocupes. Requiere algún entrenamiento.

Otro día le enseñó las fintas principales: la araña, el sapo dormido, la nube que levanta, la raíz, el susto, la piada, el barro seco, la escoba...

—No respiras bien, por eso jadeas —le advirtió—. Cuando se combate, uno tiende a aguantar la respiración. Craso error. La batalla es larga. A veces tu vida depende de que respires bien y prolongues tu esfuerzo más que el adversario. El primero que se cansa perece.

En días sucesivos practicaron hasta que Aspar aprendió a respirar correctamente.

—Combate retrocediendo para que el otro se confíe y crea que te amedrenta. Cuando te cree vencido, de pronto avanzas y le asestas un golpe por donde menos se lo espera. Los golpes mortales van al cuello y al interior de los muslos, siempre a las arterias. Son los únicos que valen la pena, no conviene exponerse a una herida a cambio de otra. Eso sólo lo hacen los primerizos, que se entusiasman con la sangre. La sangre que mana tranquila no desarma a nadie. Hay que buscar la que sale a borbotones, la de las arterias, la oscura.

Cuando el niño asimiló la lección, pasaron a la siguiente.

—Todas las fintas defensivas deben aparejar, en el mismo movimiento, otra que ataque o rompa la guardia del adversario. El guerrero que realiza dos fintas defensivas seguidas resulta demasiado lento y está perdido.

Aspar estaba entusiasmado. Hacía unos meses era el peor esgrimidor de su cuadrilla de amigos porque no tenía quien lo instruyera. De pronto había recuperado terreno y se había convertido en el campeón. Sus amigos lo envidiaban porque recibía lecciones del mejor entrenador del poblado, el mercenario que había matado a cientos

de enemigos en decenas de guerras, a sueldo de los púnicos, el que se había enfrentado a los pueblos de las serpientes que habitan en los desiertos y a los grifos que acechan en las frondas tupidas.

Pasaron los meses. A la escasez de la primavera sucedió la abundancia del verano. En la aldea se divulgó la especie de que Zumel había adoptado a Aspar y que rondaba a Belasia. Algunos se atrevieron a insinuar que la visitaba por la noche, cuando la luna negra favorecía el concurso de los amantes.

## Capítulo 21

Turrillo y sus yegüeros habían salido de caza. A la vuelta del bosque, con dos jabalíes y un corzo ensangrentados sobre los jumentos de carga, el grupo tenía que pasar cerca del cerro de la Muela. Al descrestar el altozano contiguo, Turrillo se volvió y preguntó a sus hombres:

—¿No es por aquí donde se ha construido una choza Zumel?

—Sí, señor. Arriba, en el risco —respondió Isbataris, el más joven—. Ahora creo que se está levantando un aprisco de piedra. Eso me han contado los carboneros.

Turrillo tiró del ronزال y detuvo a su caballo. Los otros lo imitaron.

—¿Y de qué come? —preguntó.

—Pondrá trampas para conejos —supuso Isbataris—. No creo que se atreva a cazar sin ser guerrero.

—Permitiste que se rebelara contra tu autoridad y ahora te perjudica. Debiste ejecutarlo entonces —opinó tajante Bedule.

Era el más belicoso y a menudo Turrillo tenía que refrenarlo para que no se excediera en los castigos cuando alguien transgredía una norma o se retrasaba en el pago.

Turrillo reflexionó. «Por supuesto que se atreve a cazar», pensó. Miró en dirección a la cumbre del cerro. No se veía traza de su choza. Se había adueñado de aquella tierra y desafiaba su voluntad.

Turrillo era suspicaz. Desde que Zumel regresó al poblado le parecía que los rēgulos de las antiguas familias, a los que él llamaba sus primos, discutían más sus decisiones. Incluso en sus propios yegüeros, especialmente en el sombrío Bedule, percibía indicios de menos respeto, miradas críticas, comentarios a su espalda...

—Quedaos aquí —ordenó—. Voy a subir. Quiero comprobar con mis ojos lo que está haciendo.

Los hombres se miraron. Era ya tarde y todavía tardarían una hora en alcanzar el poblado al paso de los asnos cargados. Descabalgaron y se sentaron debajo de una encina.

—No sé si Turrillo no habrá organizado la partida de caza con el deliberado propósito de encontrarse con Zumel —comentó un yegüero.

—Yo creo que no —dijo Isbataris—. El jefe tiene esos prontos.

Bedule se había sentado en una piedra, a pensar en sus cosas, y no intervenía en la conversación.

—Y yo creo que nunca hace nada por casualidad —dijo el yegüero—. Este no para hasta que mate al pastor. Hasta ahora ese Zumel es el único que le ha plantado cara en el pueblo.

—Porque fueron amigos y en el fondo lo aprecia —lo defendió Isbataris.

—¿Por eso no lo ha matado todavía? —rezongó Bedule volviéndose—. ¡Valiente tontería! A ése le hiede la vida desde que llegó.

Mientras sus guerreros se distraían en estas especulaciones, Turrillo ascendía sin prisa la cuesta marcada por las pisadas del rebaño de Zumel. Llegó al repecho donde su antiguo amigo se había construido la choza. Zumel había trabajado en el cerco de piedra desde antes del amanecer y a la caída de la tarde, después de ordeñar el ganado, estaba agotado. Turrillo lo encontró sentado bajo un acebuche, cenando.

Levantó la cabeza cuando lo vio llegar.

—¿Qué hay, Zumel, cómo te va? —saludó Turrillo tirando del ronzal de su cabalgadura.

—Ya ves.

Descabalgó el régulo y se sentó confiadamente al lado de su antiguo amigo.

—¿Quieres? —Le ofreció Zumel una torta de pan recién horneada y el tarro de la manteca.

Turrillo metió el dedo en la manteca y untó la torta, la dobló y comió con apetito.

—Estaba muerto de hambre —comentó—. Salimos de caza esta mañana y no hemos querido parar a comer por no demorarnos. Llevo un par de jabalíes. Si quieres te dejo un pernil.

—Te lo agradezco, pero estoy apañado.

Comieron el resto de las tortas contemplando el paisaje, codo con codo, como en los viejos tiempos. Dos antiguos amigos de los que no necesitan hablar para entenderse.

El sol empezaba a ocultarse detrás de la sierra y el cielo se teñía de rojo y violeta. La brisa cálida acarreaba aromas de tomillo y de espliego.

—Quería hablar contigo, sin nadie delante —dijo Turrillo.

Zumel continuó contemplando el paisaje.

—Ya estamos hablando.

Turrillo asintió. Se miró las uñas, fuertes, remachadas, garras de hombre.

—Quiero que reconsideres tu postura, en nombre de nuestra antigua amistad —prosiguió—. ¿Tú crees que es decente que un hombre como tú ande por esos cerros comido de piojos, de cabrero, solo y muerto de asco? En este pueblo sobran pastores y faltan guerreros. Te necesito a mi lado. Necesito tu experiencia. Cobol quiere formar un reino, como los púnicos, quiere sojuzgarnos a todos los pueblos del Baitis. La ambición de Sosinbiuru no conoce límites. Dentro de poco tendremos que ir a la guerra. Si no resistimos es posible que lo perdamos todo.

Zumel negó con la cabeza.

—De donde vengo tenía bastantes guerras, Turrillo. Tomé la decisión de dejar las armas. No pienso volver a ellas. Ahora soy pastor. No creas que no te agradezco lo que me ofreces. Sé que entre nosotros hay un afecto antiguo difícil de extinguir. Te agradezco cuanto me ofreces, pero he regresado a Zubión para ser pastor y no quiero saber nada de armas.

Guardó silencio Turrillo mientras meditaba qué otro argumento podría esgrimir para vencer la resistencia de aquel ser obstinado.



—Yo te debo mucho a ti, Zumel —se sinceró—. Si no hubiera sido por ti, cuando fuimos hermanos de campo, en el *jasier*, jamás hubiera pasado la prueba de la caza del lobo. ¿Lo recuerdas?

Esperaba que Zumel le restara importancia.

—Lo recuerdo muy bien —dijo el pastor—. Y si te consideras mi amigo deberías recordarlo y no incordiarne ahora cuando sólo aspiro a vivir en paz.

Turrillo endureció el gesto. Desapareció la templanza y miró al pastor con los ojos llameantes de ira. Se levantó de un salto, con sorprendente agilidad para su corpulencia.

—¡Aspiras a vivir en paz, pero no somos libres de vivir como nos da la gana! ¡Ni siquiera soy libre yo, que mando en el poblado y en todas sus aldeas! ¡Estamos atados a obligaciones! Tenemos que defender a los nuestros. Y los nuestros están en peligro. Alguien tiene que cuidar de la guerra, alguien tiene que defender a la gente.

—No creo que defiendas a la gente por altruismo —dijo Zumel mirándolo a los ojos—. Alguna ventaja buscarás.

Turrillo intentó sonreír, pero sólo consiguió esbozar una mueca cruel.

—Ya sé por dónde vas —dijo, despreciativo—. La mujer, ¿no? Deberías recordar que los lobos comen respetando el orden jerárquico. Yo soy ahora el macho de la manada y me corresponden las hembras, y eso incluye a la que tú sabes.

Zumel no pareció inmutarse por la alusión. Sólo dijo:

—Ya sé que eres el macho de la manada. Lo eres porque cazaste el lobo rey, ¿verdad?

Turrillo acusó la estocada. Enrojeció violentamente.

—¡Eso es lo que te duele, cabrón! —barbotó—. Que la mujer que deseabas sea mía. Por fin revelas tu juego. ¡Eres un saco de rencor! ¿Acaso ibas a compararte conmigo, el descendiente de Cerinnos, tú que has nacido del estiércol?

—Descender de Cerinnos no te salvó de cagarte ante el lobo rey —le recordó Zumel sin levantar el tono.

—No perderé más tiempo en cominerías —dijo Turrillo más calmado, deseoso de zanjar el asunto—. Te estoy ofreciendo mi amistad, te estoy rescatando de la servidumbre para convertirte en mi compañero y mi hermano y me lo pagas así. Ya sé que eres orgulloso y que no aceptas ninguna dádiva. Lo que te ofrezco es un trato: una posición digna a cambio de que colabores conmigo y me ayudes con el poblado. Es mi última oferta, ¿qué me dices?

—Si te pesa tanto ese fardo del poblado, ¿por qué no se lo dejas a otro? Retírate y hazte pastor, como yo, y sólo tendrás que defender tu hato. ¿No había en el pueblo otra gente que aspiraba a la jefatura, gente a lo mejor con más méritos que tú? ¿No estaban los hijos de Korbis, no estaba Mardonio?

Zumel había mencionado a los vástagos de las dos principales estirpes rivales de los Cerinnos.

Turrillo lo fulminó con la mirada.

—Te sigue escociendo lo del lobo, ¿verdad? —preguntó rechinando los dientes—. ¡No puedes olvidarlo y te reconcome el despecho! Entonces yo era un niño atolondrado que aunque hombreaba se asustaba del bosque cuando tú ya habías encañado y me refregabas tu valor cada día. ¿Crees que no recuerdo tus alardes injustificados sólo para humillarme, para demostrarme que nunca podría ser como tú? Pero ha pasado el tiempo y ya no somos los mismos. Desde entonces he cambiado mucho. Incluso he aprendido a evaluar a los hombres y sé que cada uno arrastra el fardo de su secreto. Tú también tienes el tuyo. ¡Nos veremos!

Saltó sobre el caballo, tiró del ronzal y le dio la espalda a su antiguo amigo. Zumel lo vio descender por la parte más empinada del cerro, como un jinete consumado, erguido sobre su cabalgadura, la mano izquierda apoyada en la cadera, altivo, digno vástago de Cerinnos, el que mató al gigante que forzaba doncellas.

Aquella noche durmió mal Zumel. Daba vueltas en la yacija haciendo cábalas sobre los sucesos del día, intentando descifrar ocultas intenciones en las palabras de Turrillo. ¿A qué secreto aludía? ¿Sabía que Cotrufes había muerto y que él había traicionado su obligación de vengar su muerte y morir con él? Turrillo recibía a menudo a mercaderes griegos. Alguno pudo haber estado en Sicilia y haberle traído noticias de la ejecución de Cotrufes. A ratos consideraba esa posibilidad, aunque fuera remota, y a ratos la rechazaba. En una isla donde se había producido un baño de sangre, ¿quién le iba a prestar atención a la muerte de un irrelevante capataz de mercenarios sin tropas ni mando?

Hacía tiempo que Zumel había conseguido apartar de su memoria los recuerdos del tiempo de la Cadena. Aquella noche, cuando por fin consiguió dormirse, se le presentaron en sueños con toda la crudeza. Se vio en medio de una tropa que caía por sorpresa sobre una aldea dormida, escuchó los ladridos de los perros, los gritos de terror de los que se despertaban violentamente para enfrentarse a la brusca muerte, los alaridos de las mujeres, el llanto de los niños, el ronco cuerno de alarma... Vio las chozas incendiadas, los hombres pasados a cuchillo, los templos consumidos por el fuego, las estatuas derribadas, el barro sanguinolento bajo los cadáveres pisoteados...

Otra duda lo atormentaba. Su obstinación por no servir a Turrillo, ¿no sería puro despecho porque el tirano se acostaba con Belasia y le había hecho un hijo? Él había soñado con el regreso y la vida tranquila y feliz junto a Belasia. Todo eso se había truncado y sólo le quedaba su condición de pastor, un hombre solitario, cada día más hosco y embrutecido, criando un hato de ovejas y cabras en unos pastos deleznablez amenazados por lobos y bandidos. Si lograba sobrevivir a los peligros y a las privaciones envejecería sin afectos ni remedios, como Urcebas o Sosián. Cuánto mejor hubiera sido morir en combate, en el esplendor de tu fuerza y tu vigor, como Hardón, Aibekeres, Ildutas y los otros conmlitones de la Cadena, incluso como el propio Cotrufes. Quizá Anna la Potenciana le enviaba el castigo de la longevidad. Quizá Atacina lo había condenado a arrastrar una existencia sórdida, vagando tras un hato de ovejas, por haber incumplido su juramento.

## Capítulo 22

Nisunín, la remediadora del pueblo, vivía en el llano, junto al cementerio, en una cueva abierta en el costado de la montaña.

Belasia había aplazado muchas veces su visita a Nisunín. En el fondo le desagradaba la anciana, pero después de un encuentro especialmente tormentoso con Turrillo tomó la firme decisión de consultar a la hechicera y una buena mañana fue a verla.

En la cueva olía a pócimas y yerbas secas. Del techo ahumado e irregular colgaban víboras y lagartos desecados, así como cuerdas con manojos de plantas y yerbas puestas a secar. A lo largo del murete circular de piedra y adobe que cerraba la entrada se alineaban orzuelas y potes de salmuera en los que la vieja maceraba sus cocimientos de higadillos de lobo, pelos de nutria, lagartos, sapos y diversos insectos que la remediadora utilizaba en sus cocimientos. En un estante almacenaba dedales de grasa de lobo rancia, que untada en el lecho de los recién casados da vigor al marido y hasta cura la impotencia si se aplica directamente en el miembro.

A Nisunín la respetaban en todo el valle. Nadie conocía como ella los misterios de la luna y los secretos de las plantas y de las piedras. Sabía obtener las propiedades de la belladona, que dilata las pupilas, disipa el pudor e induce al sueño; de la mandrágora, cuyo grito causa la muerte del que lo escucha; del ponzoñoso beleño, de la mortal cicuta, del hongo del centeno que alimenta a los dioses, y del hongo que mata y da la vida.

De una misma raíz o cocimiento de hojas, Nisunín extraía la mixtura que devuelve la salud o que la arrebató. También conocía la ciencia de los conjuros escritos en una lámina de plomo, que anudan corazones o propician pactos, que avivan la pasión o, al contrario, la apagan y siembran el desamor y el aborrecimiento. A Nisunín acudían, en busca de consejo o remedio, pastores y labradores, artesanos y guerreros. Los enfermos y atribulados encontraban en ella el consuelo y la salud perdida.

La remediadora le ofreció a Belasia un escabel junto al lar, se sentó a su lado en un cojín y le tomó las manos entre las suyas sarmentosas y frías.

—Hace tiempo que te esperaba, hija —le dijo—. Cuéntame tus cuitas y tus anhelos. ¿Qué te trae por aquí?

—Santa, mis pensamientos me traen —dijo mientras respetuosamente besaba las manos esqueléticas y se tocaba la frente con un pico de la toca negra que cubría la diminuta cabeza de la anciana.

Nisunín asintió.

—Ya lo sé, hija, ya lo sé. Y me alegro de que por fin te hayas decidido a venir. Hacía tiempo que te esperaba. Tú eres una buena mujer y te mereces más de lo que tienes.

Belasia desanudó un hatillo de lienzo blanco que llevaba consigo y le entregó a la

anciana un queso y dos morcillas. Nisunín sopesó el queso y olisqueó las morcillas.

—¡Qué buena mano tienes para todo, hija! ¡Lástima que no hayas tenido suerte en la vida! ¡Que Atacina te pague esta caridad que tienes con esta pobre anciana desvalida, la diosa ilumine tu camino y no te desampare nunca de su mano! Cuando vuelva la luna te haré un conjuro para que tengas suerte. Aguarda un poco.

Se levantó la vieja, se dirigió con paso vacilante al fondo de la cueva y desapareció tras la cortina que tapaba la entrada de una galería.

Un momento después reapareció y se sentó de nuevo al lado de Belasia.

—Dime, hija: ¿qué es lo que no te deja dormir? —preguntó mientras removía con un palo el contenido de la marmita que hervía sobre las brasas.

—Ese hombre que vive en la Muela, Zumel —dijo Belasia—. Mi hijo se está aficionando a él. Va al monte casi todos los días y se pasa el día en su compañía.

La remediadora sonrió levemente.

—Algo más significa ese hombre, ¿verdad?

Belasia afirmó con la cabeza bajando la mirada.

La vieja le puso una mano sobre la rodilla.

—Vamos, hija, tienes que contármelo todo si quieres que te ayude —riñó cariñosamente—. En cuanto a que tu hijo tenga un amigo adulto, no es necesariamente malo. Es bueno que los hombres instruyan a los niños.

—Es que me parece que lo hace para congraciarse conmigo —protestó Belasia—. Antes de irse al mar de Cartago, cuando todavía éramos muchachos, me pretendía.

—Me acuerdo de eso, hija. ¿Crees que porque viva aquí abajo, fuera del pueblo, no me entero de las cosas? Yo conozco los secretos, los veo en la ceniza y en el cielo. Más de una vez vi pasar a aquel muchacho por aquí delante. Era muy buen mozo. Ahora tengo entendido que está algo estropeado. ¡Los años y los trabajos no respetan a nadie...! ¿Quieres que hablemos de él, hija?

Belasia hizo un gesto que expresaba indiferencia. Nisunín sonrió comprensiva.

—¿Tú quieres a ese hombre? —preguntó sin rodeos.

Belasia tuvo que pensarse la respuesta. Nunca se lo había planteado conscientemente.

—De joven lo quería... —Dudó antes de proseguir—: Ahora, no sé. Vino a hablar conmigo el mismo día de su regreso y creo que lo recibí un poco hosca.

—¿Un poco hosca sólo o tan hiriente como un cardo espinoso? —preguntó la anciana.

—Estaba muy dolida —se defendió Belasia—. Le recordé que en su ausencia me han ocurrido muchas cosas. Ningún hombre se fijó en mí... Bueno, ¡ojalá ninguno se hubiera fijado! Sólo lo hicieron los Cerinnos, el padre y después el hijo.

La anciana cerró los ojos asintiendo.

—Un asunto muy desgraciado, hija mía, lo sé. Sé cuánto has padecido. Si en su momento hubieras recurrido a mí quizá hubiera podido aliviar tus sufrimientos.

Belasia se encogió de hombros ante lo inevitable.

—Algunas veces doy en pensar que, cuando Turrillo muera, sus dos mujeres, sobre todo Daleninar, que es mala como un dolor, enviará a un yegüero para que mate a mi hijo. No querrá que quede otra simiente del príncipe que la que ella dé a luz.

—Pero ella no ha parido hasta ahora —dijo la anciana. Removió un poco el contenido del puchero y preguntó—: Cuando piensas eso, ¿qué se te ocurre?

—Pienso huir lejos, a otro pueblo, pero en ninguna parte tengo a nadie que me ampare. Una vez me propuso un buhonero llevarme con él pero sospeché que quería acostarse conmigo y luego venderme en algún prostíbulo. Dicen que eso ocurre.

La anciana asintió severamente, entrecerrando los ojos.

—Uno debe quedarse donde nació, sobre todo si es mujer —sentenció—. Y ahora, dime: ¿qué relación hay entre tus miedos y ese hombre que ha regresado después de rodar por el mundo tantos años? ¿Te pretende?

Titubeó Belasia.

—No sé qué intenciones tiene, pero en otro tiempo nos entendíamos y ahora, como está solo, pienso que quizá me quiera por mujer.

—Eso podría resolver tu problema —dijo la anciana—. Sería bueno para ti.

—Sí, pero yo estoy dolida porque me abandonó para irse a las guerras. Si no se hubiera ido me habría ahorrado todas las calamidades de estos años. ¿Se puede perdonar eso?

—La noche y el día tienen límites, pero el perdón y el rencor no los tienen. Dependen de la persona y de la ofensa. Unas personas perdonan y olvidan y otras guardan toda la vida el resentimiento que carcome el alma. La herida fresca duele; la cicatriz añeja y cerrada casi no molesta. Tú tienes la herida fresca; la has tenido siempre.

—Sí, madre —reconoció Belasia—. Soy mala.

Sonrió Nisunín.

—No eres rencorosa, hija. Simplemente no has aprendido de la vida, como casi nadie.

La anciana avivó la lumbre y congregó las ascuas debajo del puchero. Removió la cocción con el palo. Una vaharada de menta y hierba dulce se desprendió del recipiente.

—Dime ahora —prosiguió—. Todos esos años amargos, todas esas sevicias de Artacato y de Turrillo, todas esas insolencias, las burlas y las habladurías de las mujeres... ¿tendrían remedio si mataras a ese hombre, a Zumel?

Belasia pareció desconcertada.

—Matarlo, ¿por qué?

—¿No has venido a pedirme un conjuro de muerte?

—No, no...

—Entonces, ¿qué pretendes? ¿Quieres que se aparte de tu hijo?

Dudó Belasia.

—Bueno, al principio me molestaba que mi hijo fuera a verlo, pero ahora me

parece bien. Le enseña cosas útiles y desde que frecuenta su compañía parece que se ha corregido algo, es menos travieso.

Asintió la saludadora como si fuera una buena noticia.

—Entonces, ¿qué quieres pedirme?

—Quiero saber si es para bien que ese hombre haya regresado.

—¿Si es para bien? —preguntó Nisunín—. ¿Y eso en qué te afecta?

Belasia, desconcertada, no sabía qué responder.

—¿Es que te gustaría vivir con él? —inquirió la anciana.

—No lo he pensado —balbuceó Belasia—. Él no me lo ha pedido.

—Pero, si te lo pidiera, ¿te gustaría?

Belasia se encogió de hombros.

—Quizá... No sé.

—Sólo tendrías que perdonarlo por algo que ya no tiene remedio, una locura de juventud quizá —expuso la anciana—. Ahora ha regresado, ha sentado la cabeza y parece, según me dices, que está dispuesto a reanudar las cosas donde las dejasteis.

—Sí, pero, mientras, han ocurrido cosas: yo he tenido un hijo de Turrillo.

—Si viviera contigo ese hombre, tu hijo tendría un padre, y tú tendrías quien te defendiera —sugirió la anciana.

—¿Y Turrillo?

—¿No has dicho que cuando muera temes por tu hijo? Si tu hijo tiene un padre, un guerrero, no estará tan indefenso.

—¿Qué he de hacer entonces, madre?

La anciana se incorporó y emitió un profundo suspiro, como si hubiese acabado un trabajo penoso.

—Coge un cohombro de aquel puchero. Sin apretar, que no te estalle en la mano. Tráelo y lo pones encima de las ascuas.

Belasia obedeció a la anciana. Al momento, el cohombro comenzó a humear y enseguida se agitó como si estuviera vivo y expulsó un chorro de zumo y semillas que rebotó contra las piedras del lar. La vieja rescató el cohombro abierto con unas tenazas y lo depositó sobre la losa de cocer las tortas.

—Atacina te protege. Derrama cerveza en su santuario después que hayas menstruado en tu próxima regla. Después de eso entrégate al hombre de la Muela para que te defienda y alimente a tu hijo.

—¿Y Turrillo?

La anciana miró a los ojos a la mujer con una mirada tan intensa que la obligó a bajar la suya.

—La diosa juzga y sentencia —respondió—. Déjalo en sus manos. Y tú no seas tonta y disfruta del esplendor de la vida.

## Capítulo 23

La ventosa primavera se adelantó aquel año. Del otro lado del mar regresaron las abubillas a preparar sus apestosos nidos. El aire se animó con el vuelo de las golondrinas.

Un día, al regreso del pastoreo, Zumel encontró la tapia del aprisco aportillada y derruida, la puerta de la choza en el suelo, sus enseres rotos y desperdigados por los alrededores y la zalea del camastro cagada. Los dos quesos que tenía oreando habían desaparecido y la cantarilla de la cerveza estaba hecha añicos.

Pensó en Bedule. Aquello era propio de él.

Arregló el estropicio y lavó la zalea en el arroyo antes de cenar un trozo de tasajo que llevaba en zurrón. Masticaba tan pensativo y abstraído que se lastimó un labio al cortar un bocado con el cuchillo.

No, no creía que Turrillo hubiera ordenado aquello. Demasiado sórdido.

Decidió que Bedule habría obrado por su cuenta.

«Me está buscando», pensó.

—Me está buscando —repitió en voz alta.

Se miró las manos. Parecían las mismas manos del guerrero que un día fue, fuertes y fibrosas, pero él sabía que aquel hombre quedó atrás. Ahora sus manos eran manos de pastor, manos hechas a ordeñar, a partear corderos, a amasar queso.

Bedule.

No podía apartarlo del pensamiento.

«Me provoca —se dijo—. Quiere que lo rete. Pretende matarme en un desafío».

Otro día encontró arrasados los corralillos de la salina y la costra de sal pisoteada y mezclada con el barro. Hasta que se regeneró la salina tuvo que atender el ganado con una carga de sal comprada en Auri.

Alguna vez Bedule se le hizo el contradizo, los venablos a la espalda, como si regresara de cazar. El valentón se apartaba a un lado del camino y lo miraba pasar al frente del rebaño con una sonrisa petulante. A veces silbaba entre dientes la coplilla que los niños dedicaban a los cobardes, a los que se dejaban vencer fácilmente.

Zumel lo soportaba todo con paciencia. Sabía lo que Bedule iba buscando y se había propuesto no sucumbir a sus provocaciones. Con el tiempo comprendería que sus esfuerzos eran vanos y lo dejaría en paz.

Pasó la primavera y llegaron los calores, cuando amarillean los castaños y cuajan las nueces, cuando el aire se llena de mariposas y libélulas y se aparean los tejones.

Los campesinos habían encendido lumbres en el valle y quemaban los restos de animales muertos durante el año, desenterrados la noche de la víspera, en la creencia de que esa ceremonia bastaba para alejar al grifo y al lobo cuando llegaran los fríos y las bestias se arriesgaran a salir del bosque impulsadas por el hambre.

Uno de los yegüeros de Turrillo, el joven Isbataris, avanzaba a caballo por el pastizal salpicado de rojas amapolas y amarillos jaramagos. Tiró del ronزال y

abandonó el sendero para acercarse al pozo de Matahacas, donde Zumel abrevaba su rebaño.

—¡Vaya calor! —dijo a guisa de saludo.

—Sí —respondió Zumel sin interrumpir su tarea ni mirar a quien hablaba. Lo había visto acercarse y lo había reconocido.

—El pan se cuece al sol —comentó el yegüero.

Esta vez Zumel guardó silencio.

Hacía casi dos años que se dedicaba al pastoreo y ya no parecía un guerrero como al principio, sino un humilde pastor acostumbrado a las fatigas y a la pobreza. Zumel había trocado las sandalias militares por las abarcas, caminaba como los pastores, pasos cortos y muchos, y algo bamboleantes, y hablaba como ellos, frases hechas y sobrentendidos. La miseria y la vida trabajosa transforman rápidamente a los hombres.

Los que al principio suponían que regresaba rico después de asesinar a sus camaradas hacía tiempo que habían dejado de propalar aquellos bulos. Ahora lo consideraban un pobre hombre, un fracasado que vivía en la montaña sin más patrimonio que los restos del orgullo y el pundonor que tuvo en su tiempo de guerrero. Incluso algunos se explicaban su resistencia a alistarse entre los yegüeros de Turrillo: no fue por orgullo ni porque despreciara a su antiguo amigo, fue simplemente porque trataba de ocultar su cobardía. Quizá ni siquiera había sido soldado en Cartago, quizá se había acomodado a algún oficio ruin e infamante hasta que la muerte de sus antiguos compañeros le permitió regresar a Zubiión seguro de que no se divulgaría su secreto.

Zumel terminó de sacar agua y dejó el odre en su percha. Se pasó las manos mojadas por la cara y el pelo y miró al yegüero de Turrillo.

—Soy Isbataris, Zumel. Nos hemos visto algunas veces —se presentó el joven.

Zumel asintió, pero no dijo palabra.

—Tú no me recuerdas, pero yo soy hijo de Tibaste, el que vino de Cobol en tiempos de Iceatin, casado con una prima de tu padre. Debes saber que, diferencias aparte, te respeto.

Zumel lo observó con más detenimiento y reconoció los rasgos de Tibaste, la nariz poderosa y los ojos algo saltones.

—Tu padre era un buen guerrero. De mi misma camada —dijo.

—Lo sé —respondió Isbataris—. Él me contó muchas veces vuestros días de la choza comunal, cuando cazasteis lobos y os hicisteis hombres. Te apreciaba mucho.

Asintió Zumel. Tibaste había muerto años atrás, guerreando. En su momento anduvo en tratos con Cotrufes para enrolarse en la Cadena, pero a última hora mudó de parecer. Ya estaba casado y tenía un hijo de seis años al que quería entrenar personalmente. El hijo también había muerto, todavía niño. Isbataris era el segundo.

El yegüero miró a uno y otro lado, como si temiera que alguien pudiera oírlo, y añadió bajando la voz:



—También me contó que tú cazaste el gran lobo negro, el lobo rey cuya piel Turrillo luce en su santuario.

—¿Sí? —dijo Zumel. No le concedió mayor importancia. Las ovejas habían vaciado el dornajo del abrevadero. Reanudó su labor para llenarlo de nuevo.

—Me hubiera gustado que aceptaras la oferta de Turrillo —dijo Isbataris—. Lo digo por mí —se apresuró a añadir—, por estar a tu lado y aprender de ti. Mi padre me dijo que eras el mejor guerrero de su camada.

—Te lo agradezco.

El caballo de Isbataris retiró el belfo goteante de la pila y resopló satisfecho. El yegüero le palmeó el pescuezo. Hizo ademán de marchar, pero se quedó a medio camino. Titubeaba. Zumel, de espaldas, volvía a sacar odres del pozo.

—¿Lo has pensado bien? —le preguntó Isbataris, al fin—. ¿Cómo puede resignarse a pastorear ovejas un guerrero de tu valía? Turrillo te aprecia de veras. Conste que te lo digo por mi propia iniciativa. No vayas a creer que me envía él. Es un buen hombre y te sigue considerando amigo suyo. Sólo tienes que ver que te tolera desplantes que no le aguantaría a nadie. Es un príncipe muy celoso de su autoridad. Deberías pensártelo bien y aceptar el empleo que te ofrece. Si no lo haces por él, hazlo por la gente...

Zumel le dirigió a Isbataris una mirada franca.

—Ya he vivido demasiadas guerras, muchacho. Ahora sólo quiero ganarme la vida sin sobresaltos y calentar mis huesos en una candela en las frías noches de invierno. La guerra es para los jóvenes. Yo tengo canas en la barba.

—Serías nuestro estratega.

—Ni aun así quiero. Por otra parte no necesitáis estratega. Eso es propio de los griegos, los que combaten en formación cerrada. Este pueblo nunca dispondrá de una falange de hoplitas, ni siquiera de peltastas: es demasiado caro y hacen falta cientos de hombres conocedores del oficio, no sólo resueltos. Zubión no puede mantener esas bocas tanto tiempo, ni puede armarlos.

El joven guerrero no se dio por vencido.

—Turrillo no te lo dijo, pero está en tratos con otros pueblos del valle del Baitis y de los montes, con Talaya y con Mardo. Cada uno le prestará a sus mejores guerreros y colaborará en su manutención.

—No me interesan las guerras de Turrillo —cortó secamente—. Y ahora me voy, que el ganado quiere pastar.

Isbataris lo vio alejarse, el zurrón a la espalda, la cayada en la mano, seguido por el perro.

## Capítulo 24

Pasaron días sobre días, llegó la primavera, parieron las ovejas y las lobas preñadas se retiraron a las guaridas más recónditas del bosque para excavar una lobera donde sacar a sus camadas de cinco o seis lobeznos.

Aspar visitaba a Zumel casi a diario. El niño hallaba en el pastor al padre que nunca había tenido y el antiguo mercenario encontraba en el niño a un hijo que aliviaba sus soledades y a un confidente que le traía noticias de la madre. Aunque continuaba visitando a Edereta, la prostituta de Auri, a medida que pasaba el tiempo, Belasia iba ocupando más espacio en los pensamientos de Zumel. Había interrumpido sus excursiones al río para charlar con ella brevemente desde que ella le advirtió que cada vez que se veían Turrillo enviaba a sus yegüeros a buscarla y pasaba la noche en su alcoba.

En estas ocasiones, y en otras que no faltaban, Zumel descargaba su ira en la caza. Alcanzaba un jabalí con un venablo y lo remataba con el cuchillo, ensañándose en una orgía de sangre. Cuando se tranquilizaba se sumergía desnudo en una poza del arroyo Salado hasta que anochecía y ululaban los búhos. Entonces se vestía las ropas ensangrentadas, vaciaba al puerco, lo cargaba a la espalda y regresaba a la choza de la Muela.

La vida de pastor, con su monotonía, no le ofrecía suficientes alicientes a un hombre de natural inquieto que se había acostumbrado a la acción. El bosque volvía a atraerlo como en sus años mozos. El bosque, el acecho, la lucha. La captura de piezas mayores era el sustituto más aproximado a las violentas emociones de la guerra. Por otra parte, Zumel prefería la carne de monte a la de oveja. Guardaba en un par de covachas tapiadas su provisión de carne en manteca. La ahumada, costillares y jamones, la colgaba del techo de la cueva para que el oreo y la flora del recinto cerrado terminaran de curarla y le infundieran su acre aroma característico, tan apetitoso.

Las mejores porciones, los bocados más exquisitos, se los enviaba a Belasia por medio de Aspar. También los sesos y los tuétanos de los animales que cazaba y de las ovejas que sacrificaba. Belasia fabricaba con esas vísceras una pasta que suavizaba las pieles después de curadas al sol. Por su parte, ella correspondía con mantequilla y pasteles horneados. Incluso en una ocasión le envió una túnica que ella misma había tejido, cortado y bordado con una greca de lino teñido que le recorría el cuello, un diseño griego copiado del guardarropa de Turrillo. Zumel adivinó la procedencia y le arrancó el adorno antes de preservarla del polvo y del humo dentro de un puchero que tapó con una paneta de enea trenzada. Pensaba estrenarla cuando hubiera algo que celebrar.

A ese trato a distancia, que duró más de un año, con períodos discontinuos achacables a exigencias de los respectivos trabajos, sucedieron algunos encuentros en la chopera de Matahacas, a las horas de menor concurrencia, evitando que los vieran,

lo que raramente consiguieron. Se sentaban en un rodal despejado o en un tronco caído y comentaban las ocurrencias de Aspar o charlaban de los viejos tiempos, evitando malos recuerdos. Belasia se mostraba agradecida por la buena influencia que Zumel representaba para el niño. Se sobrentendía que era el hijo que hubieran podido tener de no aparejarse las cosas de manera tan distinta.

Nunca hablaban de Turrillo, aunque a menudo su sombra se interponía entre ellos como una presencia siniestra. Cuando Zumel no encontraba a Belasia a la caída de la tarde comprendía que Turrillo la había reclamado. Las primeras veces lo tomó como un contratiempo sin mayor importancia, puesto que a su llegada había aceptado que así eran las cosas. Después, a medida que se fue aficionando a la mujer y que ella volvió a ocupar sus pensamientos con la fuerza de antaño, sintió ira y rabia contra el príncipe. Cuando pensaba en él o rememoraba episodios de su antigua amistad, la boca le sabía a sangre. Regresaba al cerro de la Muela poseído por una cólera sorda, se acostaba en ayunas y pasaba la noche en vela, cambiando a menudo de postura, sin acomodarse a ninguna, imaginando a un Turrillo enorme en su desnudez, fofo y babeante, sobre la mujer que él amaba.

Había algo más. Al principio, Turrillo enviaba a buscarla a su mayordomo, pero desde que llegó Zumel le encargaba la tarea a Bedule. Era una forma de provocarlo. A Bedule le encantaban estas embajadas. Se presentaba en el cobertizo de las pieles, descabalgaba despaciosamente y le ordenaba a Aspar que esperara fuera. Le gustaba quedarse a solas con Belasia dentro de la choza mientras ella se calzaba las sandalias y recogía el manto de lana para subir al poblado. Alguna vez la tumbó en la yacija, se echó sobre ella y le alzó la túnica para hacerle sentir la verga erecta entre los muslos, pero nunca se atrevió a penetrarla por temor a que ella lo denunciara a Turrillo.

—Algún día te voy a enterar de lo que es un hombre —le decía arrojándole su aliento en la boca—. Algún día te haré berrear de placer y dejarás de pensar en ese mequetrefe.

Para Belasia, los regresos después de pernoctar con Turrillo eran también embarazosos. Aspar la aguardaba despierto, y aunque evitaba preguntarle lo que ya sabía, nunca olvidaba preparar un caldero de agua caliente y un plato de greda y almajos para que la madre se desprendiera de los efluvios de una noche con el tirano. Aspar sabía que Turrillo era su padre verdadero, pero, a pesar de ello, y quizá por ello, le profesaba una sorda hostilidad.

Turrillo no reclamaba a Belasia con mayor asiduidad sólo por humillar a Zumel. También lo hacía porque su antigua amante le apetecía más que sus otras dos mujeres, especialmente Daleninar, la hija de Edecón de Talaya, cuya obsesión por las joyas y el oro fenicio se acrecentaba a medida que pasaba el tiempo y no lograba quedarse embarazada. Belasia excitaba a Turrillo. La maternidad la había dotado de una plenitud deseable y había rellenado los rasgos de su rostro prestándole cierta beldad altiva de la que carecía cuando era adolescente.

A Zumel le resultaba cada vez más difícil soportar la ausencia de Belasia. A veces

abandonaba el lecho, desvelado, y caminaba media noche para pasar la otra media con Edereta, la prostituta de Aurgi, que siempre estaba dispuesta a recibirlo aunque fuera a horas intempestivas, pero su compañía tampoco lo consolaba ni apaciguaba su ánimo. Antes bien, después de copular arduosamente con la prostituta, como si de algún modo se vengara de Belasia por una ofensa de la que ella era completamente inocente, permanecía despierto el resto de la noche, entregado a siniestras ensoñaciones, mientras la mujer dormía plácidamente abrazada a él. Lo atormentaba el mismo pensamiento obsesivo: «Turrillo ocupa mi lugar, Turrillo me ha arrebatado la vida, el cobarde que no fue capaz de cazar un lobo, el flojo que nunca demostró la hombría de un guerrero, goza de la única mujer que me importa y se vanagloria de ello mientras yo, apocado ante su autoridad, pusilánime y acabado, me refugio en esta pobre mujer a espantar soledades y a lamentarme de mi impotencia».

Sólo la imaginación le aliviaba algo el dolor producido por aquella cólera sorda. Cuando no podía conciliar el sueño, el antiguo mercenario urdía planes de actuación a cual más descabellado que terminaban indefectiblemente en el mismo o parecido desenlace: se enfrentaba con Turrillo en un desafío singular, estilo antiguo, ante toda la aldea dispersa por el prado del Bullón, y después de vencerlo haciéndole morder el polvo en el pugilato desnudo, lo derrotaba también con las armas y lo decapitaba.

Un día se hizo demasiado tarde y Aspar se quedó a dormir en la Muela. Montaron sus camastros fuera, porque hacía calor, sobre un montón de paja y conversaron largo rato contemplando la bóveda estrellada y jugando a identificar los rumores nocturnos del campo, el vuelo sincopado del murciélago, la poderosa pasada del búho real, el aullido lejano del lobo.

La costumbre de que Aspar durmiera en el cerro se hizo norma. A Belasia no le gustaba dormir sola, pero transigía porque la compañía del pastor le hacía bien al niño. Desde que andaba con él se había vuelto más dócil y responsable.

En la choza, Aspar tenía su yacija de tarima y cuerdas frente a Zumel, separados por la candela. Zumel dormía poco y mal. Algunas noches charlaban al leve resplandor de las ascuas que se iban extinguiendo lentamente hasta que la estrella de Atacina asomaba sobre la abertura del humero. Hablaban de lobos.

—El lobo vive hasta catorce años, algunas veces más —le explicaba el pastor—. Con esa edad tiene la pelambre canosa y sin brillo, las orejas un poco caídas y la cola también.

—¿Qué hacen cuando envejecen?

Zumel, en silencio, mirando las cañas secas y ahumadas del techo se pensó la respuesta.

—En realidad tienen mejor muerte que las personas —respondió—. Campean solitarios por su territorio y lo siguen marcando con unas pocas gotas de orines en los lugares adecuados, pero ya no pelean por las hembras con otros lobos más jóvenes y poderosos. Ni siquiera les disputan su territorio. Si uno joven se establece en sus dominios... —Interrumpió su parlamento y quedó pensativo.

—Pues ¿qué hace? —lo urgió Aspar.

Zumel volvió nuevamente en sí.

—Se va y se busca otro lugar —concluyó—. Tiene pocas fuerzas para cazar. A veces se conforma con carroña que encuentra por el campo.

—Y los jóvenes, ¿qué hacen?

—¡Ah, los jóvenes son todo vigor y poder! Incluso se atreven a acosar a jabalíes que pesan el doble que ellos en solitario.

—¿Sin miedo a las cuchillas?

—Sin miedo.

—Bueno, lo normal es que cacen en cuadrilla: persiguen a la presa hasta que la cansan. El lobo no corre muy rápido, pero tarda más en cansarse, así que llega un momento en el que alcanza a su presa. Entonces la rodean y uno de ellos se lanza contra la grupa o contra el costado para derribarla. Inmediatamente dos lobos muerden las orejas a uno y otro lado para que no pueda usar las cuchillas o los cuernos mientras los otros lo inmovilizan tirando desde lados opuestos. Entonces empiezan a devorarlo, en vivo, por las patas traseras. Cuando se las han medio comido ya no se puede escapar y acaban de devorarlo con más sosiego.

Aspar se imaginaba la escena.

—No hay animal más voraz que el lobo hambriento —dijo Zumel—. Devora a su presa a grandes bocados, vomita y vuelve a devorar. Esto se debe a que casi siempre tiene hambre porque a veces pasa semanas sin comer. Es raro encontrarse a un lobo gordo como un perro. Casi todos están delgados, aunque no son débiles. Son fibrosos y fuertes.

Aspar soñaba con ingresar en las cofradías de los guerreros después de haber cazado un lobo, como los guerreros antiguos. Zumel lo ilustró sobre muchos secretos del lobo. Supo por qué el hombre que haya visto al lobo debe dormir fuera del pueblo ese día.

—Ahora lo hacemos sin saber por qué. Es que si mira a las embarazadas y a los bebés ese día les transmite el mal de ojo y a la madre se le retira la leche.

Le enseñó a distinguir la pisada del lobo de la del perro.

—Mira esta huella: ¿ves esta pequeña señal, aquí?: es la marca del perro. El perro tiene en las patas de atrás una uña suplementaria de la que carece el lobo.

## Capítulo 25

Zumel dejaba a veces el rebaño al cuidado de Aspar mientras él visitaba a Urcebas o se internaba en el bosque para cazar o buscar frutas y hierbas comestibles. En estos casos, el niño vigilaba al ganado sin apartarse de la vecindad de la choza.

Un buen día, temprano, Zumel salió de caza, pero al llegar al lindero del bosque el pensamiento de Belasia y el deseo de ella eran tan intensos que cambió de idea y en lugar de internarse en la espesura volvió sobre sus pasos, descendió por el camino del río, con la pajarería bullendo en los árboles, y atravesó las huertas hasta la choza de la mujer, a plena luz del día. No quería dilatar ni un instante más lo que deseaba ardientemente desde hacía dos años. Había decidido proponer a Belasia que se uniera a él y abandonara el Bullón para mudarse a la Muela. Esperaba que de este modo Turrillo se olvidara de ella, aunque su instinto le decía que había más posibilidades de que enviara a sus yegüeros a reclamarla. Imaginaba un duelo con Bedule y no se sentía seguro del resultado. El yegüero de Turrillo lo superaba en vigor y en estatura. Nunca lo había visto pelear, pero no olvidaba que en la guerra del burro había matado a más de veinte hombres y en duelos singulares a otros tantos.

Encontró vacía la choza de Belasia. Palpó la zalea del lecho y la encontró fría. No había dormido allí. Era evidente que había pasado la noche con Turrillo. Permaneció largo rato de pie en el centro de la estancia, irresoluto, mientras su corazón hervía de cólera.

Belasia no podía resistirse cuando Turrillo la reclamaba. Sólo era una mujer sin marido a merced del príncipe. «Del rey lobo», se dijo con sarcasmo.

Pero el rey lobo era él. Si el fervor de Atacina y de los dioses se manifestaba en la capacidad de matar al lobo negro, a él le correspondía imponer su voluntad, alcanzar su deseo, vencer sobre los enemigos.

Rescatar a la mujer que amaba.

Era el tiempo del otoño y por la mañana refrescaba. Zumel encendió el fuego para que caldeara el ambiente y esperó el regreso de la mujer sentado delante de la lumbre, hosco y pensativo. A ratos se levantaba y paseaba por la estancia. Miraba las señales de la intimidad de Belasia, sus ropas cuidadosamente dobladas y metidas en cenachos de palma, sus humildes collares de cuentas y semillas que pendían de un tablero. Miraba las variadas herramientas de la curtiduría cuidadosamente alineadas en su anaquel, tijeras, chiflas, tajaderas, raspadores, rodillos de alisar, las agujas de cuerno para practicar bodoques.

Ella percibió de lejos el humo que se filtraba por el techo terrizo y supuso que Aspar la aguardaba con el pan caliente del desayuno. No podía imaginar que Zumel hubiera ido a visitarla tan temprano porque hasta entonces siempre se habían reunido al atardecer.

Abrió la puerta y se lo encontró de sopetón recortado en el contraluz de la candela, los ojos llameantes de ira y de deseo. La tomó de la mano, la atrajo con un

tirón brusco, rodeó con una mano la cintura y la abrazó con fuerza hasta sentir su cuerpo palpar contra el suyo. Se le desbocaba el corazón. La otra mano del hombre ascendió hasta los pechos, se introdujo por el cuello de la túnica y fue de uno en otro palpándolos. Los encontró más densos y turgentes que en el lejano recuerdo de su juventud. Los pezones aumentaron de volumen y se endurecieron bajo los dedos que los acariciaban, rozándolos apenas y pellizcándolos suavemente. Ella emitió un suspiro quejumbroso y se desmadejó en los brazos del hombre.

—¿Qué haces? —acertó a preguntar en un sofocado susurro.

—¿No sabes lo que hago? —sonó la voz ronca, como en la batalla.

La besó en la boca. Mordió con delicadeza los labios carnosos y suaves, que ella separó, y acarició con la lengua la cavidad tibia y jugosa de la mujer. Por un momento lo sacudió como un trallazo la idea de que exploraba por vez primera un camino que Turrillo había recorrido hasta la saciedad. Sintió encenderse la ira hasta el punto de que momentáneamente se sobreponía al placer. Con un esfuerzo consciente se zafó de aquel hiriente pensamiento para sumirse de nuevo en el beso y las caricias de la mujer que había deseado tanto tiempo, la que había caldeado sus sueños tantos años en tantos remotos lugares, tantas noches heladas. Ahora la tenía entre sus brazos, en toda su entregada plenitud, y sentía que había algo de novedoso en la experiencia, algo que antes no había alcanzado con ninguna mujer.

Belasia tapó con la mano la boca de Zumel y se zafó de su abrazo dificultosamente.

—Un momento, no seas impaciente —murmuró—. Aguarda un momento.

Se desasó del abrazo y fue a afirmar la puerta con la tranca cruzada.

—Ahora date la vuelta —le ordenó—. No debes mirarme mientras hago algo.

—¿Qué cosa?

—Cosas de mujer. Vuélvete.

Zumel obedeció. Al instante la oyó verter agua del jarro en un dornajo y realizar sus íntimas abluciones.

—Mujer —dijo impaciente—, ¿ahora vas a amasar pan?

—¡No te vuelvas, tonto! No estoy amasando pan.

Se sonrió Zumel.

—¡Ahora, sí! —dijo ella, un momento después.

Se volvió el pastor. Belasia lo aguardaba tendida sobre una zalea, junto a la lumbre. La contempló, inmóvil, con un nudo en la garganta. ¡Qué hermosa era! Los muslos carnosos, el trasero amplio, las caderas opimas resaltadas por la estrechez de la cintura, el vientre ligeramente abultado, con la íntima sombra poblada y espesa, los pechos copiosos y firmes, que la abundante cabellera azabache no lograban cubrir, los hombros redondeados, los brazos sensuales...

—No me mires así... me da vergüenza —protestó mimosa con la voz un poco enronquecida por el deseo—. Ven a mi lado.

Todavía se demoró contemplándola, por dilatar la felicidad del momento. No

recordaba haber visto una mujer tan bella y apetecible entre todas las que había conocido en sus años de ausencia. De nuevo tuvo que rechazar el lacerante pensamiento de que Turrillo había estado disfrutando de aquel cuerpo que le pertenecía a él, que le había pertenecido desde la primera vez que la vio.

Se despojó de la túnica como si le quemara; se arrancó las abarcas sin desatar las correas, lastimándose las pantorrillas, cayó de rodillas con la mirada nublada por las lágrimas. Tendido en el suelo, apoyó la cabeza sobre el pubis fresco y aspiró voraz su perfume limpio y carnal. La abrazó sintiendo esta vez su cuerpo tibio y desnudo y el cosquilleo de su ensortijada pelambre. Sin dejar de besarla, intercambiando saliva, le separó las piernas con una rodilla, la abrazó por los glúteos, levantando su vientre, y la penetró con suavidad, a fondo, al tiempo que se desplomaba sobre ella, los ojos cerrados. Un estremecimiento de felicidad se confundió con el ardor creciente del deseo. A las primeras arremetidas, lentas y suaves, recorriendo conscientemente el camino del placer, sucedieron otras más rápidas y a éstas una cabalgada extenuante, enloquecida, hasta que el espasmo final estalló con un gemido ahogado de la mujer.

Agotados y satisfechos yacieron abrazados, en silencio, saboreando el momento tan largamente aplazado, sin atreverse a comunicar al otro la inquietud que cada uno sentía por el futuro.

Zumel, con los ojos cerrados, acariciaba el brazo carnoso y torneado de Belasia. No era ya el brazo demasiado delgado de aquella muchacha, casi una niña, que dejó atrás para irse al mundo.

Ella estaba soñando que regresaban a los primeros tiempos, cuando eran libres y ningún nubarrón ensombrecía el horizonte.

—¿Recuerdas las pedreas de los niños del barrio de abajo con los de la calle maestra? —le preguntó.

—¡Claro!, ¿no me voy a acordar? Algunas veces me descalabraron allí.

—Yo le ofrendaba a Atacina flores y tortitas de musgo para que ganarais los de abajo —confesó Belasia.

—Ya me parecía a mí que obteníamos la victoria con sospechosa facilidad —bromeó Zumel.

—¡Tonto!

Zumel jugaba a enroscarse en un dedo una guedeja del cabello de su enamorada.

Belasia lo interrogó por sus años perdidos, por las ciudades, los mares y las montañas que había conocido, se interesó por cómo vestían las mujeres de tierras tan lejanas, por cómo amaban. En realidad lo que más le importaba era saber si hubo otras mujeres. Él le respondía a todo silenciando las circunstancias y episodios que convenía olvidar.

—¿Hablas las lenguas de esos pueblos? —quiso saber.

—Más o menos, me entiendo en púnico y en griego.

—Dime algo en griego.

—¿Qué quieres que te diga?



—No sé. Algo.

Zumel buscó una palabra sonora.

—*Mistophoros* —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Los que cobran la paga, *mistos*, o sea, los mercenarios.

—Dime algo más.

—*Xenoi* —dijo Zumel.

—¿Y eso?

—Extraño, extranjero. Lo que somos los iberos allí. —Lo pensó un momento y añadió—: *Agachar*.

—¿Qué significa?

—Auxiliares. Es una palabra del ejército.

Belasia se apoyó sobre un codo. Al cambiar de postura, los pechos pendían de lado, llenos y bellos.

—¿Sólo has aprendido palabras de guerra? —protestó—. ¿Nunca le has dicho algo bonito a una mujer?

—Alguna vez —reconoció Zumel—, pero se lo decía en la lengua de los iberos.

—¿Y te entendían?

Zumel rio de buena gana.

—Por el tono. Y también porque me ayudaba con las manos.

Ella le propinó un cachete cariñoso.

—He querido decir por señas —protestó él, riendo.

Volvieron a besarse y se unieron de nuevo, esta vez más reposadamente.

Después de poseer a Belasia aquel día, Zumel ya no volvió a ser el mismo. Devuelto a las soledades de la Muela era incapaz de apartar a la mujer de su pensamiento, una placentera sensación que lo devolvía a la lejana juventud.

Tornó a hacer planes, a imaginar una vida venturosa, distinta, junto a la mujer que amaba. La urgencia abrasadora de su amor no admitía aplazamientos.

El único obstáculo era Turrillo. Sin ser legalmente una esclava, Belasia era propiedad de los Cerinnos desde que el viejo Artacato se apoderó de ella y la metió en su cama. ¿Cómo podría arrebatarla a Turrillo? Podían abandonarlo todo y huir con Aspar a las tierras de los *celtoi*, más allá de las montañas de septentrión, e iniciar una nueva vida, pero ¿quién le aseguraba que no caerían en manos de un tirano que los esclavizara o los devolviera a Turrillo a cambio de una recompensa? Por otra parte, la idea de huir por segunda vez en su vida revivía en Zumel el remordimiento de su desertión siciliana. Desechó la idea.

¿Y si se reconciliaba con Turrillo? Podía presentarse ante él y decirle: «En nombre de nuestra antigua amistad, te serviré a cambio de que liberes a Belasia para que pueda unirme a ella».

Parecía la solución más pacífica, pero ni siquiera así tenía la seguridad de que Turrillo lo aceptara. Y si lo admitía a su servicio era seguro que le exigiría el

juramento de fidelidad ante Anna la Terrible. ¿Podría someterse, por el resto de sus días, al tirano que en su juventud le arrebató su honor de rey lobo y después a Belasia? ¿Podría convivir bajo el mismo techo con Bedule, que repetidamente lo había humillado?

Después de meditarlo mucho llegó a la conclusión de que no había arreglo posible con Turrillo. El resentimiento contra su antiguo amigo le envenenaba el alma. ¿Cómo resolvería su íntimo conflicto? Recordó sus propias palabras a Aspar días antes: «Los lobos son como los hombres, por eso los odiamos. Los machos pelean por las mejores hembras. Únicamente cuando aparece el lobo rey, negro, dominador, más fuerte, los demás se achantan y reconocen sin lucha su autoridad».

Cuando sintió despertarse en su corazón el instinto del lobo, la pulsión carnícera del príncipe del bosque, recordó los consejos de Nomandros el griego: «Nunca dejes que la pasión del odio obnuble tu inteligencia. Piensa detenidamente las cosas, examina tu corazón y no te precipites».

Dejó pasar los días por ver si la distancia y el aislamiento atemperaban su obsesión. Ocurrió lo contrario, la agravaron.

Aspar continuaba visitándolo y él miraba en el muchacho al hijo que le hubiera correspondido tener si Turrillo no hubiera interferido en su destino. Un motivo más para odiar al impostor que primero le había arrebatado el título de rey lobo con arteras súplicas y ahora lo mortificaba. Quizá su propia existencia en el valle se le hacía insoportable porque le recordaba que su prestigio guerrero descansaba sobre una mentira.

En aquellos días, Turrillo tuvo un mal presentimiento y visitó a Nisunín para que le pronosticara el porvenir.

—Sombras de muerte —le dijo la hechicera después de consultar las cenizas de su ofrenda.

—¿De mi muerte o de la muerte de alguien? —preguntó el príncipe.

—Sombras de muerte. No te puedo decir nada más —insistió—. Guárdate, príncipe.

Aquella noche, en el lecho, Turrillo no dejaba de pensar en la profecía de la santa. Desvelado, salió al patio de atrás y revisó las cuadras, sus caballos, de los que se sentía tan orgulloso, el carro de guerra, símbolo de soberanía tribal, que había sido de su padre y él nunca se había atrevido a usar en campaña porque desconfiaba de sus facultades guerreras y prefería confundirse entre sus yegüeros.

Turrillo tenía todo lo que había deseado. Tenía más de lo que su padre tuvo y sin embargo no se sentía satisfecho. Le faltaba algo. Quizá le faltaba ser verdaderamente lo que aparentaba. Nunca había sido un gran guerrero aunque la suerte y cierta capacidad de disimulo le habían permitido pasar por tal. El inesperado regreso de su antiguo amigo le hacía sentir que sus carencias se estaban manifestando para íntimo

regocijo de sus enemigos. Su autoridad como caudillo se cuestionaba en el valle del Baitis. Era incapaz de someter a un súbdito rebelde que despreciaba sus privilegios y se había obstinado en vivir como un pastor sólo por humillarlo, por contrariarlo, por demostrar que su voluntad, la voluntad de un hombre de ínfima condición, del hijo de un pastor, era más fuerte que la del príncipe de Zubión, el gran impostor.

Una mano se posó en su hombro y le produjo un sobresalto. Se volvió. Era su esposa Daleninar, la triste.

—¿No duermes? —preguntó con aquella voz pastosa que no disimulaba el acento de Talaya. Aunque el relente de la madrugada era frío, sólo llevaba la túnica transparente que reservaba para la intimidad.

—¿Te he despertado, mujer? No, no duermo.

—Llevas días inquieto. Duermes mal. Te agitas como si sufrieras pesadillas. ¿Qué te pasa? ¿Es por esa perra que huele a muerto?

Se refería a Belasia y al olor de los cueros putrefactos que impregnaba su taller.

—No, no pienso en ella. ¿Qué importancia tiene? Es sólo una concubina.

—Tú sabrás la importancia que le das a esa perra. Últimamente la frecuentas más que antes. ¿Crees que no me entero cuándo la traes a casa? Cuando ella entra por esa puerta, el olor a podrido no se disipa en tres días.

Turrillo se impacientó.

—Déjalo y vuelve a tu lecho. Hoy no estoy para escenas de celos.

—No son escenas de celos. Un príncipe puede tener a las mujeres que quiera. Yo no me opongo. ¿Me ves celosa de tu otra esposa? No, ¿verdad? Es tu mujer y la acepto como a una hermana menor. Lo que me repugna es que pierdas la cabeza por un coño. Eso es impropio de un verdadero príncipe. Acuérdate de tu padre, el noble Artacato. Él sí era un príncipe. Compórtate como un hombre, rey lobo.

Rey lobo. En el contexto, la mención de su rango estaba cargada de ironía.

Turrillo se volvió, iracundo y abofeteó a su mujer.

Daleninar se llevó la mano a la mejilla dolorida y fulminó a Turrillo con una mirada en la que se mezclaban la altivez y la furia.

—¡Cobarde, te tiembla la barba de enfrentarte contra un pordiosero y te atreves a poner la mano sobre Daleninar de Talaya! ¡Has mancillado la estirpe de Edecón! ¡En mala hora me entregó mi padre!

—¡El viejo Edecón me estafó! —le gritó Turrillo—. ¡Me entregó una esposa huera, una matriz seca, una piedra inútil, una víbora ciega!

La mujer giró sobre sus talones, digna, y se retiró a sus aposentos.

Turrillo la contempló alejarse y a pesar de la rabia admiró el trasero firme y sensual. Era una mujer muy hermosa. Habían sido relativamente felices al principio, cuando ella era apenas una niña que se dejaba hacer, cuando lo admiraba y todavía no había descubierto sus flaquezas.

## Capítulo 26

Vinieron días sobre días y durante un tiempo no ocurrió nada relevante. En corrillos y mentideros se comentaba la aparición de un nuevo lobo rey que devoraba ciervos de muchas puntas en la espesura del encinar. Salían guerreros a buscarlo y regresaban con las manos vacías. Un leñador de Aurgi se topó con él a un tiro de piedra, lo que le permitió distinguir claramente el pelaje negro que lo cubría. El lobo se detuvo y lo miró un instante con sus ojos amarillos, crueles, mientras decidía si matarlo o no. Tuvo suerte: el lobo acababa de saciarse y reanudó su trote lento, pasando de largo. El leñador, sin embargo, quedó alobado y ya no se le recuperó en su vida del temblor nervioso y la flojedad de los miembros, ni siquiera con los ensalmos de Nisunín.

El diagnóstico de Nisunín confirmó que, efectivamente, se trataba de un lobo rey. La gente comenzó a alarmarse y murmurar: la aparición de un lobo rey pronosticaba alteraciones, guerras y desgracias.

Urcebas había alertado repetidamente a Zumel sobre las malas intenciones de Turrillo. Poco después, sus sospechas se confirmaron.

Aquel día, después de los intensos calores del verano, el cielo se había encapotado hasta casi ennegrecerse y había llovido torrencialmente de la mañana a la noche.

Se venteaba la tormenta. La repentina oscuridad del cielo sorprendió a Zumel en las lindes del encinar, lejos de sus apriscos. Agrupó el hato aprisa, pero los primeros relámpagos muy seguidos de truenos revelaron que la tormenta estaba ya encima. Entonces optó por pernoctar en el monte, al abrigo de las peñas donde había refugio bastante para las medrosas ovejas. Recogió el ganado cuando ya los primeros goterones se estrellaban contra el suelo anunciando el aguacero y el olor a tierra mojada perfumaba la atmósfera cargada de electricidad.

En el cerro de la Muela habían quedado una cabra parida con su cabrito y el perro pastor que las guardaba. Los yegüeros de Turrillo se presentaron con las primeras luces del día, en cuanto amainó la tormenta, alancearon al perro que gruñía mostrándoles los colmillos y se dieron un banquete con el cabrito asado y la cerveza que Zumel fermentaba en una cueva contigua. Después arramblaron con todo lo que valía algo, cabra incluida, destrozaron el resto, incendiaron la choza y abandonaron el lugar. Al llegar al llano arrasaron la humilde salina y pisotearon el chortal que manaba agua salada. Bedule completó el destrozo hundiendo el regatillo de la mina que aportaba el agua salobre.

—Ya podemos marchar —dijo cuando quedó satisfecho.

En el llano de Jonta encontraron a un pastor con su rebaño.

—¿Cuántos quesos tienes en tu choza? —le preguntó Bedule.

—Cinco —se apresuró a responder el pastor dándolos por perdidos.

—Mañana los llevas a casa del príncipe. A cambio toma esta cabra. No te quejarás del negocio que haces. Para que veáis la generosidad de Turrillo.

Cuando Zumel regresó con el ganado, aquella misma tarde, se quedó mirando el estropicio y comprendió lo ocurrido.

Ni siquiera sintió rabia. Sólo cierto desaliento, acompañado de una sensación de vacío en el estómago.

El recado de Turrillo estaba claro. Había gastado el último adarme de su paciencia al enviarle a Isbataris para atraerlo a su servicio. Ahora su magnanimidad y los tiempos bonancibles habían terminado. En lo sucesivo no lo dejaría vivir en paz si no se sometía a sus designios.

O quizá fuera un aviso para que se mantuviera alejado de Belasia.

Zumel aceptó la devastación de su magra hacienda con el fatalismo de los pobres, como lo hubiera aceptado su padre y antes que él su abuelo. Absorto en sus pensamientos atendió al ganado con gestos automáticos. En medio del naufragio de sus pobres posesiones, que tanto le había costado reunir, actuó como si nada hubiera ocurrido. Separó los corderos destetados de sus madres, encerró a las ovejas en su redil, a las cabras en su corraliza y les dispuso sal en la rascadera. Después volteó la cama de paja de los animales y untó con zumo de acebuche las ubres agrietadas de una cabra.

Como un día cualquiera.

Cuanto terminó los trabajos rutinarios se dirigió al solar quemado de la choza y contempló con detenimiento el desastre. No había nada que salvar, si acaso la vara del atizador que yacía bajo la gruesa capa de cenizas. Rescató algunas maderas a medio quemar de entre los restos calcinados y encendió con ellas una pequeña hoguera en la que asó un gazapillo que había cazado de regreso. Comió sin apetito, abismado en sus imaginaciones, más apesadumbrado que iracundo.

Los yegüeros de Turrillo habían roto también el odre de la cerveza, una vasija grande regalo de Urcebas. Para que la ruina de su entorno doméstico fuera completa permitió que las cabras se comieran el poso de cebada fermentada.

Se sentó en una piedra y aguardó inmóvil hasta que oscureció. Hacía una noche hermosísima. Sobre el prado perfumado por el olor a hierba mojada sobrevolaban miríadas de insectos luminosos. Antes de acurrucarse en una covacha a descansar arrojó el cadáver del perro detrás de unas peñas.

A la mañana siguiente fue a ver a Urcebas y le contó lo sucedido.

—Te lo advertí —dijo el viejo pastor—. Con la nueva manera de gobernar, un príncipe al frente de cada poblado, vivimos mejor, pero a cambio somos menos libres que cuando gobernaban varios régulos y cada pobre se acogía a la protección que más podía favorecerlo. ¡Zumel, despierta y mira lo que pasa! Ya no quedan hombres libres en el Baitis y tú te obstinas en desobedecer a Turrillo. Agradece que no te haya matado.

Zumel asintió en silencio. Comprendía que Urcebas acertaba en sus juicios.

—Además —prosiguió el anciano—, a Turrillo no le hace gracia que pongas los ojos en Belasia. A él no le importa que las otras mujeres a las que se ha llevado a la

cama se casen y hagan su vida, incluso a algunas por las que ya ha perdido interés les consiente tener amigos, pero, por el motivo que sea, a Belasia la considera suya. Ya sé que eso no te cabe en la cabeza, pero es lo que hay. Deberías aceptarlo. Es el príncipe de tu poblado.

Zumel lo miró a los ojos con aquella mirada templada e impasible que a veces desorientaba a sus interlocutores porque no traslucía sentimiento alguno.

—Urcebas: yo no tengo príncipe ni reconozco a príncipe alguno. Cuando marché a las guerras de Cartago, los pueblos se gobernaban por familias y por juntas de ancianos. Mi padre obedecía al padre de Turrillo, pero yo sólo he jurado una vez en mi vida, a Cotrufes. Él es mi único patrón. No estoy acostumbrado a obedecer a ningún jefe al que no haya prometido obediencia.

—Pero tú mismo reconoces que tu padre obedecía a Artacato.

—Y yo obedecía a mi padre. Hasta que crecí y me sometí sólo a mi jefe de guerra, Cotrufes. Ahora Cotrufes me ha dado licencia para regresar a mi tierra. No le debo obediencia a nadie. Soy libre nuevamente.

Urcebas movió la cabeza, desaprobador.

—¡Eres terco, eh! Cuando marchaste, los régulos se entendían entre ellos y reinaba la armonía. Ahora hemos mejorado porque uno solo es el príncipe y no se producen aquellas reyertas que llenaban el pueblo de viudas y de huérfanos. Turrillo es príncipe, los régulos lo obedecen, saben que sus hijos heredarán el mando y nadie se mete en líos, ni corre la sangre. ¿Qué trabajo te cuesta aceptar lo que hombres de mejor linaje, guerreros como tú, han aceptado? Turrillo te honrará, está deseando demostrarte su amistad.

—No necesito la benevolencia de Turrillo ni la de nadie. Me arreglo solo. Yo elijo a mis amigos.

Urcebas suspiró profundamente. Se examinó las manos cuarteadas y callosas como si en sus surcos pudiera encontrar las palabras necesarias para convencer a aquel ser obstinado.

—¡Ay, Zumel! Quizá haya asuntos que ignoras y que deberías saber. Aunque me veas aquí tan aislado, los quejeros me informan de lo que sucede en el pueblo. Desde que regresaste, Turrillo, que tenía casi olvidada a Belasia, ha vuelto a llamarla de vez en cuando y pasa las noches con ella. Te lo digo porque también ella prefiere que no la visites.

—¡No la visito!

—No la visitas, pero no pasan cuatro días sin que vayas a verla, aunque sea de lejos. Te han visto acecharla. La gente lo observa todo. ¿No ves que en el río vive mucha gente? ¿A quién se le ocurre rondar a la concubina del príncipe? ¿Se hace eso en Sicilia o en Cartago? Aquí la costumbre es que la yegua que monta el señor no la monte el siervo.

—Pero yo no soy siervo de nadie.

—Todos somos siervos, Zumel. ¿Tan pronto has olvidado las costumbres y las

leyes? Además, muchas cosas han empeorado. Eso es lo que te resistes a entender. Ahora los hombres libres somos menos libres y muchas cosas que en mis tiempos y en los de tu padre se podían hacer ya están prohibidas. Tu pega es que no eres lo suficientemente viejo para obrar con prudencia, ni tampoco lo suficientemente joven para aceptar los cambios.

Zumel no respondió. Se encogió de hombros, dio la espalda a su amigo y se marchó.

Dormía mal. La ira sorda, el anhelo de venganza y la sensación de sentirse acosado le impedían conciliar el sueño. Pensaba a menudo en Sicilia, en sus conmitones de la Cadena, en lo que cada uno de ellos hubiera decidido en sus circunstancias; en Cotrufes... ¿qué habría hecho en su lugar? La conclusión era invariable: Cotrufes habría vengado la ofensa, habría matado a Turrillo. Pero Cotrufes era un jefe nato, un conductor de hombres con un prestigio que salvaguardar, y él, Zumel, era sólo un humilde peón de brega. Sabía combatir, pero, fuera de eso, era un hombre de escasa iniciativa. Se había acostumbrado a obedecer a un patrón al que admiraba porque aprendía de él y ahora se encontraba a solas con un futuro nada prometedor y repleto de dudas.

Aquel invierno había sido extremado y la primavera muy fría. La hierba encañó mal y los pastos raleaban. Un día subió a las navas del cerro de las Peñas, que por su lejanía había reservado para épocas de escasez. Al descrestar un alto se le ofreció a la vista la vasta extensión de terreno. Estaba negro, quemado. Incluso algunos árboles salteados por el paisaje habían ardidido. Regresó con las ovejas balando de hambre.

—Tendrás que acomodarte a pastos más lejanos —le aconsejó aquella noche Urcebas—. Quizá los de Bolco te admitan las ovejas entre las suyas si, a cambio, trabajas para ellos. El príncipe y los régulos de Bolco poseen rebaños de miles de cabezas que en la estación seca llevan más allá de las montañas, a tierra de los *celtoi* con los que habían acordado una *karuo kortika*.

—¿Eso qué es?

—En la lengua de los *celtoi* significa «corazón llano», o sea, una declaración de hermandad. Se escriben los signos mágicos en un trozo de madera o en un tiesto con los nombres de los dos príncipes o de los dos pueblos y se rompe en presencia de una santa de Atacina y cada uno se queda con una parte. Eso te da derecho de paso a ti y a tu rebaño, sin pagar tasas.

Zumel negó con la cabeza.

—No me interesa trabajar para nadie —respondió, hosco—. Aguantaré este año como pueda.

—Creo que no te has hecho una idea cabal de la situación —dijo Urcebas—. No se trata de un año malo. Esos pastos no se han quemado por accidente.

—¿No?

—Alguien vio regresar a Bedule del cerro el mismo día que ardieron los pastos, la nube de humo detrás de él. Aprovecharon que tú habías ido a Auri, a ver a Edereta.

Lamento ser tan preciso, pero lo hago para que veas que aquí todo se sabe.

Zumel quedó pensativo.

—Turrillo no te dejará en paz hasta que te sometas. Está furioso contigo, la gente murmura y él es muy celoso de su autoridad. Y cuídate de Bedule. Ya se le ha ofrecido varias veces para desafiarte y matarte. No soporta que otros guerreros de Cobol y Kastul derroten a los campeones de los pueblos rivales y se hagan famosos mientras él, a causa de las buenas relaciones de Turrillo con todo el mundo, no encuentra ocasiones de ejercitar su valor. Guárdate de él y no respondas a sus provocaciones, que es lo que va buscando.

Zumel sacudió la cabeza.

—No hay cuidado: estoy aquí para ser pastor.

—No te obceques, amigo mío —insistió Urcebas—. Piénsate lo de trabajar para Turrillo. Es lo que cualquier persona en su sano juicio haría. Olvídate de Belasia y búscate una buena mujer que te dé lujos y te alegre las noches.

—Me lo pensaré.



## Capítulo 27

Al pie de Orisia, junto a la fuente amarga, estaba la forja de Urcaildu el herrero, una caverna con las paredes negras de hollín y media docena de chozas y cobertizos arrimados a un escarpe natural en el que se apreciaban, a distintas alturas, las bocas de numerosas cuevas artificiales. Urcaildu tenía cinco hijos, todos herreros, que habitaban en aquellas cuevas con su numerosa descendencia. Desde la distancia se percibía el martilleo de los ferrones y el canturreo de los trabajadores.

Zumel descabalgó en la explanada frente a los talleres y ató el ronزال a una encina.

Salió a recibirlo un joven desnudo, negro de tizne y brillante de sudor, con un delantal de cuero que lo cubría desde los hombros a las rodillas. Intercambiaron el signo de la paz.

—Vengo a ver a Urcaildu —dijo Zumel.

El joven se volvió y gritó con fuerza:

—¡Padre, aquí te buscan!

Se apartó la cortina de una cueva y apareció un hombre maduro y fornido.

El joven herrero regresó a su trabajo.

—Soy Zumel, de Zubión —se presentó el recién llegado—. Me envía Sosián.

—¿Cómo está mi buen amigo?

—Está bien, pero baldado del reuma. En la casa de los viejos.

—¿No tenía una hija?

—Murió de sobrepeso.

Urcaildu hizo un gesto de resignación.

—Así se las gastan los dioses. ¿Qué se te ofrece?

—Necesito que me forjes una falcata.

Urcaildu asintió pensativo.

—¿No tenéis en Zubión un herrero?

—Sí, tenemos un herrero de almocafres, arados y yantas de carros, pero Sosián me dijo que ninguno forja las falcatas como tú.

Halagado en su vanidad, el herrero sonrió con suficiencia.

—Puedo asegurarte que ningún cliente mío se ha arrepentido. Y ahora dime, ¿la quieres de jinete o de infante?

—De infante. Buena.

—Por ese lado pierde cuidado. No soy yo de esos que sólo forjan falcatas funerarias, para entregarlas a la tierra.

Zumel asintió. Ya le había advertido Sosián de que era un poco vanidoso.

—El hierro es siempre bueno —dijo Urcaildu—. La virtud está en el brazo. ¿Quieres el acabado simple o con hilo de plata incrustado en el mango?

—Simple.

—El filo, ¿hecho o lo haces tú?

—Lo haré yo.

—¿Has pensado cómo se va a llamar?

—La Memoriosa.

—Es un buen nombre —lo aprobó Urcaildu tras considerarlo un momento—. Barrunto que dejará memoria.

El herrero miró las montañas azules, a lo lejos, con los ojos enrojecidos por una vida en el fuego y añadió:

—Memoriosa. La memoria es lo único que nos queda... El arma te va a costar diez ovejas, quince cabras o cinco lingotes púnicos de hierro, lo que prefieras.

—Te daré una moneda de oro. Púnica. De las enteras.

Urcaildu no disimuló su sorpresa. Adivinó que se trataba de un mercenario regresado y sonrió.

—¿Puedo verla? No se ven muchas por estos pagos.

Zumel hurgó en su bolsa, sacó el canuto de caña donde guardaba sus ganancias y dejó caer la moneda en la renegrida mano del artesano.

Brillaba al sol. El herrero la contempló por las dos caras, con arrobo.

—Bien. Será suficiente. Extiende el brazo.

Con un cordel le midió a Zumel la distancia entre el codo y la punta del dedo corazón de la mano extendida. Ésa era la longitud de la hoja.

—¿Para cuándo la quieres? —preguntó Urcaildu.

—Si te pones al trabajo hoy, ¿cuándo la tendrás?

—En dos días.

—Esperaré.

—Entonces vamos a escoger el hierro.

Bajaron a la alberca que regaba la huertecilla de los herreros. Junto al paredón del abrevadero, a la sombra de una enorme higuera, había un corralillo de tierra delimitado con piedras enjalbegadas. La superficie estaba removida y limpia de vegetación.

—Esta es la huerta en la que se cría el metal de las falcatas —dijo el herrero.

Entró y removió la tierra con un palo. De la húmeda capa de mantillo y estiércol afloraron varios hierros mohosos. Escogió los tres que le parecieron más idóneos, dos del tamaño de la palma de la mano y el tercero algo más largo. Les raspó la herrumbre.

—Estos servirán —dijo.

Volvió a extender la tierra sobre el criadero y salió del corralillo con los hierros en la mano. Los sopesó apreciativamente.

—Ya tenemos el material. De aquí va a salir la mejor falcata que has visto nunca, adusta, sin mucho adorno, pero bordonera de sangre.

Regresaron a la forja y el herrero se puso a la faena ayudado por un nieto.

—¿No quieres darte una vuelta por Orisia? —le dijo a Zumel—. Encontrarás posada, cerveza y mujeres.

—Prefiero esperar aquí.

—Como deseas. Si no te importa puedes ayudarme. Aquí tenemos mucha faena.

Zumel sustituyó al niño, una mano en el fuelle y la otra removiendo los carbones con un atizador.

El proceso de fabricar una falcata era complejo. El herrero arrojó los tres hierros al brasero y, cuando se pusieron al rojo, los martilleó para aplanarlos y eliminarles las impurezas. Doblaba la lámina, la dejaba enfriar, la ponía de nuevo al rojo y la volvía a martillar para domarla y volverla flexible. A Zumel le recordaba las labores de Belasia cuando maceraba y frotaba con pasta de sesos y médula las pieles curadas hasta que perdían su rigidez y se suavizaban.

Cuando los hierros estuvieron suficientemente trabajados, el herrero apartó los dos más cortos para que se enfriaran y martilleó el restante para alargarlo hasta que alcanzara la longitud requerida. Después aplanó uno de sus extremos en forma de hoja y moldeó una barra cilíndrica en el opuesto.

—Esta va a ser la empuñadura —indicó—. ¿Cómo prefieres el pomo, de caballo o de halcón?

—De caballo.

Con unos pocos golpes precisos, el herrero forjó una hermosa cabeza de caballo.

—Luego lo refinaremos —advirtió como si hablara consigo.

A golpe de fragua y martillo curvó el hierro de manera que el extremo volviera sobre la agarradera y protegiera la mano. Después calentó al rojo las dos láminas que había apartado y las martilleó a ambos lados de la central hasta soldarlas en una única pieza.

A media mañana, Urcaildu y Zumel almorzaron un guiso de ciervo ahumado, guarnecido de bellotas, castañas y manzanas, que sirvieron dos nietecitos del herrero. Zumel introdujo la mano en su zurrón y los recompensó con sendos puñados de higos secos rellenos con una bellota dulce. Los niños lo agradecieron con gran cortesía. Zumel elogió la buena crianza de aquellos rapaces, lo que provocó que al abuelo se le arrasaran los ojos de lágrimas. Hablaron del oficio del hierro en su doble vertiente, forjador y guerrero. Urcaildu se interesó por las espadas y las lanzas que se usaban en las guerras de Cartago. Zumel le explicó cómo eran las espadas de los galos, largas, contrapesadas en la empuñadura, y los escudos de los hoplitas griegos, de chapa y cuero, así como los yelmos y las grebas de bronce.

—En este valle estamos cuatro herreros —dijo Urcaildu—, pero pronto habrá más talleres. El negocio está en alza. Hay buen material en la mina de Peñalosa y mucha demanda. Ahora nadie pide rejas de arado. Sólo interesan las armas. Te supongo enterado de que Cobol prepara la guerra.

—Algo he oído —confirmó Zumel—, pero ¿y Kastul?

El herrero lo miró con una sombra de desconfianza.

—¡A Kastul le sobran armas! —exclamó—. Con las minas de plata no le falta de nada. Está contratando mercenarios por todos los pueblos, no sólo del río sino de más

allá de las montañas. Vienen muchos *celtoi* de ojos azules y carne lechosa. Bueno, quizá te esté explicando cosas que sabes mejor que yo. A lo mejor necesitas la falcata porque tienes trabajo en Kastul.

—Sólo soy pastor en Zubión.

—Bueno. No me meto en lo que seas. Allá cada cual —advirtió Urcaildu levantándose bruscamente—. Vamos a continuar con el trabajo.

Aquella noche Zumel durmió en el cobertizo de los herreros. Dispuso su camastro pegado al murete del hornillo que despedía el calor de la fragua. Ya de madrugada, el frío lo despertó. Se habían extinguido las ascuas y el relente de la mañana era húmedo. Permaneció despierto, las manos abiertas detrás de la nuca, pensativo, hasta que clareó la mañana y los herreros reanudaron su trabajo.

Dormía mal Zumel. Durante el día sus quehaceres lo mantenían ocupado, pero de noche le daba vueltas al magín, y su imaginación saltaba de un tema a otro: las provocaciones de los yegüeros de Turrillo, su relación con Belasia, Aspar, el rebaño que no prosperaba, la prostituta Edereta, Urcebas... Rememoraba los últimos acontecimientos e intentaba desentrañar las motivaciones de Turrillo. Quizá intentaba justificarlo, quizá aún caldeaba en su corazón el rescoldo de la antigua amistad. Pensaba que en el fondo no era mala persona, sólo un poco fatuo y vanidoso. Quizá la creciente enemistad que le mostraba se debiera a la mala influencia del taimado Bedule.

Durante un tiempo casi había conseguido olvidarse de Sicilia y de Cotrufes, pero últimamente acudían a su mente con frecuencia. Al recuerdo de su patrón, doloroso y constante, sucedía inmediatamente el de Potasio, su asesino. Aquella muerte impune mortificaba a Zumel.

A lo largo de la mañana, la falcata fue tomando forma. Por la tarde estuvo lista a falta de adornar la empuñadura. Con cinceles más pequeños, Urcaildu talló el mango con mimo de orfebre. El remache de cobre que sujetaba las cachas de madera de olivo figuraba el ojo del caballo, el animal de Atacina, el protector de los guerreros. Cuando el arma estuvo lista, Urcaildu hizo la prueba final: la agarró firmemente por la empuñadura y por la punta, se apoyó la plana central sobre la cabeza y la curvó hasta casi tocar los hombros. Cuando la soltó, el arma saltó, elástica, recuperando su forma original.

—¿Es buena o no? —preguntó con orgullo.

—Muy buena. Un excelente trabajo —reconoció Zumel.

Examinó el contrafilo de perfil, cerrando un ojo, para cerciorarse de que la curvatura de la hoja no denotara defecto alguno.

—Bien derecha —anunció satisfecho—. Ni una mala desviación. Tienes falcata para toda la vida.

Zumel satisfizo el precio acordado, envolvió a la Memoriosa en un pañizuelo, se despidió y emprendió el regreso.

## Capítulo 28

Llegaron los días cortos del otoño, las mañanas neblinosas, cuando la naturaleza se adormece, el bosque huele a hojas podridas, el rocío finge redecillas de agua en las telarañas y los jóvenes lobos solitarios se agregan a las manadas. Después del largo estiaje, el pasto escaseaba y Zumel se veía obligado a conducir su rebaño cada vez más lejos, a lugares altos y trabajosos que los otros pastores desatendían. Era faena excesiva para una sola persona y a menudo se sentía agotado del esfuerzo al final de la jornada, pero su magra hacienda no le permitía pagar a un zagal. En dos años había tenido que desprenderse de casi todo el oro ahorrado para compensar las deficiencias de su economía. Alguna vez se le cruzó por la cabeza la idea de vender las ovejas y contratarse como yegüero en Aurgi o en Cobol, pero enseguida la rechazaba porque ello significaría la definitiva enemistad con Turrillo y dejar de ver a Belasia, a Aspar y a Urcebas, su único amigo.

Aquel día había tronado una tormenta seca y la atmósfera cargada de tensión alteraba a las bestias y a las personas. Después de un breve chaparrón, olía agradablemente a tierra mojada, el olor de la vida.

Zumel terminó su faena, se acostó derrengado y no tardó en dormirse. Al rato una pesadilla lo despertó. Abrió los ojos. Por el humero del techo se filtraba un rayo de luz nocturna.

Desvelado, rememoró otra noche de luna llena, en Selinunte, en una terraza asomada al puerto, la brisa marina refrescando la piel estremecida, la mano entre los muslos de una mujer.

Entonces era dueño de su destino. Veía mundo, ensenadas, montañas, ríos caudalosos, desiertos de arena. Combatía junto a fieles camaradas, no sólo los hombres de la Cadena, sino otros guerreros procedentes de todos los pueblos de la Tierra, hombres que hablaban extrañas lenguas de las que no entendía una palabra y sin embargo hubieran sacrificado la vida por él, del mismo modo que él la habría sacrificado por ellos. Tarareó una canción tebana de la que sólo recordaba dos versos:

—«He desembarcado en playas cuyo nombre olvidé antes de que se pusiera el sol».

Había sido joven. Había vivido intensamente. Mujeres y combates le habían encogido el estómago. Cuando habitaba las ciudades, entre campañas, vivía la vida con fruición, como una especie de desquite por el futuro incierto.

¿Qué había cambiado? Había regresado a su pueblo, se había apartado de las armas, había escogido una vida modesta y pacífica, sin sobresaltos ni temores. Creyó que de este modo viviría el resto de su vida feliz y confiado. Estaba muy lejos de ello. Había conseguido casi todo lo que ansiaba y sin embargo la vida lo malcontentaba. Después de tantos años sometido a disciplina, había recuperado la libertad para sentirse menos libre que antes.

De día se deslomaba trabajando con el ganado, recogiendo leña, acondicionando

la choza, enfoscando el techo para evitar las goteras cuando llegaran las lluvias, recogiendo ramón para las cabras, machacando esparto, fabricando enseres... cualquier tarea que lo mantuviera ocupado, el caso era no pensar. Pero cuando caía la noche regresaban los recuerdos y los fantasmas en los largos insomnios.

Cotrufes.

Un rumor de lejanas conversaciones, de sensaciones que creía olvidadas, retazos de vida pasada, sueños y desengaños, proyectos que nunca se cumplieron, temores, esperanzas... iba y venía en su imaginación a ratos consciente, a ratos adormilada por el cansancio y el sueño imposible.

Cotrufes.

Cuando estaban juntos nunca advirtió la intensidad de sus sentimientos hacia aquel hombre del que tantas cosas había aprendido. Cotrufes había sido como su segundo padre además de un amigo leal. Muerto, le seguía enseñando. A menudo se preguntaba: «¿Qué haría Cotrufes en esta circunstancia?». Cotrufes sabía ser prudente, refrenaba los impulsos, consideraba las implicaciones de cada posible elección antes de decidirse.

«Eres más griego que ibero», le reprochaba Zumel.

«Sí —admitía Cotrufes—. Soy un *ibergreco* o quizá un *grequiber*».

Reían de buena gana. Compartían el vino y la comida. A veces, también, las mujeres. Compartían la sangre, el fuego, la furia. Muchos años juntos, rodeados de muerte, habían tejido entre ellos los vínculos de la camaradería, más fuertes incluso que el juramento de la clientela. Cotrufes se lanzaba al combate como una flecha se lanza a su objetivo, sabiendo que Zumel le guardaba la espalda.

La noche gira lenta en el cielo mientras la luna difunde su luz lechosa sobre el mundo adormecido. El concierto de los grillos acompaña la vigilia del guerrero metido a pastor que pasa las noches en vela, maquinando.

Como el arado que abre y separa la tierra, así avanzan los lobos de la Cadena por medio de las falanges de largas lanzas y si alguno muere lo vengan allí mismo, redoblando la furia.

Los griegos tienen falanges numerosas; filas de un hombre al lado de otro, hileras de un hombre detrás del otro, apoyando la larga lanza en su hombro. Quinientos hombres se mueven como uno solo, adelantando el paso con un fragor acompasado de grebas y hoplones, de corazas y pasos, disciplinadamente. Es cosa de ver, los griegos avanzando.

El sabor de la sangre en la boca reseca. Piensas en la calabaza que dejaste en el ható, en las aguas quietas y claras del arroyo que acabas de pasar, que enseguida se teñirán de rojo.

El grito de guerra, largo y gutural que aclara la garganta enronquecida, sin saliva. La carrera blandiendo el pesado venablo. La parada en seco a quince pasos del enemigo para lanzarlo. Desenvaino la falcata, el multiplicado grito, el cuerpo a cuerpo, la brusca sangre, los miembros amputados, los huesos tronzados, los

intestinos que se descuelgan de la herida y se enredan en las piernas, los gritos de agonía, el estruendo de ayes, de imprecaciones, de maldiciones...

Los iberos somos individualistas, pero también tenemos nuestra falange: tenemos el caudillo y sus juramentados, sólo que cada uno guerrea a su aire, aunque sin perder de vista al jefe.

Turrillo me mostró su hoplón griego. Lo tiene colgado junto a la piel del rey lobo en la sala donde bebe vino con sus yegüeros. El escudo griego protege al hoplita y al compañero y empuja al adversario; nuestra *caetra*, mucho más modesta, apenas mayor que la cobertera de una olla, protege y ataca. Le afilamos el canto. Es una cuchilla.

Escudos enormes frente a mínimos escudos, que sirven para llevar el ritmo cuando danzamos a la muerte o a la vida y para contener la pasta negra cuando cubrimos el cuerpo con antimonio, la coraza de las heridas, el color de Corión, el que se cubre con la piel de los guerreros caídos.

—Muerto.

La palabra había escapado de sus labios: sus labios, como si tuvieran voluntad propia habían formado aquella palabra con el aliento escapado de su garganta. La repitió esta vez de manera consciente.

—Muerto.

La familiar palabra parecía sonar novedosa a sus oídos.

Después pronunció la frase completa.

—Cotrufes está muerto.

Y después de paladear cada sintagma y cada sonido, una nueva frase que parecía consecuencia de la anterior.

—Y yo estoy vivo.

Se removió, incómodo, en el camastro.

¿Cuántas veces había rememorado el juramento ante Anna la Terrible, la Potenciana, cuántas veces compartieron el licor de la diosa, cuántas veces atravesaron juntos el erial de la muerte, cuántas se prometieron atravesar unidos la Puerta que conduce al río de fuego?

Nadie conocía su secreto.

—Pero tú lo conoces —pronunció en voz alta para comprobar el alma de las palabras—. Tú, Zumel. Mientras Potasio vive, come, bebe, se refocila con mujeres, juega con los amigos, cabalga, combate, navega, respira, ve amanecer y anochecer un día tras otro: vive. Mientras Potasio vive, tu hermano Cotrufes, al que debías seguir, navega solo y olvidado por los oscuros médanos de la muerte.

De pronto sintió una sed devastadora. Echó mano de la orza de la cerveza. Introdujo el cazo hasta el fondo. La bebida se había acabado. Masticó un puñado de granos de cebada hinchados y los prensó con la lengua. Destilaban un licor demasiado amargo. Los escupió.

—Y ahora eres un pastor mantenido al cuidado de otro pastor que se apiada de ti,

un zagal sin futuro, viejo, carne de lobo, que soporta como un esclavo las provocaciones de Turrillo y el desprecio del pueblo.

La presión de la sangre le dolía en la cara, le hinchaba las orejas.

Y así una noche tras otra.



## Capítulo 29

Un lobo aullaba tras las zarzas de la Muela, bajo la luna menguante. Zumel, desvelado, se removió en la yacija. Una noche más, recordaba todas las humillaciones que había soportado, la prohibición de poseer un rebaño, las provocaciones de Bedule, la destrucción de su vivienda, el pozo cegado, la salina arrasada...

Turrillo usando a Belasia sólo para mortificarlo.

—Es lo que puede hacerse con un pastor. Un pastor que esquila la roja lana, que ayuda a las ovejas en los partos, que vaga de un lado a otro en busca de cuatro yerbajos con los que alimentar el desmedrado rebaño. Las ovejas pastan la hierba; las cabras, las ramas. Se complementan. La sal. Los cocimientos. El ayuno de tres días antes de esquilarlas. El asperón de afilar las tijeras. El guerrero ha olvidado la gloria del combate. Ahora es un gañán que sigue a un rebaño sin macho. Ahora es menos respetable que una cagarruta de cabra, un odre henchido de recuerdos heroicos que le pudren el alma y alimentan el légamo hediondo del resentimiento. Ese es el amargor que te sube hasta la boca.

En la oscuridad rechinaron los dientes. Se imaginó con la falcata en la mano delante de Turrillo.

—¡Quémame la choza ahora, róbase las cabras, fóllate a Belasia, anda! ¡Atrévete, hombre! Tú y yo solos, como antaño. ¿No eres el caudillo del pueblo? ¿No descendes de Cerinnos, el que degolló al gigante? ¿No eres el príncipe que mató al lobo rey? ¿No eres el rey lobo? ¡Haz honor a tu nombre!

Se removía inquieto y aquella desazón duraba las horas del insomnio mientras afuera discurría lenta la noche sobre sus estrellas. Intentaba conciliar el sueño, pensar en otra cosa, hacer planes para el futuro, otra choza más amplia, incluso una casa, más ovejas, quizá mudarse a otro pueblo donde no se sintiera perseguido, lejos de Belasia y de los esbirros de Turrillo.

Belasia.

Dejarla atrás, olvidarla. Turrillo no la iba a repudiar nunca. Conocía ese medio de mortificarlo. Pasar de vez en cuando la noche con ella. Era su coño favorito —decía, borracho, a sus yegüeros—. Bedule levantaba el cótabo, brindaba y la palpaba con una mirada pegajosa como la piel de un sapo. Tasaba sus encantos sin ningún disimulo, alardeaba delante de ella, se rascaba sus partes, le dedicaba sonrisas verriondas, anticipativas, bromas soeces.

Daleninar, hija de Edecón de Talaya, era respetable, la princesa del pueblo; Belasia solamente era la puta del príncipe. Cuando se cansara de ella se la cedería a los yegüeros y Bedule tenía más derechos que los otros. Zumel, el cobarde escapado de la Cadena, lo temía y era incapaz de sostenerle la mirada. El primer día lo empujó, lo estampó contra el polvo delante de todo el mercado y el otro ni reaccionó. Un cobarde.

Le rechinaban los dientes en la oscuridad. Temblaba de cólera.

Reprimió un sollozo.

Los dioses se vengaban de su debilidad, castigaban su cobardía con el infortunio.

«El río no remonta sus aguas, no endereza su curso», le había advertido Urcebas. Pero Urcebas era un pastor que nunca había salido de Gor ni se había apartado de sus ovejas. ¿Qué podía saber? Por el contrario, Nomandros, el médico griego, sabía leer, conocía los secretos del alma humana en los que tan diestros eran los hombres de su condición, era más digno de crédito. Nomandros decía: «No existen los dioses, nosotros dirigimos nuestras vidas. Los inventamos para luego culparlos de nuestras torpezas, de nuestras deslealtades y de nuestras miserias».

No podía vivir con aquel peso: «El gusano te roerá el corazón hasta que tú mismo te rebanes la garganta —le había advertido Nisunín, la saludadora—. En vano te desprendiste de la falcata. Cuando la desesperación se apodere de ti te servirá igual un canto afilado, la púa de un espino, el cuerno curvo y nudoso de una cabra».

Cuando tomó la decisión, sintió un extraño alivio. La opresión del pecho desapareció.

Llevaba años fingiendo ser un pastor, reprimiendo sus sentimientos de guerrero, aceptando con alivio humillaciones que sin embargo no aminoraban su culpa, pequeños dolores incapaces de mitigar el dolor tan grande, la pupa infecta de su secreto, la bilis podrida que le envenenaba el alma.

¿No era un guerrero experimentado, no había matado a un lobo rey por designio de Atacina?

Saltó del camastro con una agilidad sorprendente y abandonó la choza. Hacía una noche hermosa. Los grillos entonaban su cansina melodía y las luciérnagas alegraban el aire oscuro con sus luces. El aire olía a tierra mojada y a hierba seca, a barbecho segado. La brisa limpia que descendía de Jabalcuz y la Pandera agitaba débilmente las copas de los árboles.

Se sentía pleno y nuevamente poderoso, con el corazón latiendo al ritmo del guerrero.

El perro que le había prestado Urcebas acudió a saludarlo, la cabeza gacha y humilde, el rabo oscilante. Le tocó la cabeza, pensativo.

El arroyo Salado brillaba como una espada a la luz de la luna. Consciente de la solemnidad del momento, Zumel registraba sus mínimas acciones, los sentidos aguzados y alerta, como antaño, cuando se preparaba para el combate. Se despojó de la túnica en la orilla y se introdujo desnudo en el chilanco. Resplandecían las cicatrices del pecho enjuto, de los brazos, de la espalda, del rostro. Amasó una pella de greda y ceniza de almajos, se embadurnó con ella y se frotó minuciosamente el pecho, los sobacos, la entrepierna, los muslos, las rodillas, las corvas. Había adoptado esa costumbre griega de purificarse para morir. Limpio como no se había sentido desde que frecuentaba con sus camaradas los baños de Sicilia, salió del agua y, una vez seco, se friccionó vigorosamente los miembros con zumo de aceitunas hasta que

sintió discurrir la sangre por las venas con renovado impulso, volcánica y ardiente.

A seis pies de cierto acebuche, bajo una losa, había enterrado la falcata. Escarbó, primero con la azadilla y después con las manos desnudas. A un codo de profundidad topó con la zalea empapada de resina. La extrajo, y regresó a la choza. El corazón le latía con un vigor antiguo, como si hubiera iniciado un mecanismo liberador que, no obstante, le producía una lejana angustia. Reconoció en ella ese turbio sentimiento de anhelo y ansiedad que precede a la batalla. Estaba cruzando la línea fatal que se había propuesto no volver a cruzar. La cruzaba asumiendo todas las consecuencias.

La boca le sabía a sangre.

Delante del fuego desató el envoltorio y desplegó la piel de cordero. Allí estaba la falcata en su vaina de cuero. La Memoriosa reposaba intacta bajo la gruesa capa de sebo de carnero que, al endurecerse, amarilleaba y difundía un denso olor a rancio. Con un vellón limpió la grasa, comenzando por el caballo de la empuñadura. El remache de cobre del ojo equino despidió un brillo de vida al frotarlo. Despertaba el arma virginal que aún no conocía la sangre. Zumel recogió con la punta del meñique la grasa que rellenaba la nervadura dorsal. La sacudió en la candela, que chisporroteó levemente. Limpió el arma con un copo de lana y la pasó levemente por el fuego para derretir los últimos restos de manteca. La frotó de nuevo con un puñado de vellón antes de mojar la piedra de amolar y repasarle cuidadosamente el filo. Después cabruñó la lengua del arma con el extremo ferrado de la vaina machacándole el filo con golpes leves y exactos. Cuando terminó arrancó unas hebras de lana y sosteniéndolas con las dos manos las pasó suavemente por el vivo filo: las cortó sin dificultad.

Había preparado en un odre tinte de Corión<sup>[8]</sup>. Mojó un trapo y se embadurnó todo el cuerpo con aquella solución negra. Al secarse, la piel quedó acartonada bajo una capa protectora dura y espesa.

Buscó la *caetra* que permanecía oculta entre el follaje de la choza. Se aseguró de que la abrazadera no se hubiera aflojado. La empuñó en la mano izquierda. Ejecutó los clásicos movimientos de parada y ataque, como si estuviera en el campo de entrenamiento.

Salió de la choza. Miró las estrellas. La noche era clara, pero el cielo anubarrado velaba a veces la luna menguante. Sonaron aullidos lejanos en el bosque. En el redil, el perro se incorporó y meneó la cola reconociendo al amo. Zumel ocultó las armas bajo su capa parda de pastor y echó a andar. Una luz parpadeaba en la lejanía.

Tras la espesa cortina de la cueva de Nisunín, la saludadora, se adivinaba una luz mortecina. El guerrero apartó la cortina y entró. Nisunín estaba sentada en su escabel delante de la hoguera en la que, a pesar de la noche cálida, ardía con fuego vivo un tronco de encina.

—Te esperaba —le dijo indicándole con su índice sarmentoso el escabel contiguo.

Zumel se sentó.

—¿Me esperabas? —inquirió.

La anciana hizo un gesto que expresaba indiferencia ante una pregunta tan obvia.

—Hace tiempo que esperaba lo que hoy harás. Lo has demorado mucho, rey lobo. Ahora debes merecerte.

—¿Merecerme?

La anciana le puso un dedo en la boca en demanda de silencio. Posó la mano helada en la frente del guerrero y musitó una salmodia indescifrable con los ojos entrecerrados. Después le entregó un trozo de hígado de puerco.

—Esto es para los perros —le advirtió—. Quizá te estorben en lo que vas a hacer.

Iba Zumel a decir algo, pero ella volvió a ponerle la mano en la boca.

—Vete ahora.

Zumel ascendió por la cuesta, a través del cementerio débilmente iluminado por la luz de las estrellas, y discurrió al pie de la muralla hasta que encontró un lugar propicio para escalarla. Agazapado en las sombras aguardó a que el centinela de la ronda pasara de largo. Dejó que se alejara un buen trecho antes de lanzar la soga con el gancho en el extremo. Al tercer intento, el gancho se atascó en un obstáculo. Tironeó un par de veces para asegurarse de que se había afianzado antes de trepar por ella y escalar el parapeto. Una vez arriba contempló las cubiertas terrizas de las viviendas. El pueblo estaba dormido, salvo algunos gatos encelados que se encaminaban como sombras a sus menesteres. En el perfecto silencio sólo se percibía el leve rumor de la brisa nocturna entre las cañas sueltas de algunas techumbres.

Recogió la soga. Cruzó la plataforma aterrazada del muro cuidando de no producir ningún ruido que despertara a los moradores de las estancias inferiores.

Una escalera le permitió ganar la calle. Recorrió el barrio de los pobres sin advertir que pasaba ante la choza en la que nació y vivió sus primeros años. Al doblar la esquina del horno público casi se da de bruces con un bulto envuelto en su manto de lana que regresaba a casa a deshora. El muro descarnado del horno despedía calor. Recordó que Turrillo y él apoyaban en él la espalda para calentársela en los fríos inviernos, cuando eran niños.

El noctámbulo desapareció por el otro extremo de la calle. Zumel abandonó las sombras del callejón y apuró el paso.

La casa de Turrillo parecía más pequeña bajo la noche infinita. El merodeador pensó en los perros, a los que suponía dormidos en el patio de la corraliza. Rodeó el edificio hasta su parte trasera y aplicó el ojo en una rendija del portón de los carros.

Los canes habían percibido algo. Miraban hacia el exterior con las orejas tiesas, en actitud expectante. «Calma, no ladréis», pensó Zumel. Lanzó por encima del bardal los trozos del hígado emponzoñado. Los perros se precipitaron sobre ellos y los devoraron. Casi inmediatamente se desplomaron, muertos.

Zumel rodeó de nuevo las casas del jefe hasta la que albergaba el santuario con la piedra esférica de Atacina y la grotesca talla de Cerinnos.

Los extremos de las vigas que sostenían la techumbre de juncos y barro

sobresalían más de un palmo de la albardilla del muro. Zumel alcanzó de un salto una de las vigas y flexionando los brazos se izó a pulso hasta la cubierta. Con precaución, cruzó la techumbre. Si la costra de barro y cañas cedía bajo su peso se precipitaría con estrépito en el interior de la casa. Se asomó al patio interior.

La casa parecía en calma. Un caballo resopló en el establo contiguo. Zumel permaneció agazapado unos instantes por si se producía algún movimiento. Nada. Los caballos, los yegüeros, las criadas, Turrillo, sus esposas... todo el mundo dormía. Se asomó al patio empedrado de menudos guijos. Había en un extremo una tinaja grande medio empotrada en el suelo que recogía el agua de la lluvia. Se descolgó hasta apoyar los pies en ella y saltó a tierra, sigiloso como un gato.

Tres puertas se abrían al patio. Supuso que la más pequeña y alejada de la calle debía corresponder a los aposentos de las mujeres. Abrió con precaución la segunda; a la pálida luz de las estrellas distinguió una alineación de trojes para grano, odres de vino, orzas de cerveza y cereales y estantes de madera con manzanas e higos puestos a secar: la despensa y el almacén de vituallas. Olía a abundancia.

Cerró aquella puerta con precaución y concentró su atención en la restante. Aplicó el oído a la juntura de dos tablas. Al otro lado de los maderos se percibían los potentes ronquidos de, al menos, dos personas. ¿Los yegüeros, el propio Turrillo? Con precaución accionó el picaporte de palo. Se resistía. La puerta estaba atrancada.

Tanteó la solidez de los tablones. La puerta no era demasiado sólida. Quizá hubiera cedido al primer empujón, pero el ruido hubiera alertado a los yegüeros y los habría puesto sobre las armas.

Zumel prefirió el sigilo. Con un cuchillo cortó las bisagras de cuero y levantó con precaución la pesada plancha de madera hasta sacarla de su quicialera. Sujeta por el cerrojo en la parte opuesta, la puerta sólo cedió un par de palmos, lo suficiente para permitirle el paso.

El intruso se deslizó por la estrecha abertura, primero el brazo armado, después la cabeza y el torso. Una vez dentro, permaneció inmóvil unos instantes hasta que sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Reconoció la sala regia donde una vez había conversado con Turrillo. Olía a humanidad, y a grasa churruscada. En los poyos de mampostería que recorrían las paredes, los yegüeros de Turrillo eran cuatro bultos que dormían un sueño espeso envueltos en sendas capas de lana gruesa. Evidentemente la puerta del fondo conducía al aposento del jefe. El olor a asado procedía de la candela central, ya sólo ascuas casi extintas, en la que habían arrojado los huesos de un banquete nocturno.

Se imaginó durmiendo en aquella pocilga de haber aceptado el ofrecimiento de servir a Turrillo. Apretó las mandíbulas. Se imaginó a Turrillo gozando a Belasia en la estancia contigua mientras él le custodiaba la puerta. Su antiguo amigo no le habría ahorrado aquella humillación.

Rechazó este pensamiento que, aunque abonara su propósito, lo distraía de su objetivo. «Antes del combate, la cabeza fría —pensó—; en el combate, caliente».

Lo primero, las armas.

Las falcatas y los venablos pendían de perchas a lo largo del muro. Los retiró con sigilo, los apiló en el rincón más alejado y los cubrió con una estera.

La penumbra no permitía identificar a los durmientes. Tomó un ascua con las tenazas del hogar e iluminó con ella el rostro del que le pareció más corpulento. Como suponía, era Bedule, el rey lobo de aquella manada. El más peligroso debía morir primero. Desenvainó lentamente la falcata. Adelantó la hoja afilada. En aquel momento, Bedule cambió de postura, aminoró el ronquido y su sueño se hizo menos profundo. Zumel reconoció en la mudanza el instinto del guerrero que incluso dormido lo alertaba del peligro. Le seccionó la garganta de un tajo ancho y profundo. Bedule abrió unos ojos enormes, espantados, pero la luz huyó de ellos antes de que pudieran captar la imagen del rostro de su enemigo. El manijero de Turrillo pasó al otro lado de la Puerta sin acertar a comprender lo que le había ocurrido.

El chorro de sangre salpicó el techo y chisporroteó sobre las ascuas del hogar al tiempo que el aire escapado por la tráquea abierta producía un gorgoteo siniestro. Zumel se desentendió de Bedule y miró los otros bultos.

Un segundo yegüero, el celta de rostro tatuado que nunca hablaba, se movió intranquilo en su camastro y abrió los bellos ojos azules. Entre tinieblas acertó a percibir los vagos contornos de la sombra que se cernía sobre él con una cuchilla goteante en la mano. Intentó reaccionar, se desembarazó de la manta de una patada y tanteó el muro en busca de su arma. Inútilmente. Un tajo sesgado le seccionó el cuello y ahondó hasta las vértebras. La cabeza cayó hacia atrás, y al instante la cubrió un manto de sangre.

Quedaban dos yegüeros que compartían una manta doblada por cabezal. Degolló al primero al tiempo que le tapaba la boca. El segundo, bruscamente despierto, saltó de la cama y tanteó la pared en busca de un arma. En vano. La cuchilla del asesino se hundió bajo la clavícula, directa al corazón.

En medio de la estancia, Zumel aguzó el oído. Nada perturbaba el silencio. Sólo un caballo nervioso que golpeó dos o tres veces el suelo con el casco en la cuadra contigua.

Le palpitaba el corazón y le dolía la garganta al respirar. Olía a sangre, un dulzor acre que se pega al paladar.

Se serenó un instante antes de proseguir.

La puerta comunicaba con un breve pasillo casi enteramente ocupado por el jergón de lana en el que dormía un joven paje. El muchacho empezaba a despertarse y se pasaba la mano por el rostro todavía entumecido por el sueño. Zumel cayó sobre él con el sigilo de un hurón, le tapó la boca y le rebanó la garganta.

Entre él y Turrillo sólo se interponía la puerta de la estancia principal. Tanteó la maciza hoja de roble, empujándola con cuidado. No cedía. Por un momento consideró la posibilidad de deslizarse por el techo, levantando algunas tejas, pero enseguida descartó la idea. Demasiado complicado, y más a oscuras. Produciría más

ruido que si escogía la puerta y durante un instante quedaría a merced de Turrillo, que podría ensartarlo con la lanza mientras se descolgaba desde el butrón. Mejor la puerta. Arrastró el cadáver que le obstaculizaba la carrera hasta el fondo del pasillo y, tomando impulso, embistió contra la plancha de roble. La abrazadera de la tranca cedió a medias con un chasquido tan atronador que debió de percibirse en todo el pueblo. Aún requirió de una segunda embestida para desplomarse sobre el suelo de la estancia.

Zumel penetró con la falcata en la mano, los ojos encendidos como ascuas. Turrillo lo esperaba. Había recelado alguna anomalía, por los rumores que se filtraron desde la antesala, y se había armado a toda prisa. Llevaba desabrochada y suelta la coraza, pero empuñaba su gran escudo griego adornado con la *lambda* lacedemonia que le protegía el cuerpo por entero y sólo exponía las piernas y la cabeza. No le había dado lugar a encajarse el casco de triple cimera, que seguía solitario sobre la panoplia.

Recortado a contraluz sobre el vivo fuego del brasero de bronce que calentaba e iluminaba el aposento, el príncipe de Zubión parecía más corpulento. Tenía un aspecto formidable, alto y fuerte, bien parecido, la barba teñida y recortada a la griega, rasurada por las mejillas y puntiaguda en el mentón. Había algo extravagante en la estampa de aquel hoplita armado con una brillante coraza y un escudo redondo, empuñando la negra falárica, las armas más inadecuadas para combatir en un espacio cerrado.

—¡Maldito de Bromos —masculló Turrillo rechinando los dientes—, debí matarte como a un perro cuando te tuve a mi merced la primera vez, zorro rabioso que muerdes la mano de tu amo, pero las súplicas de esta puta me contuvieron!

Señalaba a la mujer que lo acompañaba en la cama. Zumel reconoció a Belasia. Espantada y sollozante cubría su desnudez con una zalea.

—¡Desenterraré a tus muertos! —prosiguió Turrillo—. ¡Mataste a traición a Cotrufes y a los otros para robarlos, pero conmigo no te va a resultar tan fácil!

Turrillo lanzó su falárica, que Zumel desvió fácilmente con la *caetra*. El dardo se clavó temblando en el muro opuesto. Turrillo echó mano a la espada, una falcata larga, de caballería, ricamente nielada en plata. Titubeó un momento y miró a Belasia que arreciaba en su llanto, antes de arremeter contra el intruso.

Con la calma fría del mercenario avezado, Zumel giró el cuerpo a un lado para desviarle del eje de la embestida, al tiempo que desestabilizaba el escudo de su oponente con un golpe de su *caetra* y detenía el sablazo de Turrillo con el contrafilo de su falcata. Turrillo saltó hacia atrás con más agilidad de la que su corpulencia permitía sospechar y levantó el escudo para recibir el tajo que anticipaba la guardia alta de su enemigo, pero se trataba tan sólo de una finta engañosa. La falcata de Zumel describió un molinete amplio y deslizándose bajo el escudo de Turrillo le asestó un tajo seco que seccionó la arteria del muslo cerca de la entepierna. Turrillo aulló de dolor y rabia, trastabilló y cayó de espaldas. Los bronces de la coraza y del

escudo resonaron contra las losas, fuera de la jurisdicción de la estera.

El príncipe de Zubiión se incorporó con esfuerzo para apreciar el daño. Un chorro de sangre brotaba incontenible de la herida.

—¡Hijo de puta, estás muerto! —aulló Turrillo—. ¡Te empalaré y te asaré a fuego lento!

—En ese caso debes apresurarte, porque te estás muriendo —replicó el pastor con voz calma.

Belasia saltó de la cama, desnuda como estaba, e intentó detener la hemorragia con la túnica de Turrillo. Él la rechazaba con desprecio.

—¡No me toques, puta! —le gritó—. ¡Estás conchabada con él!

Sonaron voces en la calle. A los gritos de las criadas, que habían escapado de la casa despavoridas tras descubrir los cadáveres de los yegüeros, el altozano se iba llenando de curiosos que se alumbraban con lámparas y antorchas. Ninguno se atrevió a acercarse a la casa.

En la alcoba de Turrillo, Zumel asistía indiferente a los esfuerzos de Belasia por contener la hemorragia del herido. El príncipe de Zubiión había dejado de insultarla y la dejaba hacer. Respiraba fragorosamente intentando dominar el dolor. Una pompa de mucosidad se le formaba en la nariz.

Los esfuerzos de Belasia no parecían servir de mucho.

—¡Zumel, por Atacina! —suplicó—. Ayúdame a aplicarle un torniquete. El cauterio puede salvarlo.

—¡Ni el propio Corión que se viste con las pieles de sus enemigos puede salvarlo! —gritó Zumel apartándola de un empujón—. ¡Nada puede salvarlo! ¡He venido a matarlo!

—¡Acaba ya! —gritó Turrillo desafiante.

A la vacilante luz del brasero con las manos engarfiadas sobre el muslo herido, los ojos centelleantes de odio y dolor, parecía un ser infernal.

Belasia sollozaba derrengada en un rincón, medio cubierta su desnudez por un cobertor. Todo el suelo era un inmenso charco de sangre que la estera iba empapando. Turrillo, pálido y debilitado por la sangría, aflojó la presión sobre su muslo y reclinó la cabeza sobre las losas. Antes de que se le nublara la vista recorrió con mirada agónica la estancia en la que exhibía sus tesoros griegos que eran también la marca de su prestigio y el acicate de su ambición, el arca taraceada de marfil y pasta vítrea azul, los vasares en los que se alineaba su colección de cráteras y vasos áticos. El lago de sangre alcanzó la base del brasero y siseó al evaporarse contra el metal caliente. El olor acre de la sangre mezclado con el del sudor y los excrementos apestaba la estancia.

Quizá estaba ya muerto Turrillo cuando Zumel, que asistía con disgusto al llanto de Belasia, se revolvió contra el cadáver y lo decapitó de un tajo furibundo.

Belasia chilló horrorizada y esquivó el sangriento trofeo que rebotó entre sus pies. Sollozando se embutió apresuradamente en su túnica y escapó del aposento con las



sandalias en la mano. Zumel reprimió el impulso de detenerla. Tan sólo la siguió con una mirada más triste que iracunda.

Afuera sonaron las roncadas tubas de alarma y luto. Un centinela de la muralla llamaba a rebato a los guerreros de Zubiión.

Zumel sabía que no podría luchar contra todos, pero moriría satisfecho. El verdadero rey lobo había revalidado su condición después de tantas humillaciones. Se sentó, sereno, en un escabel, la sangrienta falcata pesándole en la mano, la expresión cansada, y contempló el cadáver de su antiguo amigo. La sangre teñía buena parte de la zalea.

Afuera arremedaban las voces. El altozano se había llenado de gente con luces y antorchas. Prácticamente todo el poblado había acudido al rebato y no disimulaba su alivio al saber que ningún enemigo los atacaba, que todo el tumulto procedía de la casa del príncipe. El mayordomo Argitivasar y los criados de Turrillo habían huido dejando abierta la puerta de la casa. Después de consultarlo con los ancianos, algunos hombres se aventuraron con candiles hasta la antesala y regresaron con la noticia de que los cuatro yegüeros del príncipe yacían muertos. Nadie se atrevió a entrar en la estancia noble.

Los ancianos andaban enzarzados en conciliábulos sobre lo que convenía hacer cuando el repentino silencio de sus conciudadanos les hizo volver la cabeza. Zumel había aparecido en los umbrales de la casa de Cerinnos. Con gesto tranquilo y mirada retadora observó a los presentes.

El humilde pastor, el cobarde que se dejaba maltratar por los yegüeros de Turrillo, se había transfigurado en la figura espantable de un guerrero teñido de negro antimonio, reluciente de sangre y grasa, que sostenía con desmayo la falcata y la *caetra*.

—¡Has asesinado al señor! —le reprochó, entre sollozos, una de las criadas de Turrillo.

Zumel se encaró desafiante con la multitud.

—¿Algún bravo quiere vengarlo? —preguntó con voz ronca y ojos encendidos a los guerreros que empuñaban falcatas y azconas.

Ninguno se movió. Los hombres armados miraban al suelo, avergonzados de su inútil alarde. ¿Cómo enfrentarse a aquel demonio negro, al rey lobo que acababa de aniquilar al señor y a sus yegüeros?

Nadie dudaba ahora de que aquel hombre hubiera cazado el lobo negro de Turrillo.

Confundidas entre la multitud, las esposas del príncipe difunto, Daleninar de Talaya y Auruníngica, con sus trajes de ceremonia, pero sin los rodetes del tocado, el pelo suelto y despeinado a la espalda, adoptaban una actitud digna en contraste con sus siervas, que las rodeaban compungidas. Algunas se arañaban el pecho y

alternaban los lamentos desgarradores con imprecaciones al asesino.

El anciano Urcetices, uno de los antiguos yegüeros de Artacato, se abrió paso y se interpuso entre el pueblo y Zumel.

—¡Por Atacina, que guarda la Puerta y vela por el río de fuego, pido la paz y el entendimiento! —dijo.

Su nieta le tiraba de la manga intentando devolverlo al grupo, lejos del alcance de aquel demonio, pero el anciano se mantuvo firme y desoyó sus súplicas.

Un segundo anciano, Antobanen, salió de la multitud y se unió a Urcetices.

—¡Calma, calma a todos, no os comportéis como bestias! —solicitó con voz autoritaria. Volviéndose hacia Zumel le preguntó en tono mesurado—: ¿Queda alguno vivo?

Zumel se encogió de hombros.

—No sé. Creo que no.

—Por Atacina la piadosa, te conmino a que permitas entrar a las criadas a ver si queda alguien con vida al que podamos auxiliar —propuso el anciano.

Zumel se apartó de la puerta. Después de un instante de vacilación, dos criadas viejas entraron en el palacio provistas de lámparas. Al momento se escucharon sus alaridos lastimeros y Zumel supo que habían descubierto el cadáver decapitado del príncipe.

Seguían llegando curiosos, algunos todavía a medio vestir, todos empuñando armas, como en un rebato. Cuando les contaban lo ocurrido enfundaban las falcatas y se desentendían del caso.

—¡Ya ha corrido bastante sangre! ¡Que todo el mundo regrese a sus casas y se prepare para las honras fúnebres! —ordenó Urcetices a los más renuentes—. Y los del consejo que se reúnan en la era. Deliberaremos de acuerdo con la costumbre. Ahora no queda nada que hacer. Que las mujeres preparen los cadáveres para unas dignas exequias.

La gente obedeció y lentamente fue despejando el altozano en corrillos que comentaban lo ocurrido.

—¿Quién puede hablar por ti? —interpeló Urcetices a Zumel.

—No sé —respondió el pastor—. Quizá Urcebas.

—Es un buen hombre —aprobó Urcetices—. Ve a verlo y pídele que te represente en la asamblea. Explícale los motivos que justifican esas muertes si es que no los conoce.

Zumel abandonó el pueblo sin que nadie lo molestara, aunque los guardas de la puerta lo miraron pasar con indisimulado rencor. La asamblea los amonestaría por haber permitido que un intruso penetrara en Zubión burlando su vigilancia.

El antiguo mercenario cruzó el cementerio. Sentada a la puerta de su cueva, Nisunín desgranaba semillas con sus manos sarmentosas y morenas. Zumel se detuvo ante ella, silencioso. Le mostró sus manos ensangrentadas.

—Me alegro de verte con vida —dijo la anciana en un tono tan lúgubre que

parecía desmentir su afirmación—. Ya has matado a uno de los dos gusanos que te roían el corazón. Ahora te queda el otro. Recuerda que Corión no duerme ni olvida. No conocerás la paz, Zumel de Turibas.

El guerrero no respondió. Prosiguió su camino y enderezó sus pasos a la ribera. Esperaba encontrar a Belasia en su taller, pero antes de visitarla se dirigió a la poza de Matahacas, se introdujo en el agua helada y con el contrafilo de la falcata se rascó concienzudamente la costra de antimonio seco que le confería un aspecto espantoso.

No encontró a Belasia en la vivienda ni en el secadero de las pieles. Supuso que se habría refugiado en la casa de algún pariente lejano o de alguna amiga del poblado. Estaría asustada después de lo que había presenciado. Optó por no esperarla y marchó camino de Gor.

Urcebas estaba sacando el ganado.

—He matado a Turrillo y a sus cuatro yegüeros —lo informó secamente.

El pastor lo miró como si tuviera delante a otra persona.

—No puedo decir que me sorprenda —comentó—. Lo veía venir, ésa es la verdad. Conociéndote, lo que me extrañaba es que no lo hubieras hecho antes. —Suspiró profundamente y abrió los brazos con un gesto que en él expresaba lo inevitable—. Y ahora no sabes qué hacer, ¿no es eso?

—Los ancianos se reúnen a deliberar en la era alta. Te he designado para que me representes.

Urcebas asintió.

—¿Necesitas que te explique los motivos? —preguntó Zumel.

—Creo que no —dijo Urcebas—. Creo que ni los propios ancianos necesitan que alguien les explique los motivos, pero de todos modos habrá que obrar según la costumbre. ¿Tú puedes hacerte cargo de mi ganado?

—Claro.

—Entonces nos vemos esta noche. Ahora voy a adecentarme.

Zumel unió el rebaño de Urcebas al suyo y se encaminó a un pastizal lejano, más allá del que le quemó Bedule. Prefería evitar a la gente.

Pasó el día meditando sobre lo ocurrido y examinando los distintos caminos que se abrían en su vida a partir de aquel día.

No podía apartar a Belasia del pensamiento. ¿Había obrado por su honor de guerrero o por simples celos? Recogió el ganado al atardecer y llegó a Gor ya de noche. Urcebas lo esperaba.

—El pueblo estaba atestado como en los días de fiesta grande porque al divulgarse la noticia por los caseríos todo el mundo ha querido asistir a la asamblea. Los ancianos no me han formulado muchas preguntas: todo el mundo estaba al cabo de tu conflicto con Turrillo y de las provocaciones que has sufrido desde que regresaste al pueblo. Unos hablaban en tu favor; otros, en contra. Algunos pedían tu

absolución; otros, tu cabeza. Al final, los ancianos acordaron sacrificar una cabra, una oveja y un asno, y observar las vísceras. Los augurios te favorecen. Corión no arrojará la sangre derramada sobre el pueblo. Después de eso han deliberado largamente y me han formulado algunas preguntas. Mañana es día infausto y no se hará nada, pero pasado mañana tendrás que comparecer ante la asamblea para escuchar el veredicto de los ancianos. Mañana no debes salir con el ganado porque algunos miembros del consejo vendrán a verte en cuanto amanezca, a título privado. No sé qué traman.

—¿Y Belasia? ¿Sabes algo de ella?

—Belasia y su hijo están en casa de Antobanen, al amparo de su mujer, la noble Arataunín. Temen que mates al niño.

—¿Matar a Aspar? ¿Por qué había de matarlo?

—Es la costumbre —explicó Urcebas—. ¿Olvidas que es la simiente de Turrillo?

—¿La costumbre? Yo lo aprecio como si fuera mi propio hijo —replicó Zumel—. No haré tal cosa.

—Pero cuando crezca podría matarte —le advirtió Urcebas—. Ya conoces los usos. La diosa te asiste.

—¡No haré tal cosa! —repitió Zumel—. Además, cuando el niño crezca ya estaré cansado de vivir. ¡Qué más da!

Urcebas asintió.

Zumel veló aquella noche meditando sobre los sucesos de la víspera. No se arrepentía. Rememoraba las afrentas que había soportado. Ahora no le producían aquella furia sorda de antes. Más bien las veía como si le hubieran sucedido a otro en un tiempo remoto. Recordaba las miradas entre respetuosas y espantadas de los curiosos congregados en la plaza. Había restablecido su decoro de guerrero. El aullido del verdadero rey lobo se oiría en todos los pueblos del valle del Baitis.

Sin embargo, como si hubiera abierto de par en par una puerta que hasta entonces había permanecido sólo entornada, los recuerdos de Cotrufes regresaron más lacerantes que nunca. Cotrufes asesinado por su general. El guerrero glorioso, asesinado sin gloria, como se aplasta un caracol.

Cotrufes, su patrón juramentado ante Atacina, que desde el Tártaro clamaba venganza. El alma sin reposo del hombre que había sido como un padre para él.

El remordimiento que lo desvelaba tantas noches, el gusano que le roía el corazón. Aquella deuda que lo atormentaba.

Pensó en Belasia.

Ahora sólo se interponía entre ellos el recuerdo de la muerte ignominiosa de su patrón. Aquel cadáver ensangrentado y arrojado a los perros clamaba venganza desde la orilla de fuego del Tártaro. Zumel no encontraría la paz mientras Potasio viviera.

## Capítulo 30

Al día siguiente, de mañana, mientras el pueblo velaba a los difuntos y las plañideras se desgañitaban y danzaban al son de las flautas de doble caño y los cascabeles, como exigían los ritos funerarios, frente a las piras de Turrillo y sus yegüeros, una comisión del consejo abandonó el pueblo por la puerta del río, para evitar el camino principal, que atravesaba el cementerio, y se dirigió a la Muela.

Zumel tallaba una quesera a la sombra de su choza cuando vio aproximarse a cinco personas, tres ancianos en asnos y dos jóvenes a pie. Cuando estuvieron cerca distinguió a Antobanen, a Urcetices y a un tercer consejero.

Antobanen hizo el signo de la paz y descabalgó con ayuda de su sobrino. Desprovisto de la pintura negra, Zumel volvía a parecer humano, pero conservaba la falcata pendiente del tahalí. El antiguo guerrero no bajaba la guardia.

—Venimos de parte del consejo —dijo Urcetices.

—Queremos parlamentar —añadió Antobanen.

Zumel extendió varias zaleas a la sombra de un alcornoque y ofreció asiento a los ancianos, que intercambiaron miradas satisfechas. Aquel gesto de respeto les parecía un buen augurio.

Antobanen actuaba como portavoz. Carraspeó buscando el tono adecuado y anunció solemnemente:

—El consejo ha deliberado sobre los sucesos de ayer. En lo referente a la muerte de Turrillo y de sus yegüeros hemos aceptado que obraste según justicia, dados los agravios que te había inferido en estos años y dada tu condición de guerrero honorable. Por ese lado, Zubión no tiene nada que objetar y el asunto queda en manos de las familias de los muertos si quieren reparaciones. Las viudas del príncipe han manifestado su voluntad de regresar a sus pueblos, con sus familias, y no sabemos si el patrimonio de la estirpe de Cerinnos alcanzará para restituirles la dote, pero ése es un asunto que admite aplazamiento. Lo que urge, por inaplazable, es nombrar a un nuevo príncipe porque la situación en el valle es delicada y la propia muerte de Turrillo la agrava. No sabemos si los pueblos de sus viudas ratificarán su alianza con nosotros ahora que Turrillo ha muerto.

—No veo por qué me explicas todo eso —lo interrumpió Zumel—. No estoy muy interesado en las alianzas y el gobierno, ni es asunto que me competa.

Antobanen miró de reojo a sus colegas que asintieron como animándolo a emitir la parte más importante de su discurso.

—Sí te afecta —lo corrigió—. Lo que ocurra a Zubión nos afecta a todos, vivamos o no dentro de sus muros. El consejo ha examinado a todos los posibles candidatos para la elección de un nuevo príncipe, tanto los que se postulaban para el puesto como los que no. No te ocultaré que las opiniones están muy divididas. Ha habido negociaciones entre los Bartares y los Caikombe sobre a cuál de sus estirpes corresponde la jefatura del pueblo, pero no se ponen de acuerdo. Al final han optado

por la solución menos conflictiva: sugerir a la asamblea de ancianos que propusiera al homicida como nuevo príncipe.

Zumel no pudo evitar su expresión de sorpresa: mataba al príncipe y lo elegían para sustituirlo.

—Es lo razonable en virtud de una antiquísima costumbre —intervino Antobanen—. El que mata al príncipe en desafío hereda el mando.

—Que en este caso el desafío no haya sido limpio es lo de menos —apostilló Urcetices—. Todos sabíamos que te sobraban motivos.

—No es que a los que componemos la asamblea nos haya parecido la mejor solución —prosiguió Antobanen—, pero, teniendo en cuenta la urgencia del asunto y las delicadas circunstancias que vivimos, hemos accedido a designarte. No será difícil convencer a la gente de que eres el hombre que nos envía Corión, el que se viste con las pieles de sus enemigos. Personalmente te diré que yo espero que no tengamos que arrepentimos de esta decisión. En cuanto a las viudas, las hemos consultado y ninguna de ellas desea unirse al nuevo príncipe. Están esperando que sus respectivos padres, Edecón de Talaya y Clodio el mercader, les envíen un séquito que las reintegre a sus familias. Daleninar incluso parece aliviada con su viudez. No ha derramado ni una lágrima. Turrillo la despreciaba porque no le engendraba un heredero y ella no ocultaba sus deseos de consagrarse a Atacina.

—Ahora el pueblo tendrá que devolver su dote, que Turrillo despilfarró en caballos y en baratijas griegas —añadió Urcetices en tono confidencial—. No era mala persona, pero adquiriría cuanto le mostraban los trajinantes, y cuando moría un régulo de Kastul o de Cobol, allá que enviaba a su mayordomo a comprar el ajuar. Arramblaba con todo.

Zumel no escuchaba las palabras de Urcetices, abstraído como estaba en sus pensamientos. Jamás hubiera soñado en convertirse en príncipe de Zubión y mucho menos como consecuencia de un asesinato. Las costumbres bárbaras de su pueblo le resultaban ajenas y remotas, pero, al propio tiempo, lo obligaban con su propia lógica: ante la eventualidad de provocar una guerra civil entre linajes como las que ensangrentaron el pueblo en tiempos de sus abuelos, cada clan familiar había optado por acatar a un príncipe libre de compromisos y alianzas. Quizá calculaban que Zumel era un buen candidato porque sería fácil sobornarlo dada su pobreza.

El pastor emitió un profundo suspiro que, en parte, era de alivio. Había pasado la noche en blanco considerando que la asamblea podría decretar cualquier castigo, incluido el de su muerte infamante por lapidación, despeñado desde el acantilado de la Mella o a manos de los deudos y amigos del difunto y se encontraba con que lo elevaban a la jefatura del pueblo. A él, a un hombre humilde sin más clientela ni más apoyo que el de sus propias manos.

—Lo siento —declaró sacudiendo la cabeza—. No me interesa mandar. En el pueblo no falta gente mucho más cualificada que yo. Sólo soy un pastor. No sé nada de gobierno.

Urcetices traía preparada la réplica.

—Cerinnos, el antepasado de Artacato y de Turrillo, también fue pastor; Gágoris era colmenero y su hijo Habis, el que mamó de la cierva, fue boyero. Sin embargo, los tres fueron reyes justos y buenos gobernantes y el propio Habis promulgó las leyes por las que aún nos regimos. Tú has vivido lejos del río, has cruzado el mar y has visto mundo. Cuando eras joven demostraste valor y las virtudes que debe reunir un caudillo. Ya es hora que dejes de ser pastor de ovejas y te conviertas en pastor de hombres. Desde que regresaste al pueblo has demostrado paciencia y circunspección. La gente te tiene por un hombre justo y honrado que ha recuperado su dignidad mancillada. También has demostrado clemencia. Eres el verdadero rey lobo, como todo el mundo sabe, y finalmente los augurios te favorecen. Si te lo propones serás un buen gobernante, equitativo y justo, y los que poblamos estos cerros te lo agradeceremos.

—No tengo interés en mandar ni sé hacerlo —insistió Zumel—. Hay en la aldea muchos bravos de estirpe que pueden heredar el mando.

Urcetices interrogó con la mirada a sus acompañantes. Los otros ancianos asintieron. Ya habían previsto que aquel hombre huraño opondría una enconada resistencia. No obstante estaban decididos a evitar la contienda que supondría devolver el mando a los linajes, lo que equivaldría a encender la tea de la discordia.

Urcetices suspiró y bajó el tono adecuadamente.

—Si deseas seguir viviendo entre nosotros no puedes escapar a la costumbre refrendada por los dioses ni al dictamen del consejo. Salvo que Anna la Potenciana disponga otra cosa, es forzoso que acates el parecer del consejo. Especialmente en las delicadas circunstancias que concurren.

—¿Qué circunstancias?

Urcetices asintió con gravedad.

—Se está formando una liga en la tierra alta. Urgaba, Turgi y Aurgi se han unido frente a Cobol. Kastul nos ha dejado solos con el único aliado de Mardo. La amistad de Talaya no está segura puesto que le devolvemos a la princesa viuda. Edecón reclamará la dote que le entregó a Turrillo. Incluso es posible que la muerte de Turrillo y el desconcierto en el que nos encontramos los anime a declararnos la guerra. No has decapitado sólo al príncipe, también has descabezado a Zubión. No podemos permanecer sin príncipe ni un día más.

—No entiendo de ligas —se excusó Zumel—. Sólo soy un pastor.

—¡Y el rey lobo que escogieron los dioses cuando aún eras adolescente! —gritó Urcetices malhumorado—. ¿Lo has olvidado? ¿Crees que no lo sabemos todos? Tú eres el único rey lobo que queda en el valle, después de muerto el anciano Isbataris de Mentés. Es más, a los pocos años de que tú mataras al lobo negro apareció otro más sanguinario aún, pero ningún guerrero de los siete pueblos ha conseguido matarlo. Algunos lo han intentado y no han regresado del bosque. Que tú mataras al lobo negro prefigura que estabas destinado a dirigir a un pueblo. Eres también un guerrero

experto que has servido a los púnicos en sus contiendas. En todo el valle no hay nadie que sepa lo que tú de guerra. Si nos atacan, como es de prever, ¿quién dirigiría mejor que tú a nuestros hombres? En cuanto a los asuntos de la paz, no tienes por qué preocuparte, que no te faltará quien te aconseje. De hecho, los ancianos estamos favorablemente inclinados a ayudarte en tu tarea. Turrillo nos había arrinconado y sólo nos convocaba para asistir a las fiestas de sacrificios, como un adorno.

Cuando marcharon los ancianos, Zumel fue a Gor y aguardó el regreso de Urcebas. Después de ayudarlo con el ganado, se sentaron a la puerta de la choza con un odre de cerveza y Zumel relató su entrevista con los ancianos de Zubión.

—Mañana tendrás que subir al pueblo para escuchar el veredicto ante la asamblea —dijo Urcebas.

—Ya lo sé —dijo Zumel.

—¿Sabes que tendrás que comparecer desarmado?

—Lo sé.

Urcebas no estaba nada convencido.

—¿Por qué no huyes? —preguntó—. ¡Algún cliente de Turrillo puede vengarlo! ¡Sus parientes pueden asesinarte, tiene primos a los que su muerte ha perjudicado!

Zumel se encogió de hombros.

—Vine a Zubión para vivir en paz. Ya estoy cansado de deambular por el mundo. Me pondré en manos de Atacina.

Sacudió Urcebas la cabeza.

—No sé por qué te aconsejo —suspiró desanimado—. De todas formas vas a hacer lo que te dé la gana.

Zumel le apretó familiarmente una rodilla.

—¿Tú qué harías?

—No lo sé —suspiró Urcebas—. La verdad es que no lo sé.



## Capítulo 31

Zumel despertó antes de que clareara el día. La ropa que llevaba la víspera yacía ensangrentada en un rincón. Alcanzó un odre que colgaba del techo y extrajo de él las sandalias teñidas de verde y la túnica de lino crudo que le regaló Belasia. La desdobló y la extendió sobre el camastro. Era una hermosa prenda ceremonial, de tejido prieto y al propio tiempo suave.

Compareció ante los ancianos, desarmado, con la cabeza espolvoreada de ceniza en señal de acatamiento a la asamblea.

Antobanen se levantó para hablar en nombre del consejo.

—Urcetices ha sido elocuente y nos ha hecho recordar lo que todos conocemos: tus motivos para matar a Turrillo, tu condición de hombre libre no sujeto a fidelidad con nadie si no era a la de Cotrufes, las repetidas agresiones y humillaciones que padeciste de los yegüeros del príncipe, las ofensas que has soportado con paciencia y mansedumbre y la integridad con que has defendido tu determinación hasta pasar por un cobarde ante la comunidad. Por lo tanto, este consejo te absuelve aunque manifiesta su pesar porque, con sus defectos y todo, Turrillo era un gran jefe y el señor de Zubión que tras los tiempos de los régulos trajo paz y prosperidad al pueblo y lo gobernaba con justicia. Aunque tuviera caprichos y en ocasiones abusara de su preeminencia, también es cierto que socorría a las viudas y huérfanos, y era el sustento de los viejos desamparados.

Interrumpió su discurso para aceptar la calabaza de cerveza que le tendía su hijo y, tras humedecerse la boca, carraspeó y se aclaró la voz antes de proseguir.

—Hay una segunda cuestión. Muchos hombres se preguntan quién asumirá ahora el gobierno de Zubión. De acuerdo con las antiguas leyes, al que mata al caudillo en duelo singular le corresponden las armas y los caballos del difunto, pero también debe asumir sus compromisos con la comunidad. Si hay en esta asamblea algún hombre libre que objete, éste es el momento de decirlo y se resolverá en un duelo.

Antobanen guardó silencio unos instantes, por si alguien quería intervenir. Los nobles Indo y Kalbo, patrones de las familias Bartares y Caikombe asintieron corroborando lo que habían acordado con él en privado. Los otros posibles candidatos, patrones o parientes de antiguos patrones de estirpes menos importantes, miraban al suelo.

Antobanen recuperó la palabra.

—En vista de que nadie objeta, no habrá más duelo por esta muerte que el que hagan la familia y los amigos. —Miró a Zumel y añadió—: Hombre, tras los funerales deberás asumir el gobierno de Zubión. Mientras tanto la costumbre exige que comparezcas ante Anna la Potenciana y te sometas al juicio del oráculo para que la diosa nos sea propicia.

—Haré como decís —declaró Zumel, resignado.

—¿Alguien tiene algo que preguntar? —inquirió Antobanen antes de terminar la

reunión.

Miró a los presentes y como ninguno de ellos levantaba la mano disolvió la asamblea.

Los hombres regresaron a sus casas para comunicar la noticia a sus esposas, que debían permanecer en sus hogares hilando mientras el consejo deliberaba.

Disuelta la asamblea, Zumel se encaminó a su choza. Había acordado con los ancianos que no ocuparía la morada de Turrillo hasta que consultara con Anna la Terrible.

A solas se sentía abrumado por la responsabilidad que caía sobre sus hombros. Se rebelaba contra su propia ineptia. Le daba la impresión de que se había dejado embaucar por los ancianos.

Aquella noche, en la duermevela que precede al sueño, recordó una lejana conversación con Nomandros.

—Una vez —dijo Nomandros—, Darío, el gran rey de los persas, convocó a unos griegos y les dijo: «¿Por qué precio estaríais dispuestos a comeros a vuestro padre difunto?». Hicieron un gesto de rechazo y respondieron: «Por nada del mundo, Gran Rey, comeríamos esa abominación». Entonces llamó a los lidios, que tienen por costumbre comerse a sus familiares difuntos y les preguntó: «¿Qué cantidad de dinero os persuadiría para quemar en una pira a vuestros difuntos?». Y ellos respondieron: «Gran Rey, sólo pensarlo ya resulta sacrílego y ofensivo».

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Zumel.

—Que somos esclavos de los preceptos de nuestro pueblo, por absurdos que nos puedan parecer. Y el hombre que piensa debe examinar si los preceptos son justos o no lo son. Un bestiajo puede haberlos impuesto hace veinte generaciones y sus descendientes los obedecen sin cuestionarlos sólo porque son antiguos. Lo antiguo no tiene por qué ser venerable. Las personas lo son; sus costumbres, no.

La parábola de su amigo médico le ayudó a reconciliarse con su nueva situación. Al día siguiente le llevó sus ovejas a Urcebas para que se hiciera cargo de ellas.

—El perro no me sirve, ¿nos lo comemos? —preguntó Urcebas.

—Mira a ver si le interesa a algún compadre tuyo que tenga ovejas. Si no, me lo llevaré para que guarde la casa.

—¿Cómo la guardaron los perros de Turrillo? —ironizó el pastor.

—Más o menos.

No le apetecía discutir.

## Capítulo 32

Cuando empezaba a despuntar el día, Zumel se echó a la espalda el zurrón en el que había introducido la falcata y unos puñados de higos secos y bellotas y tomó el camino de Mardo. Quería cruzar el Baitis en la balsa de Agobesta. Antes de llegar al llano miró atrás y descubrió que Aspar lo seguía a cierta distancia. Se sentó a esperarlo a la sombra de una encina.

El niño se detuvo a un tiro de piedra dudando si acercarse. Zumel lo miró y lo invitó a unírsele con un gesto, sin alterar su habitual semblante inexpresivo. Después de un momento de vacilación, Aspar corrió a sentarse a su lado, como en los buenos tiempos, ayer mismo, cuando conversaban mientras pastaba el rebaño.

—Mi madre no quería que te viera —informó el niño—. Me he tenido que escapar.

—¿Y qué haces aquí? —le preguntó Zumel—. ¿No te tengo advertido que obedezcas siempre a tu madre?

—Mis amigos dicen que me vas a matar como a mi padre —añadió el niño con la voz quebrada.

Zumel se volvió, le levantó la barbilla y lo miró a los ojos. El niño los tenía arrasados de lágrimas.

—¿Y tú qué dices?

El niño desvió la mirada. Volvió la cabeza a los cañaverales del río para ocultar las lágrimas.

—Yo digo que mi padre eres tú —sollozó.

Sintió el rey lobo un nudo en la garganta. Rodeó el hombro del niño con el brazo y lo atrajo hacia sí. Era la primera vez que lo abrazaba.

—¡Bien dicho! —murmuró quedo. Permaneció un rato pensativo y añadió—: Vuelve al pueblo y dile a tu madre que eres mi hijo y que ella será mi mujer, si quiere. Que lo sepan también tus amigos.

Aspar asintió. Se restañó las lágrimas con el dorso de la mano.

Una bandada de palomas grises los sobrevoló por el lado del sol.

—Cuando regrese hablaremos —dijo Zumel levantándose—. Ahora cada cual tiene que atender a sus obligaciones. —Metió la mano en el zurrón y le entregó a Aspar los higos y las bellotas—. Le das esto a tu madre. E ignora lo que diga la gente. Son lobos con dos piernas. Nunca se sacian.

Se despidieron. Zumel reemprendió su camino, y cuando llegó al vado, llamó a voces al balsero.

—¡Ya va, ya va! —respondió el interpelado desde el cobertizo de la orilla opuesta.

Con parsimonia dejó la cincha de esparto que tejía y desatracó su almadía. Tirando de las sogas la condujo al otro lado de la corriente con la ayuda del propio viajero que la halaba desde su lado. Con él a bordo intentó trabar conversación,

porque le pareció que venía de lejos, pero cuando comprobó que hablaba el idioma de la comarca perdió interés y guardó silencio.

Siete horas caminó Zumel por la vía sacra, la que respetaban los siete pueblos porque conducía a la morada de Anna la Potenciana. Pernoctó en un sotechado, cerca de una torre de Urgaba, y al día siguiente se internó en el tupido bosque sagrado que apenas dejaba pasar la luz.

El santuario donde juró ante la santa para convertirse en yegüero de Cotrufes permanecía idéntico, como si no hubieran pasado más de veinte años: la fuente con los caños de agua helada, el descenso al río aspirando el intenso humor de la vegetación a medida que se acercaba al hogar de la diosa, la choza de piedra... Las dos risueñas camareras que Zumel conoció, ahora doncellas entradas en carnes y en años, pero tan sonrientes y sonrosadas como entonces, extendieron sobre los hombros del demandante un chal tan sutil que parecía hecho de ceniza. Lo invitaron a descalzarse antes de penetrar en el recinto. Zumel se despojó de las sandalias y apartó la cortina tendida entre las dos losas de la entrada. Las mujeres lo siguieron.

Era un habitáculo oscuro apenas iluminado por la exigua claridad que se filtraba desde las cerradas copas de los árboles.

Ante la imagen toscamente esculpida de la Anna primitiva había una esfera de piedra con algunas letras talladas junto a una hendidura que parecía una cuchillada. Zumel introdujo la mano en su zurrón, extrajo una copa de plata y la depositó sobre el ara de piedra. La guardiana más vieja asintió. Su compañera tomó la copa y desapareció con ella detrás de una segunda cortina. Mientras aguardaban en silencio se percibió la melopea cansina de Anna la Potenciana, que había entrado en trance en la estancia contigua. Algunas veces pronunciaba palabras incomprensibles en algún idioma extraño que se suavizaban hasta convertirse en un rumor quejumbroso o crecían como un aullido ahogado.

Salió la camarera, apartó la cortina e indicó al hombre que la Potenciana deseaba verlo.

El aposento de Anna era una pequeña caverna negra de humo débilmente iluminada por unas candelillas de cera en los intersticios de las rocas. En el centro había un brasero con carbones encendidos en el que varias varas de juncia verde despedían un intenso perfume.

La vieja Anna la Potenciana que Zumel conoció había fallecido años atrás. Su sucesora era tan sólo una niña que, encaramada en la piedra horadada, sin alcanzar el suelo con los pies, se esforzaba por componer un gesto serio bajo su cofia de lino. Observó al visitante con sus bellos ojos azules.

La niña aceptó un trozo de torta de cebada correosa y ennegrecida que le entregaba una de sus doncellas y la masticó.

Otra camarera reapareció portando dos palomas blancas que entregó a Anna. La niña descendió del trono de piedra y se dirigió a una losa irregular, bajo las candelillas.

Con un ave en cada mano, Anna murmuró una invocación ininteligible en la lengua de la diosa. Después pareció salir de su profundo trance, apoyó con gesto resuelto las palomas en el extremo de la losa horizontal, las sostuvo con una mano y tomando un cuchillo de sílex las decapitó. Las aves descabezadas aletearon unos instantes sobre el mármol blanco salpicando sangre. Cuando dejaron de moverse, la camarera retiró los cuerpos y las plumas desprendidas. Con el ceño fruncido, la niña observó concienzudamente la distribución de las salpicaduras de sangre sobre el blanco mármol.

La doncella rebañó las manchas de sangre con un trozo de torta de cebada y la puso a asar sobre las ascuas del brasero. El olor a la masa y a la sangre chamuscada se sobrepuso al de la resina.

Cocida la tarta, la muchacha la cortó en varios trozos, le ofreció uno a Anna y otro al demandante. Anna lo masticó lentamente mientras regresaba de su trance. Murmuró una salmodia indescifrable antes de abrir los ojos y mirar a Zumel.

—Lo que te aguarda es más difícil que cazar al lobo negro —anunció con voz tan ronca que no parecía brotar de su garganta infantil.

A Zumel no le sorprendió que la sacerdotisa, a la que no había visto en su vida, lo relacionara con el lobo negro. Ellas lo saben todo.

—¿El lobo negro? —balbuceó.

La niña levantó la mirada y esbozó una sonrisa que enseguida se desvaneció de su rostro.

—¿No eres tú Zumel?

—Yo soy.

—¿Viste palomas ayer, junto al río? Los pájaros traen noticias. Ahora eres el príncipe de tu pueblo, ¿qué consulta quieres hacerle a Atacina?

Zumel inspiró profundamente antes de responder:

—Santa, he regresado en busca de paz y las cosas se aparejan para que no la consiga, a pesar de que ya desterré mi falcata.

—Tu falcata no es un hierro. Eres tú. Vivirá mientras tú vivas, ya lo sabes. La vida es una vida, lo que haces hoy condiciona tu mañana. No puedes cambiarte de vestido como la serpiente y fingir que has nacido de nuevo. Debes soportar el fardo de tu existencia y cargar con los frutos de tu pasado. Tú mismo lo escogiste.

—Entonces, ¿no conoceré la paz, santa?

—Has matado a seis hombres ¿y vienes a pedirme paz? —resonó la voz grave de Atacina en la boca de la niña—. Buscas la paz pero, aunque te quieres convencer de ello, te engañas: no quieres paz. Para ponerte en paz contigo mismo debes alcanzar primero la paz con los demás. Sigues siendo un guerrero. Has matado y has sufrido. El ardor de venganza que te atormenta no se apaciguará hasta que te adueñes de la vida del hombre con el que sueñas cada día.

—¿El hombre?

—El hombre —corroboró Atacina en la boca de Anna.

—¿Qué debo hacer?

—Torna esta figura. —Una de las sirvientas se adelantó y le entregó un muñeco de bronce que figuraba un guerrero con las palmas de las manos abiertas en actitud orante. Cabía en el hueco de la mano—. Llévala contigo y, cuando lo merezcas, me la traes de nuevo para que la ofrendemos a la Terrible. Entonces encontrarás lo que buscas.

## Capítulo 33

Zumel regresó al pueblo y aceptó ser príncipe ante la asamblea. Antes de levantar la sesión Antobanen dijo:

—Si no hay nada más que tratar seré yo el que formule una consulta al príncipe. —Se volvió hacia Zumel y lo miró gravemente—: ¿Qué va a ser del hijo de Belasia, Aspar, que es la simiente de Turrillo?

Los presentes se volvieron hacia el interpelado, pendientes de su respuesta.

—¿Alguien piensa que puedo ser tan bárbaro como para matar a un niño inocente? —replicó Zumel—. Renuncio a su vida como renuncié a las armas y a los caballos de Turrillo. Es más, si su madre lo acepta, lo adoptaré por hijo mío ante Atacina.

Un rumor de aprobación se elevó de la asamblea.

—Me complace oír eso —replicó Antobanen—. Un gobernante severo pero piadoso y compasivo es un regalo para su pueblo. Le comunicaré tu decisión a Belasia, que está en mi casa, al cuidado de Arataunín, para que se despreocupe y regrese a sus quehaceres.

Al día siguiente, Zumel fue a recoger algunas cosas a su choza con un par de caballos. Al regreso se desvió hasta la vivienda de Belasia. La mujer, afanada en tensar una piel sobre su bastidor, no lo vio llegar.

—¿Necesitas ayuda? —le dijo Zumel desde la puerta del cobertizo.

Se volvió ella sobresaltada y dejó caer el bastidor. Se adelantó Zumel, lo tomó y terminó de estirar la piel con la fuerza de sus manos.

Belasia lo contemplaba como si le costara identificarlo con el Zumel que conocía.

—¿Tú?

El hombre asintió, sonriente. ¿Cuánto hacía que no lo veía sonreír? Después de un instante de duda la tomó entre sus brazos, la atrajo hacia él y la besó suavemente. Ella, al principio pasiva, reaccionó. Se besaron febrilmente.

—¿Y Aspar? —preguntó Zumel.

—Con los amigos.

Él redobló sus caricias.

—Tengo que lavarme —dijo ella—. Huelo a pieles podridas.

Zumel ignoró sus protestas y la estrechó aún más entre sus brazos. Tendidos sobre el fétido lecho de los cueros a medio curar se entregaron el uno al otro como nunca antes lo habían hecho.

Instalado en las casas de Turrillo, Zumel gobernó el pueblo con ayuda del consejo de ancianos, como los reyes antiguos. Por la mañana paseaba por las tres calles en compañía de su consejero, el anciano Antobanen. Por la tarde se sentaba a escuchar las quejas de la gente y administraba justicia bajo el emparrado de la plazuela.

Abundaban las reclamaciones de vecinos enemistados que denunciaban minucias. Estas las zanjaba rápidamente de manera que las dos partes salieran perjudicadas y renunciaran a volver a molestarlo con casos parecidos.

—Tenía un haz de leña en el corral y este mangante me ha sustraído al menos la mitad —acusaba uno.

—¡Miente como un canalla! —replicaba el demandado—. Y, además, esa leña no vale tanto como la saca de hierba que me birlaste el año pasado.

—¡Haya paz! —intervenía Zumel tajante—. A ver: el de la hierba. Tú vas a llevar una carga de leña, bien seca, ¿eh?, a la casa de los viejos, y tú, el de la leña, le vas a llevar una saca de hierba conejera bien prieta a la viuda Auruníngica, para que no tenga que salir mañana al campo a buscarse la vida.

Marchaban los dos litigantes, a cual más mohíno, a cumplir el encargo y Zumel miraba a Antobanen, que con su media sonrisa y una caída de párpados aprobaba la sentencia.

—¡A ver, el siguiente!

Algunos litigios no tenían fácil solución. ¿A quién pertenecen las algarrobas del árbol del vecino que caen sobre mi corral? ¿Cuánto vale una mano amputada en una reyerta si de todos modos el agraviado la tenía seca e inútil porque de niño se la aplastó la llanta de un carro?

A veces se presentaban casos especialmente peliagudos. Un arriero denunció a un colega al que había sorprendido copulando con una burra de su propiedad, la mejor de la recua, aseguraba. Después de escuchar los pormenores del caso y las excelencias del animal víctima del estupro, el juez decidió que el abusador entregara al demandante una medida de trigo o dos morcillas de a cuarta, el estipendio de una prostituta corriente.

—¡Por Atacina que es un abuso! —protestó el inculpado—. Ese hombre me apartó de mala manera de la burra impidiendo que consumara el acto, por lo tanto no es justo que me reclame el estipendio que percibiría una profesional por el servicio completo.

—¡Forzaste a mi burra! —replicó el demandante.

—Ella consintió —se defendió el demandado.

—¡Silencio! —se impuso Zumel.

Consultó el caso en voz baja con Antobanen y finalmente decretó:

—Que el demandado reinicie el acto con la burra en el punto en que lo interrumpió el demandante llegando esta vez hasta la consumación y después satisfaga el estipendio debido.

—Señor —suplicó el demandante—. Ninguna puta que se precie consentiría en repetir de balde porque la primera faena se haya torcido.

Nueva consulta. Los jueces convinieron que tenía razón y, dado que no existía jurisprudencia sobre el asunto, lo consideraron bajo una óptica distinta:

—¿Te compensaría hacerlo con una de las suyas? —propuso Antobanen.



El demandante se lo pensó.

—Bueno. Eso está más en razón. Pero que conste que ninguna de sus burras es tan apetecible como la mía.

Otros casos eran igualmente enconados: dos vecinas que compartían un molino doméstico se enfadaban y discutían. ¿A cuál de ellas pertenece el molino?

—Una piedra a cada una —sentenciaba Zumel.

—Pero entonces el molino se queda inútil —protestó la más descarada—, ¿de qué me sirve a mí una sola muela de molino?

—Como eres la de más edad, te dejaré escoger la muela de abajo —zanjó el asunto Zumel—. De este modo tu antigua socia tendrá que conformarse con la de arriba, que, debido al agujero del eje, contiene menos piedra. Eso es lo que hay. Podéis retiraros.

Marchaban las mujeres cada una por su lado refunfuñando maldiciones y al día siguiente se habían reconciliado y volvían a usar mancomunadamente el molino.

Los casos divertidos eran los menos. Por el contrario abundaban los delitos de sangre. ¿Cómo juzgar las muertes de mujeres o hijas a manos de maridos celosos o de padres inflexibles que alegaban el derecho que, según la costumbre ancestral, tenían sobre las vidas de sus familiares? ¿Cómo suprimir las pedreas entre los niños del barrio de arriba y los de abajo que a veces resultaban en descalabros, en muchachos lisiados e incluso en muertes si aquellas pedreas eran, precisamente, la primera iniciación de los cachorros de hombre destinados a ser guerreros en la edad adulta y a defender al poblado?

Había casos claros que Zumel fallaba inmediatamente con ayuda de Antobanen o incluso de Urcebas. Otros conflictos más difíciles los aplazaba a fin de consultar con el consejo de ancianos en pleno. Zumel se preocupaba. Quería gobernar con justicia y juzgar con equidad. A menudo pensaba: «¿Qué habría decidido Nomandros en una tesitura como ésta?».

—Nomandros nunca se hubiera dejado enredar por esta panda de liantes —lo oyeron murmurar en más de una ocasión.

Toda su vida había obedecido. Pocas veces había mandado. Se sentía incómodo ejerciendo el mando. En pocos meses devolvió al consejo muchas prerrogativas que Turrillo le había arrebatado. Sin embargo respetó todas las medidas populares de su antecesor, la subvención a la casa de los viejos, los subsidios a las familias más pobres o probadas por el infortunio. Incluso los que al principio tuvieron, mala opinión de él, antiguos clientes de los Cerinnos a los que Turrillo había beneficiado descaradamente, tuvieron que reconocer que se esforzaba por ser justo y que respetaba incluso a los que no simpatizaban con él.

Zumel administró el poblado, veló por la correcta distribución del agua, redistribuyó entre los necesitados la mitad de lo que recaudaba el mayordomo. Instituyó impuestos nuevos, un diezmo sobre la leña, cuidando que se recogiera de árboles caducos; otro sobre las bellotas y las castañas, y otro sobre los conejos: por

cada diez cazados, uno se entregaba a la familia que cuidaba de que, cada pocos días, se renovara la paja en la casa de los ancianos con la condición de que no les faltaran gachas calientes en invierno.

Zumel introdujo un impuesto impopular que ya existía en pueblos más grandes y desarrollados: el trabajo obligatorio para la comunidad. Hasta su llegada a la magistratura máxima sólo las familias más pudientes de Zubión, los Bartares, los Caikombe y los Cerinnos, disponían de silos subterráneos donde guardar sus excedentes de cereales. De este modo cuando llegaban los tiempos de escasez, los meses del invierno y los años secos, ellos podían alimentarse sin problemas e intercambiar a precios abusivos sus excedentes.

Bajo la dirección de Alucio, el maestro de la muralla, los hombres excavaron los silos por turnos y los impermeabilizaron con un revoco de arcilla blanda que dejaron orearse unos días antes de cocerla encendiendo en su interior una hoguera sobre un brasero de bronce.

Pasaba el tiempo casi sin sentirse, cada día con su afán. Llegaron los días del calor, pasó la siega y cuajaron las bellotas, florecieron las verdolagas, los tréboles, las gencianas y el hinojo.

Emigraron las cigüeñas blancas, aparecieron las abubillas y las crías de cuco. En los roquedales parieron las víboras hocicudas. Las noches se llenaron de luminosas luciérnagas.

Llegado el tiempo de la cosecha, cada casa contribuyó al granero comunal según sus posibilidades, lo que Argitivasar, el antiguo mayordomo de Turrillo, midió y anotó cuidadosamente antes de tapar y sellar con barro la boca del granero y colocar una losa sobre ella. Cuando llegaran los años malos cada familia contaría con su reserva de alimento garantizada por el príncipe.

—¿Estás seguro de que no se pudrirá? —dudaba Zumel.

—Respondo con mi cabeza, señor —aseveraba Argitivasar—. El cereal sellado aguanta hasta quince inviernos sin perder sus cualidades. Incluso podría sembrarse al cabo de ese tiempo y germinaría como el grano fresco.

Zumel aprendía cosas nuevas cada día y se ganaba el respeto incluso de los más reticentes. El buen gobierno le reportaba satisfacciones, pero en conjunto pesaban más los sinsabores y los disgustos. No se veía envejeciendo en aquel oficio.

—¡Que no, que no estoy hecho para esto! —se quejaba a Belasia por la noche, bajo las cálidas zaleas.

—Pero la gente te quiere —replicaba ella, conciliadora.

—¡Qué me importa a mí la gente! Me basta con que tú me quieras.

La relación con Aspar seguía siendo buena, pero era menos estrecha que antaño porque raramente estaba solo y al niño lo cohibía consultarle sus dudas y participarle sus proyectos y sus ilusiones en presencia de extraños.

El pueblo estaba satisfecho, pero a Zumel le importunaba el oficio de príncipe.

—¡Quién me iba a decir que acabaría siendo el Dionisio de mi aldea! —se

quejaba a Urcebas cuando lo visitaba, cada vez con menos asiduidad.

Aquella no era la vida que había soñado con Cotrufes. Le disgustaba gobernar.

Pasado un año alteró sus costumbres y comenzó a escapar de sus cada vez más absorbentes obligaciones. Enviaba a Argitivasar en busca de Aspar y juntos marchaban de caza. Trataba al muchacho como a un hijo, le enseñaba a manejar las armas y las tácticas y estrategias de los diversos pueblos guerreros que había conocido. Otras veces visitaba a Urcebas en el monte, le pedía consejo y descargaba su corazón. Incluso alguna vez envió a un criado a Auri para que le trajera a Edereta a una choza apartada y pasó la tarde con ella.

Intentaba distraerse, pero al regreso sólo encontraba nuevos quehaceres, más complicaciones y trabajo atrasado.

Así pasaron varios meses.

Belasia mantenía su vivienda cerca del río y seguía curando cueros, aunque ahora con ayuda de Aspar y de una prima viuda. No obstante pasaba las noches en la alcoba de Zumel y Aspar dormía en la estancia que sirvió a Turrillo como santuario, ahora desacralizada. El tronco que representaba a Cerinnos lo había entregado al sucesor de Turrillo como patrón de la estirpe, un pariente lejano. La piedra esférica de Atacina la había devuelto a la confluencia de las dos calles donde siempre había estado. Fue una decisión muy aplaudida porque la gente prefería ver el asiento de la diosa todos los días y no cuando el príncipe lo permitía, en las grandes ocasiones.

Una noche, después del amor, Zumel se removía inquieto.

—Duermes mal —observó Belasia en la oscuridad.

Tampoco ella conciliaba el sueño.

—¿Duermo mal?

—Sí. Sudas, hablas..., a veces gritas.

Se levantó Zumel y descorrió el madero de un ventanuco para que penetrara la pálida luz de las estrellas. De nuevo en el lecho, se apoyó sobre el codo y miró a su pareja.

—¿Grito? —preguntó extrañado.

—Alguna vez.

Se pasó la mano por el rostro, como cuando estaba cansado.

—Y cuando hablo ¿qué digo?

—No lo sé. Hablas una de esas lenguas raras. No entiendo lo que dices. A veces te calmas cuando te acaricio.

—¿Y por qué no me despiertas?

—Es malo despertar a la gente cuando está en el regazo de la diosa. —Belasia dudó si decirlo. Finalmente añadió—: O a lo mejor sueñas que estás en el regazo de una mujer.

—No. No pienso en ninguna mujer —dijo Zumel—. Pienso en un hombre, en una deuda que tengo pendiente, muy lejos... Venga, ahora vamos a dormir.

Se volvió hacia la pared y permaneció inmóvil esperando que la mujer se

durmiera, pensativo.

«¿No has tenido sangre bastante en tu vida? —reflexionaba—. ¿Por qué no te conformas con ser lo que eres? ¿No querías ser pastor? ¿Por qué has consentido ser otra cosa? ¿Qué fiebre es esa que te consume?».

Zumel se acostaba derrengado de cansancio cada día, pero el gusano de la diosa le roía el corazón. No hallaba paz.

El segundo año de su mandato fue más difícil que el anterior. Creció la tensión entre Kastul y Cobol por los derechos de paso. Kastul los había comprado a sus vecinos los carpetanos del otro lado de las montañas del norte y se arrogaba la exclusividad de los pastos de verano, cuando en los términos de Cobol no quedaba nada que comer, ni siquiera para las cabras, y los pastores tenían que hacer el camino del valle de Alcuder para ascender a las tierras altas en busca de hierba fresca. Desde tiempo inmemorial se había hecho así, pero ahora Kastul detentaba los derechos de paso y pastoreo y boicoteaba los rebaños de Cobol. El resto de los pueblos del río no tenían rebaños tan crecidos que necesitaran pastos tan lejanos.

Además estaban los derechos de paso del mineral de la sierra que trajinantes púnicos o griegos llevaban al mar por el curso del Baitis o remontando la sierra por la calzada de Kastul, la que discurría por los cerros bastetanos y desembocaba en la tierra de los mastienos.

La guerra parecía inminente. Los pueblos más poderosos presionaban a los débiles para que se les unieran.

Una banda de guerreros de Cobol realizó una incursión contra Kastul sin respetar las tierras de los pueblos intermedios. Eran tan numerosos y bien armados que los guardias del término los vieron pasar desde sus atalayas y recintos sin atreverse a intervenir. En Zubiión había un jovenzuelo exaltado llamado Navarsosín, que a Zumel le recordaba cómo era él mismo cuando tenía su edad. Navarsosín reclutó una cuadrilla de muchachos tan fanáticos como él, algunos recién llegados a la hombría y otros todavía púberes, y se presentó con ellos en el altozano donde Zumel administraba justicia y atendía a sus gobernados.

—Quince guerreros escogidos, príncipe —proclamó mostrándolos con orgullo—, aunque me temo que sean pocos. Sólo cuatro hemos cazado el lobo. Los otros cumplen la edad el próximo *jasier*, pero todos sabemos luchar y somos bravos, de eso no cabe duda. Respondo por mí y por los demás.

Los muchachos componían gestos de adultos, el ceño fruncido, la mirada seria. Zumel los contempló pensativo. Él mismo y sus compañeros de la Cadena no eran muy diferentes cuando ingresaron en la partida de Cotrufes. Total, haber cazado un lobo no supone demasiada diferencia cuando se trata de enfrentarte a otro guerrero y aceptar la muerte.

—Eso no importa —dijo Zumel—. Si saben ser guerreros, dentro de un par de días habrán ganado más honor que cazando un lobo.

Los jóvenes intercambiaron miradas entusiastas. Algunos respiraron

profundamente para contener las lágrimas. El príncipe los tenía en cuenta y los apreciaba. Zumel, el gran guerrero que a la edad de ellos había cazado un lobo rey y se había enrolado en las guerras más sangrientas de Sicilia, guerras donde en un día morían muchedumbres de guerreros. En comparación con aquéllas, las guerras de los iberos eran meras reyertas de vecinos. Aquel hombre de aspecto apacible había participado en asedios, saqueos e incendios de ciudades tan populosas que la menor de ellas reunía más habitantes que los siete pueblos juntos con sus caseríos. Lo admiraban y estaban orgullosos de combatir bajo su mando.

Indiferente y severo, Zumel abandonó su escabel de príncipe y les pasó revista deteniéndose ante cada uno, palpando los bíceps, examinando las armas, tirando, para probar su solidez, de los viejos perpuntes que algunos vestían.

—Me complace lo que veo —declaró al fin.

Los jóvenes guerreros cruzaron nuevamente miradas de satisfacción. Aquellos jóvenes entusiastas y atolondrados le recordaban a él mismo con aquella edad. La urgencia heroica de probar y probarse el valor, el camino seguro al dolor y a la muerte. Así estaban las cosas. «Otros batallan por la hacienda y la ganancia. Nosotros, los del Baitis, batallamos por la batalla, sin ganancia alguna o con más pérdida que ganancia». Se imaginó la conmoción en los seis poblados. Imaginó los mensajeros convocando a la batalla a los aliados y a los clientes. Imaginó a las esposas y a las madres atareadas en abullonar con lino nuevo los coseletes de sus hijos y reforzando las hombreras con saledizos para que les confirieran un aspecto tan amedrentador que ahuyentara a los enemigos. Allí estaban los jóvenes de Zubión pavoneándose en sus armas y en sus jóvenes cuerpos, dispuestos a morir.

—¿Alguno de vosotros tiene familiares a su cargo: hijos, padres, esposa? —preguntó como si no los conociera.

Dos levantaron la mano tímidamente.

—Vosotros no participaréis en acción alguna hasta que el propio poblado o sus medios de subsistencia peligren —sentenció con un tono severo que no admitía réplica—. Mientras, debéis entrenaros y entrenar a otros. Largo de aquí.

Cabizbajos aceptaron la decisión del príncipe, miraron a Navarsosín, que asintió en silencio, y marcharon a sus casas.

Zumel se encaró con el resto, las manos abiertas sobre las caderas, el pecho henchido con apostura castrense.

—En cuanto a los demás, me congratulo de vuestra buena disposición. Buenos y valientes guerreros como Navarsosín son la corona que adorna un pueblo junto con mujeres paridoras de amplias caderas y ubérrimas ubres. Bien. Y yo os pregunto: ¿sabréis obedecer a vuestro príncipe y someteros a la disciplina del soldado?

Desarmado por el elogio de su rey lobo, Navarsosín escuchaba las palabras de su príncipe con los ojos arrasados de lágrimas.

—Tus palabras son la ley y oír es obedecer —proclamó adelantándose a cualquier objeción de los suyos.

—¿Incluso si aplazamos el combate hasta que las circunstancias se muestren propicias? —preguntó Zumel.

—Sí —respondió el joven caudillo automáticamente.

Los mancebos se mostraron un poco desconcertados, pero asintieron igualmente. La autoridad de Navarsosín no se discutía.

Los ancianos contemplaban la emotiva escena entre lágrimas emocionadas.

—Pues bien —continuó Zumel—. En ese caso quiero que regreséis a vuestras casas y continuéis la vida como si no pasara nada. El primer deber del guerrero consiste en aguardar hasta que Corión, el que se viste con las pieles de sus enemigos, le depare la ocasión. De eso depende más de la mitad del éxito. No es éste el mejor momento para reprimir la invasión. Por ahora los *legañosos* no nos han causado daños irreparables. Enviaré un emisario reclamando compensaciones y si nos las niegan consideraremos otras medidas. Mientras tanto tenéis que entrenaros y ponerlos a punto. Tú, Navarsosín, quédate conmigo para que tratemos sobre la rutina del entrenamiento. Los demás que regresen a sus tareas cotidianas hasta nueva orden.

Aquella noche bebió cerveza con Antobanen.

—Turrillo era bueno —le confesó el anciano—, pero tú lo superas. Nunca creí que te adaptaras tan bien a tu oficio de príncipe.

—Es más descansado que el de pastor —dijo Zumel quitándole importancia.

—No. No lo creo.

Llegaron otros ancianos a felicitarlo y bebieron con él cerveza amarga e hidromiel. Uno de los Caikombe aportó un caldero de gachas con torreznos. Comieron y bebieron en alegre convite hasta muy entrada la noche y después se retiraron a sus lares, los más sobrios ayudando a los más borrachos.

Zumel se recostó al lado de Belasia, cuidando de no despertarla. Roncaba la mujer apaciblemente, con un sueño profundo, feliz porque tenía a sus dos hombres en casa.

Pero Zumel velaba con los ojos abiertos. El gusano de la diosa que guarda la Puerta le roía el corazón. El espectro de Cotrufes estaba más presente en su memoria que cuando dejó Sicilia.

—No vivirás hasta que hagas lo que debes hacer —le había advertido Nisunín.

Las relaciones entre los siete pueblos se habían deteriorado. Como en los días de la guerra del burro, iban y venían legados y mensajeros. Aprovechando partidas de caza, los príncipes entre los que existía alguna amistad o parentesco se citaban para conferenciar en los claros del bosque. Al llegar los soles de la primavera ya había dos bloques claramente definidos: los de siempre. De un lado, los *pollicas* y sus aliados los *amarraos*, los *culopicúos* y los *atacaos*; del otro, los *moñúos* y sus aliados los *cagaos*, los *follacabras* y los *legañosos*.

Las señales de la muerte aparecieron en toda la tierra de los iberos. Vientos de guerra soplaban de las montañas a los valles. El lucero de Corión brillaba más rojo que nunca, anunciando sangre. Los hígados podridos y deformes menudeaban en los

sacrificios. Los caminos se llenaban de mercaderes que hacían acopio de productos antes de que la guerra lo asolará todo. Cuervos y buitres chascaban más escandalosos que nunca en las grajeras y los peñascales. El lobo negro se dejaba ver en las lindes del bosque, largo, seco, con su mirada amarilla y su hocico agudo y sangriento.

Bandas de guerreros cruzaban los campos, cometiendo tropelías en las aldeas a la vista de los recintos, camino de sus nuevos patrones. Parecía que todos los *celtoi* de la Meseta habían descendido a las tierras bajas con sus rústicos atuendos de piel, sus espadas largas y sus azconas de roble.

Era un secreto a voces que Kastul y Cobol estaban contratando mercenarios lusitanos y *celtoi*. Iban y venían heraldos entre los pueblos. De acuerdo con sus consejeros, el príncipe de Zubiión había decidido mantenerse al margen del conflicto aunque no descuidaba la formación de guerreros, los entrenamientos y la adquisición de hierro. El herrero del pueblo, reforzado por dos ayudantes, forjaba sin descanso falcatas y *caetras*, falárnicas y puñales.

Los dos bandos cortejaban a Zumel para atraerlo. Zumel sabía, y los ancianos lo corroboraban, que pronto llegaría el momento de los chantajes y de las amenazas. Zubiión no podía mantenerse indefinidamente al margen de una guerra que iba a incendiar todo el valle del alto Baitis.

A principios del verano, cuando florece el agapanto y los rebaños carean en los rastrojos recién segados, cuando los sementales se separan de las yeguas después de cubrirlas, cuando rompen el huevo las crías de oropéndolas y vencejos, dos embajadores de Kastul, uno mayor, de noble continente, y otro joven, con la barba rasurada, se presentaron a las puertas de Zubiión y solicitaron entrevistarse con el príncipe. Los escoltaron hasta el altozano y Zumel los recibió con gran cortesía en la puerta de su casa. Vestía la túnica que le había bordado Belasia y llevaba la melena recogida con una cinta de oro.

Aleccionado por Argitivasar, Zumel los acompañó a la sala principal que las criadas habían perfumado con un sahumerio de alhucema. La estancia seguía adornada con la negra piel del lobo rey y con la colección de vasos y armas griegas de Turrillo.

El príncipe de Zubiión aguardó a que los legados se acomodaran sobre los almohadones de tafilete antes de ocupar su lugar en el trono. Era la primera vez que se sentaba en la elaborada silla de olivo con adornos de plata y latón. Después de interesarse cortésmente por las fatigas del viaje de sus visitantes, batió palmas y solicitó a Argitivasar pan, sal, vino y carne para homenajearlos. Sirvió el vino personalmente de una magnífica crátera mezclándolo con la dosis adecuada de agua. Cuando los embajadores comieron y bebieron y las criadas dirigidas por Argitivasar hubieron retirado el servicio, les preguntó:

—¿Qué misión os trae a nuestro humilde pueblo, respetables señores?

Los kástulos no disimularon su sorpresa. Aquella hospitalidad exquisita y aquel refinado tratamiento no eran lo que esperaban del interlocutor que les habían descrito

como un cabrero ignorante y cerril sin más mérito que el de haber degollado a Turrillo y a sus yegüeros mientras dormían, un hombre elemental al que los patrones de Zubión habían encumbrado al principado provisionalmente sólo por evitar una guerra entre las dos estirpes rivales mientras se concedían el tiempo necesario para alcanzar un acuerdo.

Los dos legados expusieron su embajada por turnos. La batalla entre Kastul y Cobol era inminente. En aquellos momentos se estaban formando los respectivos ejércitos.

—Ya conocéis mi respuesta —les contestó Zumel—. Zubión no os prestará a sus guerreros.

—Ahora no caben medias tintas —dijo el legado kástulo—. No puedes quedarte al margen, príncipe de Zubión. O te unes a nosotros o serás nuestro enemigo. Los príncipes de Kastul exigen una respuesta inmediata. Si no accedes te declararán enemigo y tendrás que atenerte a las consecuencias.

Zumel reflexionó.

—Las menguadas fuerzas de mi poblado no van a influir en el resultado de una batalla que tenéis de antemano perdida.

El legado de más edad reprimió un exabrupto. Elevando el tono de voz dijo:

—Desde que existe memoria, Kastul ha vencido a todos sus enemigos y se ha hecho respetar en esta tierra desde las montañas de la Plata a la tierra de los bastetanos.

—Pero esta vez Cobol no es el que regía Iceatín, que acumulaba rebaños y descuidaba la adquisición de armas con que defenderlos —argumentó Zumel—. Su hijo es de otra pasta. Ahora Cobol está mejor preparado que nunca, reúne tantos hombres como vosotros y cuenta con mercenarios forasteros que combatirán con arcos y hondas. Me consta que han estado llegando ante vuestras narices sin que hicierais por detenerlos, incluso por el camino del esparto.

El legado más joven, que hasta entonces había permanecido en silencio, habló con la vehemencia de la inexperiencia:

—Todo eso lo sabemos. Sosinbiuru, corazón de ciervo, combatirá con armas de caza como un cobarde. Se sabe perdido y no sabe qué hacer para escapar de la ignominia y la derrota.

Zumel abrió las manos en un gesto de paciente disculpa por lo que acababa de oír.

—Os diré algo, amigos míos —repuso—. He combatido en las guerras del mar de Cartago muchos años. Esas armas de caza que despreciáis, cuando se juntan en una muchedumbre, rompen los dientes y abaten en el polvo a los mejores guerreros. No hablo de oídas: lo he visto muchas veces.

—¿Te aliarás entonces con nuestro enemigo? —preguntó el joven.

—No. Vosotros habéis dicho que Zubión siempre ha combatido al lado de Kastul en buena vecindad. No seré yo el que altere los tratos establecidos ante Atacina por nuestros antepasados. Lo único que quiero comunicar a vuestros príncipes es que no



someteré a mis guerreros a su dirección, que combatiré por mi cuenta.

—Tú no eres nadie para combatir por tu cuenta —dijo el legado mayor sin disimular su desprecio—. ¿Cuántos guerreros puedes reunir, cien, doscientos?

—Yo sé los guerreros que puedo reunir y sé lo que esos guerreros pueden hacer. Decidle a vuestro príncipe que no toleramos que nos mande en la batalla.

—Aun así os castigaré si no os ve luchar a su lado pasado mañana.

—Siento un gran respeto por vuestros príncipes Abartiaigis e Isceradín. Transmitidles mis palabras tal como salen de mi boca. Que ellos hagan lo que les parezca justo y yo haré lo que me parezca conveniente.

Se despidieron los legados sin entregar a Zumel los regalos que le habían traído para el caso de que accediera, dos mulas cargadas de fardos con productos exquisitos.

Una semana después llegaron noticias de la batalla. En los llanos de Zafar, bajo las cuevas del Higuierón, se habían enfrentado los guerreros de Kastul y sus aliados con los de Cobol. El resultado había sido incierto. En la primera parte de la batalla los arqueros de Cobol causaron muchas bajas en las filas adversarias con sus flechas y los glandes de plomo que lanzaban las hondas, pero en la segunda parte sus líneas se vieron desbordadas por los guerreros llegados a caballo de dos en dos que descabalaron entre ellos y los despedazaron con sus falcatas.

Sosinbiuru, el ambicioso príncipe de Cobol, no vivió para contemplar la matanza de los suyos. Un yegüero del príncipe de Besuci lo decapitó cuando intentaba reunir a sus dispersos guerreros. Sus oponentes no tuvieron mejor fortuna. Isceradín había muerto, alcanzado por una pedrada que le vació el ojo y le penetró hasta los sesos, y Abartiaigis se debatía entre la vida y la muerte con los miembros agarrotados, aunque sólo había recibido una herida de flecha en el hombro. Habían limado el hierro de la flecha ante la piedra de Atacina en el santuario del collado de los Jardines, del que era benefactor, y las vísceras de los bueyes sacrificados auguraban que sobreviviría a las fiebres.

—Morirá —vaticinó Zumel.

—Es un hombre fuerte capaz de levantar un caballo con su jinete encima, se lo he visto hacer en una fiesta de Atacina —repuso Antobanen.

—Morirá de todos modos —insistió el antiguo mercenario—. Tiene la sangre envenenada. Los arqueros de allende emponzoñan sus flechas con el jugo de la raíz del acónito macerado en miel.

La guerra, al final, no había decidido nada. Los respectivos consejos de ancianos acordaron paces y reanudaron las conversaciones que habían interrumpido dos años atrás, en el santuario de Anna la Terrible.

Navarsosín y un grupo de sus amigos más aguerridos acudieron ante Zumel para exponer las quejas de los guerreros. El propio Navarsosín habló en nombre de todos.

—¡Príncipe, seguí tu consejo y contuve a los jóvenes guerreros! Ahora nos avergonzamos por no haber concurrido a la batalla. Somos el único pueblo del valle que no se ha batido. ¡Estamos deshonorados!

Zumel abandonó su asiento y se paseó despaciosamente, las manos a la espalda, entre los alevines del pueblo. Cuando estuvo ante Navarsosín, se detuvo y lo miró de cerca a los ojos. Los otros atendían en silencio.

—¿Somos perros que se matan por un hueso? —le preguntó—. ¿Somos bestias del bosque que se comen las unas a las otras? ¿Alguien ha venido a robarnos el trigo o a las mujeres?

—Nadie nos ha amenazado —convino Navarsosín, algo más calmado—, pero todos abusan del cobarde. Los pueblos del valle creerán que carecemos de valor para defender lo nuestro. Vendrán a robarnos. Nos afrentarán cuando nos encuentren en los caminos.

Zumel volvió a pasear entre los rebeldes, clavando en cada uno su mirada fría y penetrante.

—¿Quiénes vendrán a robarnos? ¿Quiénes nos afrentarán en los caminos? Todos los pueblos del valle han perdido a la mayoría de sus guerreros. La tierra está infectada con el hedor de las piras que consumen las carnes jóvenes de los seis pueblos. Los hombres vigorosos que eran la corona de gloria de cada familia y de cada aldea se han convertido en carroña maloliente que engorda a los buitres y a los cuervos mientras nosotros permanecemos vivos y mantenemos intacta la capacidad de defender lo nuestro. Vuestras madres y vuestras mujeres, aquellas que escuchan con paciencia nuestros despropósitos y nuestras bravuconerías, se regocijan en su corazón porque no son viudas como las otras, porque sus hijos no crecerán sin un padre que los alimente y los instruya en el oficio de las armas y en el de la vida. ¡Luchar por luchar es locura! ¡Somos hombres! ¡Somos seres racionales! No tiene sentido que cada generación provoque una guerra que jamás resuelve nada. Los conflictos siguen latentes hasta que la siguiente generación de guerreros ha crecido lo suficiente para acuchillarse como lo hicieron sus padres y sus abuelos antes que sus padres.

Navarsosín se había quedado sin argumentos. Apretaba los puños con furia y contemplaba a Zumel con una mirada homicida.

—El guerrero que mató al lobo negro ha envejecido como un cobarde, le ha dado la espalda a Corión, que lo favoreció un día, y ha afrentado a la aldea. No vivirás mucho.

Lo había llamado cobarde ante la comunidad. Una ofensa semejante sólo podía zanjarse en un duelo a muerte con el ofendido o con un campeón designado por él. Zumel contempló en silencio al muchacho.

Meditó largo rato, en medio de un silencio incómodo, intentando adivinar lo que Cotrufes habría decidido en su lugar.

—Has insultado a tu príncipe y eso requiere un castigo —dijo al fin—. Durante un año me acompañarás y guardarás mi cuerpo como yegüero.

—¡Te mataré a la primera ocasión! —le advirtió el muchacho, furibundo.

—Por eso quiero que me acompañes, para que evites que otro pueda arrebatarte

ese privilegio.

## Capítulo 34

Aún no había amanecido. Sólo las copas de los árboles más altos escapaban de la densa niebla que cubría el valle.

Zumel untó con grasa de jabalí dos azagayas, la falcata y el cuchillo y salió de su aposento.

Navarsosín dormía junto a la puerta y despertó sobresaltado.

—Príncipe, ¿adónde vamos tan temprano?

Habían pasado cinco meses desde el enfrentamiento en presencia de la asamblea y Navarsosín se había convertido en la sombra fiel del príncipe. Lo había visto actuar con sabiduría y equidad y había aprendido de él. El antiguo odio se había transformado en espontánea admiración.

Zumel le posó una mano en el hombro.

—No vamos a ninguna parte. Tú sigue durmiendo. Regresaré al caer la tarde.

—¿Y esas azagayas? —preguntó el joven, incrédulo.

—Las llevo por si me topo con un ciervo. Pierde cuidado.

La mañana estaba brumosa. En la calle solitaria hacía menos frío que dentro de la destartalada morada del príncipe. Se respiraba el aire fino y acuoso de la niebla que ascendía del río.

El joven guerrero que guardaba la puerta del poblado se sobresaltó.

—Sin novedad, patrón.

—Eso está bien —repuso Zumel—. Abre la puerta.

El centinela miró la falcata que pendía del hombro de Zumel.

—¿Vas a salir solo, sin yegüeros?

—Sí. Tú vigila y no te duermas.

Extramuros una ligera brisa arrastraba efluvios de paja húmeda y tierra mojada. Zumel descendió por el camino empedrado, entre las tumbas. Las esculturas de leones, lobos y grifos que adornaban las tumbas de los antiguos régulos parecían cobrar vida entre la niebla.

—Madruga la madre —saludó Zumel a la hechicera Nisunín.

La anciana recogía el rocío matinal en pañuelos que había extendido sobre la hierba la noche anterior.

Nisunín se volvió.

—Y tú te desvelas, padre —lo reconvino con indisimulado afecto—. Acércate que te vea.

Se aproximó Zumel. La anciana lo miró a los ojos desde su pequeñez. Le tomó las manos con las suyas sarmentosas y firmes.

—Pesa el fardo, ¿eh, hijo? —preguntó.

Zumel asintió, reservado.

—Lo hago lo mejor que puedo, madre.

—No me refiero a Zubión. Eso lo hace cualquiera. Me refiero al otro, al que tú y

yo sabemos.

Zumel sintió el calor de la sangre en la cara.

—Sí, pesa, madre —murmuró—. El gusano del corazón no descansa.

Ella asintió, compasiva. Le juntó las manos y le dio unos golpecitos en el dorso. Tomó aliento antes de decir:

—Zumel, hijo de Turibas: Atacina te infunde valor y juicio, pero Corión te inquieta con el hedor de la muerte. Lo que vas a hacer no servirá de nada, rey lobo, pero supongo que debes hacerlo para convencerte por ti mismo. Anda, vete y sigue tu camino, que tengo mucho trabajo.

Se desentendió de él, volvió la espalda y retomó su tarea. Zumel la contempló un momento, pensativo. ¿Qué misterio había en la mujer? ¿Por qué la sabiduría y el poder se encarnaban en una anciana de aspecto repulsivo, en la niña que había heredado la gracia de Anna la Terrible, en las caricias sabias de Edereta, la prostituta, en la mirada insondable de Belasia?

El hombre prosiguió su camino y se perdió en el bosque.

Había una fuente con varios peldaños de piedra, donde era costumbre que las familias y los amigos despidieran a los reclutas del *jasier* que se internaban en el bosque para convertirse en guerreros y hombres. Recordó a su padre, el pastor Turibas, haciéndole allí mismo las recomendaciones acostumbradas. ¡Cuántas mudanzas habían ocurrido desde entonces, cuántos alegres compañeros habían muerto, incluido Turrillo, que una vez lloro sobre su hombro!

Zumel se internó en el bosque y caminó durante todo el día hasta alcanzar su corazón inexplorado, la región pantanosa e insalubre donde la inextricable maraña de trochas entrecruzadas simula caminos que son trampas mortales porque desembocan abruptamente en zarzales infranqueables y apostaderos de lobos.

En un chortal hozado de jabalíes se desnudó y se embadurnó el cuerpo de barro oscuro y maloliente que aplicó igualmente a las armas. Después de asegurarse de que ningún lobo ventearía el olor del hombre, reanudó su camino por la fronda. Le costó todo el día alcanzar la lobera, el inexpugnable santuario al que ningún animal se atreve a entrar, el dominio del lobo carnicero donde la vegetación crece más indócil y el aire hiede con la podredumbre de las presas mal enterradas.

Con la falcata en la mano avanzó penosamente por las enrevesadas trochas, esquivando las ramas muertas que le dificultaban el paso. El suelo estaba sembrado de huesos, de restos podridos y de pieles apergaminadas.

El último rey lobo, el macho magnífico al que ningún guerrero había logrado vencer, yacía largo y flaco, entre sus propias cagadas y vómitos, en lo más profundo del intrincado zarzal. Parecía muerto, pero el lomo se elevaba levemente con una respiración agitada. El lomo y la cola erizados y las orejas en punta mostraban que había detectado la presencia de un intruso. Venteaba el peligro. Pugnaba por levantar la cabeza sin conseguirlo.

Inerme, estaba a merced de su enemigo.

Zumel se relajó. Al escalofrío inicial había sucedido un sentimiento de alivio matizado de tristeza. Se sentó a contemplar al animal a unos pasos de distancia. Rodales de pelo plateado, sucio y sin brillo, alternaban con calvas que revelaban un cuero acribillado por la sarna. El belfo entreabierto mostraba un tremendo colmillo amarillento y una lengua negra, reseca y agrietada. Jadeaba levemente, ya sin fuerza. Llevaba días agonizando. No estaba herido, simplemente se había retraído a su antigua guarida para morir de viejo.

El lobo abrió los enormes ojos de un oro fatigado surcados de leves vetas negras y fijó su penetrante mirada en el intruso. Un ligero temblor recorrió su lomo huesudo, en el que los ijares parecían a punto de romper la vieja y pelada piel. Pugnaba por incorporarse, erizarse, presentar batalla.

Zumel depositó en tierra las armas y avanzó entre el espeso zarzal hasta situarse donde el lobo pudiera verlo. La oscura pupila de los ojos amarillos siguió los movimientos del intruso que no olía a hombre sino a jabalí. ¿Recordaba al monstruo humano que mató a su madre cuando él era todavía un lobezno? Los ojos amarillos parecían reflejar una vieja llama que alumbraba la memoria de la fiera. Desde entonces había transcurrido una eternidad. El lobezno huérfano había sobrevivido al desamparo y a los peligros y había crecido hasta convertirse en un macho poderoso, sin rival en la manada. Zumel lo contempló largamente. Había señoreado el bosque y el yerbazal desde el río a la montaña pelada, se había impuesto a varias generaciones de lobos más jóvenes que por primavera le disputaban las hembras, había despedazado a muchos hombres, había degollado rebaños enteros con sus pastores, había aterrorizado pueblos y caminos. Ahora yacía derrotado por la edad y las fatigas, comido de gusanos y de parásitos, los sangrientos ijares devorados por un hurón impaciente.

Jadeaba. Se le erizaba el pelo del lomo y de la cola.

—¿Te preparas para el combate, viejo guerrero? —le susurró Zumel.

El lobo acompasó su respiración, más tranquilo, como si hubiera entendido el tono apacible del hombre.

Zumel se aproximó aún más. El aliento le olía a cadáver. A un palmo de distancia, los ojos de la fiera se enfrentaron a los del cazador como ocurría desde el principio de los tiempos.

El lobo lo miraba con sus ojos vidriosos, las orejas plegadas, pegadas al potente pescuezo.

Lentamente, cuidando de no alarmarlo, le acercó al negro hocico la palma de la mano para que la oliera. El viejo lobo resopló pesadamente sobre la piel del hombre y aspiró su olor. Lo hizo un par de veces. Pareció reconocerlo. Abrió algo más los ojos y los fijó en los suyos.

—¿Me recuerdas, amigo, tienes memoria? —murmuró Zumel—. Cuando maté a tu madre, te recogí de la lobera y te tuve en mis manos. Quería conocer el tacto de un lobo. Eras suave como la brisa de la tarde, vestido de tu manto pardo oscuro, el pelo

brillante y sedoso. Maté a tus hermanos de camada y a ti te dejé vivir. Todavía no sé por qué. Quizá solamente porque había percibido los palpitos de tu corazón asustado y porque adivinaba en tu mirada esa frialdad de cuchillo que ahora tiene. Te llevé a mi cueva, cerca del arroyo, y te encerré en una jaula. No se lo dije a nadie. Durante dos semanas te alimenté con leche de oveja y carne masticada por mi boca. Luego te abandoné en lo más profundo del bosque. Durante un tiempo me atormentó la duda de que pudieras sobrevivir sin una madre que te protegiera y te enseñara a cazar. Ya veo que te bastó la memoria de la sangre.

Zumel permaneció largo rato al lado del lobo. Vio extinguirse su último hálito de vida, el fuego que lentamente se apagaba en aquellos ojos amarillos penetrantes y crueles. No encontró gloria en la vejez y en la muerte. Cuánto mejor para el lobo si hubiera muerto cosido a lanzadas, la sangre caliente y tumultuosa escapando por las heridas, terrible y noble, el corazón palpitante, repartiendo dentelladas en el cénit de su fuerza y de su vigor, en el fértil bosque, rodeado de vida minuciosa y de verde potencia.

Aguardó junto al lobo. Acompañó su agonía hasta que se apagó el último brillo de los ojos y se cuajó sobre ellos, apenas entreabiertos, la película opaca de la muerte.

Caía ya la noche. El guerrero regresó por los familiares senderos y recuperó su ropa.

Antes de abandonar el bosque se lavó a conciencia, frotándose con arena, en una poza del arroyo. Después enderezó sus pasos al poblado.

En el valle, los hortelanos se habían recogido. Brillaban luces en algunas chozas. Zumel se dirigió a la de Belasia. La besó largamente en presencia de Aspar.

—¿De dónde vienes? —inquirió ella percibiendo la mudanza—. ¿Qué te ha ocurrido?

—He visto morir al lobo rey.

—¡Has matado a otro lobo rey! —exclamó Aspar exultante—. ¡Dos lobos rey para el mismo guerrero!

—No, Aspar, no lo he matado —aclaró Zumel alborotándole el pelo con un gesto cariñoso—. Sólo lo he visto morir. Era enorme, largo como un ramal, puro pellejo y huesos. Moría de viejo, comido de sarna y de gusanos. Un hurón le había devorado ya los ijares. La cruel Atacina nos da la gloria y nos prolonga la vida para humillarnos con la enfadosa vejez. He venido a despedirme porque voy a emprender un largo viaje del que no estoy seguro de regresar.

Iba a replicar Belasia, pero Zumel la contuvo con un gesto.

Zumel durmió aquella noche abrazado a la mujer que amaba. Ella veló su sueño. Se había vuelto hacia la pared y fingía dormir para que el hombre no percibiera su llanto silencioso.

# **LIBRO TERCERO**

## **En tierras del gran rey**



## Capítulo 35

El camino atravesaba los vados empedrados y serpeaba entre las colinas boscosas antes de descender en suave pendiente hasta el santuario que marca el territorio de los unibos. En la ladera baja, aterrazada con sucesivos muretes de contención, sobre los que se extendía el cementerio, se levantaba el potente pedestal del monumento funerario de Unibelos, el héroe que mató al lobo rey primigenio, antepasado común de los pueblos del río<sup>[9]</sup>. Los mercaderes y caminantes que transitaban por aquellos caminos estaban obligados a realizar una ofrenda a la memoria del héroe.

Zumel se dirigió al fielato donde se pagaba el sacrificio. Tres guerreros viejos vestidos de harapos lanzaban las tabas sobre un tablero. Zumel entregó una moneda de bronce al que parecía el jefe: su ofrenda al santuario y su prueba de respeto por el linaje de Unibelos.

—Tú no eres mercader, ni arriero —observó el guerrero—. ¿A que pueblo perteneces?

—A Zubión de Oretania. Soy pastor —respondió Zumel.

—¿No estás muy lejos de tu pueblo? —preguntó el hombre, receloso—. ¿Dónde has dejado tus ovejas?

—Vienen tiempos malos y me han dicho que en las minas de Mastia hay trabajo.

El unibo le observó la pálida cicatriz de la mejilla, el brazo fibroso y las fuertes muñecas.

—Sigue tu camino, guerrero —le dijo—. Sacrificaremos dos palomas, para que Unibelos te guarde.

Zumel atravesó el mercadillo, media docena de puestos y cobertizos donde mujeres desgreadas pregonaban su mercancía: sopas que atufaban a grasa rancia, morcillas ahumadas, buñuelos de miel, fíbulas de hierro, amuletos de Unibelos, ojos de Atacina y baratijas púnicas. Apestaban las basuras acumuladas detrás de los tenderetes. Había un banco corrido en el que almorzaban unos trajinantes. Los más delicados espantaban las moscas con panetas de crines. Zumel compró higos secos y harina de almorta.

Al pie del monumento se abría un espacio empedrado con altares. Media docena de grajos y estorninos que se disputaban los restos ennegrecidos de los sacrificios elevaron el vuelo a su paso.

El enfoscado rojo del zócalo de piedra estaba un tanto desvaído por la lluvia. Zumel ascendió por la angosta escalera hasta una plataforma desde la que se dominaban los vados y las suaves colinas que cerraban el valle. Una fina escultura coloreada representaba al héroe Unibelos en actitud de desenfundar su falcata para acometer al lobo en presencia de su hijo. En los extremos de la terraza, dos parejas de león y grifo, los protectores del linaje del héroe, vigilaban el valle.

Zumel recordó las palabras de Nomandros, el médico griego, en la plaza

porticada de Selinunte:

—Los héroes se esculpen en piedra imperecedera para escapar de la muerte, pero la piedra no retiene tampoco la memoria. Yo he visto ruinas de ciudades más grandes que Atenas cuyo nombre se había borrado de la memoria de los hombres. Bajo la ardiente arena del desierto, bajo los mares habitados de peces hay palacios y murallas. Algún día los caminantes vagarán por esta ágora, entre columnas abatidas, sobre agujeros habitados de lagartos, y pensarán, como nosotros, que pueden burlar al destino. Eso nadie lo consigue; ni siquiera Cartago, con toda su grandeza, prevalecerá. Un día existió una gran ciudad, la mayor de todas, Troya, y ahora ni siquiera sabemos dónde estaba, sólo nos resta su nombre en las canciones de los bardos.

El viajero prosiguió su camino por la vía de Levante. A veces se cruzaba con recuas de arrieros y trajinantes mastienos. Cuando alcanzaba a otros viajeros les devolvía el gesto de la paz y apretaba el paso por excusar conversación. No le apetecía explicar a nadie, ni siquiera a él mismo, por qué se había puesto en camino cuando en Zubión hubiera podido llevar una existencia apacible, honrado por los suyos y respetado por los extraños.

Nueve días después de su partida Zumel llegó a una encrucijada de caminos en la que había un albergue decente con sus cuadras y cocinas atendidas por guisanderas. Una mujer y dos niñas harapientas dejaron de machacar esparto a la puerta de su vivienda para observar al forastero. Expuestos sobre los muros carcomidos de la choza Zumel reconoció las hombreras acolchadas de lino basto relleno de borra prensada para reforzar los perpuntes de los guerreros. Recordó un lejano comentario de Nomandros: «Por todas partes la industria de la muerte». ¿Por qué no había permanecido en Zubión, al lado de las personas que amaba? ¿Qué veneno le turbaba el alma para arrastrarlo de nuevo a los caminos, solo, desventurado y perdido, cuando ya los verdores de la juventud habían huido de él?

Apartó los sombríos pensamientos y se acercó al tenderete de un cocinero. Hambriento y cansado de la caminata, solicitó una taza de sopa de sangre y cebolla. Sentado en un poyo, aderezó la sopa con un chorro de vinagre, le desmenuzó un mendrugo hasta formar una gachuela líquida y la saboreó a pequeños sorbos mientras contemplaba con distante interés el trajín de mulas y equipajes que lo rodeaba.

El sol comenzaba a descender sobre la línea del horizonte y el cielo se teñía de rojo.

Un gordo con la calva tostada por el sol se plantó ante él.

—Te saludo, forastero. ¿Te interesa la ganancia?

Le hablaba en su familiar dialecto oretano matizado por un fuerte acento púnico.

Zumel levantó la mirada hasta la papada del fenicio y continuó rebañando el pocillo de grasa que había quedado en el fondo de la taza.

El gordo lo tasaba con interés. Aquel vagabundo oretano carecía de la imponente presencia de otros guerreros, pero su catadura correspondía al tipo correoso y pobre

que andaba buscando.

—Necesito un buen luchador para unos juegos funerarios. Una mera exhibición para gente rústica, nada peligroso. Se darán por satisfechos con que te inflijan algún corte superficial. La bolsa es de cinco monedas de oro.

—¿Quién te ha dicho que soy luchador? —le espetó Zumel.

El gordo rio de buena gana con una risa cansina parecida a un jadeo. Le temblaban la papada y el abultado vientre.

—¡Lo llevas escrito en la cara, hombre! ¡Esa cicatriz! Un oretano por estos caminos, sin mercancías que vender, con unas abarcas desgastadas, sin dinero para un asno, ¿adónde va? A embarcarse para la guerra griega: se deduce fácilmente.

Zumel se encogió de hombros. El fenicio miró alrededor, arrastró una banqueta y se sentó al lado del mercenario. Batió palmas con sus manos carnosas y llamó a una niña que deambulaba entre los viajeros con un pellejo de cerveza que abultaba más que ella.

—Un jarro de cerveza espesa —le ordenó colocándole una pieza de cobre sobre la palma de la mano.

El fenicio vertió la mitad de la bebida en la taza de Zumel y apuró el resto de un solo trago. Se enjugó la boca con el dorso de la mano.

—Será un trabajo fácil —lo animó—. Un simulacro de combate para la familia del difunto. Son comerciantes de esparto. Gente rica que no entiende de pelea. Sólo quieren que se derrame un poco de sangre para honrar el ánima del difunto.

Zumel no había tocado la cerveza.

—Estoy retirado. No me interesa.

—¡Qué lástima! —se lamentó el lanista.

Pareció desentenderse del viajero para concentrarse en la hermosa puesta de sol.

Zumel había pensado trabajar en Mastia durante un tiempo para pagarse el pasaje. Si aceptaba aquellas monedas podría embarcar inmediatamente, sin pérdida de tiempo. Suponiendo que sobreviviera, claro.

—Es a muerte, ¿verdad? —inquirió.

El gordo lo miró con expresión sorprendida. Chascó dos dedos para llamar a la niña y pedirle más cerveza.

—Ya te digo que no será necesario que muera nadie —respondió—. Los contratantes son gente sencilla y pacífica. Sólo una exhibición vistosa y algo de sangre superficial que excite a los deudos. Un duelo de rutina. Allí entienden poco.

—¿A cuánto dijiste que ascendía la bolsa?

—Cinco piezas de oro.

Zumel hizo sus cuentas. En Sicilia sería poco por un juego funerario; en Cartago, una miseria, pero en Iberia las tarifas eran distintas.

—¿Individual?

—Sí. Tu oponente sería un tingitano de veintiocho años, sin demasiada experiencia. Falcata y escudo. Estaréis igualados.

—Está bien.

—¿Tienes falcata?

—La llevo en el zurrón.

Llegó la niña con la cerveza, derramaron en tierra la parte de Corión y bebieron en silencio como dos antiguos socios.

Cuando amaneció se pusieron en camino. El lanista delante, en una burra aparejada que abultaba menos que él, detrás Zumel en un mulo y por último tres esclavos a pie llevando de reata cinco mulas con el fardaje.

Después de dos horas de camino por un paisaje agreste y boscoso llegaron a una rastrojera en la que pastaban muchas ovejas. Dejaron atrás Thika, un poblado de cierta importancia encerrado en sus muros bajos de tierra tras los que humeaban los fogones de los ceramistas. Las canteras devolvían el lúgubre eco de un cuerno funerario.

—Será mejor que no entremos en el poblado —propuso el lanista—. Vayamos directamente a la palestra. Allí se está mejor, al lado de la fuente, en la sombra del bosque.

Zumel se encogió de hombros.

Todavía caminaron media hora por un arrecife empedrado antes de distinguir, a lo lejos, una torre blanca que espejeaba al sol del mediodía.

—Aquél es el cementerio donde se celebra el funeral —señaló el lanista—. La torre que ves es la tumba preparada para el difunto. Era un hombre inmensamente rico que se ha querido sepultar como un príncipe.

Una doble hilera de tumbas modestas<sup>[10]</sup>, algunas un mero montículo de tierra con una losa enjalbegada en la cabecera, franqueaba el camino que conducía a la parte más noble de la necrópolis. Había una era empedrada en torno a un silencioso manantial que apenas alimentaba un regadío de agua perdido entre los juncos. En la era varios hombres acumulaban leña seca dentro de un almacén de troncos dispuestos como una parrilla.

—Ya lo ves: una pira digna de un sufeta —comentó el fenicio.

El criado viejo que dirigía la cuadrilla comentó algo a sus operarios y éstos se volvieron para observar al lanista y a su acompañante.

El fenicio desvió su camino para evitar la conversación con los trabajadores. No quería que un comentario inoportuno asustara a su luchador.

—Te mostraré la torre funeraria —le indicó a Zumel tomándolo levemente por el brazo.

Le satisfizo notar lo duro como una piedra. Sin duda les ofrecería una buena tarde si su oponente no lo despachaba demasiado pronto.

Al otro lado de la era se extendía hasta un centenar de nuevas tumbas, marcadas con columnas rematadas por esculturas de lobos, leones o grifos, todas mirando a la salida del sol.

—Esta es la parte de los régulos —explicó el fenicio—. Cada columna muestra la

estatura del difunto, al menos eso aseguran.

En un extremo se alzaba la torre funeraria. La habían encalado recientemente y brillaba al sol hiriente del mediodía.

Sentado en el podio, a la sombra de la torre, había un guardia viejo y enjuto, vestido con un faldellín ceremonial blanco con su cenefa roja, la cabeza cubierta de ceniza.

—Te saludo.

El viejo miró apenas a los recién llegados, levantó una mano con desmayo y volvió a ensimismarse.

Los dos hombres rodearon la torre. Las esquinas estaban adornadas con bultos de piedra que representaban cabezas de lobo o de león mostrando los amenazantes colmillos. Zumel rodeó el mausoleo para observar los relieves: una pareja copulando de pie; un monstruo bicéfalo de vaga forma humana sentado a la mesa de un banquete; un forzado que arrastraba un árbol frondoso con las ramas llenas de pájaros y peces...

—El difunto se llama Antobanen —explicó el lanista—. Aquí están enterradas las cenizas de su ilustre antepasado, el fundador de la dinastía, del que se cuenta que mató a un dragón de tres cabezas que escupía veneno. El dragón derrotado se subió a un árbol portentoso, pero el héroe taló el árbol y arrancó el corazón de la bestia. Entonces descendió del cielo la diosa del amor y se apareó con el vencedor. De ella descende la dinastía. Todo está explicado en los relieves.

Al otro lado del cementerio, a la orilla del bosque, otra cuadrilla de operarios preparaba las marmitas, los espetos y las viandas que se consumirían en el banquete ritual. Dos jabalíes y un buey abiertos en canal y ennegrecidos por un enjambre de moscas e insectos se oreaban colgados de sendas vigas. Un carro cargado de ánforas de vino aguardaba a la fresca sombra de una encina.

El lanista lo observaba todo con anticipada gula.

—Vamos a saludar al mayordomo y que nos dé algo de comer —propuso y echó a andar.

Zumel lo siguió.

En las improvisadas cocinas, dos esclavos sentados en cestas de mimbre invertidas lagrimeaban picando una caldera de cebolla.

—Fíjate que hasta los esclavos lo lloran —comentó el fenicio—. ¡El finado era un padre para su gente! —Apoyó la mano en el hombro de uno de los pinches y le preguntó—: ¿Por dónde anda el mayordomo?

—Se fue por pan —respondió el pinche sorbiéndose los mocos—. Si no lo retienen en la taberna, ya debe de estar al caer.

Aguardaron un rato sentados en un tronco, hasta que vieron aproximarse a un anciano montado en una burra. Lo seguían dos esclavos con cinco mulas cargadas con serones de pan.

El mayordomo era flaco como el alambre y se protegía la bruñida calva con un

sombrero de paja. Se apeó de la burra con más agilidad de la que su edad permitía suponer y abrazó al gordo.

—¡Cómo me alegro de verte, viejo amigo! —le dijo el lanista.

—Me alegro de verte, craso Altabal —respondió el mayordomo—. ¿Todo marcha bien?

—¡De maravilla! —Zumel captó el guiño cómplice con el que el fenicio le devolvía el saludo a su compadre—. Este luchador se llama Zumel —lo presentó—. Es un hombre que tiene larga experiencia en el combate y es experto en toda clase de luchas. Vence en todos los juegos funerarios en los que actúa. Ya ves que no he reparado en gastos. Te traigo lo mejor de lo mejor para que la ilustre familia del difunto tenga un buen espectáculo. ¿Tenéis a vuestro campeón?

—Querrás decir al tuyo —corrigió el mayordomo con una sonrisa sardónica. El fenicio suspiró incómodo. El otro captó el mensaje—. Sí, llegó anoche. Ahora está en el bosque cumpliendo sus ritos, según creo. —Miró a los esclavos que aguardaban con el pan—. Ahora debéis disculparme. Debo disponerlo todo porque estos holgazanes carecen de iniciativa.

El fenicio carraspeó.

—Acabamos de llegar... en ayunas —informó.

—¡Eso no se puede consentir, Altabal! Dispondré que os den de comer.

Hizo una leve inclinación a guisa de despedida y prosiguió su camino con la burra de reata.

El lanista se volvió hacia Zumel.

—Los juegos serán una hora antes de ponerse el sol —dijo—. Será mejor que comamos enseguida para que te dé tiempo a hacer la digestión.

En las cocinas les entregaron un dornillo de salchichas cocidas y tajadas de cerdo adobadas con sangre y vinagre, un pan caliente y un odre de cerveza melada. El fenicio y Zumel se apartaron al lindero del bosque y almorzaron en silencio, bebiendo por turnos.

Cuando terminaron, el fenicio entregó las sobras a sus esclavos y les habló en galo.

—Ahora voy a sestear. Vigíladme estrechamente a éste no sea que se acojone, y quiera escapar. No conviene que vea a Sidón hasta que se encuentren en la palestra. Si ese bestiajo se acerca por aquí le decís que se largue.

Zumel entendía la lengua de los galos. Comprendió la maniobra del lanista fenicio y se explicó el guiño furtivo con que había saludado al mayordomo. Su negocio consistía en enfrentar a un desgraciado codicioso con su campeón experimentado para que lo asesinara en lugar de infligirle la herida superficial acordada. De este modo percibía de la parte contratante la indemnización por muerte de un luchador formado en su escuela al tiempo que se ahorraba el pago prometido al difunto. Además se quedaba con sus pertenencias, si valían algo.

—Duerme un poco que te vendrá bien —le recomendó a Zumel.

Zumel lo miró fijamente.

—Lo he pensado mejor y creo que un finado tan importante como el que vamos a honrar se merece un combate a muerte.

El lanista pareció desconcertado no tanto por las palabras como por la mirada del ibero.

—¿Qué quieres decir?

—Que en lugar de cinco monedas de oro por recibir una herida superficial quiero el doble si mato a tu campeón.

—¿Mi campeón? ¿Qué campeón? —preguntó el fenicio fingiéndose perplejo.

—El que tienes oculto en el bosque. El que tiene que despedazarme en la palestra. Si me mata te sale gratis, pero si lo mato cobraré diez monedas de oro. Ese es el trato o me largo inmediatamente y te buscas a otro idiota.

El fenicio suspiró profundamente.

—Vale: diez monedas si acabas con él. Pero te advierto que no tenía por qué morir nadie. Lo acordado era un poco de sangre y nada más.

Zumel se desentendió del lanista y se alejó hacia la linde del bosque, seguido a cierta distancia por los esclavos.

Más tarde informarían al fenicio de que el ibero se había pasado la tarde afilando su falcata con una técnica desconocida para ellos que los llevó a sospechar si no estaría loco. En lugar de repasar el filo con una piedra de amolar lo trabajaba con golpecitos de martillo.

Comenzaron a llegar los asistentes al funeral, unos a caballo, otros en asno o en mulo, todos vestidos de ceremonia, cada cual seguido de sus criados a pie. Algunos patrones de la comarca, aliados del difunto, levantaron sus ricas tiendas en medio de la llanura.

A la hora convenida salió del pueblo la comitiva funeraria, precedida por un grupo de músicos que entonaban una lúgubre y repetitiva melodía al son de panderos, flautas y tubas. Habían dispuesto el cadáver sobre unas parihuelas rojas que portaban por turno sus clientes y deudos. La contenida actitud de los hombres contrastaba vivamente con la de la docena de plañideras que los seguían profiriendo gañidos lastimeros al tiempo que levantaban las manos al cielo, se mesaban los cabellos o se arañaban el pecho y las mejillas hasta que les brotaba la sangre. Detrás de las plañideras marchaban la viuda, las hijas y las nueras del difunto en apretado grupo, todas cubiertas de tocas blancas, seguidas de sus criadas igualmente llorosas.

Sonó un cuerno. Al ronco sonido, la muchedumbre dispersa por el llano se arremolinó en torno a la era, en cuyo centro se elevaba la pira. La ceremonia de colocar al difunto sobre la leña seca, con ayuda de pértigas y escaleras de mano, se demoró un buen rato. Los sacerdotes le arreglaron la mortaja, dispusieron sus armas alrededor y pronunciaron las fórmulas sagradas.

En aquel momento un esclavo del lanista se acercó a su amo y le comunicó algo al oído.

El lanista miró al Zumel.

—Llegó el momento. Tu oponente te espera en la palestra. Gánate esas diez monedas.

Zumel y el lanista se abrieron paso entre la muchedumbre congregada. Guerreros armados de lanzas y escudos largos formaban una barrera en torno a la plaza y al palio de lienzo que acogía a la familia doliente y a los invitados distinguidos.

Los guardias que mantenían despejada la palestra se apartaron respetuosamente al paso de un hombre gigantesco, que les sacaba más de una cabeza a los más altos. La algarabía de las conversaciones se silenció de repente. El gigante se detuvo en el centro de la plaza y descargó en tierra el macuto de cuero en el que portaba las armas. Tras lanzar una mirada desafiante alrededor, buscando a su oponente, se quitó por la cabeza la túnica parda y lució la portentosa musculatura de su cuerpo desnudo y tatuado, que la muchedumbre acogió con un murmullo de admiración. Las mujeres miraban con disimulo el sexo gigantesco que le colgaba entre los muslos como una liebre muerta; los hombros, sus enormes bíceps, sus abultados pectorales, su amplia espalda triangular sostenida por la breve cintura, el relieve de sus venas y tendones, sus manos grandes como palas.

Ajeno a la expectación que creaba, el gigante sacó un frasco del hatillo y se frotó el cuerpo con abundante aceite. Después se recogió en una coleta las espesas crines y enjugó la grasa de las manos desmenuzando entre ellas un terrón de arcilla.

La aparición de Zumel concitó menos entusiasmo. Incluso decepcionó. Como guerrero no parecía gran cosa. Ya no era joven y no parecía especialmente fuerte. Dejó su hatillo en tierra nada más atravesar el círculo de guardias, como si no se atreviera a avanzar más, y se despojó, a su vez, de la túnica dejando al descubierto un cuerpo fibroso y delgado, con algo de vello en el pecho y en los hombros, en el que azuleaban media docena de viejas cicatrices que podrían confundirse con marcas de látigo.

El lanista salió al centro de la palestra e indicó displicentemente al gigante que se situara junto a los guardias. A una señal del mayordomo de la familia doliente sonó una tuba de barro que acalló las conversaciones. El lanista se dirigió al jefe del clan y heredero del difunto, un muchacho cetrino que ocupaba la presidencia y se esforzaba por aparentar una gravedad de la que, debido a su juventud, todavía carecía.

—Noble señor. El espectro de tu padre, que fue un gran guerrero, reclama la sangre de estos dos hombres bravos. No he escatimado esfuerzos para traerte dos guerreros que, cada cual en su clase, son invictos. El gigante que ves a mi derecha se llama Sidón y ha participado en más de cien combates en los que ha matado a otros tantos hombres que ya eran famosos por su fiereza y destreza. Es capaz de desnucar a un buey de un puñetazo y lanza un venablo treinta pasos más lejos que el guerrero más fornido. Sin embargo esta lucha está más equilibrada de lo que parece porque este otro guerrero, aunque no tan aventajado en estatura, no es menos hábil y fiero. Se llama Tiro y, como puedes comprobar por las marcas de su piel, lleva una vida



aceptando desafíos y destripando a los guerreros que han intentado medirse con él. Ignoro en manos de cuál de ellos estará la victoria. Se los encomiendo a Corión, vuestro dios de la guerra, y que él decida. ¿Deseas, noble señor, que muera uno o simplemente que el combate dure hasta que se derrame abundante la sangre y el derrotado solicite clemencia?

El interpelado miró a su madre, la llorosa viuda que permanecía sentada a su lado, en un escalón más bajo. Ella asintió con la cabeza.

—El combate debe ser a muerte —advirtió el muchacho abroncando la voz para hacerla parecer más adulta.

El mayordomo enteco, que permanecía de pie al lado del mozalbete, descruzó los brazos para mostrar fugazmente la bolsa de cuero que llevaba prevenida. El fenicio asintió con una leve sonrisa.

—Sea pues —dijo volviéndose hacia el gigante—. ¡El combate será a muerte!

Un clamor entusiasta se elevó de la muchedumbre, pero un nuevo toque de cuerno lo cortó al instante recordando a los asistentes que debían observar la gravedad que exigen los ritos funerarios.

Los combatientes requirieron sus armas. El gigante embrazó un escudo celta largo, guarnecido en el centro con una espiga de hierro en forma de serpiente; Zumel echó mano de su *caetra* redonda, de poco más de un palmo de diámetro, que sacó de su funda de cuero. Como era de esperar, la espada del gigante era más larga y más ancha que la de Zumel.

Los dos guerreros adoptaron la posición de alerta, piernas separadas, espalda ligeramente encorvada, brazos abiertos con el arma apuntando al adversario. En la posición inicial tenían partido el sol, pero antes de atacar, el gigante maniobró lentamente para ponerlo a su espalda y permitir que deslumbrara a su adversario. Zumel, que esperaba ese movimiento, en lugar de girar en sentido opuesto para mantener las distancias, se mantuvo donde estaba.

—Está tan aterrorizado que no acierta a moverse —oyó comentar a su espalda.

Todo ocurrió en un instante. Antes de que el gigante afirmara su posición, Zumel se arrancó contra él y cuando, sorprendido, levantaba apenas el escudo para frenar la embestida, se lanzó en plancha al suelo a la distancia justa y le segó los dos pies de un tajo. El gigante emitió un ronco aullido de sorpresa y dolor. Se miró los pies. Desconcertado, intentó dar un paso, pero los pies quedaron donde estaban mientras las piernas seccionadas por los tobillos resbalaban sobre las piedras sin acertar a sostenerlo. Se desplomó de bruces al tiempo que dos potentes chorros de sangre brotaban de los muñones, rebotaban en las losas y salpicaban a los espectadores más cercanos.

Una exclamación de horror se elevó de la multitud. Los que estaban sentados se levantaron ajenos a las protestas de los de atrás, que no querían perder detalle.

Zumel apartó de una patada la enorme espada del caído, le introdujo la falcata bajo el cuello y lo degolló.

La multitud permaneció en silencio, inmóvil, fascinada, hasta que las tres fuentes de sangre se extinguieron.

A una señal del lanista sus esclavos terciaron el cadáver del gigante sobre una mula y lo transportaron a un pudridero cercano.

Zumel limpió la hoja de su falcata con un puñado de hierba seca, la enfundó y la devolvió al zurrón. Saludó respetuoso a la tribuna de los dolientes y abandonó la palestra seguido del lanista fenicio.

—Nos has dejado sin espectáculo —le reprochó amargamente cuando se alejaron de la multitud.

—He matado a mi oponente, ¿no? —replicó Zumel.

—Sí, pero en un instante. Ha sido visto y no visto.

—Si querías espectáculo me lo deberías haber advertido.

Detrás sonaron flautas y panderos. Coros de hombres y mujeres unidos por las manos bailaban danzas funerarias al son de la flauta en torno a una hoguera para honrar la memoria del difunto. Más lejos, un rapsoda ciego cantaba sus hazañas y las de su estirpe rodeado de los ancianos que debido a su edad y achaques no podían bailar.

Los cocineros habían dispuesto una fila de calderos humeantes para el banquete.

El lanista y Zumel llenaron sus dornajos de tajadas de cerdo y puré de garbanzos. Sentados en la linde del bosque comieron como dos viejos camaradas.

—En seis meses que Sidón llevaba conmigo jamás lo habían vencido —confesó el lanista—. ¿Cómo sabías que lo ibas a dominar tan fácilmente?

—Porque ayer, antes de que me abordaras en el mercado de la sal, te había visto merodeando con él. Después viniste a hablarme y él había desaparecido. Deduje que era tu luchador.

Rio el lanista de buena gana de la astucia del forastero.

—No has respondido a mi pregunta —señaló—. ¿Cómo sabías que lo ibas a vencer tan fácilmente?

—Demasiadas carnes, demasiado alto, tenía el cuello más ancho que la cabeza. Esos sólo cuidan las alturas y cuando les entras por abajo están perdidos. Al próximo que busques cómprale unas grebas por lo menos. —Extendió la mano en un gesto perentorio—. Mi dinero.

El lanista emitió un profundo suspiro. Llevaba al cuello, dentro de la túnica, una bolsita de tela sudada. La desprendió del cordón, la abrió y depositó en la mano de Zumel, una a una, las diez monedas prometidas. No le dolían tanto como la pérdida de su campeón.

Zumel guardó las monedas, terminó su comida en silencio y se dispuso a partir.

—¿No te quedas para el banquete nocturno? —se extrañó el fenicio—. Seguramente habrá alguna dama que se haya fijado en ti. A las mujeres les gustan los vencedores.

Zumel sacudió la cabeza.

—Me voy.

El lanista intentó retenerlo.

—A mi lado ganarías mucho dinero. Conozco a mucha gente. Los príncipes locales son cada vez más poderosos; los padrinos rivalizan por organizar juegos funerarios que superen a los de sus rivales, todos aspiran a erigirse en tiranos y a sepultar a su antepasado más ilustre en una tumba ostentosa que pregone su poder o sus hazañas. Tú lo sabes mejor que yo: gastan fortunas en imitar cualquier costumbre griega. La coyuntura no puede ser mejor. Un buen luchador que tenga un padrino con los necesarios contactos puede enriquecerse en poco tiempo participando en funerales con sangre. Mejor que enrolarte en un regimiento y someterte a la cruel fortuna que puede llegar en una piedra o en una flecha emponzoñada. Además están las epidemias que diezman a los ejércitos. En las guerras mueren muchos mercenarios. De los que sobreviven, pocos escapan a la pobreza. Yo te ofrezco una alternativa mucho mejor, sin necesidad de ir tan lejos. No tendrás que embarcarte ni cruzar el mar...

Iba a continuar, pero Zumel levantó una mano.

—No insistas. Ya conozco las guerras griegas y sé lo que es navegar. No es que vaya a ellas: es que regreso.

El fenicio asintió.

—En fin, te deseo fortuna. Si cambias de idea, búscame. Que Tanit ilumine tu camino.

Caía la noche y la hoguera funeraria se estaba extinguiendo. Pronto la llanura se llenaría de sombras y de peligros para un hombre solo que llevaba consigo diez monedas de oro.

Zumel se internó en el bosque y caminó toda la noche guiándose por las estrellas y por los líquenes de los árboles muertos. Al amanecer encontró un arroyo, bebió agua abundante y se encaramó a la cruz de un árbol para dormir a salvo.

Al día siguiente enfiló el camino de Levante sin abandonar el bosque por trochas de jabalí. Al atardecer salió a campo abierto por un cerro matorral y armó tres trampas. Aguardó, lejos, a la sombra de una encina. Aquella noche cenó conejo asado bajo una lumbre. Con el hambre apaciguada durmió en la horquilla de una encina. El resto del camino lo hizo en compañía de trajinantes mastienos y de enfermos que acudían a las aguas del santuario de Atacina, cerca del pueblo de Ello. En el santuario se mezcló entre los agüistas y curioseó por los talleres donde se esculpían imágenes de la diosa y por las tiendas de exvotos y esculturas. Cenó y pernoctó en uno de los albergues de la calzada.

## Capítulo 36

Cinco días después entró en Mastia y recorrió de nuevo las animadas avenidas del puerto. A la hora de almorzar se acomodó en el establecimiento que le pareció menos malo y solicitó el rancho del día. La camarera gorda y coja que atendía cogió una escudilla que acababa de usar otro parroquiano, la limpió sucintamente sumergiéndola en una artesa de agua sucia y descargó sobre ella un humeante cazo de habas secas con hueso de jamón, salchichas y picante, el guiso nacional que los mastienos llaman michirones.

El mesonero dio unas palmadas solicitando atención a la distinguida clientela. Nadie le hizo caso. En vista del escaso éxito obtenido se encogió de hombros.

—Ya puedes empezar —le indicó a un flautista lampiño que aguardaba el momento de demostrar su arte.

El músico tocó su instrumento con singular habilidad, una melodía tan sugerente que muchos dejaron de hablar para atenderle e incluso sisearon imponiendo silencio a los que continuaban alborotando.

Se apartó la cortina que conducía a la trastienda y apareció en el umbral una danzarina joven y bella con los ojos maquillados de azul y negro, los párpados de rojo y los pezones de púrpura. La única prenda que celaba la completa manifestación de su hermosura era un cordón púbico que dejaba adivinar su entrepierna rasurada, a usanza egipcia.

Zumel durmió con ella aquella noche. A la mañana siguiente se detuvo ante una nave redonda que lucía en el palo mayor el *supparum* de la Balanza, la compañía comercial cartaginesa que controlaba el comercio de los metales. La nave, recién calafateada, parecía nueva, con su ojo azul en la proa.

—¿Adónde se dirige la nave? —le preguntó a uno de los porteadores que cargaban fardos.

—A Agde y después a Massalia, en la tierra de los ligures —respondió—. Zarpa en cuanto amanezca.

—¿Y el capitán?

El interpelado señaló a un tipo enorme sentado en la terraza de un tugurio. Los estaba mirando.

—Aquel que deglute salchichas debajo del toldo.

Zumel se le acercó.

—Salud. Busco una combinación para ir a Grecia.

El marino se tomó su tiempo para masticar el bolo de la boca. Lo tragó sin prisas, bebió un trago largo del dornajo de cerveza que tenía delante, se enjugó la boca con el reverso de la manga y preguntó:

—A Grecia, ¿eh?

Zumel asintió.

—¿Tienes con qué pagar el pasaje?

—Tengo.

—Yo sólo te puedo llevar a Massalia. Y tendrás que dormir en cubierta, con los caberos.

—Está bien.

Ajustaron el precio.

La travesía hasta Massalia, con viento favorable y varias escalas intermedias, duró nueve días. Massalia era una ciudad tan populosa como las de Sicilia. En el albergue del puerto, Zumel preguntó a un agente de fletes por un colega suyo siciliano que años atrás transportaba las tropas de Himilcón.

—¿Likinos, dices? —respondió su interlocutor—. Sí, claro que me acuerdo de él: un buen hombre prudente y sabio. Murió hace un par de años.

—Lamento oírlo —confesó Zumel—. Ya que no puedo dirigirme a él, quizá tú me puedas orientar. Busco un pasaje para Grecia.

—Grecia es grande. ¿A qué ciudad?

—Esparta, creo. En realidad quiero unirme al general Potasio. Ya estuve a su servicio hace años.

—El general de los mercenarios, ¿eh? Lo conozco —dijo el agente—. Antes de dedicarme a esto estuve al servicio de un geógrafo que le confeccionaba itinerarios. Me temo que has hecho el viaje en balde.

Por un momento, Zumel concibió la esperanza de que Potasio hubiera muerto.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Porque ya no está en Grecia.

—Pues ¿dónde está?

—Tengo entendido que se fue a servir al Gran Rey con la gente de Peleo. ¿Has oído hablar del Gran Rey?

En Sicilia y en Cartago mucha gente hablaba del Gran Rey.

—Me suena —dijo Zumel—. ¿No rige un reino más allá de Grecia?

Su interlocutor sonrió con suficiencia.

—¡Un reino es decir poco, amigo! ¡Ese hombre domina cien reinos, a cual más poderoso y rico! Si agrupáramos las tierras de los griegos, los púnicos, los celtas y los iberos y las comparáramos con las del Gran Rey, seríamos como mosquitos en el lomo de un elefante. Sus territorios se extienden desde las montañas hiperbóreas cubiertas de hielos sobre las que jamás luce el sol, hasta los arenales líbicos donde las piedras arden y estallan a causa del intenso calor. Todo el mundo que conocemos, este mar nuestro que soporta el comercio de los griegos y de los púnicos y a menudo presencia sus rencillas y sus guerras, no es más que un fleco despreciable si lo comparas con los dominios del Gran Rey. Este mar, tan inmenso como te parece, no es más una charca infecta comparado con los mares que el mundo encierra. El Gran Rey domina un imperio inmenso que tardarás meses y aun años en atravesar.

Zumel no se mostró impresionado.

—Bueno. ¿Conoces o no el camino de las tierras del Gran Rey? —preguntó al

agente.

—¿No lo he de conocer? Primero has de atravesar el mar de Cartago hasta más allá de Grecia, en las antiguas colonias de Asia, Lidia, Frigia o Cilicia. Allí hay una calzada de piedra que arranca de Sardes, la capital de Lidia, y cruza todo el Imperio del Gran Rey hasta terminar no se sabe dónde, quizá en Sindu, en el país de la seda y de los grifos. Eso es lo que se dice. Nunca he conocido a nadie que recorriera todo el trayecto.

Una semana después, Zumel zarpó a bordo del navío *La Golondrina Dorada* que transportaba una carga de mineral y ámbar del Ródano a las ciudades griegas. En Corinto preguntó por el médico Nomandros, que era de allí, con la esperanza de que lo orientara sobre el paradero de Potasio.

—¿Conoces a Nomandros? —se extrañó un médico al que interrogó en el templo de Esculapio—. Era de aquí, en efecto, pero lleva toda la vida fuera, desterrado por un delito que cometió en su juventud. Como es tan orgulloso, no ha querido acogerse al indulto del Senado. Ahora ejerce entre los peregrinos de Éfeso, en Lidia.

Después de un mes de navegación, con escalas en diversos puertos para descargar o embarcar mercancías, el navío atracó en el populoso puerto de Panormo, en la costa lidia.

El lugar hervía de actividad. Allí confluían con sus mercaderías representantes de los más variados pueblos de la Tierra: jonios, tracios, ilirios, carios, sirios, judíos... Incluso arqueros escitas, tocados de gorros cónicos bordados en vivos colores, que el Senado de la ciudad empleaba en la vigilancia y policía del fondeadero.

La variopinta multitud hormigueaba por la inmensa explanada del puerto. Vendedores ambulantes, con las mercaderías en enormes bandejas de mimbre sobre la cabeza, circulaban entre los corrillos ofreciendo las más variadas baratijas. Los minoristas de camarones y de salazón pregonaban su mercancía intentando sobreponerse a las estridentes trompetillas de los buñoleros. Los que voceaban roscas de piñones se paseaban con la mercancía colgando de un palo que balanceaba sobre las cabezas de la muchedumbre.

Un enjambre de comisionistas de tabernas, fondas y prostíbulos importunaban a los forasteros intentando arrastrarlos a su establecimiento. Dos de ellos se disputaron a Zumel, tirando cada uno de una manga.

—Vente conmigo, noble señor, que te llevaré a la mejor fonda de Panormo. Cama limpia, buen vino, hermosas muchachas impacientes por complacerte.

—Ni caso, amo —replicaba otro jalándolo por la otra manga—. No te dejes timar, que te llevará a un antro maloliente lleno de leprosos donde no pegarás ojo y nunca sabrás si fue por la dureza del catre o por las chinches. En cuanto a esas muchachas que te ofrece, yo las conozco bien porque son de la quinta de mi abuela: tienen la boca desdentada, el chocho pelado, los muslos escurridos y las tetas les llegan por debajo del ombligo.

—No te dejes enredar por este estafador marrullero o te arrepentirás toda tu vida

—replicó el otro—. Sus putas sí que son la hez de Asia, que tienen el coño tan dado de sí que te parecerá que la estás metiendo en un nido de babosas.

Zumel se desasíó y mostró su bolsa vacía a los que lo acosaban. Inmediatamente lo dejaron en paz. Se sonrió al confirmar que el único lenguaje universal era el dinero. Había gastado todos sus caudales en el viaje. No le quedaba ni para una miserable escudilla de sopa y, sin embargo, se sentía satisfecho. Inspiró profundamente para notar el aire de Asia en sus pulmones. El remordimiento que había soportado durante años había desaparecido. Se disponía a hacer lo que debía haber hecho en su momento y el convencimiento de estar en camino de recuperar su dignidad le infundía fuerza y optimismo.

No le resultó difícil incorporarse como uno más a una alegre y acogedora cofradía de rodios que peregrinaban al templo de Cibeles. Por el camino trabó conversación con uno de ellos.

—¿No has oído hablar de Éfeso? —le reprochó el desconocido—. ¿En qué mundo vives? Tiene el templo más extraordinario que puedas imaginar.

—Yo he visto los templos de Sicilia —apuntó Zumel con su pizca de orgullo.

—¡Ni punto de comparación! —exclamó su interlocutor—. No existe en el mundo un edificio más santo ni más hermoso. Es todo de mármol reluciente y tan enorme que sus constructores agotaron tres buenas canteras.

Cuando llegaron a Éfeso, Zumel comprendió que su compañero de peregrinación no exageraba. Era una ciudad tan rica o más que las sicilianas y el enorme templo destacaba blanco y reluciente sobre los demás edificios.

## Capítulo 37

—¿Nomandros? —repitió el vendedor de pistachos—. ¡Claro que lo conozco! ¿Quién no lo conoce? Es el médico personal de Tiribazo. ¿Sabes quién es Tiribazo?

Zumel negó con la cabeza.

—Acabo de desembarcar y vengo de lejos —se excusó.

—¿De tan lejos vienes que no has oído hablar de Tiribazo? Después del Gran Rey no hay nadie más ilustre en la faz de la Tierra. Es el sátrapa de Lidia. Ha pacificado el país que estaba en manos de bandidos y recaudadores y ha conseguido que el Gran Rey y las ciudades griegas depongan las armas y acuerden tratados beneficiosos para todos. Ahora reina la armonía en estas tierras gracias a él. Antes, todo eran guerras y trabajos. El médico Nomandros goza de su favor desde que le curó un flato nervioso que lo obligaba a eructar continuamente. Hoy se codea con los notables de Éfeso.

—Ése es el hombre que busco —dijo Zumel.

El pistachero observó su aspecto indigente.

—No creo que te atienda, hermano —objetó—. Picas demasiado alto.

—Lo intentaré de todos modos. ¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó Zumel.

—Vive en aquella colina. —Señaló a lo lejos—. Sigue esta avenida y llegarás. Allí hay varios palacios, pero el suyo no tiene pérdida: ninguno le gana en ostentación. Los médicos, sus colegas, lo llaman «la casa de putas del faraón».

Zumel se encaminó en la dirección indicada. La base de la colina estaba rodeada por una muralla tras la que despuntaba una tupida arboleda. La recorrió hasta dar con la entrada, una reja de gruesos barrotes tras la que dos fornidos esclavos dormitaban a la sombra. Zumel carraspeó con fuerza para llamar la atención. El guardia más gordo suspiró profundamente, se espantó una mosca que le rondaba la nariz y siguió durmiendo, pero su compañero enarcó una ceja y entreabrió un ojo.

—¡No queremos mendigos! —aulló—. ¡Largo de aquí!

—¿Es ésta la mansión de Nomandros, el médico? —inquirió Zumel.

—Lo es —dijo el forzudo cambiando de postura—. Y ahora, lárgate. Nadie te va a dar nada.

—Anúnciame a tu amo —insistió Zumel—. Soy amigo suyo.

El tracio des cruzó los brazos, se incorporó a medias y lo observó.

—¿Quieres que te propine una patada en el culo? —preguntó en tono amable—. ¿De dónde coño sales?

—Soy amigo de Nomandros.

—¡Y una mierda!

—Éramos uña y carne en Sicilia —informó Zumel—. Él será el que te despida de una patada en el culo si no me anuncias.

Todo el mundo sabía que Nomandros había sido médico militar en Sicilia. El tracio se rascó enérgicamente las greñas plagadas de piojos, mientras reconsideraba su actitud. Mejor transferir la responsabilidad a otro. Se volvió hacia la arboleda del



parque y voceó:

—Timón, ¿andas por ahí?

El tal Timón no respondía. El guardia soltó un bufido y fue a buscarlo. Pasado un buen rato regresó en compañía de un muchacho elegantemente ataviado con una túnica plisada que portaba al brazo una cestita de madroños. Había algo de femenino en su porte. «Es su hijo o su amante», se dijo Zumel, que conocía las variadas inclinaciones de Nomandros.

—Este tipo asegura conocer a Nomandros —indicó el portero señalando al visitante.

Timón miró a Zumel de arriba abajo: las gastadas abarcas, la sucia túnica de lana basta, el rostro enjuto quemado por el sol y el yodo del mar en su larga travesía.

—Soy amigo de Nomandros. Nos conocimos en Sicilia. Me llamo Zumel.

El muchacho sonrió. Era guapo, con delicadas facciones amujeradas.

—¿Zumel, el ibero? —inquirió el muchacho—. Nomandros habla a menudo de ti. Dejadlo entrar —ordenó a los porteros—. El señor se alegrará de verte. Yo soy su secretario. Te expresas muy bien en griego para ser bárbaro.

Zumel aceptó el cumplido con un gesto de reconocimiento.

—Él me lo enseñó.

Remontaron el sendero flanqueado de cipreses que conducía a una mansión de dos plantas, con pórtico columnado tras el que se abría una sólida puerta chapada en bronce sobredorado. Los muros estaban forrados de placas de mármol de distintos colores que enmarcaban relieves y mosaicos. En la cornisa, triglifos y metopas alternaban con óculos que enmarcaban bellos mosaicos con cabezas de dioses. En cada esquina señoreaba la estatua de una mujer desnuda.

—Yo mismo he diseñado su decoración —comentó el mancebo orgulloso.

La puerta de bronce permanecía entreabierta. Timón introdujo a su acompañante en un espacioso vestíbulo en penumbra y lo guio por el ancho pasillo que conducía al huerto posterior. Mármoles, bronce, estatuas y tapices orientales decoraban profusamente suelos y paredes. Las vigas de cedro coloreadas del techo sostenían artesones planos en los que se representaban escenas mitológicas con abundancia de personajes desnudos.

Atravesaron una pequeña galería y salieron a un segundo patio. En el peristilo, entre los verdes pámpanos del emparrado, varias hilanderas se alborotaron e intercambiaron cuchicheos y risitas nerviosas ante la inesperada visita.

—Sólo es un viejo mendigo —oyó Zumel que comentaba la más joven.

—Pero tiene anchas espaldas y la barriga lisa —matizó una cuarentona.

De una estancia lateral salió el mayordomo de la casa, un hombre de mediana edad y aspecto atildado, que reparó con disgusto en los andrajos del visitante.

—Hola, Magento. Este hombre es Zumel, el amigo de Nomandros —se excusó el joven—. Estuvo con él en Sicilia.

—Está en la biblioteca —indicó Magento señalando una puerta del otro lado del

peristilo.

Miró de arriba abajo nuevamente al visitante y tras constatar que su aspecto no mejoraba porque fuera un antiguo amigo del amo, se giró y regresó a sus asuntos.

Nomandros había engordado tanto que era difícil reconocerlo. Además se había quedado calvo y el poco pelo que le quedaba lo llevaba teñido de alheña y rizado con tenacillas, a la moda persa. El bronceado militar que lucía en Sicilia se había transformado en una piel cerúlea suavizada con afeites y cremas. Vestía con recargada elegancia, una túnica plegada con cenefas de púrpura en el cuello y en el borde inferior. Bajo la papada pendía un grueso medallón de oro. En los dedos amovibles lucía media docena de anillos adornados con gruesos zafiros.

Había envejecido pero conservaba en los ojos la viveza de antaño.

—¡Zumel, el león de la Cadena! —exclamó al reconocer a su antiguo amigo. Con los ojos arrasados de lágrimas lo abrazó y lo besó en ambas mejillas. Lo agarró por los brazos y lo contempló—. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué dios piadoso te envía a mi humilde morada? —Reparó en la raída indumentaria del visitante—. No me cuentas nada, todavía. Soy un anfitrión desastroso. Te mantengo ahí, de pie, sin hacerte los honores de la casa. Lo primero, el baño y una túnica decente. —Se volvió hacia las mujeres y batió palmas—. ¿A qué esperáis, holgazanas murmuradoras? —les gritó—. ¿Tengo yo que hacerlo todo? Preparad mi propio baño, agua caliente, aceite perfumado, ungüentos de nardo, ungid a mi hermano con mis mejores esencias, vestidlo como corresponde a su alcurnia, que es de las más altas, y quemad esas ropas indignas que trae. Aunque lo veáis raído y sucio como Odiseo cuando regresó a Ítaca, no es menos ilustre que él. —Se volvió hacia Zumel—. ¿Has comido, hermano? Ya veo que no. ¡A ver, las cocinas! ¡Que degüellen un cordero recental, que preparen un banquete, poned a enfriar vino nuevo del bueno! ¿Dónde está Magento?

Acudió el mayordomo, un poco contrariado por verse rebajado a atender a un invitado de tan escasa categoría.

—¡Magenta, menea ese culo gordo y que todo esté dispuesto al instante, que no note yo la relajación y la vagancia que reinan en esta casa debido a la laxitud con la que os trato!

—¡Oír es obedecer, noble Nomandros! —dijo el aludido y se apresuró a formular las órdenes precisas en el baño y en la cocina.

Malvado como suelen ser los mayordomos, encomendó a la sierva más anciana el baño del huésped habiendo como había en la casa esclavas jóvenes a las que no hubiera importado auxiliar al extranjero en el baño, masajearle la espalda y complacerlo en todo lo demás.

## Capítulo 38

Zumel y Nomandros almorzaron en el jardín ante una mesa repleta de variados guisos, fiambres y confituras.

El médico abrumaba a su huésped de atenciones.

—Prueba esto, Zumel —lo exhortaba alargándole un cuenco de plata cincelada—. Lo llaman espinacas. ¿Lo coméis en tu tierra? Parece forraje de ganado, pero templado en aceite y revuelto con dátil picado y ajo está bueno. Ctesias, el médico jonio de Artajerjes, lo receta a peso de oro a los cocineros de las damas adineradas de Susa. Quizá sea una broma de Hipócrates.

De las cocinas no dejaban de llegar nuevos platos.

—¡Ajá!, ¡ciruelas pasas picadas con atún salado y zumo de oliva! —exclamó Nomandros frente a una fuente hermosamente decorada—. Mi cocinero egipcio gusta de lucirse cuando hay invitados. Y cuando no hay invitados también, me temo —añadió melancólicamente mientras se acariciaba la prominente barriga.

Brindaron con vino de Paros que Timón mezclaba diestramente con agua de rosas y licor chipriota en el repostero contiguo.

—Tanta riqueza me anonada —reconoció Zumel—. ¡Tu casa es más exquisita que los palacios de Sicilia! ¡Dan ganas de saquearla!

Nomandros no pudo contener una carcajada castrense que descompuso un tanto su nueva imagen de hombre refinado. Magento, que oficiaba de maestresala, no disimuló una mueca de disgusto. Por un instante Zumel entrevió en Nomandros al hombre que había conocido en Sicilia.

—Ya ves —dijo el médico—. Éfeso es la ciudad más próspera del mundo. En Lidia, circulan las riquezas hasta extremos que no te puedes imaginar. Aquí llegan, y de aquí parten, las caravanas que atraviesan los Estados del Gran Rey. Aquí, un médico tiene que vivir en la opulencia para que lo aprecien. Las damas encopetadas desconfiarían de mis conocimientos si no viviera rodeado de lujos. —Le puso a su amigo una mano en el brazo y añadió, bajando la voz—: Sólo te diré que, de vez en cuando, me encierro en las cocinas para prepararme, yo solo, unas sopas de ajo y una sartén de huevos con torreznos.

La mención de las damas había captado el interés de Zumel.

—¿Atiendes a las damas, las tocas y todo eso? —preguntó elevando su copa.

Nomandros hizo un gesto de suficiencia.

—Atiendo a todo el que puede satisfacer mis elevadas tarifas y especialmente a las mujeres de los millonarios que hacen de la enfermedad una moda. El año pasado padecían desarreglos intestinales; este año se llevan las melancolías, el año que viene supongo que le tocará a los flatos. Nada que no se pudiera arreglar fácilmente poniéndolas a remendar ropa, a pelar cebollas y a fregar suelos. Yo les preparo unas infusiones de cuatro hierbas que recojo en el jardín, ellas se sienten mucho mejor y además de satisfacer mis cuantiosos honorarios me colman de regalos. No me puedo

quejar.

—Ya veo que no añoras la guerra —dijo Zumel.

—Espero que tú tampoco. Estaba habituado a verte con ese apestoso peripunte de cuero que usabas en Sicilia y te encuentro mejorado vestido de persona. Pero dime, ¿qué ha sido de tu vida?

Zumel sonrió con cierta tristeza.

—Es largo de contar. Fui pastor unos años y después lo tuve que dejar porque me encomendaron la jefatura del pueblo.

—¡Jefe de tu pueblo! —exclamó Nomandros—. ¡Eso es estupendo! No te imagino impartiendo justicia...

—¿Por qué crees que he huido tan lejos? —bromeó Zumel.

La franca carcajada de Nomandros resonó por toda la casa. Las criadas y las esclavas se asomaron, curiosas, a la galería. Nunca habían visto reír así al amo, de ordinario tan circunspecto. Magento las reprendió con un gesto y ellas se apartaron un poco para seguir escuchando la conversación sin que las viera el mayordomo.

Nomandros bebió de un trago el resto de su copa. Timón escanció de nuevo. Añadió al vino una dosis generosa de agua. Ya estaban algo achispados.

Nomandros se puso serio rememorando los tiempos de Sicilia, los trabajos que habían sufrido allí y en África. Sacudió la cabeza como ahuyentando un pensamiento triste y suspiró antes de vaciar de nuevo su copa.

—Se acabó el coser heridas y el entablillar huesos, el concertar descalabraduras y el amputar miembros —dijo mientras contemplaba, con mirada sombría, el fondo de su copa—. Ahora he dejado a los guerreros malolientes y sólo ejerzo con el excelente Tiribazo, nuestro glorioso sátrapa. Yo mismo he tenido que refinarme, claro. Ahora digo «regulación intestinal» en lugar de «cagar» y practico una medicina pacífica, sólo me traen heridos que se han caído de un caballo o entripados que no pueden digerir lo que han embaulado en un banquete, o borrachos pasados de libaciones con vino puro. Y, sobre todo, damas ricas y aburridas que pretextan males imaginarios.

La conversación se prolongó hasta la noche. Acudían en bandadas los recuerdos de Sicilia. Se posaban en los muebles, en los pebeteros y en las lámparas como pájaros melancólicos procedentes de un tiempo desapacible y trabajoso que sin embargo añoraban.

Pasaron la tarde y se adentraron en la noche sin sentir el paso del tiempo. Habían entonado viejas y salaces canciones en dialecto siciliano, habían brindado por Cotrufes y los viejos amigos muertos, se habían divertido recordando anécdotas desternillantes, se habían emocionado rememorando sucesos cuyo recuerdo todavía les erizaba la piel.

—¡La guerra! —exclamó Nomandros—. La guerra es el padre de todas las cosas, lo dice Heráclito: de todas es el rey y a unos los hizo dioses, a otros hombres, a otros esclavos y a otros libres. A ti te había hecho libre. Incluso te había hecho grande entre los tuyos y ahora lo dejas todo y lo cambias a las puertas de tu vejez... ¿por qué lo

cambias? No sé si me lo has dicho o si lo he olvidado.

Zumel se pensó la respuesta.

—Amanezco con la boca seca porque la sombra de Cotrufes vaga sin venganza por el mundo de las sombras —dijo en tono serio.

Sacudió la cabeza Nomandros, repentinamente taciturno.

—No hay mundo de las sombras, amigo: lo de la Puerta, el barquero que nos aguarda y el río de fuego son paparruchas que se inventan los sacerdotes para vivir sin trabajar a costa nuestra. No existe vida más allá de la muerte. Cotrufes no te espera en ninguna parte. No tienes deuda que saldar. Morimos como mueren los perros. No queda nada.

Zumel permaneció en silencio. Se preguntaba si él creía en el río de la muerte. No estaba seguro.

—Lo siento, Nomandros —dijo al fin—. Soy bárbaro. Haré lo que me he propuesto hacer.

—Que hayas nacido bárbaro —replicó Nomandros— no significa necesariamente que lo seas. La gente mejora con los años, desarrolla juicio y cuestiona los mitos que le han inculcado en su infancia. Por lo que yo recuerdo, admirabas la manera de vivir de los griegos y, a pesar de tu mísero oficio, no estabas lejos de pensar con la cabeza más que con los riñones. Antes me ha conmovido escuchar cómo, con sabiduría y diplomacia, has librado a tu pueblo de una guerra desatinada. Esas decisiones de buen gobierno que has tomado a pesar de la dificultad de gobernar sobre bárbaros me han parecido las propias de un gobernante justo, amante de la paz, del progreso y de la concordia. Esas son virtudes de un hombre de elevado espíritu. Sin embargo, carcomido por la barbarie en cuyo seno creciste lo has dejado todo, has desertado de tus obligaciones como gobernante, incluso del amor de una mujer y de un hijo, para embarcarte en la dudosa empresa de vengar una ofensa pasada que deberías haber olvidado ya. ¿Acaso devolverás la vida al desventurado Cotrufes, que lleva ya tanto tiempo flotando en la nada, en la oscuridad absoluta que nos espera después de la muerte? No redimirás de la barbarie a tu pueblo si antes no te redimes tú. La venganza no tiene sentido, sólo sirve para componer las tragedias que el pueblo aplaude en los teatros.

Se acostaron tarde, un poco borrachos. Nomandros se dirigió a su dormitorio apoyado en el hombro del joven Timón. A Zumel lo acompañó la criada vieja que portaba un candil. El mayordomo le había asignado un dormitorio al fondo de la casa, en el patio de las cocinas y las cuadras, donde dormían los criados.

## Capítulo 39

Al día siguiente, después del copioso desayuno, Nomandros insistió en mostrar la ciudad a Zumel. Dos literas los transportaron al famoso templo de Cibeles, la diosa frigia de la Luna que los iranos llaman Anahita y los griegos Angitis.

—Soy médico de los sacerdotes —le había advertido Nomandros—. Nos tratarán especialmente bien y nos permitirán visitar el camarín donde mora la diosa. Quizá quieras encomendarte a ella. No creo que la jurisdicción de vuestra Atacina abarque hasta esta parte del mundo.

Zumel no entendió la ironía de su amigo. Hacía tiempo que el griego había dejado de creer en los dioses.

El templo de Cibeles impresionó a Zumel. Superaba cuanto había visto en Sicilia o en Cartago.

—¿Qué te parece? —preguntó Nomandros divertido por su expresión de asombro.

—¿Lo han construido los hombres o los dioses? —inquirió Zumel anonadado por la inmensidad del edificio.

—Los hombres —sonrió Nomandros—, aunque bien es cierto que contaron con la tesorería de Craso, el rey más rico que jamás haya existido. Exceptuando, naturalmente, a nuestro amado Artajerjes. La techumbre se sostiene sobre ciento veintisiete columnas, de sesenta pies de alto. Mira qué grandeza: ¡cinco hombres membrudos unidos por las manos no consiguen abarcar el perímetro de una de ellas, no te digo más! Aquí no hay cascajo ni ladrillo, y mucho menos argamasa. La fábrica que ocultan esos estucos de vivos colores es toda de sólido mármol diestramente escuadrado y cortado.

Confrontado con aquella belleza, Zumel comprendió que pertenecía a un mundo inferior, a la tierra de los conejos, como la llamaban despectivamente los púnicos; la de las serpientes, como la llamaban los griegos. «¿Cuándo tendremos en el valle del Baitis algo así? —se preguntó—. ¿Cuándo seremos capaces de comportarnos con esta serenidad y esta gentileza? Un pueblo perpetuamente enfrentado consigo mismo, que en cada generación mata a sus mejores hijos y deja viudas y entierra en vida a sus mujeres más hermosas, ¿a qué puede aspirar?».

Uno de los *megabizos* o eunucos del templo reconoció a Nomandros y lo saludó con respetuoso afecto. Era un hombre corpulento, aunque algo atocinado, con la cabeza rapada y una amplia túnica de lino, sin mangas, que le alcanzaba los pies.

—Mi amigo quisiera orar ante Cibeles —lo informó Nomandros.

El eunuco observó a Zumel. No le pareció persona de importancia como para merecer aquel privilegio, pero en cualquier caso convenía ganarse la voluntad del médico. Los condujo por un angosto pasillo en curva que accedía al camarín de la diosa, una habitación cerrada y oscura apenas iluminada por el resplandor de los pebeteros de incienso y las resinas balsámicas. El aire estaba tan cargado que

dificultaba la respiración y mareaba.

Cibeles era una talla de madera recubierta de placas de marfil, con el rostro apenas visible bajo el aluvión de joyas votivas. Sucesivos collares de globos de oro le cubrían el pecho desde la garganta hasta el ombligo.

—Antes había una figura muy tosca y antigua, pero se perdió en una inundación. Ésta la talló el mejor escultor de Creta —dijo Nomandros.

Permanecieron un momento junto a la diosa, sintiendo su poder, antes de que el eunuco los condujera nuevamente a la sala común. El templo estaba repleto de devotos que ofrecían libaciones o conversaban. Algunos saludaron a Nomandros con cierto embarazo.

—Esos salidos esperan a que aparezcan las hieródulas —explicó el médico.

Zumel no conocía tal palabra.

—Las hieródulas, las esclavas de la diosa, al servicio del templo —le aclaró Nomandros—. Aquéllas, las que visten de color rojizo. No pertenecen al templo, pero sirven a la diosa con el acto fecundo.

—¿Cómo?

—Se entregan a extranjeros de paso en los jardines de la diosa. Por cuatro monedas de plata puedes pasar una noche con una muchacha. Le entregan dos a los sacerdotes y se guardan las otras hasta reunir la dote que les permita casarse. Durante unos meses o unos años son lo más parecido a una puta.

—Tal como me lo cuentas, es que son putas —dedujo Zumel.

—Sí, podría decirse que lo son, pero sólo mientras están al servicio de la diosa. Después ni por todo el oro del mundo lo harían. Se vuelven tan honestas que se dejarían matar antes de traicionar al marido. Aparte de la dicha, las hieródulas cumplen otras funciones: asistir en los sacrificios y alimentar y cuidar las serpientes sagradas. ¿En tu tierra no tenéis serpientes sagradas?

—No. Allí nos las comemos.

—Distintas tierras, distintas costumbres —comentó el tolerante Nomandros.

Después de visitar el templo pasearon por el mercado seguidos por el joven Timón y dos esclavos provistos de esportillas. Nomandros le señalaba a Zumel los productos de los diferentes establecimientos y le explicaba el origen de cada uno: oro repujado y caballos de Pelusa; mirra e incienso de Arabia; lingotes de cobre de Chipre; pieles de pantera de Etiopía, donde nace el río del faraón; papiro de Luxor; malaquita del desierto de Farán; pieles de cocodrilo de Libia. Un fabricante de muebles de marfil amigo de Nomandros les reveló cómo se conseguían aquellos objetos suntuosos.

—Los mejores colmillos de elefante proceden de la India, pero escasean tanto que nos vemos obligados a adquirir los que traen los púnicos de Libia y de otros lugares. Los ablandamos en vinagre unos días y después los cortamos en laminas rectangulares muy maleables que extendemos sobre un molde de barro cocido con la forma deseada. Cuando el marfil se seca, adopta la forma del molde y así puede

revestirse una escultura, un mueble, un trono, lo que sea...

Prosiguieron la visita. Nomandros se detenía a charlar con los conocidos, regateaba con las vendedoras de la lonja, degustaba los distintos tipos de leche fermentada agria que ofrecían en un puesto ambulante, palpaba la fruta, alababa la miel de un colmenero, escogía los melones que le enviaría un proveedor, comprobaba la dentadura de un hermoso caballo, aconsejaba un remedio para regular la menstruación de la mujer de un especiero... Le confesó, como de pasada, que fuera de su jaula de mármol, en contacto con la gente sencilla, se sentía liberado. Zumel empezó a sospechar que su existencia no era tan idílica como pretendía.

Nomandros tomó a su amigo por el brazo.

—Esta es una tierra rica —le dijo—. Lo tiene todo: un emplazamiento privilegiado para comerciar con el este y con el oeste; fértiles comarcas irrigadas por ríos auríferos; caballos más veloces que el viento; hospitalarias mujeres de opulentas caderas; inviernos templados y suaves estíos. ¿Qué más se puede pedir? ¡Quédate aquí, Zumel! Ya no eres joven. Si te internas en los dominios del Gran Rey tendrás que atravesar llanuras infinitas en las que el cielo se confunde con la tierra. Caminarás días enteros y te parecerá que las montañas del fondo se retiran a medida que tú te acercas. Y cuando alcances esas montañas te arrepentirás porque son tan altas y escarpadas que parecen tocar el cielo. Tú ya no estás para esos esfuerzos. Aquí te puedes buscar bien la vida, de guarda de alguna casa rica. Tengo clientes que te darán trabajo si yo se lo pido.

Zumel negó con la cabeza.

—Aprecio tu ofrecimiento, Nomandros, pero no he hecho tan largo viaje para pasar mis últimos días cuidando a niños y soportando a un ama caprichosa.

Nomandros asintió comprensivo.

—Sé lo que sientes, ibero. Sé lo que significa para ti vengar la muerte de tu patrón, pero tengo un presentimiento que me angustia. Temo que la muerte te aguarde en los dominios del Gran Rey.

Zumel se encogió de hombros.

—Hace tiempo que debería haber muerto. ¡Qué más da! Moriré en el fin del mundo.

—Pasa aquí, conmigo, tus últimos años —insistió Nomandros—. Si no quieres servir a nadie te encomendaré la administración de una de mis fincas. Tendrás mis puertas abiertas. Recordaremos los buenos tiempos de Sicilia y Cartago mientras envejecemos con manjares y vino. —Se quedó un momento pensativo, la mano en el brazo de Zumel, y añadió—: La verdad es que te necesito más de lo que tú me necesitas a mí.

—Creí que tus buenos tiempos eran éstos —repuso Zumel.

Nomandros suspiró.

—¡Fueron aquéllos! —Lo tomó del brazo—. ¡Quédate aquí! —repitió.

—Lo siento —se excusó Zumel—. Sólo estoy de paso.



Prosiguieron el paseo en silencio hasta donde terminaban los puestos del mercado y comenzaba el campo. Nomandros se detuvo en medio de la carrera de cipreses y miró a su amigo.

—Tu aparición de ayer me ha despertado viejos recuerdos. Anoche rememoré mi última conversación con Cotrufes, la víspera de su muerte. Se sentía culpable por el modo en que había conducido a sus hombres. Yo traté de darle ánimos, le dije: «Has sido un buen jefe y tus hombres han servido a tus órdenes con orgullo. No tienes nada que reprocharte». Todos sabemos en qué consiste esto y que no siempre se hace uno rico, pero él no atendía a mis razones. Cuando supe que había muerto deduje que más bien había buscado esa muerte. No creo que debas reprocharte nada.

Desde el promontorio se disfrutaba una vista panorámica de la bahía de Panormo con el mar surcado por naves de variadas hechuras, desde los lentos cargueros anchos y pesados que parecían inmóviles hasta las ligeras galeras que se deslizaban sobre el agua como libélulas.

—Ahí las tienes —dijo Nomandros con un punto de amargura en la voz—. Algunas naves son griegas, pocas; el resto pertenecen al Gran Rey. Las distinguirás porque enarbolan en el palo las insignias de los navarcas. Aquí confluyen los barcos de Tiro, Biblos, Sidón, Joppa, Arados, Escalón, Esmirna, Gnido, Halicarnaso, Focea, Chipre, Samos, Quíos..., todos los grandes puertos que le tributan al Gran Rey. Algunas flotas pertenecen a los banqueros Mursahou de la antigua ciudad de Nippur. Estos son tan solventes que basta un pergamino con una cifra y su firma para que los cambistas de cualquier ciudad del Imperio te entreguen la suma de dinero expresado.

—¿Y se fían? —preguntó Zumel.

—Hasta el presente no se conoce que nadie que confíe en ellos haya perdido su dinero.

Se sentaron en las ruinas de un templo antiguo. Timón y los criados se mantenían discretamente a distancia.

—En Sicilia éramos libres —evocó Nomandros—. Aquí soy prisionero de mis riquezas y dependo de la voluntad del tirano Tiribazo. En Sicilia había mil hombres que no hubieran dudado en morir por mí. Aquí no puedo fiarme de nadie. Los que se disputan mi amistad, al mismo tiempo conspiran para perderme. Mis colegas médicos ambicionan mi puesto y hacen cuanto pueden para malquistarme con el sátrapa. Y no me empalmo ni con hierbas, ahora que me sobran las mujeres. ¡Qué asco de vida!

Zumel palmeó con afecto la rodilla de su amigo.

—Más de una vez me aconsejaste moderación y adaptarme a las circunstancias cuando yo era un joven rebelde y atolondrado, ¿recuerdas?

—¿No lo voy a recordar? Vivir de acuerdo con la filosofía... —dijo Nomandros pensativo.

—Eso, vivir de acuerdo con la filosofía —corroboró Zumel—. Durante un tiempo busqué una palabra que pudiera equivaler en ibero y no la hallé. Tú me tomabas el pelo: sólo tenéis palabras para los caballos. Sois bárbaros.

Nomandros recordó. Asentía con una sonrisa triste.

—Quédate, al menos, una temporada...

Zumel negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo perder impulso. Tengo que seguir hasta que consiga lo que me he propuesto... o muera intentándolo.

Sucedió un largo silencio. Miraban el mar. Con el sol en lo alto, cerca del mediodía, la bahía brillaba como un espejo y el tráfico marítimo aumentaba.

—Buscas a Potasio, supongo —dijo Nomandros.

Zumel asintió.

—Te matará —vaticinó el médico—. En Sicilia te salvaste de milagro, pero esta vez te matará. Vas a su encuentro cuando es más poderoso y más cruel que nunca. En estos años ha hecho una brillante carrera como estratega, unas veces al servicio de Esparta, otras al de Atenas, dependiendo de quién pagaba más. Ha explotado a los mercenarios de Sicilia como si fueran asnos. Eso hasta que no le quedó ninguno. Ahora sirve al Gran Rey.

—Eso tenía entendido.

Emprendieron el regreso. A mitad de la cuesta, Nomandros se detuvo.

—No sigas, Zumel. No lo intentes —le dijo mirándolo a los ojos—. La gente como Potasio gana siempre. Especialmente cuando el mundo enferma y no se le conoce remedio.

—No veo que a ti te vaya tan mal —replicó Zumel.

Nomandros se encogió de hombros.

—Este bienestar y esta riqueza que ves son engañosos. En Creta, en Etolia y en Arcadia cunde el hambre. Las ciudades de Grecia engendran demasiados hijos. No hay cereal para todos. Antes, los guerreros combatían por su ciudad con orgullo, y a veces realizaban grandes hazañas para volver a casa pobres y a menudo lisiados o enfermos sin que nadie les reconociera el esfuerzo. Ahora, a los jóvenes sólo les interesa la ganancia. El que quiere escapar de la miseria se mete a mercenario. Hay lanistas que los crían como el que cría ovejas o bueyes. Los entrenan como peltastas a cambio de un rancho miserable y de dormir en un cobertizo. Potasio mantiene agentes en los lugares principales, los alista y los lleva al servicio del Gran Rey. Es sólo el cuidador de los cotos del Gran Rey, pero en realidad es más poderoso que un sátrapa porque Artajerjes sólo confía en los mercenarios griegos que él le proporciona.

Regresaron a la mansión de Nomandros y por la tarde se emborracharon nuevamente como bárbaros recordando Sicilia.

Antes de irse a la cama, Nomandros le dijo a Zumel:

—Te ayudaré a llegar a Potasio, puesto que es lo que deseas. Ese camino que vas a emprender es en realidad muchos caminos, en algunas regiones lo verás atestado de mercaderes, pícaros, soldados y putas; en otras, solitario y peligroso, vigilado por bandidos que viven de asaltar y matar a los viajeros y de secuestrar a las mujeres. Lo

mejor será que te integres en una caravana o que te unas al séquito de algún rico mercader. De Sardes parten las principales caravanas que comercian con la pimienta y las especias. Unas vienen de la India; otras del país de los Siete Ríos que linda con ella. Sus productos alcanzan altos precios en las satrapías del oeste, Jonia y Lidia, Misia y Cilicia, Capadocia y Armenia. Quizá yo pueda recomendarte a algún comerciante conocido si tienes paciencia y esperas unos días hasta que salga la próxima caravana para Susa.

Unos días después, el mayordomo de Nomandros informó a su señor de que Zumel tenía un puesto en la caravana de Bagadates que salía de Sardes con la luna creciente.

Nomandros tuvo que insistir mucho para vencer la resistencia de Zumel a aceptar un caballo, ropa, provisiones y algo de dinero para el viaje.

—Ya sabes que estas puertas permanecerán siempre abiertas para ti —le advirtió al despedirlo, los ojos arrasados en lágrimas—. Vas a advertir la inmensidad del mundo y la mareante diversidad de los pueblos que lo habitan. Ni el Gran Rey conoce los nombres de todos los pueblos que le prestan obediencia. Ese inmenso Imperio encierra más de cien pueblos, cada cual con sus cordilleras, sus ríos y sus ciudades, sus desiertos y sus nieves. Dicho esto, debo añadir que ni siquiera los confines del Gran Rey son el fin del mundo: más al norte, donde ni los persas se atreven a penetrar, hay desiertos inmensos y más allá de los hiperbóreos hay tierras heladas pobladas sólo de grifos y fieras. Por el sur hay arenales inmensos, por el este, siete ríos anchos como mares que irrigan tierras infinitas, los dominios de Sindu.

El joven Timón acompañó a Zumel hasta la puerta del Toro, el antiguo mercado de caballos de donde partía la calzada de Sardes, y lo despidió besándole la mano en señal de respeto. El muchacho se sabía de memoria la *Iliada* y admiraba a los héroes.

El mercado estaba muy animado a pesar de la hora temprana. Algunos tratantes lo abordaron para comprarle el caballo. Se dirigían a él en arameo, el idioma común del Imperio, y cuando se percataban de que no los entendía cambiaban al griego.

La calzada de Sardes era ancha y cómoda y discurría entre prados feraces. En las lindes se alternaban los almendros con una extraña variedad de acebuches que producían pequeños dátiles en lugar de aceitunas.

La llanura era verde; salpicadas de berruecos ocres, las lejanas montañas, grises y blancas; el cielo, intensamente azul, surcado por aves oscuras en bandadas triangulares. Contemplando las bellezas del mundo, Zumel olvidaba por momentos aquel gusano constante que le roía el corazón.

## Capítulo 40

El jefe de la caravana era un persa rubio y membrudo, con el ojo derecho medio cerrado por una cicatriz que le cruzaba la cara.

—Me llamo Bagadates —se presentó— y este que me acompaña es mi oficial Fenón. Los que hayáis satisfecho la tarifa tenéis derecho a integraros en la caravana. Hasta que lleguemos a Susa estaréis bajo mi jurisdicción y la de mi justicia. Cualquier queja que tengáis se la comunicáis a Fenón y si él la considera importante me la trasladará a mí. La comida de la caravana es una mierda, lo reconozco, pero eso es lo que hay. No prohíbo a nadie que lleve sus propios víveres y su cocinero particular. Para los que no conozcan esta ruta diré que tardaremos entre noventa y cien días en llegar a Susa. En ese tiempo haremos ciento once paradas en centros caravaneros donde los que puedan pagarlas dispondrán de comodidades y los que no puedan dormirán al raso. Si alguno enferma lo dejaremos en el lazareto más cercano y podrá incorporarse a la siguiente caravana. Si alguien quiere saber algo más, que se lo pregunte a Fenón, que yo no estoy para ruidos.

Se disolvió la asamblea y cada cual regresó a sus quehaceres.

Zumel pasó el resto del día merodeando entre las tiendas y los corrales. Acostumbrado a los pequeños y robustos caballos iberos, le llamaban la atención los jacos de capa brillante y patas finas criados en los húmedos pastizales de Media, las yeguas ágiles, vivaces de Tracia y los negros rocines sogdianos de pescuezo ancho, cabeza robusta y patas fuertes procedentes de las estepas entre los ríos Oxus y Yaxarte.

El campamento caravanero estaba dividido en cuarteles que correspondían a las diferentes tribus y pueblos del Imperio —lidios, jonios, babilonios, medos, persas, escitas, coradmios, sogdianos...—. No era difícil distinguirlos, pues pertenecían a razas distintas y cada cual observaba las costumbres de su pueblo y vestía a la manera de su nación. Los medos eran más morenos que los persas y éstos se distinguían de los demás porque entre ellos abundaban los de pelo azafranado y ojos azules. Los sogdianos, de pequeña estatura, fornidos y morenos, contrastaban con los coradmios, altos y de gráciles miembros. Zumel percibió hasta una docena de idiomas distintos, aunque para entenderse entre ellos recurrían al arameo, como en Sicilia se recurría al griego.

Zumel prolongó el paseo hasta el segundo campamento, al otro lado de la calzada, donde los camelleros preparaban a sus animales untándoles las pezuñas con aceite de brea y masajeándoles las corcovas. Rediles y sogas clavadas en estacas separaban las distintas avenidas que diferenciaban cofradías de arrieros y rebaños. Los arrieros no pertenecían a ningún pueblo determinado aunque entre ellos predominaban los medos. Le parecieron a Zumel menos amistosos que el resto de los caravaneros, quizá porque el trato con los camellos, el animal más bronco y feo que existe, les había agriado el carácter.

Llegó a la zona de los almacenes. Guardias de aspecto torvo provistos de porras vigilaban los fardos. Los desocupados se reunían en corrillos a echar las tabas o jugaban a mover piedrecitas claras u oscuras sobre una cuadrícula dibujada en el suelo.

Cuando cayó la noche se encendieron hogueras y un agradable olor a carne asada y a sopa especiada con canela y yerbamusa se extendió por el campamento. Zumel regresó a los cuarteles de los griegos y se acercó a una de las hogueras. Un joven jonio le ofreció un cuenco de sopa.

—Tú estás solo, ¿no? —le preguntó— ¿De dónde eres?

—De más allá de Sicilia —respondió Zumel.

—¿Eres púnico?

—No, ibero.

—Y tu tierra, ¿cómo se llama?

—Los púnicos la llaman Isepanin.

—Eso está más allá, en los confines de Occidente, ¿no? —calculó el jonio—, donde Heraklés robó los toros.

—Más o menos.

—¿Es tierra de leones?

—Donde yo vivo, no. Más bien de lobos y jabalíes.

—¿Y qué has venido a hacer tan lejos? —quiso saber el jonio.

—Me han dicho que el Gran Rey paga bien a la gente de armas.

El jonio no hizo más preguntas. Sorbió su sopa en silencio, pensativo. Antes de retirarse a dormir, le dijo a Zumel:

—Me llamo Erifelos.

—Yo me llamo Zumel.

—Nos veremos mañana.

La caravana partía al día siguiente. Antes del amanecer, los caravaneros desmontaron el campamento y comenzaron a cargar sus animales. Zumel enrolló su camastro y cinchó el caballo.

—¿Adónde vas, hombre?

Erifelos le hablaba desde lo alto del montón de fardos. Bostezó, se desperezó ostentadamente y se envolvió en su amplia capa jonia para defenderse del relente de la madrugada.

—¿No salimos? —preguntó Zumel.

—Nosotros, no. La caravana es como una ciudad en movimiento, una ciudad ordenada por barrios y oficios. Hay que salir por el orden establecido, para que los pueblos más aristocráticos no se traguen los pedos y la polvareda que levantan los metecos. Todavía nos queda un rato de espera.

Zumel se sentó en una piedra y aguardó al turno de los griegos mientras contemplaba el colorido espectáculo de la caravana desplegándose para enfilear la calzada real.

—Aquellos que parten primero son los medos —le explicó Erifelos—. Los conocerás porque se saludan llevándose la mano a la boca y, si son nobles, se besan en la boca.

—¿Hacen eso? —se extrañó Zumel.

—Lo que oyes. Esa es la costumbre, pero no te confundas: son más hombres que nadie y mean a sotavento, como todo el mundo. Su principal afición son las grandes cabalgadas por las llanuras infinitas tanto si hay caza como si no. En Media no sabes dónde comienza el cielo ni dónde acaba la tierra: no hay horizonte. En la vasta lejanía, cielo y tierra se confunden. En segundo lugar saldrán los partos, los antiguos enemigos de los medos que luego fueron sus señores y ahora son sus camaradas debido a los casamientos mixtos. Los partos son hábiles jinetes y arqueros, y en esas habilidades compiten con sus otros vecinos, los corasmios y los bactrianos, gente callada y laboriosa que procede de una tierra de pastos y bosques cerrados entre montañas impenetrables. Estos están separados de los sogdianos por el curso del río Oxus cuyas aguas saben a hierro y a sangre. Los que vienen en la caravana se han medio civilizado, pero sus primos más salvajes son unos nómadas de las estepas y de las montañas que a duras penas consienten en tributar al Gran Rey. Continuamente se rebelan y van los persas a someterlos. Yo creo que Artajerjes gasta más en sujetarlos de lo que les saca en impuestos, pero allá él con sus cuentas. La verdad es que ni siquiera él sabe lo que tiene.

Zumel no prestaba mucha atención al relato de las costumbres de las innumerables tribus del Imperio. Sólo le interesaba el paradero de Potasio, al que suponía acompañando al Gran Rey.

—Y el Gran Rey, ¿dónde tiene su palacio? —preguntó.

Erifelos sonrió con suficiencia, como si hubiera oído una gran simpleza.

—¡Su palacio! —exclamó—. ¿Cuál de ellos? El Gran Rey tiene docenas de palacios. Pasa el invierno en Susa, en el país de Elam, luego celebra el festival de primavera en Persépolis, la ciudad prohibida, la más hermosa de todas. Sin embargo, las ceremonias de coronación se celebran en Pasagarda. El verano lo pasa en Ecbatana de Media. ¡Qué ciudad! Es como un zafiro engastado en las montañas de Zagres. Allí tiene, además, los archivos centrales. Una muchedumbre de contables anota puntualmente el tributo asignado a cada pueblo y a cada tribu del Imperio. ¿Por qué te interesa tanto el paradero del Gran Rey?

—Quisiera presentarme a un antiguo conocido mío que puede ayudarme —explicó Zumel—. Él pertenece a la corte.

—Entonces, teniendo en cuenta lo que tarda en llegar la caravana, lo encontrarás en Susa.

Se arrimaron a un fuego y desayunaron tocino asado y torta de pan recién horneada sobre una losa candente. Mientras comían, Erifelos detalló a su nuevo amigo el itinerario de la caravana. El camino real unía Sardes, la capital de la satrapía occidental, con Susa, la residencia del Gran Rey Artajerjes, a las puertas de Persia. A

lo largo de su recorrido se ramificaba en calzadas menores que lo conectaban con otras ciudades del Imperio. De Susa partía otro ramal que enlazaba con el país de la seda.

A media mañana les llegó a los griegos el turno de partir. Los capataces de ruta aguardaron a que se asentara la polvareda que levantaban los frigios precedentes antes de ordenar la marcha.

Erifelos emparejó su mula con el caballo de Zumel. Vestido con su túnica jónica, el manto corto sobre los hombros, la cabellera oscura y ondulada cayendo bajo el sombrero de fieltro sujeto con un barbuquejo, el compañero de Zumel parecía un príncipe.

—No te dejes engañar por las apariencias —le advirtió—. Aquí la calzada discurre recta y llana, pero dentro de una semana nos internaremos en las montañas. Hoy, la gente camina a buen paso e incluso algunos silban alegremente, pero ya verás cómo les cambia el carácter cuando nos metamos en lo intrincado.

En los días siguientes, el griego y el ibero anudaron los lazos de compañerismo que suelen establecerse entre viajeros. Se buscaban en los fuegos del campamento y hasta compartían la comida. Zumel, de natural reservado, no hablaba mucho de su tierra y ocultaba el verdadero motivo que lo llevaba a la corte del Gran Rey. Erifelos, más sociable y locuaz, ilustraba a su compañero sobre la superioridad de los persas y las excelencias del Imperio de Artajerjes.

—Todo empezó cuando Ciro, el primer Gran Rey, unió a los clanes medos y persas y conquistó veinte reinos: la India, Aracosia, Bactriana, Sogdia, Media, Arabia, Egipto, Capadocia, Libia... y no sé cuántos más. En conjunto, estas tierras están habitadas por más de cien pueblos, cada cual con su lengua, sus dioses y sus costumbres. El Imperio persa abarca desde el Nilo al Indo y desde los hielos a las arenas, un Imperio que se tarda un año en cruzar. —Erifelos bajó el tono y miró en torno suyo para asegurarse de que nadie más escuchara lo que iba a decir—: Je, je —prosiguió—, Artajerjes pasa por ser el más poderoso de la Tierra, pero los griegos, pequeños y pocos como somos, lo hemos derrotado varias veces...

Zumel fingió asombro por mera cortesía, porque era lo que su interlocutor esperaba de él. La charla de Erifelos no le interesaba. En realidad pensaba en sus asuntos, en cómo localizar a Potasio en aquel territorio inmenso poblado por gentes tan distintas. Comenzaba a comprender por qué los griegos llamaban bárbaros a todos los que vivían lejos de sus costas y hablaban otras lenguas, los iberos incluidos. Los dioses estaban borrachos cuando crearon el mundo, como alguna vez le oyó decir a Nomandros, borracho él mismo.

—¿Comprendes? —preguntó Erifelos.

—Sí, sí —respondió Zumel mecánicamente.

—Derrotar al Gran Rey ha sido como molestar con un acicate a un elefante: el Imperio dispone de enormes reservas de hombres y recursos, es inmenso y rico y nosotros somos pequeños y pobres; terminará engolfándonos a todos y acabaremos

hablando arameo. Cada antiguo reino es ahora una provincia regida por un sátrapa o gobernador, el Gran Rey permite las costumbres de cada lugar, los dioses, la lengua propia y las formas de gobierno, en eso no se entromete siempre que los impuestos lleguen puntualmente a sus arcas y las levadas le suministren los soldados que necesita. Para ello ha construido calzadas como ésta y las que salen de ella como las ramas de un árbol que se extiende por todo el Imperio y un sistema de correos y casas de postas que le permiten estar informado de cuanto pasa en sus confines. También ha instituido una sola moneda, el dárlico de oro, en la que se representa él mismo tensando un arco. En tu tierra, ¿qué moneda usáis?

—Hacemos trueque —reconoció Zumel—, aunque nadie le hace ascos a la moneda griega o púnica.

—¿Y qué lenguas habláis?

—En el río Baitis, que es de donde vengo, hay siete pueblos que hablamos más o menos igual, pero en cuanto te alejas ya se habla distinto, aunque se entiende algo.

—¿Y tú dónde aprendiste ese griego pedregoso que chamullas? —se rio Erifelos.

—En Sicilia.

—Con el griego no llegarás muy lejos aquí —le advirtió Erifelos—. Más vale que despables. En cuanto nos alejemos de la costa tendrás que hablar arameo.

Pasó Fenón ante ellos. Erifelos lo saludó cortésmente pero en cuanto se alejó le dio con el codo a Zumel.

—¿No te apuntas? —le preguntó con un guiño.

—Apuntarme, ¿a qué?

—¿A qué va a ser? A las muchachas de Sindu, el país de los Siete Ríos. Viajan varios carromatos de ellas al final de la caravana. Son hetairas.

—¿Hetairas?

—Sí, hombre, putas —aclaró Erifelos—. Los que se apuntan en la lista que lleva Fenón tienen preferencia. Yo creo que eso le rinde a Bagadates tanto como la caravana. De todas formas, si aguantas hallarás mejor género en algunos albergues con baños servidos por muchachas de placer que encontraremos en el camino.



## Capítulo 41

Pasaron los días con sus afanes. El paisaje cambiaba y se hacía más escarpado, pero las rutinas de la caravana variaban poco. Partían temprano, al toque de tubas, en el orden establecido, y caminaban todo el día con un breve descanso en los lugares habituales, casi siempre cerca de un manantial, sin descargar los animales. Al caer la tarde arribaban al albergue caravanero, a menudo un enorme edificio rectangular con cinco galerías sostenidas por pilares donde cada cual se aplicaba a su tarea: unos descargaban y apilaban los fardos de mercancías; otros atendían a las acémilas, las conducían al abrevadero, cepillaban o masajean a los caballos, les daban un pienso en los establos o sacaban de careo a las bestias si el pastizal no distaba mucho. Mientras tanto los cocineros se afanaban con la comida principal del día, por lo general gachas de sémola y carne ahumada, humus de garbanzos y queso fermentado y grumoso que se vertía de un cántaro.

Los viajeros exentos de obligaciones, entre ellos Zumel, merodeaban por el campamento mirando cómo trabajaban los otros o se reunían en torno a los fuegos a jugar al tablero o a charlar de tierras y negocios. Se cerraban muchos tratos en la conversación distendida del atardecer. Por eso un proverbio persa aseguraba que el negocio está en la caravana, no en el zoco. Después de la cena algunos continuaban la charla, otros paseaban o atendían sus necesidades, los más fogosos hacían cola frente a los tenduchos de las animadoras y los más cansados se iban a dormir. La guardia de Bagadates patrullaba entre las tiendas para asegurarse de que todo estaba en orden y vigilaba los almacenes de la primera planta del albergue, aunque los arrendatarios, mercaderes acaudalados, disponían de sus propios guardias.

La caravana cruzaba valles esteparios. Se veían rebaños de ovejas y hatos de cabras, aldeas miserables, mercadillos itinerantes cerca de los centros de postas. Las aldeanas salían al encuentro de los viajeros con sus gallinas, patos, huevos, salchichas especiadas, pescado ahumado y diversos licores de leche y yerbas. Muchos pueblos que jalonaban el camino vivían de la caravana.

Una noche, ya en las tierras de Frigia, un forastero que hacía la ruta de Susa a Sardes se acercó a calentarse en la candela donde estaba Zumel. El ibero notó que los caravaneros lo trataban con deferencia y le cedían el mejor puesto.

—Es un hombre santo de los que sirven a la diosa Cibeles en Pessinonte —le aclaró Erifelos—. A partir de ahora verás muchos como él. Estamos cerca del lago Gygues, a la vista de las tumbas de los antiguos reyes de Lidia. Los santuarios abundan en esta comarca. De aquí parte una calzada que conduce a Pessinonte, la ciudad sagrada de Cibeles.

—Creía que la ciudad de la diosa era Éfeso —observó Zumel.

Erifelos rio de buena gana.

—Aquella es una ciudad y ésta es otra. En realidad, Cibeles tiene muchas, pero los habitantes de cada una de ellas gustan de imaginar que la suya es la principal.

El hombre santo disertó sobre el cielo y los dioses ante el atento auditorio.

—Los dioses rigen el universo y mueven el conjunto de los planetas que a su vez determinan nuestro destino. Parece que cada pueblo tiene sus dioses y diosas, pero, en realidad, son los mismos con distintos nombres; los frigios la llaman Cibeles y la adoran en la piedra negra; los persas la llaman Anahita y la adoran en la aurora, ¿qué más da? Son los mismos, los dioses que habitan en la cúpula celeste.

Cuando se dispersó la reunión, el hombre santo interrogó a Zumel sobre los dioses de su pueblo y convino en que Atacina debía de ser Cibeles.

—Ahí arriba estaba escrito que vendrías a Asia desde tus lejanas tierras y que nos reconoceríamos en una noche como ésta. Todos tus pasos y todos los míos, desde que nacimos, se encaminaban a este instante, incluso el árbol del que proceden estas ascuas estaba predeterminado por los astros que una noche nos iluminaría y al día siguiente nos caldearía. Nuestro destino está escrito en las estrellas. Cada uno tiene asignada una, que brilla más o menos, de acuerdo con su suerte. Las de los grandes hombres brillan más; el resto son anónimas. ¿Ves la Osa Mayor? Cada una de las estrellas que la componen representa a un héroe antiguo mientras que, al propio tiempo, toda ella en su conjunto es el plano de la ciudad sagrada de Nippur. ¿Ves el cuadrado de Pegaso?

—Lo veo.

—Es el plano del templo de Marduk, el Zeus de los babilonios. Tiene siete recintos, uno por cada planeta dominante: aquel rojo es Jergal, el dios de la guerra, al que los griegos llaman Ares; aquella estrella que azulea en la noche es la de Ishtar, la diosa del amor...

Cuando el hombre santo se retiró a meditar, Zumel y Erifelos deambularon por las hogueras del campamento. Los pastores dormían sobre sus capas de piel, pero uno de ellos paseaba en torno al redil de los caballos.

—Ya has oído cómo Bagadates castiga a los ladrones, pero eso no disuade a los amigos de lo ajeno.

—En Iberia nadie puede robar caballos, porque relinchan cuando un extraño se les acerca de noche en el descampado.

—¿De veras?

Al día siguiente avistaron el gran lago salado que tardaron varios días en bordear. En las inmediaciones de Ankira se cruzaron con un grupo de turanios.

—Esos son jinetes y pastores de las estepas de Yaxarte —informó Erifelos—. Más allá de sus pastizales ya no hay ciudades, sólo bosques, tundras y estepas ralas habitadas por clanes de pobres pastores que viven en la miseria.

Las jornadas eran largas y monótonas. Zumel alimentaba su odio hacia Potasio de noche, cuando pasaba las horas desvelado en el camastro, pero de día procuraba distraerse con la charla de Erifelos. Le gustaba aprender y Erifelos, a pesar de su juventud, mostraba un profundo conocimiento de las tierras y los hombres que había visitado con su patrón, un mercader de sedas que lo despidió, según decía, porque lo

sorprendió con su mujer.

Erifelos admiraba a los iraníes y se vanagloriaba de pertenecer a una de sus más antiguas estirpes.

—Pero ¿no quedamos en que eras griego?

—Por mi padre, sí; pero mi madre pertenecía a una antigua familia de la aristocracia iraní. Los iraníes nos extendemos desde las navas soleadas del Parsa, al sur del Irán, hasta las cordilleras nevadas de Bactriana, tras las que el sol aparece cada día —añadía con orgullo—. Allí están los reyes sacerdotes, llamados *kavi*, a los que asisten otros sacerdotes menores, los *karapan*. Más allá sólo encontrarás tierras áridas y frías y cordilleras infranqueables. En el borde del Imperio habitan los barbudos masagetas, a los que distingues por sus poblados bigotes, y porque sus mujeres se entregan a los individuos más fuertes y apuestos de la tribu para engendrar bellos hijos.

—¿Y los maridos? —preguntó Zumel.

—Las dejan hacer, es la costumbre. Sin embargo, las mujeres de sus vecinos, los corasmios, que apacientan sus manadas de caballos en los pastizales entre el Oxus y el Yaxarte, se dejarían matar antes que entregarse a otro distinto del marido.

—¡Manadas de caballos! —exclamó Zumel—. En mi tierra sólo los muy ricos tienen caballos.

—¿Tan pobres sois? —preguntó Erifelos.

—La tierra no es tan rica como ésta y los caballos no producen —reconoció Zumel—. Sólo sirven para la guerra.

Se cruzaron con un anciano barbudo vestido de andrajos de muchos colores cuidadosamente cosidos.

—Parece un mendigo —señaló Erifelos—, pero es un mago procedente de la lejana Ragai, al noroeste. Estos sabios errantes recorren el Imperio predicando, sanando, mediando en disputas familiares y aconsejando a los descarriados que se lo solicitan.

—¿Y consiguen que la gente haga las paces?

—Casi siempre, no habiendo esposas de por medio. Los que tienen que atender a varias no vuelven a conocer la paz en toda su vida.

Cuando llegaron al río Halys, en la región de las charcas inmundas infestadas de mosquitos, dijo Erifelos:

—Este río no es nada. Tendrías que ver el majestuoso Oxus, que desciende del Hara, el monte de los dioses, del mismo seno de Anahita, la madre de las aguas. Y no digamos los dos hermanos, el Tigris y el Eufrates.

Atravesaron la Capadocia, con sus montañas horadadas por cuevas que forman a veces un laberinto de galerías.

—¿Cómo vive gente en un lugar tan desolado? —se extrañó Zumel.

—Sólo comen culebras y palomas —dijo Erifelos—, pero con la palomina que obtienen de los palomares excavados en las rocas fertilizan la tierra del fondo de los

barrancos y allí cultivan hortalizas y frutas. En muy poco espacio tienen feraces huertas.

Atravesaron por segunda vez el curso del río Halys, que, mientras tanto, había crecido y ensanchado. Sus aguas lentas y majestuosas centelleaban al sol entre los verdes cañaverales y umbrías arboledas.

Aquella tarde Erifelos estaba ausente. Cuando sonó la tuba que convocaba al rancho, Zumel se retiró con su lebrillo de guiso de cordero al amparo de una tapia derruida. Empinaba la calabacilla del licor cuando, de pronto, se sintió observado. Miró alrededor. Un perro gris de mediano tamaño, con cara de lobo y cola de zorro, lo miraba desde los escombros con las orejas aguzadas, inmóvil.

Zumel no le prestó mayor atención. Continuó comiendo, sumido en sus pensamientos. El perro se quedó un rato contemplándolo antes de acercársele con el rabo entre las patas, la cabeza gacha y oscilante, las orejas plegadas, dando lástima. Se detuvo a pocos pasos y se le quedó mirando, la cabeza un poco ladeada, en actitud mendicante.

Zumel reparó en el perro. Estaba esquelético. Se le podían contar las costillas.

—Estamos hambreados, ¿eh? —le dijo.

El perro meneó la cola y se relamió el hocico.

«Claro que tiene hambre —dijo Zumel para sí—. En estos parajes como no se coma las piedras...».

Terminó de apurar un hueso y lo lanzó al perro. El chucho metió el rabo entre las patas y amagó una huida, pero se detuvo cuando comprendió que el hueso era un regalo. Se acercó a él, lo olisqueó y se retiró a rumiarlo un poco más lejos.

Zumel le fue lanzando huesos a medida que los terminaba, algunos sin apurar, con algún tendoncillo colgando. Después rebañó la escudilla con el trozo de pita restante y se lo lanzó.

—Parece que hoy sacas el vientre de mal año. ¿Es que no sabes cazar? ¿No has visto la cantidad de conejos y lagartos que hay por estas peñas?

Cuando vio que no había más comida, el perro desapareció.

Al día siguiente acamparon a muchas parasangas de distancia, pero, en cuanto montaron el campamento y repartieron el rancho, el perro reapareció a pocos pasos de Zumel. Había seguido a la caravana.

—¡Largo de aquí y no molestes! —le gritó Zumel—. Búscate un amo que te mantenga que de mí no vas a sacar nada.

El perro no se movió. Zumel le lanzó una piedra que impactó al lado del animal. Esta vez el chucho dio un respingo y huyó veloz, el rabo entre las patas, para detenerse a cierta distancia y observar a su agresor, la cabeza baja y las orejas gachas, alerta por si tenía que huir aún más lejos.

Desentendido del perro, Zumel terminó de comer, limpió su escudilla con un puñado de hojarasca y se encaminó a un cerrete cercano para hacer sus necesidades. Cuando descubrió que el perro lo seguía lo ahuyentó nuevamente a pedradas.

En los días siguientes la caravana salió de las montañas armenias y penetró en las sirias. Cruzaba comarcas desoladas, un pedregal polvoriento con escasa vegetación entre las rocas grises. El camino de gravilla punzante desgastaba los cascos y las pezuñas de los animales y laceraba los pies a pesar de las sandalias. Zumel notaba que los caravaneros se retraían y reforzaban la vigilancia. Algunos practicaban extraños ritos, canturreaban conjuros al caer la noche. Incluso Bagadates, de ordinario tranquilo y reposado, recorría el campamento, con Fenón al lado, para comprobar que los centinelas no se dormían.

—La noche no es buena —se quejó Erifelos—. En este desolado andurrial ocurren cosas. Las gentes se las achacan a los malos espíritus, a los *devas* y a los *pairikas*, a los *facepos* y a los *yatus*, pero yo creo que no son malos espíritus sino simples bandoleros que infestan las montañas. Hace tres años exterminaron a toda una caravana. Emponzoñaron el agua de una fuente y cuando todos los caravaneros padecieron diarreas durante dos días y estaban tan débiles que no podían ni levantarse cayeron sobre ellos y los despojaron de cuanto tenían. Se dijo que habían sido los *yatus*, pero los malos espíritus pueden arrebatarte la vida sin necesidad de degollarte y los caravaneros estaban degollados, y a las mujeres y a los muchachos los habían violado antes de asesinarlos.

Un hombre alto, vestido de negro, con el cabello en pequeñas trenzas, pasó ante ellos llevando su caballo de reata.

—Es un mago *mairya* —informó Erifelos—. Un poco lejos de sus estepas, quizá. Esta noche podremos oírlo. Te parecerá interesante, ya verás.

En el fuego de campamento un viajero rodio solicitó del mago que contara la historia de Zraetaona.

—¿Te refieres a Keresaspa —preguntó el mago—, el héroe que mató al dragón Azi Dahaka y liberó a las setenta doncellas cautivas?

Después del largo relato, que mantuvo en vilo a muchos caravaneros sentados en el suelo en torno al narrador, el grupo se dispersó y sólo quedaron unos pocos.

—En la tierra de donde yo vengo también hubo un héroe como el vuestro que mató a un lagarto enorme —dijo Zumel.

—¿Qué tierra es ésa? —quiso saber el mago.

—Está en Occidente, cruzando el mar de Cartago, al otro lado del mundo.

El mago asintió grave.

—Tengo entendido que en Grecia hubo también dragones como éste —dijo—. Deben de ser de la misma estirpe. Nuestro dragón habitaba en las cavernas, bajo las montañas masagetas, pasado el río Yaxarte. El clan de los *mairyas* lo venera y cada año, en su fiesta, lo conmemoran con justas y recitados.

—En eso se parece también al nuestro —corroboró Zumel—. Siete pueblos lo veneran, pero a pesar de ello se enfrentan entre ellos en frecuentes guerras.

—¿Por qué?

Zumel abrió los brazos para expresar su perplejidad.

—No sé: por fruslerías. Por un asno, por una oveja, por una fuente, por una canasta de higos, porque alguno se embriaga con cáñamo indio e insulta a otro del clan rival, o le toca el culo a una muchacha de la otra tribu... cualquier pretexto sirve —reconoció—. Quizá sea simplemente porque son pueblos guerreros y no pueden vivir sin guerra, quizá porque los hombres le temen al tiempo de ceniza, a la vejez.

—Y al olvido —añadió el mago—. Quizá los de tu tierra sois *mairyas* sin saberlo. ¿Tenéis *djahikas*?

—¿Qué son *djahikas*?

Intervino Erifelos:

—Una especie de prostitutas que se entregan a aquel que les indica su *mairya*.

—No, los guerreros iberos no tenemos nada así. No nos parecería honorable.

—Quizá vuestro dragón no mantenía cautivas.

—Es posible. En mi tierra nadie cuenta que el lagarto tuviera cautivas. Siempre estaba hambriento.

La charla derivó hacia otros temas. El mago había estado en Persépolis, la ciudad prohibida.

—¿Cómo es? —le preguntó uno de los medos.

Le dirigió una mirada severa mientras consideraba la conveniencia de responder a la pregunta en presencia del bárbaro al que un perro, el animal inmundo, rondaba todas las noches. Al final decidió que no había nada censurable en ilustrar a los ignorantes.

—Creeríais estar en presencia de los dioses —dijo extendiendo los brazos y recorriendo con la mirada los rostros expectantes—. Imaginaos un fresco vergel recorrido por cien arroyos cristalinos en medio del ardiente desierto. Imaginaos en el centro de ese vergel un bosque de columnas inmensas, altas como doce hombres, coronadas por capiteles en forma de toros pareados y arrodillados que sostienen sobre sus potentes cervices y sus cuernos las enormes vigas de la techumbre, cada una de las cuales ha salido de un cedro de doscientos años. Imaginaos los sólidos muros recubiertos de brillantes vidriados que representan procesiones de reyes, de sátrapas, de guerreros, de esclavos, de hombres y mujeres llegados de lejanas tierras para postrarse ante el trono del Gran Rey.

»Los fuertes artesones que cubren la techumbre entre las vigas están minuciosamente decorados con relieves que representan guerreros y personajes antiguos, los aqueménidas que fundaron el Imperio.

»En un extremo de la sala está el trono del Gran Rey, que es de mármol taraceado y oro, con patas de león también de oro puro. Se eleva sobre un podio de pórfito al que se accede por dos escalones. Sobre el asiento, capaz para tres personas, hay varios cojines de seda con flecos de oro. Allá se sienta el Gran Rey, el divino Artajerjes, sangre de Ciro y de Anahita. Contemplar su rostro barbado es como contemplar el sol: deslumbra. El Gran Rey viste un amplio vestido plisado de seda con bordados rojos y azules, la barba cuidadosamente peinada en tirabuzones. Sus

pies, que reposan sobre una banqueta de marfil con incrustaciones de oro, calzan escarpines de tafilete dorado. Los mantiene juntos, así como las rodillas; la espalda, recta; la cabeza, alta. Majestuoso como un dios, sostiene en la mano derecha un largo bastón cubierto de pedrería y taraceas de marfil, ónice y ámbar, y reposa la izquierda sobre el regazo. Detrás de él y rodeándolo, a los preceptivos doce pasos de la tarima del trono, se agrupan sus ministros y los grandes dignatarios de la corte. A lo largo de los muros, ataviados con túnicas bordadas y armados de magníficas lanzas y bronceos escudos, se alinean los guardias.

Los caravaneros escucharon el relato del mago hasta que la Estrella Mayor giró un cuarto de cielo y el relator recogió las dádivas de los devotos y decretó que era ya hora de acostarse.

De regreso a la tienda, Zumel y Erifelos pasaron cerca del círculo que formaban los carromatos de las prostitutas.

—Estas esclavas de los *mairyas* —explicó Erifelos— descienden de aquellas doncellas que Zraetaona liberó. Están obligadas de por vida a servir a su *mairya* familiar.

—¿Y no se niegan?

—No se conoce ningún caso... Los *mairyas* son temibles no sólo por su magia. También, llegado el caso, pelean como fieras y cuando degüellan al enemigo vencido no tienen que responder ante la justicia del sátrapa. Son inviolables.

Después de varios días de marcha en los que no se dejó ver, el perro vagabundo reapareció para sorpresa de Zumel, que creía haberlo desanimado después de acertarle en el lomo con una piedra. Al principio se mostró receloso y espantadizo, temiendo que lo agrediera de nuevo, pero a la hora del rancho se acercó más. Zumel comprendió que el hambre superaba al miedo, se apiadó de él y le arrojó un mendrugo que llevaba en el zurrón.

A medida que la caravana progresaba y se acercaba a su meta, el sueño de Zumel se hacía más intranquilo. Desvelado, pensaba en Belasia, en Aspar, en Zubión, en los pueblos del Baitis, en los conflictos que había dejado atrás. A veces comparaba la vida de los suyos con la de los habitantes de las nuevas tierras que estaba conociendo. Se percataba de que la vida se parece en todas partes, de que los hombres se dejan arrastrar por las mismas pasiones, los mismos anhelos, las mismas esperanzas. Intentaba penetrar el sentido de la guerra y la violencia, el fardo tremendo de trabajos que suponía que un pueblo tuviera que defenderse de otro y un individuo de su prójimo. Toda su vida, advertía, se había desarrollado en ambientes de violencia. Desde la infancia se había preparado para la guerra, en cuanto alcanzó el estado adulto se enroló en una tropa mercenaria, a su regreso, cuando había intentado ser un simple y pacífico pastor, se había visto obligado a matar a varios hombres y finalmente estaba embarcado en un fatigoso viaje al otro lado del mundo con la única intención de matar a un hombre. Rememoraba viejos recuerdos de su vida en Sicilia, los saqueos, las matanzas gratuitas... de buena gana habría acabado con todo aquello.

A veces no estaba seguro de haber obrado juiciosamente al lanzarse a tan largo viaje sólo por la pulsión de matar a un hombre. Todo parecía minimizarse y perder importancia en la medida en que comprendía la complejidad del mundo. Perplejo, a menudo recordaba palabras sabias: «Que la muerte pueda más que la vida es una aberración».

En Asiria volvieron a las tierras feraces, a las espesas arboledas, a las onduladas campiñas, a las huertas pobladas de magníficos frutales. Zumel comparaba aquella tierra fértil con los tristes pegujales de Zubiión y con los pelados cerros de la Muela donde apacentaba su ganado. Respiraba con placer el perfume de la tierra después del súbito aguacero en medio de un día caluroso. Al atardecer se sentaba en un cerro a contemplar la ondulación de los pastos movidos por la brisa.

Echaba de menos a Belasia, a Aspar, a Urcebas.

El perro desaparecía durante el día, pero a la caída de la tarde se dejaba ver. Ya no intentaba espantarlo. Sólo buscaba un lugar apartado donde nadie viera que le daba al perro las sobras del rancho. A veces le reñía.

—¿Cuándo aprenderás a cazar conejos? Yo no voy a estar siempre aquí para mantenerte. Deberías arrimarte a un mercader rico, no a mí.

Erifelos se burlaba de su amistad con el perro.

—Podías haber escogido a un animal más presentable y no a un chucho sarnoso —le reprochaba.

—Me temo que ha sido él el que me ha escogido a mí.

Se cruzaron con una pequeña expedición fuertemente armada de mercaderes de incienso.

—Se lo cambian por ámbar y cobre a los camelleros del desierto de Arabia —informó Erifelos.

La caravana atravesó el Eufrates en balsas y almadías tiradas por bueyes que en cada viaje transportaban cuarenta animales de carga o cien hombres. El paso se demoró durante dos días, faenando incluso de noche, a la luz de fanales y hogueras.



## Capítulo 42

El día que cruzaron el padre de las aguas, como también llaman en aquellos parajes al río de Mesopotamia, acamparon junto a una aldehuela de pescadores.

Zumel esperaba perder de vista al perro, pero el chucho reapareció, agotado y cabizbajo, tras atravesar la corriente por sus propios medios.

—¿Es posible que seas tan testarudo? —le riñó Zumel disimulando la satisfacción que le producía volver a verlo—. Anda, come un poco y repón fuerzas.

Esta vez vertió todo el guiso sobre una losa y él marchó a comprar una nueva ración. Al regreso, la piedra estaba limpia y relamida. El chucho había desaparecido.

Aquella tarde, mientras se instalaba el campamento, Erifelos invitó a Zumel a una taberna de pescadores frecuentada por los viajeros. A la puerta del establecimiento había un tendedero de peces secos cosidos en manojos por las colas, en hiladas. Algunos alcanzaban la altura de un hombre.

—¿Estamos cerca del mar? —inquirió Zumel.

—¡Qué va! El mar queda a dos meses de camino —respondió Erifelos—. Esos peces que ves son esturiones. Aunque los veas enormes, se pescan en el río.

Se sentaron a una de las mesas del porche y pidieron comida y vino.

—Vino no tenemos —dijo la anciana que atendía el negocio— pero el *likis* mejor de toda Mesopotamia se hace aquí. Yo misma lo preparo con hierbas escogidas y cebada hervida.

—Tomaremos *likis* —dijo Erifelos— y una buena porción de esturión.

El *likis* resultó ser una mezcla de cerveza floja con hidromiel. Se podía beber. El esturión estaba exquisito con su picante salsa de queso fermentado y yerbas, pero producía una sed ardiente que reclamaba más *likis*.

—Esta gente vive de las caravanas —comentó Erifelos señalando a los tenderetes dispuestos en torno a las mesas—. Aquí venden lo que fabrican los campesinos del entorno, especialmente harina, fruta seca y pescado.

Apareció un niño desnudo que compartía con las moscas el contenido de un tazón desportillado.

Erifelos lo llamó.

—Ven acá, rico, y muéstrale a este hombre lo que comes —le dijo en arameo.

El niño obedeció y enseñó su taza. Contenía una crema de bolitas negras no mayores que granos de mostaza.

—¿Qué es? —preguntó Zumel.

—Son las huevas de la hembra del esturión —informó el griego—. Con eso se alimentan los pobres por aquí. Puedo asegurarte que es un mejunje repugnante, pero ya ves la fuerza de la necesidad: la carne y el pescado se reservan para los viajeros.

Detrás de las tablas del cobertizo una caldera rompió a hervir. El posadero y un criado fornido la apartaron del fuego y sumergieron en ella una canasta de salchichas. El estimulante aroma del embutido macerado con yerbas y vinagre invadió

inmediatamente el recinto y provocó el rumor satisfecho de los parroquianos.

Llegaba más gente. Un mardo membrudo, con sus pantalones de tafilete, sus botas de cuero hasta media pierna y su fusta colgando de la cintura, se sentó a una mesa cercana y solicitó bebida y gachas. Se conducía con arrogancia, tal vez tratando de impresionar a la jovencita que ayudaba a servir las mesas. Mientras bebía directamente del jarro observó fijamente a Zumel.

Zumel apuró su cubilete y se quedó mirando el fondo con aire ausente. Le había parecido que el mardo mal encarado cruzaba una mirada de reconocimiento con Erifelos.

Quizá eran sólo figuraciones suyas. Erifelos era bien parecido y atraía a muchos hombres aficionados a los efebos.

Ajeno a las percepciones de Zumel, el griego disertaba sobre los pastores isedones que recorren con sus ganados las estepas del Yaxarte.

—A sus muertos los dejan a la intemperie para que se los coman los buitres —explicó—, pero reservan la cabeza y, cuando está seca, modelan con yeso las partes carnosas, insertan dos caracolas en las órbitas de los ojos y la espolvorean con polvo de oro. ¿Qué te parece?

Zumel se encogió de hombros.

—Cada pueblo tiene sus costumbres. Nosotros también exponemos los cadáveres a los lobos y a los buitres, cabeza incluida. Bueno, los que pueden permitírselo compran leña para una pira, reducen al difunto a cenizas y lo entierran en un puchero o en una caja de piedra. Como los griegos.

Llenaron de nuevo los vasos y brindaron. Zumel volvió a sorprender una mirada furtiva de su compañero hacia la mesa donde se había sentado el pastor mardo.

—¿Y el polvo dónde lo consiguen, si son simples pastores? —preguntó.

Erifelos se sobresaltó.

—¿El polvo? ¿Qué polvo?

—El de empolvar la cara del difunto. Hablábamos de los isedones, ¿no?

—¡Ah, los isedones, claro! Bueno, a veces conducen sus ganados a la tierra de los rimaspes. En aquellas montañas hay oro. Buscan en los pedregales a la hora del sol y ven brillar las vetas. Lo malo es que está custodiado por feroces grifos que construyen sus madrigueras en las hendiduras del terreno. Sólo los arqueros más hábiles logran mantenerlos a raya disparando al jefe de la manada. Cuando lo ven herido, los otros se retraen, pero nunca falta un despistado que no ha visto al jefe, se abalanza y te abre la garganta de un zarpazo. Demasiado riesgo. No conozco a nadie que haya conseguido oro suficiente para escapar de la pobreza.

Vaciaron varias jarras de cerveza mientras el establecimiento se abarrotaba de caravaneros, camelleros y muleros que acudían a la taberna después de acomodar y alimentar a sus animales.

—Creo que deberíamos marchar —propuso Erifelos—. Hemos comido y hemos bebido. Dejemos el puesto a los que llegan.

Zumel estuvo de acuerdo, pero le extrañó aquella súbita inquietud de su compañero por sus semejantes. De ordinario, Erifelos no se preocupaba por el prójimo e iba a lo suyo. Incluso a veces se había preguntado por qué buscaba su amistad. Quizá sólo veía en él a un guerrero que, llegado el caso, lo defendería.

Al incorporarse del asiento, Zumel notó que la cerveza macerada de hierbas lo había afectado. A Erifelos también le costaba mantener el equilibrio.

—Estamos medio borrachos —observó con disgusto—, ¡qué demonios le ponen a ese potingue!

—Deben de ser las hierbas —dijo Erifelos—. Nunca contienen la misma dosis.

Regresaron al campamento, con el perro siguiéndolos a distancia. Aunque parecía distendido por la bebida, Zumel no dejó de cavilar sobre algunos indicios preocupantes.

Aquella noche el ibero no alcanzó el sueño profundo de otras veces. Notó que su compañero abandonaba la tienda de madrugada, lo que jamás había hecho en los dos meses anteriores. ¿Necesitaba orinar después de beber en exceso? Quizá. ¿No podría ser que tuviera que encontrarse con el mardo que lo miraba? El tipo tenía catadura de sicario. ¿Lo había contratado Erifelos para asesinarlo y robarle los dáricos y el caballo, o todo eran figuraciones suyas?

Malas experiencias pasadas habían convertido a Zumel en un hombre desconfiado y precavido, era consciente de ello, pero tampoco hacía nada por cambiar de conducta. Como aconsejaba Cotrufes, «el recelo es un buen hábito. Prolonga la vida del guerrero».

Sin alterar la postura en la que fingía dormir, Zumel introdujo la mano en la bolsa que le servía de cabezal y extrajo sigilosamente la falcata. En aquel momento ladró el perro cerca de la tienda, alertándolo, y una sombra se proyectó a la entrada, apartó la lona y lo observó. Zumel fingió la respiración pausada, profunda, del durmiente, pero el corazón le latía con tal fuerza que por un momento temió que el observador lo percibiera. La sombra se acuclilló para penetrar por la angosta abertura. Recortada en la difusa claridad lunar, Zumel distinguió la silueta del guerrero mardo que portaba un cuchillo en la mano. No aguardó más. Se incorporó como un relámpago y le hundió la falcata en el pecho, por encima de la clavícula. La bocanada de sangre salpicó toda la tienda.

El mardo podía contar con algunos cómplices que aguardaran fuera. Zumel extrajo su arma, rasgó con ella la lona y escapó a través del boquete. Fuera no había nadie. Sólo Erifelos, que intentaba ahuyentar al perro a cintarazos.

—¿No te has percatado de que teníamos visita? —le espetó Zumel.

El griego no supo qué responder.

Zumel lo asió por el brazo y lo obligó a entrar en la tienda. Trastabilló Erifelos y gimió de terror al tropezar con el cadáver de su cómplice. Tembloroso y sollozante, se acurrucó en la cabecera. Zumel encendió una lucerna e iluminó el cadáver. La brisa nocturna que penetraba por la rasgadura de la lona agitaba el pábilo y arrojaba

sombras espectrales sobre el rostro del ibero. La tienda hedía a excremento humano. El suelo estaba encharcado y la sangre continuaba manando del cadáver.

—¿Por qué me has enviado a este matarife? —preguntó Zumel.

No hubo respuesta. Zumel se acercó a Erifelos y le puso la falcata en la garganta.

—¿Por qué has intentado matarme?

No había emoción en su voz, lo que la hacía más temible aún.

Erifelos temblaba. Gruesas gotas de sudor le humedecían las sienes.

—¿Cómo lo has sabido? —acertó a pronunciar.

Zumel se encogió de hombros, como si le hubiera preguntado una obviedad.

—Su caballo —dijo indicando con la cabeza al muerto—. Estaba demasiado cerca de nuestra tienda cuando regresamos.

—¿Su caballo?

—Sí. Llevo tiempo suficiente en la caravana para notar que los mardos usan sillas de cuero sujetas con cincha en lugar de esteras como los demás.

—¿Y cómo has sabido que venía conmigo?

—Sorprenbí vuestra mirada en la taberna. Me percaté de que os conocíais y me pregunté por qué no os saludabais. —Erifelos asintió compungido—. En fin, basta de charla. Ahora dime quién te paga y quizá salves la vida.

—¿Me perdonarías? —preguntó Erifelos, esperanzado.

—Si me cuentas la verdad, sí.

—Magento, el mayordomo de Nomandros, me envió para que te señalara al sicario. Acordamos que esperaría a la caravana en el cruce del Eufrates. Yo sólo tenía que dejarme ver contigo.

Zumel negó con la cabeza.

—Mientes. Nomandros no desearía mi muerte.

—Yo no he dicho que sea cosa de Nomandros —se apresuró a aclarar Erifelos—. Nomandros no sabe nada. Todo lo ha organizado Magento. Trabaja por cuenta de Potasio. Lo mantiene informado sobre las maquinaciones de los griegos de Éfeso. Potasio tiene muchos enemigos entre sus compatriotas y teme que lo malquisten con Artajerjes.

Zumel aflojó la presión del arma sobre el cuello de Erifelos y le permitió adoptar una postura más cómoda.

—¿Qué órdenes tenías?

—Cuando murieras regresaría a Éfeso llevando como prueba tu espada.

Zumel asintió.

—Acompáñame —dijo incorporándose—. Camina delante de mí.

Atravesaron la zona de las tiendas y el fardaje y salieron a campo abierto.

—¿Adónde me llevas? —inquirió Erifelos con voz quebrada, aterrado.

—Quiero que conozcas a alguien.

Seguidos por el perro, se internaron en el páramo pedregoso hasta que descendieron a una hondonada desde la que no se distinguían las luces del

campamento. Una vez allí, Zumel agarró por el brazo a Erifelos y percibió que temblaba.

—Ya hemos llegado.

Erifelos se volvió lentamente. A la luz de la luna se percibía el brillo de sus ojos húmedos.

—Vas a matarme, ¿verdad? ¡No lo hagas, por favor!

—No tengo otra alternativa, muchacho —dijo Zumel—. Si te dejas vivo, alertarás a otro sicario y quizá éste consiga su propósito.

—¡No me mates y te serviré de por vida, seré tu esclavo, repararé mi falta! —suplicó Erifelos sollozando—. ¡Te juro por Cibeles que no diré nada, que jamás regresaré a Efeso, que...!

No pudo decir más. El cuchillo le había segado la garganta. Estaba tan asustado que no advirtió su propia muerte.

El perro observaba la escena desde la distancia.

Con paso cansino, Zumel regresó al campamento y fue a ver a Bagadates.

—Un hombre ha entrado en mi tienda. Lo he matado. Traía en la bolsa el cuchillo y los amuletos de Erifelos, mi compañero.

Bagadates suspiró profundamente.

—Ya me parecía que llevábamos muchos días tranquilos. A ver, tú. —Señaló a un esclavo nubio—. Busca a Fenón y que se presente inmediatamente.

Al principio pensaron que los bandidos habían secuestrado a Erifelos por su juventud, pero al amanecer un pastor encontró su cadáver. No fue fácil reconocerlo. Las alimañas se habían cebado en él y le habían devorado el rostro.

Aquella noche Zumel soñó con Aspar. Los dos cuidaban un rebaño de hermosas ovejas rojizas en las riberas del río Baitis, que tenía la anchura y el caudal del Tigris. Conversaban como padre e hijo. El muchacho le había preguntado qué ocurre a los lobos cuando son viejos.

—Al principio abandonan la manada y cazan solos hasta que las patas pierden fuerza y ya no pueden alcanzar a sus presas. Entonces mueren de hambre.

Se despertó y ya no volvió a conciliar el sueño. Pensaba en Belasia. La imaginaba entregada a su trabajo, tendiendo los pellejos al sol, arrancando la lana o la pelambre con su raspador de hueso, estirando las pieles en los bastidores, mezclando la salmuera en los odres... Diminutas gotas de sudor se le formaban sobre el labio superior revelando la pelusilla.

Admiraba a Belasia y ese sentimiento acrecentaba su amor por ella. Podía haber vivido a su amparo como la mujer o la concubina del príncipe y, sin embargo, se obstinaba en continuar con el oficio que había heredado de su padre. No era como las demás mujeres de la aldea. Apreciaba la libertad de elegir su propio destino y sabía defendería contra las opiniones y las presiones de los demás.

Zumel pensaba mucho en Belasia. Se preguntaba si volvería a verla. Quedaban muchos días de caravana y Potasio estaba sobre su pista, ahora lo sabía. Cualquiera

podría matarlo.

En las jornadas siguientes, Zumel se mantuvo alerta por si el mardo contaba con algún cómplice dispuesto a completar el trabajo. Durante el día podía defenderse de cualquier agresor, pero de noche, cuando el sueño lo rendía, quedaba a merced de sus posibles enemigos. Se hizo el enconradizo con Atembares, un medo que comerciaba con miel macedonia. Era muy aficionado a los caballos y gustaba de intercambiar conocimientos con Zumel. El ibero buscaba un pretexto para montar su tienda entre las de los esclavos y criados de Atembares donde se sentiría más seguro.

La caravana invirtió varios días en atravesar el pedregal de Kisb hasta que nuevamente aparecieron tierras verdes y fértiles, las huertas y los jardines del río Tigris.

—¡Nisibis! —gritó un camellero medo, y sonó la tuba para transmitir la noticia a los que marchaban detrás.

En torno al recinto caravanero había crecido una pequeña ciudad famosa por sus numerosas tabernas y por su excelente cerveza. Tostaban la malta con cañas verdes del río, lo que le confería un ahumado muy agradable.

En Nisibis, Bagadates decretó una jornada de descanso. Zumel y Atembares asistieron a una exhibición de jinetes escitas con sus característicos pantalones de cuero, que disimulaban unas piernas arqueadas de cabalgar desde que eran niños. Los escitas gobernaban sus jacos con la presión de las rodillas o los talones, sin necesidad de manos.

Zumel alabó el entrenamiento y la resistencia de las cabalgaduras, unos caballitos peludos y feos que alcanzaban el galope tendido en un instante, sin trote previo. Atembares le señaló la habilidad de los arqueros, que acertaban en un blanco mientras galopaban.

—No hay combinación más noble para un guerrero, el arco y la velocidad del caballo —dijo—. Por eso el Gran Rey se retrata así en las monedas.

Zumel estaba en completo desacuerdo, pero por cortesía no lo expresó claramente.

—En mi tierra usamos el arco solamente para cazar. Nunca en la guerra —explicó.

El medo se volvió sorprendido.

—¿Cómo es posible?

Zumel se encogió de hombros.

—Cada pueblo tiene sus costumbres, allí somos más de venablo y espada.

Cuando terminó el ejercicio, los jinetes se sometieron a las preguntas de los espectadores interesados. Cerca de Zumel un escita demostraba cómo encordar un arco. Apoyó una punta en el suelo, detrás de la pantorrilla y lo curvó forzándolo con las dos manos. Las venas del cuello se le hincharon con el esfuerzo y la faz le enrojeció como un ascua. Cuando logró encordar el arma respiró profundamente. Miró a los espectadores en busca de uno que fuera suficientemente fornido y escogió

a Zumel.

—Lanza una flecha —lo invitó tendiéndole el arco.

Zumel lo sopesó: sólido, pesado y muy grueso en el centro, con tres capas sucesivas de tejo, cuerno y tendones.

Intentó armarlo y lo encontró excesivamente duro. Al segundo intento, aplicando todas sus fuerzas, lo consiguió. Apuntó al tablón acolchado con paja que servía de diana y disparó. Partió la flecha con un silbido y la cuerda le rozó la muñeca produciéndole un vivo escozor. El proyectil se clavó muy cerca del centro del blanco.

—¿Qué tal? —preguntó el escita en su torpe griego.

—Mucho más fuerte que los nuestros —reconoció Zumel—. Los nuestros son sólo de tejo.

En Sicilia había algunos arqueros iraníes. Los había visto combatir: se acercaban veloces en sus caballos, flechaban sin detenerse (a pesar de ello jamás fallaban, cada flecha hería a un hombre), volvían grupas y huían. Era una táctica para provocar la persecución del enemigo. Cuando los jinetes contrarios les estaban dando alcance se volvían de repente y atravesaban al perseguidor más cercano con una flecha. Un modo de combatir cobarde, pero muy efectivo.

Aquella noche Atembares invitó a Zumel a su tienda y le ofreció cerveza melada, pastel de piñones y albaricoques de Parsa. Conversaron sobre pueblos y paisajes.

—Sólo hago tres caravanas al año, con eso me basta para vivir con desahogo —confesó Atembares—. El invierno lo paso en Ecbatana donde tengo una familia, una mujer y dos esclavas. Allí disfruto de los placeres de la vida, masajes, banquetes, músicos y caballos, mientras aguardo a que el deshielo despeje de nieve los desfiladeros de Zagros y entonces parto hacia Media a reunirme con mi segunda familia y a cuidar mis negocios de allí. Ni Artajerjes, loado sea su nombre, vive mejor que yo.

En los días siguientes Atembares y Zumel conversaron en distintas ocasiones e incluso alguna vez el mercader invitó a comer al ibero. Sus colaciones eran espléndidas aunque el menú se repetía casi siempre: búfalo asado y pastel de cordero sazonado con pimienta y acompañado de puré de manzanas cocidas en vino. Zumel reservaba los desperdicios para el perro.

—Mañana pasaremos junto a las ruinas de Nínive, la ciudad más grande que nunca haya existido, fundada por los propios dioses —anunció Atembares—. ¿Te interesaría visitarlas?

—¿Y la caravana?

—Sólo nos llevará un par de horas. Yo recorro las ruinas siempre que paso por aquí. Me produce el placer algo melancólico de acercarme a los vestigios de vidas pasadas. Luego alcanzaremos la caravana en la acampada.

—De acuerdo.

Nínive. Unas melancólicas ruinas que emergían del desierto de arena. Sobre las dunas amarillas se notaban las correrías de chacaes y ratas.

Los dos hombres cruzaron las ruinas y llegaron a la antigua puerta de la muralla. Los fuertes bastiones permanecían en pie. La entrada estaba flanqueada por dos enormes esculturas de leones alados.

—Hubo un tiempo en que esta ciudad dominaba el mundo —explicó Atembares—. Aquí acudían los reyes de la tierra que ve el sol a postrarse ante el Gran Rey y a besar el suelo a sus pies. Aquí afluían los productos más refinados, los mejores corceles, las más bellas doncellas, los músicos y cocineros más expertos. Esos techos, en los que ahora vemos caer la noche y parpadear las estrellas, eran enormes vigas de cedro chapadas de oro minuciosamente labrado por los mejores plateros del mundo. El desierto seco y yerto que ahora ves era una extensión de lagos y estanques alimentados por el Tigris. En sus canales de aguas límpidas espejeaban peces de variados colores y se deslizaban los patos.

Atembares se detuvo un momento a contemplar la imponente fachada de la ciudad.

—Cuando el Gran Rey salía de campaña en su carro de guerra la tierra retumbaba bajo los cascos de sus percherones y bajo las enormes ruedas de bronce, guarnecidas con afiladas guadañas que, cuando los caballos galopan, giran tan rápido que el ojo no las percibe. El Gran Rey posee los pueblos y las riquezas de la Tierra, pero todavía no ha logrado un ejército como el griego. Muchos de sus súbditos han nacido para esclavos, almas sumisas y pusilánimes. Ante el Gran Rey o sus sátrapas, se arrastran y besan el suelo. Sus ceremonias de acatamiento carecen de dignidad. El Gran Rey es para ellos como un dios, no como un mortal, y adorándolo humillan y menosprecian a los verdaderos hombres.

—¿Quiénes son los verdaderos hombres? —acertó a preguntar Zumel.

—Los pacíficos y laboriosos, los que viven sin atropellar al prójimo, los que hacen el bien a los que los rodean sin aguardar reconocimiento, sólo por el placer de hacerlo, los magnánimos, los que incluso perdonan las ofensas recibidas.

Guardó silencio Zumel.

—Por lo que me has contado de tu actuación como jefe de una aldea remota en tu tierra, tú eres un verdadero hombre. Es doblemente meritorio que intentes ser un hombre entre bárbaros que sólo aprecian la violencia.

Habían llegado a un altozano desde el que se divisaba la extensión de ruinas, una devastación que parecía no tener fin. Atembares adivinó el pensamiento de Zumel.

—Babilonia, la tierra de los caldeos, un pueblo grande que vino a menos —reflexionó—. Eran fuertes, eran felices y pensaban que el mundo se acabaría con ellos, que duraría mientras durara el tiempo de los dioses, pero ya ves en qué acaban las grandezas: todo decae, todo se oculta, ni las propias piedras permanecen.

Los dos hombres a los que el destino había unido durante unos días pasearon por aquella desolación, exploraron los restos de los templos y palacios.



Declinaba la tarde cuando emprendieron el regreso, seguidos nuevamente por el perro que durante la visita a las ruinas había desaparecido.

En el campamento casi todo el mundo dormía. Un esclavo mantenía caliente una sopa de cebolla, con sus corruscos de pan y su costra de queso.

## Capítulo 43

La caravana avanzaba por la ruta de Ecbatana, valles anchos y fértiles, gentes amables y hospitalarias, bosquecillos de plátanos bajo los que los campesinos y pastores se refugiaban con sus animales para escapar de la canícula.

Dejaron atrás varias aldeas, casas de adobe enfoscado de arcilla, con cenefas blancas y azules. Avellanos y sauces asomaban por encima de los bardales de los jardines y las huertas. Olía a tierra mojada y a flores dulces a punto de corromperse. En los bosques abundaban los castores, el animal favorito de la diosa, que los iranos se abstienen de matar por reverencia a Anahita.

En el albergue de caravanas, después de la cena, Atembares dijo:

—Mañana iré a los baños, me repararé estas barbas inmundas, me frotaré con aceite y greda, me libraré de la roña del camino y me pondré en manos de una experta masajista. Mañana no quiero preocupaciones. Me vestiré de limpio para visitar el santuario de Anahita. Quiero recibir el abrazo placentero de la diosa. ¿Me acompañas?

—¿Qué tiene de particular ese lugar? —preguntó Zumel.

—El santuario de Anahita es, para los persas, como el de Delfos para los griegos o el efesio para los frigios. La diosa concede sus favores a muchos peregrinos. Una vez un poderoso caudillo de los *paradhatas* llamado Haosyianna cruzó cinco regiones para honrarla con un gran rebaño de cien caballos, cien bueyes y mil ovejas y cabras. Su nombre todavía se recuerda con gratitud. Eran tiempos de hambruna y aquella carne horneada y conservada en manteca alimentó a los pobres durante tres años. La diosa premió su generosidad concediéndole el gobierno de los *devas* y lo hizo primer rey de Irán.

Al día siguiente Atembares y Zumel pasaron la tarde en el baño y en cuanto anocheció se dirigieron al santuario.

—Descansaremos en los brazos de las *djahikas* —dijo el mercader.

Zumel nunca había oído aquella palabra.

—Así se denominan a las prostitutas sagradas de la diosa que atienden sus cultos —explicó Atembares—. Se entregan a los forasteros que merecen los favores de la diosa a cambio de una moneda del arquero.

—¿Y cómo saben ellas quién merece sus favores?

Atembares sonrió.

—Ellas lo saben.

El santuario, un edificio rectangular construido en sólida piedra canteada, se elevaba sobre un podio tan alto como un hombre que sólo era accesible por uno de sus lados. La fachada frontal se adornaba con tres hileras de enormes columnas estriadas, altas como cipreses.

Atembares y Zumel ascendieron nueve peldaños y penetraron en el recinto del templo. Estaba oscuro salvo por una miríada de palmatorias de aceite y sebo que

brillaba al fondo en torno al elevado camarín de la diosa. Un intenso perfume flotaba en el aire denso.

Atembares se conducía con la soltura del que está familiarizado con el lugar. Se volvió a Zumel y le señaló un banco de piedra.

—Espera aquí y te enviaré a una muchacha que te hará feliz para que su recuerdo te acompañe siempre.

Zumel obedeció. Mientras aguardaba miró con interés a su alrededor. En la enorme sala había otros visitantes que oraban o encendían candelitas junto al camarín de la diosa. Algunos conversaban en parejas o en corrillos, en voz baja. Un alto techo sostenido por gráciles columnas rematadas en capiteles floridos sostenía la policromada techumbre. Admiró la imagen de la diosa, los blancos pechos al aire, los brazos torneados a lo largo del cuerpo, las manos extendidas hacia el suelo con las palmas vueltas hacia los orantes. Dos docenas de fieles conversaban con la diosa en voz baja sentados en las gradas de mármol que discurrían a lo largo del muro.

Una mujer se detuvo ante Zumel y lo observó con interés. Era hermosa, aunque había dejado atrás la juventud. Vestía una túnica plisada de seda transparente que mostraba sus encantos al tiempo que los ocultaba. El cordón dorado que anudaba su talle le realzaba los pechos. Bajo los párpados, maquillados a la moda babilonia, brillaba la mirada de miel candente.

—Me envía Atembares. ¿Has traído tu don para Anahita? —le preguntó en griego.

La voz sonaba tan profunda y pastosa como la marola en una playa nocturna.

Zumel le entregó el dárico.

—Me llamo Minea. Sígueme —le dijo la mujer.

La siguió hasta el pasillo lateral. El muro estaba cubierto de figurillas y placas votivas que testimoniaban los favores de la diosa. Cruzaron un amplio patio con un estanque en el que flotaban nenúfares.

Al otro lado se abría un pasillo angosto y oscuro con una sucesión de puertas de cedro tras las que se escuchaban suspiros y murmullos de íntimas conversaciones. La mujer abrió una de las puertas e introdujo a Zumel en un cubículo apenas iluminado por una palmatoria que ardía en una hornacina a los pies de una imagen diminuta de Anahita.

Había un lecho de cuerdas con una colchoneta de lana enrollada en la cabecera. La mujer la extendió y se sentó sobre ella adoptando la misma postura de la diosa, altiva, con la espalda recta. Miró a Zumel con expresión severa, dominadora.

—Desátame las sandalias.

Mientras se las desataba, la mujer tomó la cabeza de Zumel y la atrajo hacia su pecho. Descalza, Minea se desató el cordón dorado y dejó que la túnica se deslizara desde sus hombros hasta el suelo.

Zumel nunca había visto un desnudo tan maduro y hermoso, cintura estrecha, caderas rotundas, vientre levemente abultado, el sexo oscuro oculto entre los muslos

duros. El vello púbico, rizado y espeso, olía a nardo tan intensamente que mareaba.

No se atrevía a tocarla. Aspiraba su perfume y se sentía flotar en una consoladora nube de bondad. Verdaderamente se sentía en presencia de la diosa.

Ella posó las manos sobre los suaves cabellos del ibero y musitó una plegaria:

—Anahita, congregadora de nubes grises, dispensadora, madre amable, grácil doncella que riges la luna y el sol, las estrellas y las estaciones: eres bella como la aurora, tu manto de aguas fluviales y de lluvia vivificante se extiende sobre las tierras y los cielos. Anahita, la que concede la contemplación de su belleza a pocos hombres.

Le indicó que se levantara y lo ayudó a desnudarse y a tenderse sobre el lecho perfumado. Con movimientos suaves y sabios le ofreció cuanta bondad y misericordia puede una mujer ofrecer a un hombre. Minea tenía la piel húmeda y suave, como si acabara de salir del baño, y un sudorcillo viscoso le perlaba la espalda a medida que se afanaba en los trabajos del amor. Al término de la unión reposaron el uno al lado del otro, satisfechos y agotados, y conversaron como dos antiguos conocidos mientras bebían hidromiel.

—No eres griego ni persa —observó la mujer—. ¿De dónde procedes? ¿Qué lengua era esa que susurrabas al oído de la diosa?

—Vengo de muy lejos —respondió Zumel—. De más allá del mar de Cartago. Los púnicos la llaman la tierra de los conejos y los griegos la tierra de las serpientes. Hay bosques con lobos y jabalíes y yerbazales donde criamos caballos y ovejas.

—¿Tienes mujer?

Titubeó Zumel antes de responder:

—Sí. Se llama Belasia y tenemos un hijo, Aspar.

—¿Qué afán te aleja tanto de ellos?

Zumel era de ordinario reservado, pero esta vez sintió la imperiosa necesidad de abrir su alma a aquella mujer. Le habló de su vida, del juramento ante Atacina, de Sicilia, de Turrillo, de sus camaradas muertos, de los lentos atardeceres en el cerro de la Muela mientras guiaba el rebaño hacia el redil, del gusano voraz que le roía el corazón desde la infame muerte de Cotrufes.

—En la milicia de Cartago la vida se consume rápidamente —le murmuró al oído como si hablara consigo mismo—. Te llevan de un lado a otro, apagando fuegos, abriendo mercados a los productos púnicos, despejando a punta de espada los terrenos donde los mercachifles de la flota instalarán después sus tenderetes y factorías. Cuando recibes una paga del Senado de Cartago, la balanza la llaman, no hay guarniciones ociosas. Todo el que cobra, combate, y cuando Cartago no tiene conflictos que solventar, lo que raramente ocurre, te alquila a quien los tenga. Los hombres que no tenemos nada que ofrecer, sino nuestros brazos y nuestro valor, combatimos por la paga o quizá por el patrón que vela por la cuadrilla. En alguna ocasión, el general o el prefecto nos premian con un buey asado, con unas ánforas de vino o con esclavas colgajos. Incluso puedes alcanzar, si realizas una gran hazaña, una cadena de oro o alguna pátera de plata, pero lo más normal es morir pobre.

Le habló de Cotrufes, del regreso al poblado, de sus tiempos de pastor, que ya parecían muy lejanos, de Aspar y de Belasia.

Después de que Zumel descargara su alma, Minea permaneció callada mucho rato. Con dedos suaves le acariciaba distraídamente el vello del pecho. Al contacto con sus cálidos muslos, Zumel experimentó una nueva erección. Esta vez ella se abandonó debajo de él y le dejó llevar la iniciativa.

Al término de la dulce refriega permanecieron en silencio, jadeantes y acalorados. Había anochecido. A través de un alto ventanuco se veía el disco de la luna recortado entre las ramas altas de los árboles que rodeaban el santuario. Cantó una lechuza.

—La muerte de tu enemigo, ¿devolverá la vida a tu patrón? —preguntó Minea.

—No, claro.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Vengaré su muerte ignominiosa.

Ella se apoyó en un codo para mirarlo.

—Agregarás una ofensa a las ofensas del inundo —constató—. Alguien podría vengar a tu enemigo matándote a ti.

—Estoy dispuesto a aceptar esa muerte.

—A ti no te importa morir —razonó la mujer—, al fin y al cabo eres un guerrero, pero puede haber alguien a quien le importe, ¿no crees?

Zumel pensó en Aspar y en Belasia.

—Quizá haya algunas personas que me llorarían —reconoció.

—¿Y tú amas a esas personas?

—Sí, claro.

—¿Vas a cambiar tu venganza por el dolor perdurable de las personas a las que quieres?

Zumel respiró profundamente.

—Me lo exige el código. Soy un yegüero.

—Y ese código, ¿de quién depende?

—De la costumbre. Es lo que siempre se ha hecho en mi tierra.

—Las costumbres cambian —dijo Minea. Su voz sonaba cantarina y persuasiva—. Lo que valen son las personas, no las costumbres. Las costumbres están para servir a las personas, no al contrario.

Zumel se encogió de hombros. Estaban demasiado lejos de las tierras de Atacina. ¿Cómo entendería la sacerdotisa de otra diosa lo que en su mundo era justo o injusto?

—En mi tierra se hacen las cosas así —explicó Zumel.

—Pero a una mujer y a un hijo les duele la muerte del esposo y del padre como sucede aquí, ¿no? —insistió Minea.

Zumel no contestó. Era evidente que la respuesta era afirmativa.

—Pues entonces evítales ese dolor —concluyó Minea—. Anahita te concede el perdón y te releva de esa carga. No mueras. No te vengues. La venganza no remediará nada. Sin embargo, tu muerte y la de tu enemigo sembrarán un dolor

innecesario en personas inocentes y prolongarán la cadena de la infamia que nos pervierte a todos a los ojos de los dioses.

Zumel endureció el gesto.

—Mi venganza me aliviará a mí, mujer —replicó con voz ronca—, aliviará mi corazón.

Minea no alteró la dulzura de su voz.

—¿Y no aliviaría más tu corazón vivir para esas personas que te necesitan?

La pregunta quedó sin respuesta.

La mujer se levantó lentamente, se dirigió al extremo del cubículo y desapareció tras una cortina. Zumel la escuchó realizar sus abluciones. También él se levantó, se vistió y se dispuso a marcharse.

Minea reapareció maquillada, con los ojos orlados de negro y los labios de brillante carmín. Se acercó a Zumel y lo besó en la frente. El pelo le olía a aceite de nardo.

—Hombre que procedes de donde el sol se pone —le murmuró al oído—, he leído la muerte en tus pupilas, he leído la muerte en las rayas de tus manos, he leído la muerte en las cicatrices de tu cuerpo y he leído la muerte en tus labios, pero Anahita ha decidido que no mueras. Anahita Ardvizura, la fuerte, hace felices a los hombres que ama. La diosa te hace gracia de la vida porque en tu sangre habita la piedad.

Iba a responder, pero la mujer le tocó los labios con sus dedos suaves como uvas y lo silenció.

## Capítulo 44

El perro ladró y agitó la cola como si participara en la alegría de su amo.

Desde el último recinto de caravanas se divisaban los arrabales de Susa, la capital del Imperio estratégicamente situada en un cruce de rutas comerciales que unen las ricas regiones de Zagros con el norte y el Levante.

Cayó la noche. La ciudad iluminada resplandecía.

—Fin del viaje —dijo Atembares—. Mañana entraremos en Susa. Supongo que en esa ciudad está lo que buscas. Aquí se bifurcan nuestros caminos.

Zumel lo miró y no dijo nada.

El mercader sonrió.

—Mi amigo Nomandros me pidió que velara para que llegaras con bien al término de tu viaje, pero también me encomendó que no te revelara la razón de mi amistad antes de Susa. Supongo que por no humillarte en tu orgullo de guerrero. ¿Permitirás que brindemos por el feliz regreso a tu tierra antes de despedirnos?

Zumel asintió.

—Brindemos más bien por Nomandros y por su amistad.

Bebieron toda la noche, al calor de la hoguera, y abrieron sus corazones a las confidencias. Cuando se retiraron a dormir, Atembares dijo:

—Con la luz verás la fértil llanura rica en pastos y en veneros de agua fresca. Te asombrará la alta muralla guarnecida de fuertes torres que defiende Susa. Las caravanas de Bagadates tienen asignada la puerta de Zagros. Mañana será mejor que no te apartes de mi lado si quieres evitar que los oficiales del Tesoro te abruman con sus preguntas. Son muy fisgones y la mayoría de ellos informadores de la policía. Mañana tendré que ocuparme de mis asuntos y me despediré de ti para siempre, amigo mío, pero antes te asignaré a un criado para que te acompañe a la posada.

En los zocos y plazas de Susa encontró Zumel maravillas que un ibero jamás hubiera soñado en contemplar. Los edificios principales, los mercados y los templos se alineaban a lo largo de una ancha avenida que partía de la puerta principal y, tras atravesar siete recintos sucesivos, desembocaba en la cuesta de subida al palacio de Artajerjes, un hermoso conjunto de edificios de piedra con pórticos y altas columnas que sostenían techos de madera primorosamente tallada.

Todas las riquezas del dilatado Imperio persa confluían allí para anonadar al visitante: paños y caballos de Sagartia, de Media y de Capadocia; joyas y finas vasijas de Lidia; tejidos de Babilonia; arcos de Elam; hachas, espadas y puñales de Caria y de Sogdia; pieles y eunucos de Asiria; caballos de Escitia; camellos de Partia y de Bactria; bueyes de Gándara; pieles de Aria; cachorros de león de Dranguiana con los que los potentados repoblaban sus paraísos particulares tras regalar los mejores ejemplares a Artajerjes.

Seguido por el perro, Zumel deambuló todo el día por las calles y barrios de la populosa ciudad. Al caer la tarde se sintió cansado y entró en una taberna cercana a

su fonda, en el barrio de las caravanas. Había un asiento libre en una de las mesas corridas. Lo ocupó y pidió cerveza. Trabó conversación con su vecino, un hombre de mediana edad que vestía la librea de los guardias del mercado y llevaba la barba recortada a la manera griega. Era lidio pero se había casado con una mujer de Susa y se había afincado en la ciudad.

—¿Y tú qué haces tan lejos de tu patria? —le preguntó a Zumel.

—Busco a un espartano que fue general en Sicilia. Se llama Potasio.

El guardia lo miró con atención. Notó la cicatriz que le cruzaba el rostro.

—¿Has sido guerrero?

—Sí, hace ya tiempo. Ahora estoy retirado.

—Potasio es el intendente de los parques del Gran Rey —informó—. No está en Susa. Ahora está en Basista, preparando la cacería real.

—¿Basista? ¿Es una ciudad?

El guardia rio de buena gana.

—¡Qué va! Es un parque. ¿No has oído hablar del paraíso?

—Ya ves que no —dijo Zumel—. Vengo de muy lejos.

—Es el lugar donde habitaban los dioses antes de mudarse al cielo, eso dicen los persas, el lugar donde un mortal puede ser feliz. Allí encontrarás toda clase de árboles frutales o de sombra y las plantas de flores más fragantes que puedas imaginar, algunas traídas de lugares tan lejanos como la India o Libia. El Gran Rey de los antiguos, antes que Ciro y los aqueménidas nacieran, reunió allí los animales más exóticos: camellos partos, carneros asirios, caballos armenios, mulas capadocias, jirafas nubias, elefantes indios, cabras lidias, búfalos babilonios, toros hircanios y toda clase de animales mansos o feroces. Basista es el coto donde el Gran Rey caza dos veces al año. En temporada se traslada allí con sus amigos y ministros y no regresa a Susa hasta que mata dos o tres leones. Los leones son de la casta que tiene las orejas puntiagudas, que no sé si sabrás que son más fuertes que los de la melena.

—Me gustaría ver ese paraíso —dijo Zumel.

—¡Toma! ¿Y a quién no? —replicó el guardia—. Pero aquello es terreno vedado. Cualquier intruso sorprendido en el parque sirve de alimento a los leones, te lo advierto. Las leyes lo establecen claramente. No hay otro castigo. No obstante, Basista es muy grande y en torno al coto real, fuera de la muralla roja, existen muchas huertas y bosques que te ayudarán a hacerte una idea de la magnificencia que el coto encierra. ¿Has comido alguna vez melocotones?

—No sé qué es eso —reconoció Zumel.

—Es una fruta. Lo que los griegos llaman manzana persa.

—No, no la he comido nunca.

—Pues allí se crían más hermosos que en parte alguna, dulces, jugosos y grandes como la cabeza de un recién nacido. En fin, quiero decirte que, exceptuando el coto real, todo está abierto. Muchos viajeros van a conocerlo porque es digno de ver.

—Me gustaría visitar ese lugar.



—Está a dos días de camino, creo. Yo nunca he estado. El que te puede informar es Mediohombre, ese tullido que pide limosna en la puerta. Incluso te contará cómo es el paraíso por dentro. Lo conoce muy bien: ¡cómo que se dejó allí las piernas! —El guardia rio de buena gana—. ¡Se las comió un león!

Zumel le dio las gracias, terminó su vino y abandonó la taberna. Mediohombre se había marchado ya.

Seguido por el perro regresó a su posada.

Esa noche durmió un sueño inquieto. Dudaba entre buscar a Potasio en Basista o, lo que parecía más prudente, aguardar a que regresara a Susa. En la populosa Susa abundaban los extranjeros y le sería fácil pasar inadvertido. Por el contrario, en Basista tendría menos posibilidades de ocultarse.

La noche siguiente regresó a la taberna. Lo que quedaba de Mediohombre se arrastraba sobre una sportilla de mesa en mesa, mendigando. Lo observó antes de dirigirse a él. Tenía el rostro horriblemente deformado por las cicatrices de las heridas que le infligió el león y le faltaban las piernas desde el nacimiento de los muslos.

El inválido bebía el fondo de las jarras y los cubiletes, rebañaba la grasa de los platos y recogía las migajas de las mesas. Los parroquianos achispados le gastaban bromas pesadas que él soportaba con una sonrisa agradecida con tal de que le permitieran aprovechar las sobras.

Zumel se sentó a una mesa apartada y pidió una jarra de vino. Cuando se la sirvieron le indicó a Mediohombre que se acercara. El mutilado se arrastró solícito hasta los pies del forastero. Se desplazaba con sorprendente rapidez apoyando en el suelo los nudillos liados en trapos.

—Te invito a vino —le chapurreó Zumel en arameo ofreciéndole un cubilete.

Mediohombre no se hizo de rogar.

—Gracias, generoso señor —le respondió en griego.

Sacó una escudilla de madera medio desportillada y se la tendió a su benefactor. Zumel le sirvió un poco de vino de su jarra. El tullido lo bebió de un trago. Su benefactor le volvió a servir.

—Éste adminístralo mejor, no sea que te emborraches —le aconsejó—. ¿Cómo perdiste las piernas?

—Todos los extranjeros preguntan lo mismo, señor —observó Mediohombre jovialmente—. Si te lo cuento, ¿me darás de comer?

Zumel llamó a la moza que atendía las mesas y le señaló a su invitado.

—Tráele lo que pida.

—Salchichas para dos —ordenó Mediohombre—. De las picantes, ¿eh?

La camarera miró a Zumel con recelo. Las sandalias remendadas y los pies mugrientos no le infundían mucha confianza. Tampoco su aparente amistad con Mediohombre.

—¿Tienes con qué pagarlo? —inquirió.

Zumel sonajeó la bolsa. Al sonido de los dáricos, la muchacha cambió de actitud,

hizo un mohín gracioso y marchó a satisfacer al cliente.

—¡Con mucho pan! —le gritó Mediohombre.

La camarera regresó a poco con una fuente de loza repleta de salchichas humeantes y un cestillo de pitas recién horneadas. Zumel satisfizo el precio.

—Súbeme al banco, guapa —rogó Mediohombre a la camarera, que hizo un mohín de asco.

Se adelantó Zumel, lo tomó por los sobacos y lo aupó al taburete contiguo. Aguardó a que su invitado devorara la mitad de las salchichas.

—Cuéntame ahora cómo fue lo de tus piernas —le pidió cuando lo vio más calmado.

—No te lo vas a creer —aseguró el mutilado—, pero yo era más alto y más guapo que tú. Yo he tenido muchas mujeres en mi vida. —Zumel asintió, respetuoso—. Yo era guarda en el jardín del rey. No un guarda cualquiera: uno de los principales.

—Háblame del jardín del rey.

—Es tan grande como una ciudad. Se tarda más de un día en darle la vuelta. Está dividido en cuatro parques, cada uno con sus animales y con sus guardas. Y fuera del paraíso, en torno al pabellón real, se extiende el jardín de los aromas donde Artajerjes y sus amigos pernoctan después de la caza atendidos por masajistas y médicos que restañan las heridas y las molestias causadas por el ejercicio. También hay hermosas mujeres que los ayudan a relajar los nervios doloridos por la tensión del peligro. Y músicos que tañen dulces melodías.

Mediohombre se quedó un momento callado, asaltado por alguna imagen agradable de aquellos días en que aún conservaba las piernas y era guapo. Sacudió la cabeza para alejar aquel pensamiento que sólo le producía sufrimiento, bebió un sorbo de vino y prosiguió:

—Los reyes del paraíso son los leones. No sé si habrás oído el proverbio que dice «el Gran Rey reina en el mundo, pero en el paraíso reinan los leones». El intendente lleva un registro de leones con sus crías y las fechas de nacimiento y muerte. No están todos, pero casi. Los leones tienen nombres: *Furioso*, *Campanita*, *Tristán*, *Caballo*, *Lucero*, *Canelo*...

»Sólo unos pocos guardas están facultados para pasar de un distrito a otro. Yo era de éstos. Desde el tiempo de Ciro. Yo he visto muchas veces a Artajerjes tan de cerca como te veo a ti. Incluso me ha tocado, aquí donde me ves. Cuando tenía que subirse al caballo yo me ponía a cuatro patas para que me usara de escabel. Eso es un gran honor que no se le concede a todo el mundo. Cuando el rey caza, el protocolo se relaja y reina la camaradería. Los leones acechan y no se puede andar con finezas. Ellos también cazan, los leones, quiero decir. En cuanto ventean a un hombre, les da igual que sea el rey o un ministro. El rey celebra el año nuevo cazando un león. La caza, no sé si en tu país será igual, pero aquí es la señal de los dioses. Si el rey caza un león grande, ese año es de abundancia para los reinos; si el león es pequeño o enfermo, el año es malo. En realidad, leones pequeños no hay ya. Había antiguamente

y los descastaron. Ya sólo quedan grandes, con unos cuerpos del tamaño de un buey, puro músculo, con unas zarpas como la pala de un panadero y unas garras... mira mi cara, cómo me la dejaron, con lo guapo que era.

Zumel asintió. Mientras hablaba Mediohombre no dejaba de engullir salchichas.

—¿Conoces al intendente de los parques?

—¿No lo he de conocer? Es el responsable de mi desgracia. Es griego como tú. Potasio, se llama. ¿Lo conoces?

—No, no lo conozco —mintió Zumel.

—Por lo visto fue jefe de mercenarios —continuó Mediohombre—. Llegó muy joven, cuando vinieron los griegos de Clearco a ayudar a Ciro el Joven contra su hermano, el Gran Rey. Ciro murió y los griegos se fueron, pero Potasio regresó muchos años después al servicio de Artajerjes como estratega y reclutador. Se casó con una hermana viuda de Naburian, el astrólogo del Gran Rey, y por influencia de su cuñado consiguió el nombramiento de intendente de los parques del Gran Rey. Eso se te está enfriando. —Señaló las salchichas que quedaban en el plato de Zumel—. ¿No te lo vas a comer?

—¿Lo quieres tú? —ofreció Zumel.

—Eso ni se pregunta —respondió Mediohombre.

Cambió su plato vacío por el otro lleno y dio cuenta de su contenido con apetito insaciable. Zumel lo dejó hacer. Cuando terminó se enjugó los labios con la manga. Estaba un poco borracho, pero seguía bebiendo. Zumel procuraba espaciarle los tragos. Ya iban por la tercera jarra.

—¿Por dónde íbamos?

—Me contabas cuando nombraron a Potasio intendente.

—¡Ah, sí! Pues bien, éste, como era nuevo, dispuso el jardín donde cazaría el rey. Le dijimos que no estaba todavía listo. Lo habíamos aislado hacía un año para repoblarlo con gacelas y jabalíes, y no habíamos podido descastar los leones viejos ni reparar las fuentes.

Miró atrás con desconfianza, para cerciorarse de que nadie los oía.

—¿Sabes lo de las fuentes?

Zumel admitió su ignorancia.

—Los leones que mata el Gran Rey están medio atontados para que no sean tan fieros —prosiguió Mediohombre, bajando el tono—. Unos días antes de la cacería real, el guarda mayor ceba las fuentes con cierta yerba macerada que amansa a los animales y los deja como alélados, medio dormidos. Los leones más pequeños y las hembras no aguantan el narcótico, se retiran a sus madrigueras y se echan a dormir. Los leones más grandes, como son más fuertes, lo soportan mejor, pero están adormilados y es más fácil cazarlos. Por lo visto, antiguamente los reyes los cazaban en vivo, sin subterfugios, pero alguna vez se dio el caso de que el león devoró al rey y a medio séquito, con caballos y todo. Ahora los drogan para evitar que ocurra una desgracia.

Mediohombre guardó silencio un momento mientras escrutaba en el rostro de su interlocutor el efecto de aquella revelación. Aquel bárbaro le inspiraba confianza. Quizá era el luchador que su horóscopo le había anunciado tantas veces, el que lo vengaría del causante de su desgracia.

—Lo que voy a decirte ahora —dijo apoyándose en la mesa y bajando la voz hasta un murmullo casi inaudible— no lo saben muchos de mis antiguos camaradas. Sólo el guarda mayor y algún hombre de su confianza lo conocen. Presta atención: para entrar en el paraíso no es necesario burlar a los guardias ni escalar la muralla. Existe un pasadizo de dos parasangas de largo que conduce directamente al mismo abrevadero de los leones. Has de saber que esa abundancia de aguas que disfrutaban los jardines reales no es natural. Se debe a las minas de agua que la conducen allí por debajo de la tierra desde los manantiales de las montañas. La mina principal que alimenta el abrevadero de Basista tiene una lumbrera o respiradero en un cerro peñascoso, cerca de la Puerta Real, a la vista de los pabellones reales y de los cuarteles de la guardia. El cerro no tiene pérdida: parece una tiara y en sus escarpes anidan los buitres. La entrada a la lumbrera está disimulada entre la maleza que cubre un pozo natural, en la cúspide de ese cerro. Una escalera de desgastados peldaños tallados en la roca desciende hasta la mina. Allí es donde el montero mayor emponzoña las aguas para adormecer a los leones. La corriente no es muy fuerte en esta época del año y el espacio es suficiente para que un hombre la recorra de pie, sin necesidad de agacharse.

Mediohombre se irguió, bebió un trago de vino, se aclaró la boca y reanudó su parlamento en tono normal:

—El año en que entró el griego, ese Potasio, la mina que alimentaba el bebedero no se había limpiado todavía de los lodos, zarzas y marañas que arrastra después de la época de las lluvias, pero él se empeñó en organizar la cacería, aunque los guardas más antiguos se lo desaconsejábamos. El resultado fue que las yerbas se quedaron prendidas en los abrojos del conducto y no llegaron al abrevadero con la necesaria concentración. El narcótico no hizo efecto. Nada. Como si no lo hubiéramos echado. La víspera de la cacería los monteros entramos en el paraíso para preparar los puestos, pero los leones, como estaban enteros, nos atacaron. Cuando los otros guardias acudieron en nuestra ayuda con pértigas de fuego, lo único que ahuyenta a los leones, ya habían devorado a dos de mis compañeros y a mí me habían desgarrado los muslos. Las heridas eran tan terribles que daba miedo verlas: a nadie le pareció que pudiera sobrevivir. Potasio decidió dejarme donde estaba para alimento de los leones, pero mis camaradas lo desobedecieron. Llevábamos toda la vida juntos y me debían muchos favores. Yo había perdido el sentido, pero mis camaradas no perdieron la calma: me sacaron de allí, me sanearon los muñones, me serraron los huesos, me cosieron las arterias, me cauterizaron los muñones con grasa derretida y me vendaron. Medio mes permanecí como muerto, sin sentido pero respirando, me daban póчимas, me renovaban las vendas, me alimentaban por una cánula y me

dejaban dormir. Al medio mes empecé a despertar. Un poco repuesto, me trajeron a Susa y me encomendaron al templo, donde los tullidos mendigamos.

—Y ese Potasio, háblame de él —preguntó Zumel.

Mediohombre apuró su escudilla y volvió a llenarla. Con la prisa derramó un poco de vino en la mesa, se levantó a pulso sobre las manos apoyadas en el tablero y sorbió el líquido vertido. Se dejó caer sobre su asiento antes de proseguir:

—Los guardias están descontentos. Antes de Potasio se vivía bien en Basista. El rey cazaba diez o doce días al año y el resto del tiempo estábamos tranquilos sin que nadie nos molestara. De vez en cuando entrábamos en el parque y matábamos venados o jabalíes, los más viejos o los enfermos, para descostar y sanear las manadas, ya sabes. Como sobraba carne, una parte la adobábamos y la cambiábamos por vino o pagábamos con ella a las putas. Desde que llegó Potasio se acabó la buena vida. Nos vigila y ya ha expulsado a unos cuantos. Los guardas añoran a los intendentes anteriores, que eran todos persas. Iban a lo suyo y hacían la vista gorda. Potasio, no. Desde el primer día se conduce como si el parque fuera suyo: él caza pero no consiente que lo hagamos nosotros.

Zumel emitió un profundo suspiro.

—En resumen, que no les gusta a los guardas.

—No les gusta nada —corroboró el tullido.

Bebieron todavía una cuarta jarra, antes de que Zumel se retirara. El local estaba repleto de ruidosos bebedores y con la barahúnda que formaban era muy difícil mantener una conversación discreta. Zumel entregó al pordiosero una moneda de plata y se despidió.

Mediohombre lo retuvo por la manga.

—Vas a matarlo, ¿verdad? —preguntó.

—¿Yo? —Zumel fingió extrañeza—. ¿Por qué dices eso?

El rostro monstruosamente desfigurado dibujó una mueca parecida a una sonrisa.

—Porque llevas la muerte escrita en los ojos. ¿Para qué si no ibas a venir del fin del mundo a interrogarme sobre esa alimaña griega?

## Capítulo 45

Zumel contempló el valle fértil rodeado de escarpadas montañas que albergaba el paraíso de los reyes persas. Entre las tupidas arboledas se extendían praderas de espesa hierba recorridas por numerosos arroyos que espejeaban bajo el sol de mediodía. En el cielo despejado flotaba remota un águila real.

Mediohombre le había advertido que el paraíso estaba cercado por un laberinto de muros supuestamente levantados por los propios dioses, aunque, examinados de cerca, se revelaba que eran meras acumulaciones de sales que formaban barreras naturales sobre las que discurrían regatos de agua. Eso explicaba que los arroyos del paraíso brillaran al sol sobre el pastizal e incluso por encima de las copas de los árboles.

Los reyes antiguos que habían escogido aquel privilegiado entorno para coto de caza barrear con muros y cercas de piedra las partes que la naturaleza no había cerrado, y lo poblaron con toda clase de animales, búfalos, toros, gamos, ciervos, jabalíes, cabras monteses y, finalmente, leones.

«Es una región tan extensa que un día no basta para recorrerla», había dicho Mediohombre.

Zumel esperó en la tierra reservada a los reyes, la tierra prohibida.

En medio de un pradillo soleado, rodeado de árboles, recordó el santuario de Anna la Terrible, el juramento, Cotrufes hiriendo su mano con el cuchillo de pedernal, las muchachas cocinando la torta de pan, el juramento. Recordó una escena de Sicilia, junto a Cotrufes. Un día descansaban junto a un manantial, un borbollón de agua limpia, clara y fría que brotaba en un bancal de piedra. Echado de bruces sobre la hierba perfumada, el Zumel joven que una vez había sido, el de la barba azafrañada, bebió un largo trago del que dejó escapar la última bocanada, que le rebosó la boca y le refrescó el pecho. En el lecho legamoso, entre las piedras, algo se movía. Observó con atención. Una tortuga mora desovaba trabajosamente, entre los guijarros coronados de ovas, indiferente al mundo, concentrada sólo en sus afanes.

Con los ojos entreabiertos percibía el zumbido de las moscas y los tábanos.

El sol le caldeaba el pecho mojado, una agradable sensación cálida. Detrás de los párpados cerrados se doraba el mundo.

Si se detuviera el tiempo, si este instante se prolongara indefinidamente, ¡qué paz! ¿Tenía sentido tan largo viaje sólo para cumplir una venganza remota, para saldar una deuda de rencor que parecía soñada en otra vida?

Un rumor lejano lo devolvió a la realidad. Aguzó el oído.

Potasio, el hombre cuya virtud consistía en ganar siempre la partida, había entrado en el jardín del Gran Rey. Iba sin escolta, con el poderoso arco persa en la mano y una aljaba de plumadas flechas a la espalda.

Zumel lo contempló en la distancia. Había cambiado tanto que le costó reconocerlo. Tenía el pelo rojizo, teñido a la moda persa, y la barba algo más larga

que en Sicilia y rizada con tenacillas calientes. Por lo demás se mantenía en buena forma y, aunque vestía como un dignatario persa, coselete de caza y botas medas, todavía cabalgaba a la manera griega, con las piernas algo flexionadas y los talones próximos a los ijares del caballo.

Zumel se preparó para recibirlo. Llevaba horas aguardándolo detrás de un peñasco, donde el camino se estrechaba.

El ibero afirmó los pies, sostuvo el venablo por su parte central y calculó el movimiento del brazo para asegurarse de que ninguna rama estorbara el tiro.

De pronto, Potasio aminoró el paso y miró atentamente a su derecha. Algo le había llamado la atención. Después miró a la izquierda con cierto detenimiento y aflojó la presión de sus piernas sobre la cabalgadura. El caballo se detuvo.

Recelaba.

Zumel contuvo la respiración e instintivamente se retrajo. Recordó el proverbio ibero: «Que tu propia sombra no se percate de tu pensamiento».

Potasio era un guerrero avezado que llevaba toda la vida en la milicia. Las personas así, Zumel lo sabía por experiencia, desarrollan un instinto que las alerta en las inmediaciones del peligro. La muerte se huele. Flota en el ambiente como el aroma del tomillo. La pajarería se silencia, los insectos suspenden sus vuelos; la brisa no agita las hojas de los árboles, el polvo se suspende en los rayos de sol que filtran las ramas, los colores se atenúan... el propio cuerpo deja de transpirar y la piel se enfría y palidece mientras el vello de la nuca se eriza con lentitud vegetal, casi imperceptiblemente.

Potasio se había detenido y escudriñaba el sendero con gesto concentrado. Aquel berrueco era un buen apostadero para acechar.

¿Recelaba algo? ¿Se había percatado de la presencia de un intruso? ¿Disimulaba antes de tirar bruscamente de las riendas, volver grupas y escapar de la emboscada?

Con precaución, Zumel volvió a mirar a su enemigo por entre las ramas bajas del arbusto. No se había movido. Pensativo, observaba el camino.

Aquellos instantes se hicieron eternos. Finalmente el jinete descartó el mal presentimiento, aumentó la presión de las rodillas sobre los costados de la montura y el obediente animal rompió a andar, al paso. Los caballos huelen a los leones. Probablemente eso tranquilizó a Potasio. No había leones al acecho. Ni siquiera se le había ocurrido que pudiera tratarse del único animal más peligroso que el león: el hombre.

Zumel se empolvó la sudada palma de la mano y volvió a empuñar el venablo. Su enemigo avanzaba por la senda. Movía los labios hablando consigo mismo. Había adquirido el hábito de los solitarios. Esta constatación sorprendió a Zumel. Quizá los años habían aplacado la famosa crueldad de Potasio, quizá la madurez le había suavizado el carácter, quizá no era ya aquel hombre despiadado y brutal que reprimía con mano de hierro a los revoltosos patrones de las bandas mercenarias.

El venablo zumbó en el aire y penetró más de tres palmos en el pecho del caballo.

El animal emitió un breve relincho y se desplomó pesadamente atrapando debajo de su mole el muslo del jinete. Herido de muerte, el jaco pingó al aire dos o tres veces, emitió un ronco suspiro agónico y quedó inmóvil, muerto. Del hocico entreabierto manaba lenta la sangre.

Zumel abandonó su escondite y descendió del alto berrueco, saltando de roca en roca mientras Potasio pugnaba angustiado por liberar su pierna atrapada bajo el cadáver de la cabalgadura.

El Rey lobo se detuvo a pocos pasos y asistió a la inútil lucha de su odiado enemigo por escapar del cepo que lo inmovilizaba. En su corazón deseaba prolongar el placer de aquel momento tan largamente esperado.

Reconoció los rasgos familiares del general de los mercenarios, un poco más sólido y un poco más pálido, la barba más larga y cuidada, la misma nariz recta y un poco ancha entre los ojos orlados de oscuro, la misma mirada penetrante. No había súplica en ella, sólo destellos de odio. Lo atormentaba la pierna apresada bajo la montura, pero disimulaba el dolor.

—¿Quién eres? —espetó a la silueta que lo miraba con un venablo en la mano—. ¿Quién te envía? Sea quien sea, te pagaré cinco veces más si me liberas.

Intentó alcanzar el ancho cuchillo de caza que llevaba embutido en la aljaba, pero Zumel se le adelantó y lo lanzó fuera de su alcance.

—¿Quién eres? ¿Quién te paga? —insistió Potasio.

Zumel no respondió. Se sentó en una roca a pocos pasos del griego, el venablo cruzado sobre sus rodillas. Miraba al caído con una expresión indiferente que Potasio interpretó como un pésimo presagio. Su cazador no tenía prisa. No temía que los guardas del coto real lo sorprendieran. Quizá actuaba por cuenta de ellos. Quizá por cuenta de alguno de sus enemigos de la corte que hubiera sobornado a los cuidadores del parque.

—¿Quién te paga? —volvió a preguntar el caído.

Su voz sonaba perentoria, desprovista de miedo. Entonces reparó en la falcata que pendía del pecho del desconocido y en su tahalí bordado con rombos y borlas. Un ibero.

De pronto cayó en la cuenta. Abatió la cabeza.

—El perro de Cotrufes —murmuró con cierta decepción, esta vez en griego.

No esperaba que Zumel continuara vivo, ni mucho menos encontrarlo en su propio jardín, en el paraíso del Gran Rey, al otro extremo del mundo.

Irguió la cabeza y miró abiertamente a su adversario. No había miedo ni odio en su mirada, más bien curiosidad.

—Está bien. Acaba ya —le ordenó.

Zumel se levantó y empuñó el venablo. Apuntó con él a su enemigo pero, tras un instante de vacilación, lo dejó caer. Despaciosamente desenvainó la falcata y la elevó sobre la cabeza del griego. La afilada cuchilla centelleó al sol.

Zumel había anticipado muchas veces las variadas muertes que podía administrar



al asesino de Cotrufes, a cual más cruel y dolorosa, sin decidirse por ninguna. Ahora le tocaba decidir. Decapitarlo habría sido demasiado piadoso. En un instante se traspasa la Puerta para penetrar, sin dolor, en el reino de la muerte. Mejor dejarlo a merced de los leones. Si abría en canal el vientre del caballo, el fuerte olor de sus intestinos se extendería más allá de la arboleda y atraería a las hambrientas fieras, que ciegas en su festín no sabrían distinguir entre la carne muerta del equino y la viva y palpitante de su jinete.

Zumel clavó la falcata en la tripa del caballo, por debajo de las costillas, y tiró de ella. Los intestinos humeantes del animal brotaron de la ancha herida y se desparramaron por tierra.

El tufo nauseabundo de las entrañas expuestas devolvió al antiguo mercenario añejas sensaciones que creía olvidadas. Con ellas resonaron en su cerebro las palabras de Nomandros: «No redimirás de la barbarie a tu pueblo si antes no te redimes tú. La venganza no tiene sentido, sólo sirve para componer las tragedias que la plebe aplaude en los teatros».

Zumel se sentó sobre una piedra con la mirada fija en los intestinos del equino. Potasio, con un rictus de dolor, lo miraba sin entender.

Había cruzado el mundo, había buscado, encontrado y vencido a su enemigo. Siempre supo que la muerte de Potasio no le devolvería a su patrón. Era sólo una idea bárbara, sin beneficio, que sólo satisfaría su instinto de venganza. Recordó la broma que tantas veces repitió a Cotrufes: «Te has pervertido, patrón. Eres un *ibergreco* o un *grequiber*».

Potasio, más gordo y más viejo, respiraba fatigosamente por lo forzado de su posición, pero afrontaba la muerte serenamente, sin miedo.

Lo tenía a su merced, inmóvil y desarmado bajo su falcata carnífera.

Entonces Zumel, príncipe de Zubiión, el Rey lobo, ejerció su magnanimidad, promulgó una ley nueva que revocaba los usos arcaicos de su pueblo e indultó a su prisionero. Ni él mismo supo por qué lo hacía.

Extrajo la falcata del vientre del caballo, la limpió sobre el manto tostado del animal, primero de un lado, después del otro, y la devolvió a su funda lentamente.

—¿Qué tramas? —le espetó Potasio, impaciente por terminar.

Había perdido la partida y aceptaba la muerte con entereza.

Zumel ignoró la pregunta. Después de un instante de vacilación se aplicó con todas sus fuerzas a empujar el cadáver del caballo intentando aliviar el peso que atrapaba la pierna de su enemigo.

—Intenta salir de ahí debajo —le ordenó.

Potasio dudó un instante sobre las intenciones del ibero. Después lo obedeció y pugnó por liberar la pierna aprisionada. No era fácil. El griego sudaba copiosamente, se mordía los labios, disimulaba el dolor y redoblaba sus esfuerzos.

—Probemos de nuevo, general —dijo Zumel devolviéndole su antiguo tratamiento siciliano.

Los dos hombres se aplicaron otra vez a la tarea. Después de varios intentos Zumel consiguió aliviar el peso lo suficiente para que Potasio liberara su magullada pierna.

Ayudado por Zumel, el antiguo general de los mercenarios intentó ponerse de pie. Lo consiguió con dificultad, pero cuando intentó dar un paso trastabilló y se vino abajo. No podía apoyarse en la pierna dolorida. Zumel lo sostuvo. Lo ayudó a sentarse sobre una piedra. Palpó la articulación de la rodilla. Potasio gimió de dolor.

—Tienes el hueso desconcertado —diagnosticó el ibero—. Tendrá que verte un médico.

Apoyado en el hombro de su enemigo, cojeando, el intendente de los parques del Gran Rey llegó hasta las puertas del jardín y pidió a voces que le abrieran.

## Capítulo 46

La mansión del intendente de los parques del Gran Rey estaba junto al río, a medio camino entre el palacio de Artajerjes y la *apadana*, el enorme edificio columnado residencia del gobierno imperial.

Zumel dio la espalda al griego y se encaminó hacia la puerta.

—Espera, hombre.

Se volvió Zumel.

Potasio se había incorporado en el lecho y lo escrutaba con sus ojos oscuros.

—¿Por qué estabas tan seguro de que no iba a ejecutarte en cuanto me devolvieras a mi casa?

Hizo un gesto elocuente que abarcaba a los hombres de su guardia.

—No sé —respondió Zumel—. Todavía estás a tiempo.

Potasio asintió lentamente. Movi6 los dedos en direcci6n a la puerta indic6ndole que pod6a marchar.

—Supongo que no volveremos a vernos —le dijo en la distancia—. Que Anahita guarde tus pasos. Ser6s un buen jefe de hombres.

En la puerta del palacio, el perro lo aguardaba echado a la sombra. Lo sigui6 por los magn6ficos jardines y luego por las calles polvorientas hasta que salieron de la ciudad.

Zumel camin6 una hora hacia occidente hasta que lleg6 a una fuente rodeada de sic6moros. All6 se sent6 y extrajo del zurr6n los restos del almuerzo, un trozo de costillar y varias tortas cocidas.

Comi6 en silencio, pensativo, bajo la atenta mirada del perro, que jadeaba y se lam6a el hocico, las orejas tiesas.

—Hay gazuza, ¿eh?

Le arroj6 el resto del costillar, que el perro atrap6 al vuelo.

Los ojos cansados de Zumel contemplaron al chucho mientras devoraba su parte. Ya no estaba tan esquel6tico como cuando lo encontr6.

—¿Te gusta el mar, perro?

El perro ro6a el hueso indiferente.

—No sabes qu6 cosa es el mar, ¿eh? —murmur6 Zumel—. Te entiendo.

Contempl6 el paisaje, la llanura ordenada, los 6rboles, las huertas, los prados, las monta6as lejanas sobre las que el sol se pon6a, el horizonte tornasolado de rojos y violetas.

—Vamos a emprender un viaje muy largo, perro —le advirti6—. Me temo que tendremos que cruzar el mar.

Despu6s de sestear un poco, se ajust6 las sandalias y ech6 a andar por el camino polvoriento que conduc6a a la calzada del Gran Rey. El perro lo segu6a.

# Apéndice

## **Censo de los personajes más importantes**

Abartiaigis: príncipe de Kastul.

Altabal: comerciante que vive de organizar las luchas con las que se celebraban los juegos fúnebres de las familias adineradas.

Antobanen: anciano de Zubión.

Arataunín: esposa de Antobanen.

Argitivasar: mayordomo de Turrillo y después de Zumel.

Artacato: padre de Turrillo, antiguo jefe del poblado de Zubión.

Artajerjes: Gran Rey de Persia.

Aspar: niño de ocho o nueve años, hijo de Belasia y Turrillo.

Atembares: mercader de la caravana persa.

Auruníngica: segunda esposa de Turrillo, hija del mercader Clodio.

Bagadates: jefe de la caravana.

Bartares y Caikombe: las dos estirpes que, junto con los Cerinnos, constituyen la aristocracia de Zubión.

Bedule: rival de Zumel, que llega a ser yegüero principal o manijero de Turrillo.

Belasia: antigua enamorada de Zumel.

Cerdubeles: príncipe de Mentos.

Cerinnos: antepasado divinizado de la familia de Turrillo.

Cotrufes: jefe de mercenarios al que Zumel ha jurado fidelidad.

Daleninar: primera esposa de Turrillo, hija de Edecón de Talaya.

Edecón: príncipe de Talaya.

Edereta: la prostituta de Auri que atiende a Zumel.

Erifelos: joven griego que amista con Zumel en la caravana persa.

Fenón: secretario del jefe de la caravana.

Iceatin: antiguo rey de Cobol al que sucedió su hijo Sosinbiuru.

Indikortes: niño, amigo de Aspar.

Isbataris: el yegüero joven de Turrillo que admira a Zumel.

Isceradín: otro príncipe de Kastul.

Magento: mayordomo de Nomandros.

Navarsosín: el joven belicoso al que Zumel atempera.

Nisunín: bruja y saludadora de Zubión.

Nomandros: médico griego, amigo de Zumel.

Potasio: estratega griego, antiguo general de los mercenarios de Cartago que ejecuta a Cotrufes e inspira la venganza de Zumel. Terminada la guerra de Sicilia, se emplea como intendente de los parques del Gran Rey persa.

Sosián: anciano ibero, amigo del padre de Zumel que vive en la casa de los viejos, una especie de asilo.

Sosinbiuru: príncipe actual de Cobol.

Tiribazo: sátrapa de Frigia, a cuyo servicio está el médico Nomandros.

Turrillo: príncipe del pueblo de Zubión, antiguo amigo de juegos de Zumel.

Urcaildu: el herrero que forja la nueva falcata de Zumel.

Urcebas: pastor ibero, amigo de Zumel.

Urcetices: anciano de Zubión, antiguo yegüero de Artacato.

Zumel: mercenario ibero.

## **Dioses y héroes**

Anahita: véase Cibeles.

Angitis: véase Cibeles.

Anna: la Terrible, la Potenciana o la Mediadora, son las tres facetas de la sacerdotisa ante la que se hacen los juramentos en Zubión.

Atacina: «la que guarda la Puerta», diosa madre de los iberos.

Bromos: dios de la peste.

Carontos: dios del inframundo que acompaña a los espíritus a las verdes praderas al otro lado del Tártaro.

Cibeles: diosa frigia de la Madre Tierra. Tiene sus equivalentes en la irania Anahita y la griega Angitis.

Corión: dios ibero de la guerra que se cubre con la piel de los guerreros caídos.

Gárgoris: rey mitológico de los cunetes, uno de los pueblos de Tartesos, y según la leyenda inventor de la apicultura.

Habis: Habido o Abido, mítico rey de Tartesos. Hijo de Gárgoris y de una de sus hijas. Por ser fruto de una relación incestuosa, al nacer es abandonado en un cubil de fieras, las cuales le amamantaron y protegieron, y luego fue criado por una cierva. Se le atribuye el invento de la agricultura con arado y las leyes de Tartesos.

Heraklés: Hércules, semidiós, hijo de Zeus y Alcmena, al que se concede la calidad de dios olímpico tras superar los famosos doce trabajos.

Tanit: diosa de la luna y la fertilidad, la más importante de la mitología cartaginesa, patrona de Cartago. Era equivalente a la diosa fenicia Astarté.

Tártaro: río de fuego que cruzan los espíritus para llegar al trasmundo.

Vaélico: dios lobo.

## Vocabulario esencial

*Aplustro*: ornamento, situado indistintamente a proa o a popa en las embarcaciones de la Antigüedad.

*Caetra*: escudo ibero, redondo, de poco más de un palmo de diámetro. También servía para golpear con el borde afilado.

*Cótabo*: juego de habilidad, practicado por los antiguos griegos. En la reunión o *simposium*, los bebedores se divertían tirando a un punto fijo el líquido que había quedado en el fondo de su copa.

*Falárica*: lanza arrojadiza que usaron los antiguos.

*Falcata*: sable ibero terriblemente efectivo, como atestiguan los autores romanos.

*Greba*: pieza de la armadura antigua, que cubría la pierna desde la rodilla hasta el empeine.

*Hoplón*: escudo que formaba parte de la indumentaria de los guerreros hoplitas. Parecía un gran cuenco circular y su diámetro alcanzaba entre noventa y ciento diez centímetros.

*Jasier*: ceremonia de iniciación que marca el paso de la adolescencia a la edad adulta entre los iberos.

*Paneta*: instrumento de esparto trenzado que sirve para avivar el fuego o para tapar las orzas.

*Pentecontera*: también llamada pentecóntero o pentecontero, barco de guerra con cincuenta remeros, de treinta y cinco metros de eslora. Desapareció con el desarrollo del trirreme (siglo VI a. C.).

*Soliferrum*: véase venablo.

*Sufeta*: nombre que se daba a los régulos electivos de los fenicios. También sirvió para denominar al cargo que presidía los consejos de Cartago.

*Supparum*: vela pequeña en lo alto del palo mayor que identifica, a modo de bandera, a los barcos púnicos.

*Venablo*: hemos de entenderlo como el llamado *soliferrum*, lanza de hierro arrojadiza que usaban los iberos y otros pueblos peninsulares.

*Yegüero*: guerrero ibero que ha jurado fidelidad hasta la muerte a un patrón. Este juramento es la *devotio*, institución religiosa militar propia de los iberos, descrita por Plutarco (*Sert*, XIX). El guerrero debe perecer con su patrón si éste muere en combate. A una costumbre similar remite el *comitatus* germano o el *soldario* galo.

## **Títulos**

**Patrón**: patriarca de una familia aristocrática. En cada poblado suele haber más de uno, que mantiene a tantos yegüeros o guardaespaldas como su economía le permita.

**Príncipe**: el régulo más poderoso del poblado, que impone su voluntad al consejo de sus iguales y al de los ancianos.

**Rey lobo**: guerrero distinguido por el dios de la guerra porque ha cazado un lobo negro en su ceremonia de iniciación.



# Notas

[1] Madrid, M. R. Ediciones, 2004. <<

[2] Hoy es la ermita de Santa Potenciana, a orillas del Guadalquivir, cerca de Villanueva de la Reina (Jaén). <<

[3] En los círculos académicos existe cierta discrepancia sobre la identificación de estos grupos tribales. Juzgando por las fuentes epigráficas, todavía escasas e inseguras (debido a la complejidad dialectal de las lenguas ibéricas), podríamos adelantar, como mera hipótesis de trabajo, siempre con las debidas cautelas y sujetos a una revisión posterior a la luz de nuevos estudios, que, al parecer, los *moñúos* pudieran identificarse con los habitantes de Zubiión (¿Puente de Tablas?) mientras que los *pollicas* serían los de Auri o Aurgi (Jaén); las alianzas entre clanes, tribus y pueblos ibéricos eran bastante volátiles, pero, por distintos indicios, se podría conjeturar o, en su caso, deducir que no sería excesivamente aventurado identificar a los *cagaos* con los habitantes del pueblo de Talaya (cerca de Fuerte del Rey); los *follacabras* con los de Bastia (cerca de La Guardia); los *legañosos* con los de Cobol (después Obulco, hoy Porcuna); los *atacaos* con los de Mardo (quizá Villargordo); los *barrigaprietas* con los de Kastul (¿Cástulo, cerca de Linares?); los *yeseros* con los de Urgaba (Arjona, quizá); los *perdigones* con los de Baesuci (Vilches); los *culopicúos* con los de Orisia (Giribaile), y los *mocosos* con los de Turgi (Iliturgi, cerca de la moderna Mengíbar). <<

[4] La mariposa, una ancestral modalidad sacrificial, consistía en arrancar en vivo los pulmones del caído y desplegarlos sobre la espalda como si fueran alas. Los *moñúos* preferían el «nudo malo», consistente en seccionar el escroto del prisionero, extraerle los testículos y hacérselos tragar. Los testículos obturaban la garganta y el condenado moría por asfixia. El método de ejecución de los *culopicúos* difería de los anteriores: se aplicaba en el vientre del condenado un tubo de cerámica con una rata o un hurón dentro y en el otro extremo se introducía una placa de hierro candente. El angustiado animal escapaba abriéndose paso a mordiscos a través del estómago del condenado. Por su parte, los *legañosos* despellejaban al reo las plantas de los pies, restregaban sal sobre la herida y ataban cerca una cabra para que se los lamiera; los *barrigaprietas* desnudaban al condenado, lo embadurnaban con manteca, lo envolvían en una piel fresca de cerdo o de cualquier otro animal grande y lo enterraban hasta el cuello para que lo devoraran vivo los gusanos y las hormigas. <<

[5] Se refiere al conjunto escultórico de Cerrillo Blanco, Porcuna, hoy en el Museo Ibérico de Irún. <<

[6] *Oppidum* ibérico de Puente Tablas. <<

[7] Canine, la mujer del ceramista, la única gorda del poblado. <<



[8] Así llamaban, con el nombre del dios de la guerra, al permanganato potásico con el que algunos guerreros antiguos se embadurnaban el cuerpo antes de entrar en batalla. La costra de esa sustancia forma una capa protectora que contiene los bordes de las heridas y, debido a sus propiedades antibióticas, dificulta las infecciones. Además suministra un excelente camuflaje en ataques nocturnos. <<

[9] Hay yacimiento arqueológico de El Pajarillo, término de Huelma (Jaén). <<

[10] Monumento funerario de Pozo Moro (Albacete), hoy en el Museo Arqueológico Nacional. <<